

# Mi Jardín Secreto

NANCY FRIDAY



13

Todas las fantasías sexuales de las mujeres contadas por ellas mismas sin inhibiciones.

Nancy Friday presenta en este libro los testimonios de más de 150 mujeres seleccionadas entre otras muchas con las que se entrevistó o mantuvo correspondencia.

Confesiones en las que esas mujeres exponen de forma absolutamente desinhibida sus fantasías sexuales más secretas. Partiendo de esa base documental, la polémica autora norteamericana intenta profundizar en una faceta del mundo femenino que a menudo se ha mantenido oculta por pudor, por miedo o por la imposición social de adoptar actitudes hipócritas ante el sexo.

Con *Mi jardín secreto*, Nancy Friday abre la posibilidad de liberar toda la energía sexual de la imaginación no sólo a las mujeres cuyas fantasías se ven plasmadas en el libro, sino también a quien aborda su lectura.

Nancy Friday

---

## **Mi jardín secreto**

Una antología de las fantasías sexuales  
femeninas



Título original: *My Secret Garden: Women's Sexual Fantasies*  
Nancy Friday, 1973

Traducción: José Luis Castillo Panadero y Margarita Chamorro García, 1993

---

Revisión: 1.0  
19/08/2019

## PREFACIO

Saludo la publicación de esta obra, como aportación de una nueva arma terapéutica y no he descansado hasta no verla publicada en Francia. Nancy Friday ha realizado un libro clínico. Estamos en el terreno de la realidad psicológica y, como siempre, la realidad sobrepasa la ficción. Las aproximadamente diez mil cartas que he recibido me han demostrado, a través de las fantasías sexuales que en ellas venían relatadas, la gran validez de este trabajo. Mi jardín secreto será una obra útil porque va a permitir a las mujeres verse reflejadas. El juego consistirá para ellas en buscar si sus fantasías sexuales están mencionadas. Para las que no tienen conciencia de sus fantasías, será la ocasión de pasar de lo inconsciente a lo consciente las fantasías que dormían en ellas, las fantasías que no se atreven a confesarse a ellas mismas de tanta vergüenza como les daría y porque se sentirían culpables de pensar eso. Ahora bien, no somos responsables de nuestras fantasías. Nunca es peligroso para la mente pensar en ellas, por el contrario, puede serlo el rechazarlas.

Todos los que se analizan psicológicamente tienen interés en leer este libro porque los ayudará a saber mejor quiénes son. Y también, a aceptar las fantasías de los demás. Finalmente, los hombres tienen también fantasías sexuales. Nos queda desear que un autor tenga, a su vez, la idea de encargarse de recopilarlas.

Me gustaría también decir una palabra sobre la utilidad del mundo de la fantasía en el caso de los deseos sexuales que no pueden ser asumidos porque no pueden implicar a otra persona sin traumatizarla o sin hacerle sufrir daños

psicológicos o físicos.

Quiero hablar de las personas que se llaman corrientemente perversos: los exhibicionistas, los mirones, los sádicos, la lista es larga. Pasar a los hechos supone un peligro para la persona en sí, que se arriesga a ser perseguido judicialmente, y por la víctima.

Hay, pues, un límite a este nivel. En cambio, todo es posible en el nivel de las fantasías sexuales. En el plano de lo imaginario, ningún límite es necesario.

Al contrario, poder vaciar su imaginación y deleitarse hasta la saciedad de ésta, conlleva a la salud mental y no comporta ningún riesgo. En cambio, rechazar sus fantasías equivale a querer mantener cerrada la tapadera de una olla de agua hirviendo, transformándola en una bomba: el sujeto corre el riesgo entonces, de pasar a los hechos bajo el efecto de unos impulsos incontrolables. Por eso, este tipo de libro, al liberar las presiones en el plano imaginario, se revela como un libro de salud pública.

Ayudando a la gente a conocerse mejor, a comprenderse mejor, se contribuye a acercar la felicidad, la ternura y el amor, finalidades de todo ser humano que el rechazo psicológico impide, sin duda, alcanzar. Porque, tranquilícese, si todos somos unos perversos, necesitamos también, todos, amor y afecto. El ser humano es complejo; hay sentimientos nobles, poéticos y elevados, pero también deseos que pueden tomar la forma de fantasías sexuales reveladas en este libro. He sentido vergüenza al leer Historia de O, hace ya unos años. Me creía culpable y enfermo al soñar con escenas así. En aquel momento, no tuve la suerte de leer un libro como Mi jardín secreto. Esto me ha llevado a sufrir inútilmente noches de angustia y de miedo. Gracias a Nancie Friday por impedir que este tipo de errores se perpetúen.

Doctor Michel MEIGNANT  
Encargado de Curso en la Universidad de  
Vincennes PARIS VIII y de Villetaneuse  
PARIS XIII.

## EL PODER DE LAS FANTASÍAS

»Tanto en la imaginación como en la realidad, llego al momento esencial de mi actividad sexual...

... Asistimos al partido de fútbol americano que enfrenta al equipo de Baltimore Colt con el de Minnesota Wiking. Hace mucho frío.

Nos apretujamos cuatro o cinco bajo una manta escocesa. Johnny Unitas corre hacia la portería. Nos levantamos todos. Recorre el terreno a toda velocidad. Arropados con nuestras mantas, seguimos su progresión lanzando gritos de excitación. En un momento dado, uno de los hombres —no sé cuál pues estoy demasiado excitada para mirar— se acerca a mí. Sigo lanzando gritos de animación que hacen eco con la voz del hombre cuyo aliento caliente siento en mi cuello. A través de su pantalón, siento su erección. Con un gesto, me ordena que me acerque a él. Unitas está placado. Pero, gracias a Dios, la acción no disminuye de intensidad y nos quedamos de pie para asistir a su desarrollo. El hombre saca su sexo y lo coloca suavemente entre mis piernas. Rompe mis *pantys* bajo mi falda. Yo grito; los jugadores se acercan a la portería. Saltamos al ritmo.

Levanto la pierna para apoyarme sobre la grada superior y guardar así el equilibrio. Ahora, el hombre se desliza más fácilmente en mi sexo.

Brincamos, nos damos grandes palmadas en la espalda. El hombre me echa un brazo por los hombros para poner mi ritmo al unísono con el suyo. Él se hunde en mí; recto como una I, y me penetra a fondo. Dios mío, es como si me subiera hasta la garganta.

“Vamos Johnny, vamos”. Gritamos ambos más fuerte que los demás. Ellos

gritan, su excitación aumenta. Siento el hombre endurecerse cada vez más, penetrarme cada vez más profundamente en cada salto, hasta que las aclamaciones a favor de Unitas estallen al mismo ritmo que nosotros. A nuestro alrededor, el público nos aclama a la vez que a la jugada. Ahora es difícil disociar las dos cosas. Es la última oportunidad de Unitas. Todo depende de él.

Nosotros nos agitamos furiosamente, al borde del orgasmo. Mi excitación aumenta. Ya no me controlo. Le grito a Unitas que marque el ensayo, mientras que nosotros hacemos el amor, para llegar juntos a la “línea”. En el momento en que el hombre ruge y me aprieta en un espasmo, Unitas marca el ensayo y yo...».

»¿Dime en qué estás pensando? Me preguntó con tono insistente el hombre con quien estaba haciendo el amor en realidad. No había dejado nunca de fantasear antes de acostarme con él. Y al estar siempre enfocadas nuestras relaciones desde el signo de la franqueza total, le confesé de inmediato mis pensamientos.

Salió de la cama, se puso el pantalón, y volvió a su casa... Tumbada entre las sábanas arrugadas, brutalmente rechazada, y preguntándome sobre las razones de su actitud, lo miraba vestirse.

Intentaba explicarle que tan sólo se trataba de una fantasía, que yo no deseaba realmente al hombre del estadio, que ese personaje no tenía ni siquiera un rostro definido.

Nunca habría tenido esa fantasía, y aún menos la idea de hablar de ella, si no hubiera estado excitada hasta ese punto, si él, mi amante, no me hubiera llevado hasta un grado de placer tal que yo me había abandonado completamente, me había abandonado en cuerpo y alma. ¿Él no comprendía entonces nada? Era él, sólo él, y su maravillosa forma de hacerme el amor los que habían engendrado estos pensamientos. Estos pensamientos, que, a su vez, me habían estimulado aún más. Yo intentaba sonreír añadiendo que debería haberse sentido muy orgulloso.

Siempre había admirado en mi amante el hecho de que a mi conocimiento él era uno de los pocos individuos del sexo masculino en comprender que el humor y la broma podían ejercerse en la cama. Por el momento, al verlo, no pensaba que mi fantasía del fútbol justificara la menor sonrisa. En fin, lo



dicho, se marchó. Su cólera y la vergüenza que yo experimenté entonces (escribir este libro me ha permitido comprobar que aún se lo reprochaba) marcaron el principio del fin de nuestro amor.

Hasta esa escena, él siempre había defendido superarse sexualmente. Me había convencido de que no existen límites en ese terreno. Todas las fantasías estaban permitidas, en la medida en que aportaban un factor de excitación suplementaria. Sus estímulos se parecían a los golpes que un crío da a una peonza para hacerla girar cada vez más deprisa. De hecho, me han ayudado a realizar cosas con las que siempre había soñado. Pero, hasta entonces, había permanecido demasiado tímida como para pensar en llevarlas a la práctica con otro compañero.

Sin embargo, no me mostraba tímida en la vida corriente, pero, sexualmente, aún seguía siendo la hija de mi madre. Mi amante me liberó de este ridículo pudor de jovencita que yo rechazaba intelectualmente, pero del que, físicamente, no podía deshacerme.

Estaba contenta de realizar todos esos esfuerzos. Él estaba orgulloso de mí. Por eso yo «nos» amaba a ambos.

He tenido otros amantes y otras fantasías. Pero ya nunca volví a mezclar las dos cosas hasta que me encontré con mi marido. Un hombre debe hacer surgir lo mejor que hay en una, desear todo de una. En esta búsqueda de su esencia debe no solamente aceptar el conjunto de sus descubrimientos, sino también ir hasta el final.

Bill hizo que mis fantasías volvieran a salir a la luz, desde las profundidades a las que por prudencia las había relegado, más vivas y más fuertes que nunca, pero siempre sin ser expresadas.

No olvidaré nunca su reacción cuando, tímida y un poco avergonzada, me decidí a arriesgarme a confesarle mis pensamientos.

«¡Qué imaginación!, exclamó. Nunca podría haber concebido todo esto. ¿Es cierto todo eso?».

Su mirada de admiración divertida me dio la impresión de que él me apoyaba. De pronto comprendí hasta qué punto me quería y que este amor reunía todo lo que podía enriquecer mi vida. Con él, mis fantasías marcaron el descubrimiento de un nuevo «jardín de las delicias», que él no conocía aún, pero al cual yo lo invitaba.

El matrimonio tuvo sobre mí una influencia a la vez liberadora y apremiante. Puesto que mis fantasías, según Bill, atestiguaban una imaginación desbordante, ¿por qué no incluirlas en la novela que estaba escribiendo? Este libro contaba la historia de una mujer, claro. Además de mi marido, debía haber otros lectores, hombres y mujeres a los cuales un nuevo acercamiento a la sexualidad femenina podía interesar. Dedicué pues un capítulo entero a una larga digresión alrededor de las fantasías de mi heroína. Pensaba que era el mejor momento del libro, y con una inspiración totalmente comparable a la de las novelas que yo más admiraba.

Pero mi editor, un hombre, me desanimó:

»Nunca he leído algo parecido, me dijo (hasta entonces yo creía que la originalidad era el principal interés de una novela). A causa de sus fantasías, la heroína me parece, simplemente una desequilibrada sexual, prosiguió. Si realmente está tan loca por el “tío” con el que vive y si disfruta de tanto placer haciendo el amor con él, ¿por qué se imagina todas esas estupideces? ¿Por qué no piensa simplemente en él? Me negué a debatir la cuestión con este «hombre editor», que, según él, conocía todos los subterfugios de la sexualidad. ¿No había editado a James Joyce y Mailer? ¿Y probablemente compartido con ellos los delirios sexuales impublicables? Me marché con mi novela y mis fantasías, y volví a casa donde sí éramos apreciados.

Guardé el manuscrito en una estantería de la biblioteca. El mundo no estaba aún preparado para conocer las fantasías sexuales de las mujeres.

Por mí misma, sin duda, nunca me hubiera decidido a emprender este libro sobre las fantasías femeninas, de no haber sido, por un lado, la actitud de mi marido y por el otro el hecho que mujeres, por fin, tomaban la palabra para romper un silencio milenario. Es cierto, que los movimientos de liberación de la mujer han ido a veces demasiado deprisa y demasiado lejos, en la medida en que sus reivindicaciones parecían excesivas a la mayoría de nosotros.

Daba igual. Yo tenía un tema. Me apasionaba y la actualidad hacía de él una idea «comercial». Empecé de forma prácticamente artesanal por reunir las confidencias de mis amigas y de mis relaciones. Pronto aprendí a no interrogarles en presencia de un hombre. Porque, para el sexo fuerte —volveré sobre ello— las mujeres ¡no necesitan fantasías! Me encontré pronto con una bastante bonita colección de aficionados. Eso no me bastaba: si me quedaba

ahí, mi trabajo se limitaría a una simple sección en un determinado medio: el mío.

Puse entonces un anuncio en los periódicos y revistas de mucha tirada. El texto venía a decir así:

«Soy una mujer y hago investigaciones sobre las fantasías sexuales femeninas. Anonimato garantizado».

Apartado de Correos XYZ

Así como pienso que he sido animada por mi marido y el espíritu de nuestra época, de igual manera las respuestas a este anuncio han marcado un giro en mi actitud frente a este trabajo.

No soy una militante ni una asistente social pero algunas llamadas de auxilio y algunos suspiros de alivio proviniendo de estas cartas me han conmovido.

A menudo empezaban así: «Gracias a Dios, por fin me puedo confiar a alguien. Hasta ahora, nunca me he entregado a ningún alma viviente».

Siempre me he avergonzado de tener esas ideas pensando que los demás las habrían juzgado antinaturales y me habrían considerado como una ninfómana o una perversa.

Creo necesario confesar aquí que había empezado este libro por curiosidad, a propósito de mí misma y del síndrome singular de excitación-ansiedad que el tema provocaba en los demás. La suficiencia del amante que me había rechazado y la actitud de mi editor «lo se todo» me hicieron continuar. Pero le dediqué todos mis esfuerzos cuando comprendí lo que podía aportar, no solamente a los solitarios ocasionales que me escribían de forma anónima, sino, sobre todo, a los miles y miles de mujeres que, demasiado molestas, aisladas o avergonzadas para contestar a mi anuncio, tendrían quizás el valor de leer mi obra.

Hoy, vemos mujeres que escriben explícitamente y honradamente sobre el sexo y sobre lo que ocurre en el cuerpo y la mente femenina durante el amor. Algunas son maravillosas escritoras.

Pero, por muy liberadas que estén expresan la necesidad de correr un velo púdico para disimular el reconocimiento de su propia sexualidad. Lo que

escriben se llama «ficción». Yo encontraría interesante e incluso útil quitarse este velo para avanzar un paso suplementario hacia la liberación de todos, mujeres y hombres.

Porque ningún hombre puede realmente liberarse en la cama en compañía de una mujer que no lo está.

Hacer este libro me permitió descubrir en qué se parecían las otras mujeres, tanto en sus fantasías como en sus vidas (es a veces difícil separar las dos), lo que me hizo sobresaltarme de incredulidad, a veces para reír francamente, enrojecer, lanzar numerosos suspiros, experimentar sensaciones de rabia o de envidia y al fin mucha compasión. Encuentro mis propias fantasías más divertidas que algunas, menos poéticas que otras, menos horribles que bastantes.

Pero son las mías. Naturalmente, no menciono aquí mis mejores fantasías, mis favoritas del momento, los números uno, dos y tres de mi «hit parade» privado. No por pudor, sino porque he aprendido algo a propósito de estas creaciones de la mente: compartirlas es divertido, pero una vez que son conocidas, la mitad de su magia, de su irresistible poder, desaparece.

Son guijarros de mar a los cuales el agua ha secado. ¿Es un misterio? No sé. Pero pertenecen al género humano, hombres y mujeres mezclados.

# ¿POR QUE LAS FANTASÍAS?

## LA FRUSTRACIÓN—

La mayoría de la gente piensa que las fantasías sexuales femeninas traducen una necesidad o un vacío y sólo son sustitutos de la realidad. En esa medida, deben de desaparecer durante los períodos de plenitud sexual y no reaparecer más que en caso de carencia.

Para la mayoría de la gente, una frustración está pues en el origen de las fantasías.

Empecemos, pues, por las de dos mujeres frustradas.

Hadge:

«¡Qué alivio el poder admitir las fantasías y el poder confiarlas a alguien tan comprensivo como usted! Tengo una que vuelve con regularidad, engendrada por la falta de interés que mi marido me muestra. Sólo me hace el amor cada cinco o seis semanas y siempre es del mismo modo. Estamos en la cama, con todas las luces apagadas. Empieza por jugar con su sexo. Este tejemaneje se prolonga por lo general media hora, a veces más. (Antes, él me pedía que le hiciera ese favor, pero ahora ya no lo hace). En el momento en que lo siento acelerar sus movimientos y respirar más fuerte, levanta mi camisón (siempre bajo las sábanas) y dice:

»Abre las piernas».

Dos segundos más tarde, eyacula, se retira y se duerme... Durante ese tiempo y sobre todo después, cuando ya sé que se ha dormido, y me masturbo, disfruto verdaderamente de mi fantasía. Es así: Me encuentro en la escalinata de una casa grande cuyas puertas están abiertas. En el interior: un gran Negro y detrás de él una mujer entrada en carnes y negra también. El hombre me agarra. La mujer le ayuda. Me arrastran hasta una habitación. Un gran pastor alemán —un macho sin lugar a dudas, en el pleno sentido de la palabra— está echado sobre un chiquillo de catorce años, desnudo. Me ordenan que me desnude.

«Destátese un poco».

El negro me lanza una mirada libidinosa. Yo protesto. Entonces, saca un látigo mientras que la mujer me desnuda a la fuerza. Me ata las manos a la espalda. La negra desabrocha a continuación el pantalón del hombre y saca su sexo, excepcionalmente gordo y tieso. Luego, empieza a acariciar esta enorme verga haciendo ir y venir el prepucio sobre el glande. Ella me obliga a arrodillarme delante de él y a repetir, cuando de la señal, las palabras «rabo» y «pito», para describir sus atributos. Me obliga a mendigar el favor de ser tomada. El hombre me hace decir varias veces la palabra «jodida».

Luego sueltan al perro, me colocan boca arriba y se las arreglan para que el animal acerque su cabeza a mi sexo. Empieza a lamer mi vulva. Tengo que acariciarlo lentamente. Luego la pareja me obliga a chupar el pene del perro. El Negro me mira para asegurarse de que no estoy fingiendo. Seguidamente, tengo que tenderme en un banco.

La mujer lleva al perro entre mis piernas ampliamente abiertas y guía su sexo. Lo siento que entra en mí. El muchacho me mira. La mujer se ha desnudado. Tengo que suplicar que me tomen mientras que el hombre frota su pene contra mis labios hasta tener una erección. Tengo que lamerlo. Me agarra brutalmente la cabeza y me hunde su enorme verga en mi boca. Me pinza las ventanas de la nariz para que esté obligada a chupar y a tragar su semen.

Tengo la impresión de que éste chorrea indefinidamente en el fondo de mi garganta. Para concluir, estoy obligada a chupar los pezones de la mujer, y su vagina, hasta que ella tenga un orgasmo. Durante ese tiempo, el adolescente se masturba y eyacula por fin sobre mi sexo y mi vientre.

La fantasía se disipa. Estoy húmeda de placer porque he acariciado mi clítoris y he alcanzado el orgasmo.

«¿Piensa usted que todo esto revela tendencias homosexuales y el deseo secreto de exhibirme ante un jovencito?».

Como a menudo el caso de que cuando seres humanos deben afrontar misterios o experiencias desconcertantes de las cuales su educación les prohíbe hablar, Modge no conoce ni las respuestas ni siquiera las preguntas correctas.

El último párrafo de su carta —donde me pregunta sobre el significado de su fantasía— me conmueve por su sobrecogedora candidez.

Dot:

»Aunque nos hayamos acostado juntos regularmente desde hace dos años y que yo haya tenido tres breves aventuras durante ese período, mi marido y yo estamos casados desde hace sólo ocho semanas. Creía estar prevenida contra las desilusiones del matrimonio. A pesar de todo tuve una gran sorpresa. Antes de regularizar nuestra relación, teníamos una vida sexual apasionante, desenfrenada, en la cual la imaginación tenía su lugar importante.

Aunque me haya masturbado desde la pubertad, he descubierto mi clítoris y he tenido mi primer orgasmo hace tan sólo un año. Desde entonces, mi compañero, usa y abusa de este nuevo conocimiento.

Él no dejaba nunca de masturbarme hasta el orgasmo, ya sea antes o durante el acto sexual.

Desde nuestro casamiento, sin embargo, nuestra vida sexual falla.

Hay que admitir que ahora tenemos horarios mucho más estrictos y que mi marido está a menudo demasiado cansado para hacer el amor. Sin embargo, incluso el domingo por la tarde (en el pasado, era el día que pasábamos en la cama, y dedicábamos al amor) no puedo esperar más que una siesta sin sorpresa. Esta situación no se ha prolongado lo suficiente para que llegara a sentir que me estaba volviendo desabrida o frustrada. Por ahora, me las arreglo con las fantasías que he elaborado.

Cuando mi marido decide pasar a la acción, esto se resume casi siempre a

«Hola señora, adiós, señora». Mi imaginación acude en mi ayuda. Antes, yo podía concentrarme para conseguir lo más rápidamente posible el orgasmo, él nunca me dejaba tiempo. Poco a poco, me di cuenta que era mejor imaginar mentalmente una situación muy erótica. Esto me permitía por fin gozar. En segundo lugar, después de haber probado varias fantasías, descubrí que el proceso era más corto todavía y más eficaz si conservaba cada vez el mismo tema. Y cuanto más se une la fantasía con el coito y la masturbación, más realista y precisa se vuelve.

La que voy a describirle es corta. Por lo general, la paso varias veces por mi cabeza omitiendo el final hasta que siento llegar el orgasmo.

«Veo una reunión de hombres ricos y bien vestidos. Tienen todos cierta edad.

Uno de ellos se comporta como si fuera mi marido o mi tutor. Pero se trata de un personaje anónimo y nunca le he atribuido un papel específico ni relaciones particulares conmigo. El dirige mis actos y parece ser el jefe. Entro en la habitación donde están estos personajes. Llevo un maravilloso vestido de verano, ligero y ceñido. El hombre explica a los demás que, aunque yo esté incómoda, soy por naturaleza exhibicionista. Me ordena que me desabroche el cuerpo de mi vestido y que enseñe mis pechos desnudos a todo el mundo. Luego, me hace tenderme sobre una mesa de café, el pecho a un lado y las nalgas a otro. El hombre señala al foro que cualquier cosa que esté helada y húmeda basta para excitarme. Les propone empapar mis pechos en sus copas de *champagne* medio llenas. (Cuando mi marido y yo pasábamos mejores días y mejores noches, nos frotábamos a menudo mutuamente con hielo). Mi fantasía sigue así: el hombre desliza su mano bajo mi vestido y mi ropa interior para frotarme las nalgas.

No le presta la menor atención ni a mi vagina ni a mi clítoris, sino sólo a mi trasero. Les habla a los otros hombres y les explica hasta qué punto mis gordas nalgas blancas son maravillosas. Y desde luego, ¿quieren verlas? Les pregunta. Pasea sus dedos algunos instantes más por mi piel y me desnuda lentamente, para exhibirme en bragas. Me manosea aún un poco y alaba de nuevo mis formas a los demás. En ese momento, siento mi orgasmo cerca. Cuando estoy preparada, me imagino que hace deslizar las bragas por mis muslos. Si, en este punto de la fantasía, aún no he gozado, lo vuelvo a repetir a



partir de la escena de las copas de *champagne*. Añado algunas veces una pequeña sesión de flagelación. Mientras que me azota, el hombre explica a sus amigos que le gusta ver mis nalgas blancas pasar a rosa.

Inventé esta fantasía un día que me masturbaba durante un baño. Ahora, imagino esa escena casi todos los días —ya sea en la cama con mi marido, ya sea en mi bañera— paseo el chorro de la ducha por mi sexo. Quisiera saber cuánto tiempo esta fantasía conseguirá hacerme gozar antes de que llegue a asquearme. Empiezo a pensar que la simple evocación de esta fantasía basta para excitarme, un poco como un reflejo condicionado. Pero mientras estas escenas imaginarias me den placer, contribuirán al éxito de nuestro matrimonio y de nuestra vida sexual».

## LA INSUFICIENCIA

Antes de pasar a motivos más serios de fantasías, razones positivas que me han inspirado y que me inspiran aún (incluso de haber reunido todos los testimonios de este libro) una curiosa mezcla de excitación y de inquietud, he aquí cuatro variaciones más sobre el tema de la frustración.

Se trata aquí de uno de los grandes temas universales de la soledad sexual del que podemos todos comprender la realidad.

La primera entrevista es la de una mujer de cuarenta y cinco años, Louella, en ausencia sexual total.

La segunda pone en escena a Irene, una chica de veinticinco años, al límite de la frustración total. Luego, viene una carta de Annette que era muy joven — 19 años— y muy voluntariosa para resolver su problema. Pienso que la violencia y la alienación que expresan algunos de los temas expuestos por estas mujeres demuestran hasta qué punto el ser humano reacciona contra el «hambre sexual». La persona saciada erigirá perezosamente entre dos postres, el hambriento soñará que come león.

Louella:

«Mi marido se casó conmigo para que me encargara de su hijo y de su casa. Este papel de ama de casa me ha frustrado profundamente y se encuentra sin duda en el origen de la atracción que yo siento hacia mi hijastro. Si mi marido es impotente, su hijo, sin embargo, es terriblemente sensual. A veces, tengo miedo de no poder quitar mis ojos de su sexo que moldea su pantalón. Me da la impresión de que le ocupa todo el vientre.

En mi fantasía, me lo imagino tendido sobre su cama, despierto.

Colocada detrás de la puerta de su habitación, lo llamo para que se levante.

Sé que está tendido, y que se acaricia. Voy para llamarlo otra vez cuando uno de sus compañeros de clase llega. Se marchan juntos y los dejo ir porque sé lo que van a hacer.

Salen de la casa, entran en la leñera. Un momento después me deslizo silenciosamente hasta la cabaña y los observo entre las tablas separadas. Los dos chicos están de frente y se masturban mutuamente. Esto empieza por enfadarme, pero me siento pronto húmeda de placer. Vuelvo a casa y le grito a mi hijastro que vuelva inmediatamente. Sigo teniendo ganas de reñirle. Llega, medio avergonzado, medio sarcástico. Las piernas temblorosas, me siento.

El bulto de su sexo es enorme; parece que el miembro va a romper la tela. Desabrocho su bragueta y le subo la camisa. No pensaba que tuviera una verga tan voluminosa. La acaricio. Mis dedos sienten la sangre latir. El miembro está ardiendo. Pero no tengo tiempo de seguir: mi hijastro eyacula inmediatamente en mis manos. Unos minutos más tarde, subimos a mi habitación. Se sienta al borde de la cama. Me pongo de nuevo a acariciarlo descubriendo su glande, luego me desnudo. Me chupa los senos. Me pego a él, con las piernas juntas y guío su pene. Pero eyacula demasiado deprisa. Lo despido. Por la ventana, lo veo bajar el camino. Saco mi consolador.

Es más grueso que el miembro del chico, pero penetra por completo en mi vagina».

Irene:

Mi marido prepara una licenciatura. Yo sólo tengo el diploma de primer

curso de Facultad. Lo he pasado siguiendo clases a tiempo parcial. Tengo veinticinco años y mi marido veinticuatro. No tenemos hijos y pienso que preferiría no tenerlos.

En el aspecto sexual mi marido habla mucho pero no hace gran cosa. Y, como probablemente lo adivina usted, estoy insatisfecha: no he tenido nunca un orgasmo. Recientemente, he empezado a pensar en otros mientras que mi marido me hacía el amor. En estas visiones, imagino cómo sería el acto sexual con alguien que pudiera seguir el tiempo suficiente como para satisfacerme. Conozco varios hombres que creo capaces de hacerlo. Desgraciadamente, mis relaciones conyugales son tan breves que ¡no puedo soñar durante mucho tiempo!

Me pregunta a menudo para saber en qué pienso mientras está en mí. Pero nunca me he atrevido a hablarle de mis fantasías. Estoy segura de que esto empeoraría las cosas si él las conociera. De todas formas, el simple hecho de decir la mínima palabra durante el amor lleva a mi marido más rápidamente al orgasmo.

Cuando salgo, busco con frecuencia compañeros. Pero en imaginación solamente. Cuando un hombre me gusta, pienso que mis grandes senos están desnudos. Con sólo verlos, el hombre es incapaz de resistirse a mí. Me toma enseguida y me satisface, por fin, completamente. Miro también a algunas parejas encantadoras preguntándome si el hombre hace gozar o no a su mujer y qué sensaciones experimenta ella consiguiendo el orgasmo. Pero todo esto sólo hace crecer mi sentimiento de frustración.

También he intentado pensar en mujeres. Me imagino haciendo el amor con una chica como yo. Conociendo nuestros deseos recíprocos mejor que ningún hombre, estamos en disposición de satisfacerlos totalmente. El cunnilingus ocupa un lugar importante en esas fantasías, porque he oído decir que era éste un excelente medio para una mujer para llegar al orgasmo.

Sin embargo, mi marido no quiere practicarlo en mí.

¡También he probado la masturbación, claro! Sin embargo, a pesar de mi imaginación, nunca he conseguido placer. Mientras me acariciaba, me imaginaba que no era mi dedo sino el de un joven seductor. Cerraba los ojos y me imaginaba su cabeza posada sobre mis senos. Me imaginaba que mis dedos eran sus labios...

También he soñado que un grupo de estudiantes me había raptado para participar en una orgía en la cual yo era la única mujer. Me imaginaba a los hombres penetrándome en fila, en el comedor, en camas, en cualquier sitio, delante de todos. Gozaban en mí uno tras de otro. Creía que esta sucesión de relaciones me iba por fin a hacer conocer el orgasmo... en realidad nunca lo he conseguido verdaderamente.

En mi primera fantasía, la más extraña de todas, soy a la vez un hombre y una mujer. Esto me permite satisfacerme sola. Puedo hacerme todo lo que sueño. Es una fantasía difícil de elaborar, pero pienso que puede por fin aportarme lo que yo espero.

Annette:

»Nunca he confiado mis fantasías sexuales a nadie, pero siento la necesidad de hablar de ello. Aprovecho, pues, la ocasión que me ofrece para aliviarme de ese peso. Siempre me he avergonzado de estas fantasías. Tengo la impresión de que los demás deben encontrarlas anormales y considerarme como una ninfómana o algo por el estilo.

Tengo diecinueve años. Estoy casada desde hace pronto un año con un hombre de veintitrés años. Cuando está en casa, tenemos una vida sexual bastante satisfactoria. Nos damos a todo tipo de prácticas, entre las cuales largas sesiones de caricias orales. Los problemas empiezan a plantearse cuando mi marido no está aquí. Y, por su trabajo, se desplaza con frecuencia al extranjero y no puede llevarme siempre. Se ausenta quince días. Al final de la segunda semana, a veces antes, noto violentamente la falta de relaciones sexuales y tengo que recurrir a la masturbación. Por varias razones, no deseo aventuras con otros hombres. Al principio, tenía por costumbre imaginar que mi marido estaba conmigo, que acariciaba mis senos y mi vulva, que lamía y chupaba mi clítoris y, a la vez que me introducía un plátano o un pepino en la vagina, cerraba los ojos y me figuraba que era el pene de mi marido que me penetraba.

Durante los primeros tiempos, estas imágenes bastaron para procurarme un orgasmo satisfactorio. Pero, con bastante rapidez, sentía dificultades para conseguir placer. Entonces, me puse a imaginar que dos hombres me hacían el

amor: mi marido y un miembro del club de tenis, muy seductor. Uno besaba mis senos y chupaba mis pezones. El otro me hacía el amor con su boca.

Después de estos preliminares, me metía un plátano en mi vagina y me imaginaba al hombre tomándome, mientras que mi marido hundía su pene en mi boca.

Ahora he dado un paso más: para llegar al orgasmo, me tiendo boca arriba, atravesada en nuestra cama grande, abierta de piernas, con un pepino de cinco centímetros de diámetro hundido en la vagina.

Los ojos cerrados, me imagino que cuatro hombres me hacen el amor a la vez. Haciendo ir y venir el pepino con un movimiento giratorio, uno de los hombres de rodillas entre mis piernas me besa la raja, otro de rodillas en la cabecera de la cama me besa la boca, los dos últimos están en cuclillas a cada lado de mí, con la cabeza agachada para chupar mis pezones. Entonces, extendiendo los brazos, agarro sus penes y los masturbo.

En este punto mi fantasía cambia. Giro la cabeza hacia uno de los bordes de la cama y el hombre que se encuentra ahí coloca su pene en mi boca. El que estaba entre mis piernas se sube a la cama e introduce su verga en mi vagina, mientras acaricio a los otros dos.

De esta forma, todo el mundo goza a la vez. Cuando mi deseo renace al cabo de un pequeño período, me imagino que me dedico a cada uno, pero esta vez uno tras otro, en una sesión de 69. Los chupo hasta que eyaculan, lo que los deja provisionalmente flojos e impotentes. Tragarme el esperma de estos cuatro hombres me excita enormemente y este método me permite llegar a una serie de maravillosos orgasmos.

Sé que si, por casualidad, esta fantasía pudiera realizarse sin que mi marido lo supiera, agarraría la oportunidad sin dudar. Pienso que el hecho de vivir de verdad esta situación, que tiene que aportar un placer extraordinario, destruiría mi obsesión.

Me interesaría mucho conocer las fantasías de otras mujeres para saber si soy la única en imaginar este tipo de cosas. Y, si conoce cuatro hombres fuertes y viriles que puedan participar en una orgía con una mujer atractiva y apasionada<sup>[1]</sup>, ¡mándemelos! [Carta]

## AUMENTAR EL PLACER SEXUAL

La gran mayoría de las fantasías sexuales femeninas pueden pasar, si uno quiere, por testimonios de frustración. Pensamos por lo general en las mujeres como seres frustrados, simplemente porque es éste su papel sexual histórico.

Tradicionalmente, las mujeres pertenecen al sexo «débil», menos sagaz, menos sometido a los cambios y menos liberado...

Las mujeres han dedicado menos tiempo al sexo y han sido menos informadas a través del arte, la literatura y las relaciones sociales (por no hablar de padres y maridos) que los hombres para aumentar su papel sexual. Con la excepción, claro está, del papel de virgen cautiva o sin deseos.

Incluso la aventurera, más audaz que yo haya conocido, reconoce que sus fantasías marcan una regresión en relación con el grado de libertad que haya adquirido en su vida sexual real. Hasta en sus sueños más locos, su inconsciente le hace tener el papel inhibido que su madre le ha enseñado a tener. En la realidad, se puede sentir perfectamente liberada y, capaz de dar los primeros pasos, de jugar al seductor activo y elegir un hombre para el inocente placer de una noche; sin embargo, su fantasía queda lo más frecuente del tipo:

«No es culpa mía, estaba drogada, o golpeada, o sumisa a una cruel y abrumadora dominación...»

Ideas de este tipo, tan profundamente arraigadas en el espíritu femenino pondrán una generación en desaparición y esto, sea cual sea la relativa libertad de los cuerpos.

Pero sería demasiado sencillo decir que toda mujer cuya vida sexual

imaginaria entra en conflicto con la realidad vivida está inhibida y, por tanto, que toda fantasía expresa una frustración auténtica.

Algunas de las mujeres más felices y satisfechas sexualmente con las que he hablado, fantasean con toda libertad y se encuentran con ello totalmente satisfechas.

Me limitaré solamente a decir lo siguiente: las mujeres tienen tendencia a cultivar fantasías y demuestran ser expertas. Incluso una vez saciados los deseos de sus cuerpos, su mente puede imaginar una nueva exploración sexual y poner en juego parámetros de los cuales su cuerpo sabe perfectamente prescindir. Es el sexo en sí y no sólo la ausencia de actividad sexual el que inspira las fantasías.

Para algunas mujeres, hay casi una relación de causa—efecto entre el acto sexual y la fantasía. Está alimentando y estimulando a aquélla.

Patricia:

Patricia es una gran y guapa americana rubia que vive en Roma.

Separada desde hace un año de su marido, vive con un italiano, Antonio. Patricia y su rico marido inglés han llegado a un acuerdo: cuando estén cansados de sus aventuras extraconyugales, se marcharán de Roma.

Cualquier cosa que uno u otro haya podido hacer en esta ciudad, no contará. Volverán juntos a Londres o a Nueva York, porque dice Patricia: «Nos queremos realmente. Deseamos simplemente conocerlo todo sin sentirnos culpables».

»... Cuando penetra en mí, cierro los ojos y me imagino en un sitio totalmente increíble, un restaurante muy bien, por ejemplo. En apariencia, esto se parece a una de las innumerables veladas, tan elegantes como aburridas a las que he asistido, en restaurantes elegantes y aburridos. Los hombres están con *smoking*, las mujeres divinamente peinadas y el *maître* del hotel mostrando un sentimiento ostentatorio.

Estamos todos sentados alrededor de una mesa adornada con cristales deslumbrantes y plata colocados sobre un recio mantel de hilo bordado. Este mantel tiene un papel importante, porque esconde al hombre situado bajo la mesa, con la cabeza entre mis piernas.

Converso amablemente con la gente sentada a cada lado de mí. ¿Cómo había llegado el hombre ahí? Es una pregunta interesante.

Porque, en mi fantasía, me he preocupado de ese detalle. Una de dos, o bien se ha metido tranquilamente bajo la mesa, con el pretexto de que su servilleta se había caído; o bien, se ha disculpado como si fuera al servicio, pero, en realidad, ha corrido hasta el sótano, ha entrado y luego ha salido a mis pies por una trampilla.

Una vez ahí, suavemente ha separado mis piernas consentidoras.

Es gracioso ver el poco tiempo que se necesita, en una fantasía, para colocar los detalles prácticos... A decir verdad, el tiempo no es el mismo en la imaginación que en la realidad. A veces, este hombre es un Negro, pero a menudo es un completo desconocido. Tal vez se trate de un rostro nuevo en nuestro triste grupito, de un rostro con el que he estado delicada toda la velada, como ahora lo estoy a sus caricias en mis muslos. Deseo a este hombre-fantasma, tanto como deseo al hombre que se encuentra, de verdad, entre mis piernas.

Mi fantasía se caracteriza por un lujo espantoso de detalles: coloco el mantel sobre mis rodillas para que nadie pueda ver que el hombre ha subido mi falda, o perciba su cabeza apretada contra mí o también su lengua... Está también el intrincado enredo de pies que se mueven bajo la mesa como un *ballet*. Rezo para que ninguna pierna tropiece contra su cuerpo.

Lo divertido, es que todos estos detalles hacen la fantasía más excitante.

Temo a menudo, y es un miedo delicioso, que alguien me invite a bailar. Pero lo más angustioso sigue siendo la idea de que el hombre cese en sus caricias... O que uno de los invitados llame al camarero, pida la cuenta y diga:

“¡Todos de pie, nos vamos!”.

Supongo que, en realidad, la razón de mi miedo es que el hombre, el verdadero, el que me hace el amor, se pare o esté cansado.

Necesito mucho tiempo para llegar al orgasmo... pero me gusta por encima de todo lo que lo precede. En el pasado, he tenido hombres, amantes que se impacientaban o que se paraban antes que yo gozara, mientras que yo sentía mi placer cercano. No puede saber hasta qué punto esto me frustra...

Todo este suspense en mi fantasía acentúa mi excitación real. El temor de



lo que voy a hacer en ese restaurante imaginario, cuando el hombre me lleve al placer, convierte mi placer en tortura. Coloco mis dedos sobre su cabeza —no te pares— y, con la otra mano, fumo un cigarrillo o juego distraídamente con mi ensalada. Tengo siempre una sonrisa mundana en mis labios pero disimula mal mi angustia: ¿qué va a ocurrir cuando esté gozando? (Soy bastante ruidosa).

Cuanto más me acerco al orgasmo en la realidad, más se dramatiza la intriga en mi fantasía. Gracias a Dios, de repente hay un apagón eléctrico en la sala. Todas las luces se apagan. Entonces. ¡Wouah! En medio del bullicio de mi restaurante imaginario, siento un muy profundo y real orgasmo».

Suzanne

»Cuando tenía 16 años, leí un libro de educación sexual contando, entre otras cosas, una historia que me causó mucho efecto. Una jovencita contaba como cuando se encontraba sola en el vestuario de una sala de baile y echada hacia delante, un hombre se había acercado a ella por detrás, había levantado su vestido e introducido su pene en su vagina. Eso ocurrió, claro, en tiempos en que los leotardos no existían. Había tenido, pues, una “aventura” sin volverse y sin ni siquiera saber quién era el hombre.

Este relato me excitó mucho. No había tenido todavía relaciones sexuales por aquel entonces, pero pensaba en lo que había leído al masturbarme. Poco a poco he empezado a identificarme con la chica, imaginando que esta aventura me ocurría a mí. Esta fantasía de base persistió durante mucho tiempo. Tuve mi primera experiencia sexual a los 17 años.

Pero, para que una fantasía pueda actuar durante el amor, es indispensable que ninguno de los miembros de la pareja hable demasiado si no se pierde el hilo de la intriga. No era el caso.

Nuestras charlas me lo impedían, pero yo me desquitaba al masturbarme.

Conocí a mi marido a los trece años y me casé a los veinte. Una vez instalados en nuestras costumbres de relaciones sexuales prolongadas, me di cuenta de que podía tener fantasías. Claro está, esto aumentaba mi placer, así como el de mi marido. Tuve el valor de hablarle de estas escenas imaginarias a mi marido. Se mostró muy comprensivo y me animó en esa vía.

Estas fantasías se parecían mucho a la primera. La prolongaban, de alguna manera. La idea de que un desconocido se acerque a mí por detrás sigue excitándome aún hoy, pero las fantasías han tomado amplitud. El hombre toma siempre la iniciativa, sin presentarse o cortejarme un poco.

... Rara vez estoy desnuda. Por lo general, llevo un vestido, pero nunca bragas ni leotardos a fin de estar fácilmente aseQUIBLE y disponible en todo momento. La escena se desarrolla siempre en público, al menos parcialmente. Ya sea con motivo de una velada, ya sea en un parque, ya sea en la oficina, para que los demás puedan ver lo que ocurre. Estos espectadores no intervienen nunca, y no se dedican a ninguna reflexión.

Un ejemplo típico: nos encontramos en una recepción. Cantidad de gente muy atractiva, hablan los unos con los otros. Converso con dos hombres. Estoy desnuda bajo un vestido que cubre apenas mi entrepierna. Cada hombre me rodea con un brazo y me acaricia los senos. Uno de los dos me pasa la mano por entre las piernas. Los demás siguen hablando mientras que mis compañeros me llevan hacia un sofá, donde me tienden, con la falda alzada, las piernas extendidas. Uno de los dos me penetra y luego el otro lo sustituye.

Luego, todos los hombres presentes en la sala me besan, uno tras otro, siendo el último mi marido. En ese instante, mi fantasía concuerda con la realidad. Mi marido y yo sentimos subir un maravilloso orgasmo.

Quisiera señalar de paso el hecho de que no utilizamos nunca la expresión «hacer el amor» porque, en nuestra opinión, el amor es el sentimiento que experimentamos permanentemente el uno por el otro. El placer sexual es algo muy diferente. Así, pues, nos queremos, pero durante las relaciones sexuales (lo que supone que yo piense en otros hombres y del modo como me joden) utilizamos algunas palabras con preferencia a otras. Estoy segura de que usted me comprende.

Nunca he pensado que hubiera cualquier cosa anormal en las fantasías. No puedo imaginar la masturbación sin ellas. Por otro lado, la actitud de mi marido durante nuestras relaciones sexuales me ayuda mucho.

Seguramente usted habrá reflexionado sobre las relaciones entre las fantasías y el acto real cuando alguien intenta plasmar las divagaciones de su imaginación. En muchos casos que ponen en escena a gente inaccesible, esto sería imposible. Para mí, a pesar de que los protagonistas sean corrientes, las

circunstancias son más grandes que en la vida. Me sería pues, muy difícil realizarlas. ¿Cómo por ejemplo «joder» con una decena de hombres en medio del gentío?

Incluso el hecho de pasearse sin bragas puede ser arriesgado.

Aunque a un gran porcentaje de hombres, incluido mi marido, les excite mucho la idea de mujeres con las nalgas desnudas.

Cuando tengo una relación sexual con un hombre, es pues en condiciones por lo general muy convencionales. Desarrollo luego esta realidad en mis fantasías.

En muy raras ocasiones, he tenido relaciones que se acercaban a mis sueños eróticos. Sin embargo, nunca han alcanzado un grado y una intensidad comparables.

Hemos probado la sexualidad de grupo y ahí, he jodido con cinco o seis hombres en una noche.

No quiero extenderme demasiado sobre esta historia de bragas, pero en la primera escena de la cual había leído el relato, escena que se desarrollaba no solamente antes de los leotardos, sino que también antes de las minifaldas, la chica decía sencillamente que su vestido estaba alzado, sin mencionar lo que llevaba, o no, debajo. De todas formas, no había ningún obstáculo, lo que es muy importante en mis fantasías. He leído que algunas chicas confiesan salir todos los días sin ponerse bragas. Mi marido acepta la idea, pero me falta valor para hacerlo. Espero, pues, las ocasiones en las que me parece menos peligroso. Por ejemplo, cuando me encuentro con gente que yo sé que aprueban ese comportamiento. Me gusta el sexo, pero ¡no quiero ser violada!

Para acabar, quisiera repetir que saco mucho placer de mis fantasías.

# PRELUDIO

Desearía atenuar la ansiedad que provoca el recurso a las fantasías durante el acto sexual. Pero, por otro lado, no quisiera culpabilizar a aquellas que no las tienen. No fantasear no significa ser anormal y concibo perfectamente que una mujer prefiera prescindir de ello.

Quiero simplemente intentar establecer un clima más favorable a las fantasías femeninas. Y así permitir a las mujeres que necesitan evocar escenas imaginarias durante el amor sentirse menos aisladas y rechazadas. Liberarlas de la impresión de que están cometiendo una «falta». Convencer a las que fantasean deliberadamente, y a todas las demás, de que una utilización más consciente de la imaginación puede aportar una dimensión suplementaria al sexo.

Pero contestamos todas de forma diferente a los distintos estímulos.

He comprobado que algunas mujeres no fantaseaban, de igual manera que un pequeño número de personas puede no soñar. En realidad, creo que la mayoría fantasea. Leyendo este libro, bastantes mujeres van a descubrir sus creaciones imaginarias, disimuladas bajo la censura de la adolescencia o de la mojigatería. Llámenlo como quieran...

Ya he dicho por qué pienso que las fantasías femeninas son a menudo más ricas y mucho más gráficas que las fantasías masculinas. Revelan la cara oculta de la mujer. Pero, del mismo modo que hay gente que fantasea y otra que no, algunas de estas escenas imaginarias deben ser compartidas y otras no. Revelando este aspecto secreto de las cosas, no pretendo que haya que contar o poner en práctica sus fantasías para crecer su placer sexual.

Aceptarlas sin angustias por lo que son resulta suficiente.

Nadie negará que algunos «accesorios» (alcohol, música, luz tenue, etc...) permiten a un hombre imponer condiciones a su pareja. A partir de entonces, ¿por qué se sentiría él amenazado por lo que ocurre en la mente de la mujer?

Fotos eróticas o películas pornográficas excitan a algunos. ¿Es importante que los personajes sean desconocidos o que las palabras que estimulan a la mujer estén escritas por otro hombre distinto al suyo? En esas condiciones, ¿por qué habría que preocuparse más de las cosas y de la gente en las que piensa una mujer durante el acto sexual?

La mujer no necesita erección para hacer el amor. Se mantiene disponible permanentemente. Recíprocamente, un hombre puede llegar al orgasmo mientras que su pareja piensa en la lista de la compra. ¿Es esto deseable? ¿No tendrían más placer si durante los preliminares la mujer cambiara el hilo habitual de su pensamiento para imaginar algo más atractivo que el «qué le pongo a los niños mañana de comida»? ¿Es más importante que sus imágenes mentales sean la proyección de una anterior «sesión» particularmente erótica con su marido (véase, más adelante, la fantasía de Berta) o que se excite imaginándose que es tomada por un campeón cualquiera de tenis que ni siquiera la conoce?

Lo esencial sigue siendo la calidad del acto sexual en la realidad.

Que la mujer se anime más rápidamente al imaginar su escena erótica preferida que al tomar un aperitivo, ¿por qué no?, siempre que acabe proporcionando a su pareja un mayor y mejor disfrute.

En el fondo, no se trata tanto de revelar sus fantasías a un marido o a un amante como de aceptarlas. Para algunas mujeres la fantasía sigue siendo el preliminar más potente y más eficaz. Ningún hombre nunca debería olvidar, que es él, en carne y hueso, al que ella desea de verdad, si no, no estaría ella probablemente ahí, al lado suyo.

Berta:

»Cuando hago el amor con mi marido, a veces, vuelvo a pasar en mi mente nuestras últimas escenas de amor; las que son particularmente eróticas, aquéllas en las que ambos nos decimos o hacemos cosas inhabituales. Me

gustaría que fuera así siempre, con la cama revuelta y nosotros tendidos, sudorosos, agotados y felices... Claro, siempre no es el caso. Entonces, reconstruyo esos momentos perfectos, sorteando con el pensamiento a mi marido, mientras que él se conforma con estar tendido sobre mí y a punto de retirarse. Hemos conocido algunos momentos inolvidables en la cama... y en otros lados, particularmente bajo la ducha jugando a “corre que te pillo”, con nuestros cuerpos relucientes de aceite de baño. Son esos momentos los que yo recuerdo. Me acuerdo de ellos sobre todo si no estoy particularmente excitada. Esto me ayuda a llegar al estado que yo deseo alcanzar. Cuando llego, mi marido lo alcanza también.

Él sabe todo esto y lo aprueba. Pienso incluso que a veces él cuenta con mi imaginación, cuando está cansado, por ejemplo. Es como si me dijera: «Vamos cariño, recuerda cómo era, haznos volver hacia atrás...».

Estamos casados desde hace dos años y medio y tenemos una vida sexual que ha sido éxito. Pero siempre he pensado que la reconstrucción mental de las partes que mejor han con mi marido nos llevaba a escenas sexuales más eróticas que en cambio me daban una materia nueva para la vez siguiente.

«Mis fantasías son como el dinero colocado en un banco si ve usted lo que quiero decir...». (Entrevista grabada).

# LA APROBACIÓN

Mi meta en este libro no es defender la causa de las fantasías con el rigor de un abogado sino simplemente exponer testimonios.

Apartando el hecho de que la fantasía constituía un aspecto interesante de la sexualidad femenina (yo misma soy propensa a ello), sabía poca cosa sobre el tema antes de empezar este trabajo.

A decir verdad, todas las enseñanzas que he sacado son la consecuencia directa de las confidencias que he recibido. Pero no he interferido nunca con las fantasías en sí. He seleccionado algunas para esta obra, y las he agrupado y clasificado siguiendo una progresión lógica.

Cualquiera hubiera podido hacer lo mismo y adoptar cualquier sistema arbitrario de clasificación. Sin embargo, haber elegido este orden mejor que otro implica que me sitúo a pesar de todo como abogado.

Este libro está orientado, sin ninguna duda, a aquellos lectores cuya idea es que la fantasía sexual femenina es un excelente preludio de los juegos amorosos y finalmente a convencerles a aceptar las fantasías en todas las circunstancias.

Presumo que todos y todas somos partidarios de preliminares sexuales. Voy más lejos y supongo que somos todos y todas adictos a las recetas que aumentan la confianza en sí durante el coito (es inútil explicar a las mujeres la falsedad de la idea siguiente, ampliamente extendida entre la mayoría de los hombres que han escrito obras sobre el sexo: con el pretexto de que las mujeres no tienen por qué temer que sus angustias se traduzcan en una manifestación externa —como es el caso de los hombres cuya verga queda

desesperadamente sin erección— sus parejas piensan que ellas sufren menos y tienen menos necesidad de ser tranquilizadas).

Entre los ejemplos que siguen, mujeres como Sally, Vicki o Sandra buscan la aprobación de personajes tan universalmente reconocidos como la madre, el médico, incluso Jesucristo. Lo que debería crear un clima de comprensión.

Si admitimos que la fantasía femenina constituye una forma de preludio sexual como cualquier otra, la idea de que tranquilizar los temores, pueda hacer crecer la excitación no sorprenderá a nadie.

Sally:

Mi amiga Sally tiene una pequeña *boutique*. Tiene unos 20 años. Su cabello es largo, moreno y espeso. Bajo uno de estos graciosos turbantes que ella coloca con un arte especial, la forma de su rostro parece perfecta. Después de una relación de más de un año, acaba de romper con un hombre dos veces mayor que ella. Esta *boutique* es un regalo de ruptura.

Ella considera su aventura como la experiencia «más enriquecedora de su vida». Está aún muy ligada a Alan, su bienhechor. Aún habla de él con entusiasmo.

Teniendo en cuenta el gusto de Sally hacia todo lo que es nuevo, «la experiencia enriquecedora» a que hace alusión ¿debe conllevar algunos interesantes detalles!

Admite desde luego que la herencia de Alan será difícil de asegurar.

«Ahora, dice, me aburro considerablemente con los hombres más jóvenes».

«He reflexionado largamente sobre mi fantasía desde que he empezado a tenerla y a soñar. La he analizado de diez formas distintas, pero no estoy aún segura de haberle encontrado la interpretación. No creo haberla experimentado antes de encontrar a Alan. Pero no puedo afirmar nada. En realidad, Alan ha debido actuar como un revelador sobre mi subconsciente y hacer surgir esta fantasía bajo sus distintas formas. Es en efecto muy posible que haya existido ya en estado muy latente desde hace mucho. Sin embargo, no me había dado cuenta nunca antes de encontrar a Alan.

A primera vista es, superficialmente, una fantasía muy sencilla, pero yo la



adorno con variantes, según mi humor del momento.

Aparece siempre cuando tengo relaciones sexuales. Entonces, una imagen mía, tendida, desnuda (como en realidad estoy) con uno o varios hombres a mi lado, se impone en mi mente. Mientras hacemos el amor, llamo por teléfono a mi madre. ¿No es extraño?

Tengo claro que controlar sin cesar mi voz, que obligarme a hablar normalmente con ella, como si nada inhabitual se produjera.

Por momentos, ella me pregunta “¿qué es ese ruido que oigo?”.

Cuanto más pasa el tiempo ella sospecha más, pero eso sólo hace aumentar mi excitación. Incluso durante los largos períodos en los que ella y yo conversamos, mucho más amigablemente que lo hacemos en la vida, estoy tendida, presa de una maravillosa emoción. Me encanta hablarle así...

Mi madre se llevaba muy bien con Alan. Después de todo, tienen más o menos la misma edad. Es increíblemente coqueta y nunca aprobó por completo mi relación con él. ¿Por su edad o por envidia? De todas formas, permanece siempre muy dulce y comprensiva conmigo por teléfono.

Lo que es divertido, es que cuando llego al orgasmo, ya no puedo controlar mi voz. Ella no me riñe ni cuelga como podría pensarse.

Sigue charlando con una voz suave y cálida que en la realidad nunca tiene conmigo».

Vicki:

Vicki tiene 32 años. Acaba de divorciarse por segunda vez. Su tipo de belleza un poco exótica atrae a cantidad de hombres, pero sus preferencias van, desde siempre, hacia los «gamberros».

Ya le ha echado el ojo a su próxima conquista (quiero decir su próximo verdugo). Pero ella es la primera en reírse de la lluvia de golpes que le espera. «Soy así», explica reajustando el cuello de su camiseta ceñida, antes de marcharse hacia su próximo Waterloo.

Cuando no está recibiendo golpes, se encuentra por lo general en los archivos de un gran museo. Especialista en Historia del Arte, posee una gran reputación en ese terreno y colabora en diversas publicaciones artísticas en media docena de países.

«Una mente con tendencia a la “guasa” podría pensar que ha visto suficientes crucifixiones para no añadir aún sus sufrimientos personales a los de Cristo». Lo que usted me pregunta es interesante pero no sé si debo agradecerle o reprocharle por las ideas extrañas que se han impuesto en mí desde que hablamos de su libro el año pasado... En realidad, estoy segura de que ya existían, pero en estado latente, y es nuestra conversación sobre las fantasías sexuales la que los ha traído a la superficie de mi consciencia.

Hoy, no puedo meterme en la cama con un hombre sin imaginarme que es mi médico. No sé si concretamente esta fantasía ha hecho realmente crecer la intensidad de mi placer sexual, pero de todas formas ese médico está ahí, delante de mis ojos, con su gorro y su mascarilla, pareciéndose hasta en los más pequeños detalles a mi propio doctor. O todo esto ¿proviene únicamente de la mascarilla y el gorro? Conoce usted esta antigua broma: «se parecen todos en cuanto se han puesto los pies en los estribos de la camilla de ginecología».

Sin embargo, no me he hecho una exploración completa desde hace muchos años. Bueno... de acuerdo, sé que es idiota no hacérselo cuando se tienen más de 25 años. Pero siempre he detestado ese tipo de cosas. A propósito, recuerde usted su enfado cuando en el instituto... No fui a esa consulta ginecológica por un retraso en mi período de seis meses. Yo que aún era virgen... Todo acabó bien ¿no?

La única cosa que me fastidia en mi fantasía es que no consigo determinar la causa, no habiendo vivido nunca ningún idilio con un médico. Y Dios sabe que un examen ginecológico completo nunca me ha excitado. Ni siquiera he pasado por el estado ritual del «juego del doctor», con los chicos de la vecindad. Pero basta con que esté bajo las sábanas con un hombre para que todo el mundo esté presente: el chico y yo en la cama, el médico y yo en mi cabeza. Cuanto más excitada estoy, las piernas alzadas y el médico en medio —perdón mi amante—... En fin, ve usted lo que quiero decir... Cuanto más se precisa el examen, más aumenta mi excitación. Cuanto más se prepara el médico a «formular su diagnóstico», más me acerco al orgasmo. En ese momento, el rostro enmascarado del médico se acerca al mío. Antes de que abra la boca, leo en sus ojos enamorados que estoy en perfecta salud y que todo va bien.

Ahora, voy a confiarle muy francamente mi opinión sobre lo que acabo de contarle. En realidad, quisiera volver al principio de nuestra conversación, cuando decía que debía quizá reprocharle a usted el haberme metido todas esas ideas en la cabeza. Pero en realidad, y sea cual sea la significación profunda de mi fantasía, mi vida sexual nunca ha sido tan satisfactoria. [Conversación grabada].

Sondra:

Sondra tiene la curiosa costumbre de creer que todas las mujeres que se encuentra son extremadamente celosas.

Quizá se trate de una proyección de su propio caso: vigila a Tom, su marido, con una mirada tierna pero atenta. Me gusta realmente mucho Sandra. Muy bonita, resplandeciente, tiene el espíritu mordaz... y una buena reputación como agente literario. Tom y Sandra estaban casados cada uno por su lado antes de encontrarse.

Su gran casa está llena de una media docena de hijos procedentes de sus anteriores matrimonios.

Tom, hay que confesarlo, estimula con facilidad los celos de Sondra. Juegan a una comedia burlesca.

Una noche, Tom me lanzó de sopetón: ¿Supongo que te preguntas por qué tengo el ojo rojo? —No, le contesté, no lo había notado—. Es debido a Sondra, resopló, «hemos tenido una escena la noche pasada...». Este episodio me recordó que los veía raramente sin que uno de ellos estuviera ¡cubierto de moratones!

»... Un disco puesto en el equipo. Sentada, escucho el clavicordio y me pregunto si Dalí ha inventado esta fantasía para atormentarme.

Porque uno de mis sueños eróticos le concierne... No es que yo quiera tener algunos pelos de su bigote retorcido para hacerme cosquillas en el coño (es una palabra que empleo con preferencia a clítoris, demasiado clínico, y a clito, demasiado triste). No... deseo que este gran pulpo negro me tome de todas las formas posibles a la vez, y que cada tentáculo despliegue toda su fuerza en el mismo momento... Me canso muy rápidamente. Tengo que precisar que el gran pulpo negro en cuestión estaba expuesto en una galería cerca de la

5ª Avenida. Era con motivo de una exposición de Dalí, que traía entre otros el inmenso lienzo que representa a Jesús predicando en la montaña.

Frente esta escena, había varios dibujos eróticos muy bonitos. El del pulpo poseyendo a una chica me hizo inmediatamente fantasear.

Contemplándolo me identificaba con la mujer de negro. Cada dedo negro entraba y salía con cadencia, tanto de su cuerpo como del mío, la extremidad del tentáculo penetrándonos a ambas en lo más profundo (Hay que decir que soy una persona muy «profunda»).

Ese dedo era puntiagudo, sin ser a pesar de todo tan punzante como la hoja de un cuchillo, y a la vez, suave y preciso. Un espiral prolongaba el extremo. Poseía una fuerza extraordinaria y me daba masajes en el clítoris. Esto me hizo a la vez tambalearme y gritar de gusto. Uno tras otro cada tentáculo me llevó al placer, más y más...

Enfrente, Jesús seguía evangelizando a sus pobres infieles desde lo alto de su percha. Pero en realidad, me miraba, mientras que yo no quitaba de los ojos mi raptor. Su enorme cabeza evocaba para mí el glande de un gigantesco pene en forma de orquídea. Me besaba y me tragaba entera. Algunos de sus dedos estaban adheridos, pero muchos aún levantados tomaban el relevo, dispuestos a gozar conmigo, más y más... Ah...

«Te bendigo, hijo mío».

# EXPLORACIÓN

Las tres fantasías siguientes emanan de mujeres sexualmente felices en la cama. Al menos, es lo que ellas pretenden. ¿Por qué no las iba a creer?

Alguien de mentalidad triste podría decir que, si cada una de estas mujeres fantasea para completar o sobrepasar sus sensaciones reales, esto significa que su vida sexual no le basta. Estarían pues, las tres insatisfechas. Pero afirmar esto equivale a salirse del papel de psiquiatra *amateur* y tomarse por Dios. Lo que no es mi caso.

Muchas mujeres encuentran en la fantasía el medio de explorar, con toda tranquilidad, el conjunto de ideas y de actos que podría asustarlas en la realidad.

En su imaginación, pueden ampliar su universo cotidiano, desempeñar ciertas escenas y hacer surgir imágenes sexuales a la manera de niños que entran en el mundo del sueño gracias al juego, para satisfacer sus deseos. Esto les permite quemar un exceso de energía que no tiene vía de escape en la realidad.

Suscitar esas imágenes, incluso gozar con ellas, no significa que la mujer desee que se realicen... o entonces todos los que soñamos seríamos ladrones rechazados, bisexuales, criminales, y hasta a veces objetos inanimados.

Karen:

Una fantasía vuelve a menudo mientras que Ben me hace el amor.

O más bien, aparece en el momento de mis relaciones más conseguidas,

cuando me siento el cuerpo relajado y la mente en blanco. Ben entra en tal excitación cuando tengo esa fantasía que es como si él la sintiera igualmente.

Sin embargo, si esta escena debiera realizarse realmente mi marido estaría terriblemente asustado. Yo también, desde luego. No creo que haya sitio en mi vida para la sexualidad en grupo. Eso no me iría. No sabríamos como hacerlo. Pero en una fantasía, es maravilloso.

Ben, mi amiga Helen y yo, estamos los tres sentados en la sala de estar. La escena transcurre en nuestra casa, en nuestro salón. Sin embargo, las ventanas son más anchas. Son grandes ventanales, sin cortinas ni visillos, idénticas a las de multitud de pequeñas casas muy luminosas, alineadas sin fin a lo largo de las carreteras, que se pierden en el campo y cuyos cristales exponen a todas las miradas la vida de los que las habitan.

Volvemos de hacer las compras juntos, y, entonces me dirijo a la cocina para colocar las compras y preparar la cena, veo a Ben que ayuda a Helen a quitarse su abrigo. Estoy delante del fregadero, dándoles la espalda, pero los observo reflejados en la cristalera limpia. Ben está detrás de Helen, las manos sobre las mangas de su abrigo; de pronto ella se las coge y él las desliza hasta coger sus senos. Ella las mantiene ahí firmemente. No saben que los observo porque me dan la espalda. Hago ruido a conciencia, con las bolsas de papel y las cosas de la compra para tranquilizarlos y hacerles creer que me ocupo únicamente de mi colocación. Hago correr agua en el fregadero para darles tiempo para seguir. Ben titubea. Helen le deja que apriete su pecho con las manos. Ella se apoya sobre él restregándose en su sexo. Percibo que la excitación de Ben aumenta y que pronto tendrá una erección, como cuando yo restriego mis nalgas contra él. Vuelvo a la sala de estar, después de haber carraspeado ruidosamente para que sepan que voy a llegar. Empiezo a hablar incluso antes de pasar la puerta. Cruzo la sala y les digo que voy a darme un baño rápido. Le pido a Ben que sirva una copa a Helen y le haga compañía. Pero en realidad no subo: me quedo detrás de la puerta y espero, observándolos. Ben se sienta en el sofá, tan tímido como de costumbre, y es Helen la que da el primer paso.

Se arrodilla delante de él y baja la cremallera de su pantalón. Con un rápido gesto, agarra su pene y se lo introduce en la boca.

Ben, al principio, la rechaza con la mano y lanza una mirada furtiva en mi

dirección. Pero el placer le puede. Mira a Helen y observa cómo sus labios se activan alrededor de su sexo. Mira fijamente esa boca llena de su verga, esta boca colmada de ella, estos labios gruesos y golosos que se estiran como para tragársela. Coge de nuevo los pechos de Helen y se pone a acariciarlos. Los pezones parecen crecer bajo sus dedos. La rubia cabeza se activa más y más deprisa sobre el pene de Ben. Helen eleva sus labios para que él pueda ver moverse sus pequeños dientes blancos como si se comiera un delicioso trozo de carne... La verga se hunde cada vez más profundamente en su garganta. Ben, visiblemente paralizado por el deseo, se recuesta sobre el sofá, lleva las manos hacia su pantalón y lo desabrocha completamente para que ella pueda hundir aún más su verga. Ya no es el Ben que yo conozco.

Helen se quita la camisa sin dejar de chupar el pene, ni siquiera un instante. Coge sus pechos entre sus manos y los masajea hasta que unas gotas de leche surgen de sus pezones y caen sobre el vello púbico de Ben.

Vuelvo tranquilamente a la sala, sabiendo que ya no se detendrán.

Quiero verlos más de cerca. Han olvidado hasta mi presencia en la casa.

Ben está a punto de gozar en la boca de Helen, pero le pueden sus ganas de leche. La levanta, la arrastra al sofá y se pone a chuparle los senos mientras la desnuda y acaricia. Pronto, ella le suplica que se le acerque, en nuestro sofá, con su ropa medio deshecha, delante de la gran cristalera.

Me desvisto deprisa y me acerco, desnuda. Me subo al sofá detrás de Ben. Tengo muchas ganas de unirme a ellos, de darle a mi marido un placer aún más intenso, para agradecerle todo el placer que le da a Helen, convertida de repente en una mitad de mí misma.

De pronto me doy cuenta de que puedo introducir en Ben esta cosa húmeda y caliente, un pene, mi pene. Lo introduzco lentamente, pero por completo. Él se sofoca de placer y yo experimento una sensación extraordinaria; como si una parte de mí misma le penetrara realmente, como si fuera de verdad mi pene.

Firmemente, rápidamente, hago ir y venir mi verga al ritmo de Helen, de la que yo siento igualmente el placer. Poseída así por ambos lados, estoy sumergida en este desmesurado gozo que apenas puedo soportar. Me hundo más y más profundamente y me parece que mi sexo abarca a la vez a Ben y a Helen. «Muerdo de placer».

[Conversación]

Abbie:

»Últimamente he pensado mucho en mis fantasías. Incluso e intentado confesárselas a mi marido, al menos aquellas que no corrían el riesgo de sorprenderlo. No es cuestión, claro, de confesarle que pienso aún a menudo en mi antiguo “amor”, ni lo que hacíamos. Tampoco me atrevería a hablarle del desconocido que me tomó a la fuerza, lo que encuentro muy agradable, al menos en imaginación.

Por curiosas razones, prefiero que mi marido me haga el amor vestido por completo. Cuando estamos en la cama, me gusta más no ver sus órganos sexuales. Prefiero hacer el amor sin mirar su pene.

A mi marido, a menudo le resulta placentero examinar mi sexo, pero yo nunca he podido hacer lo mismo con el suyo. Considero más excitante dejar las cosas desarrollarse a la voluntad de mi imaginación. He pedido a mi marido, varias veces, que no exhiba sus órganos genitales delante de mí, lo que hace con frecuencia a pesar de mis reflexiones; pienso que nuestra vida sexual mejoraría si yo no tuviera que aguantar esas exhibiciones.

Podría usted encontrar extraño que en mi primera fantasía, le confiese a mi marido que, quizá me gustaría verle hacer el amor a otra mujer. No deseo que sea una mujer que conozcamos mucho.

Preferiría que se tratara de una extranjera. Sabríamos así que después, no podría establecerse ninguna relación de amistad. Pero si esto ocurriera en realidad, no estoy segura de tener el valor de permitírselo a mi marido. Hasta ahora, en mi fantasía encuentro que es divertido. Imagino también que tengo relaciones sexuales con otras mujeres. Sin rostro determinado; no son nadie en particular.

Esta fantasía me viene a la mente cuando me masturbo, lo que ocurre en general dos o tres veces por mes. No es realmente una fantasía lesbiana, porque la idea de hacer el amor a otra mujer me repugna. Sin embargo pienso que sería muy agradable dejarme acariciar por manos femeninas. (¿Es quizás egoísmo?).

No olvido que he empezado esta carta afirmando haber contado algunas de



mis fantasías a mi marido. Me temo que esto sea también fruto de mi imaginación: no recuerdo que hayamos tenido nunca una conversación sobre este tema. Pienso que tenemos un problema de comunicación. [Carta]

Hilda:

«Tengo 36 años. Mi matrimonio es un éxito; y nuestras relaciones sexuales son muy satisfactorias. Me gusta imaginar que el sexo de mi marido es un pene pequeño pero muy potente. Me pongo sobre él, con las rodillas levantadas. Me acaricia las nalgas y el ano, mientras que empuja por debajo. Cuando siento sus dedos explorar mis nalgas, me imagino que soy penetrada por una verga muy larga y muy delgada. Siento este dardo fino penetrarme, y la palma de las manos de mi marido sobre mis nalgas me hace soñar que otro macho me acomete por detrás. Esto me obliga a relajar la tensión muscular de mi pelvis para favorecer esta segunda incursión en mi cuerpo.

Cuando mi marido y yo llegamos al orgasmo, me imagino que esta fría espada palpita y empuja en mis riñones para darme el doble de esperma. De este modo sé que, aunque mi marido no haya podido procurarme el orgasmo la “cosa” imaginaria que explora mis riñones me lo proporcionará.

No tengo idea de la identidad del dueño de esta verga. Ni uno, ni otro, significan nada para mí, excepto la sensación muy real de una penetración anal. Mi tensión es a veces tan grande que pierdo todo control y, cuando mi marido ha eyaculado, mi vejiga se relaja completamente. Me orino entonces y vuelvo a echar sobre él todo el semen que él acababa de dejar en mí. Mi incontinencia involuntaria proporciona un maravilloso estremecimiento a mi marido.

Una vez nada más, hemos intentado practicar la sodomía. Pero el diámetro del pequeño sexo de mi marido es demasiado importante, y no he podido hacerlo penetrar en mi ano.

De vez en cuando, visitamos a unos amigos que tienen una granja.

Allí he visto a menudo a las vacas montadas por los toros. Me he fijado, sobre todo, en uno de los machos que tiene el lomo muy ancho, tan ancho como el tablero de una mesa. Esta visión ha despertado en mí sensaciones que he compartido con mi marido: a menudo, hacemos el amor en el salón o en la

cocina, cuando los niños están acostados o se han marchado a pasear durante el fin de semana. Me tiendo entonces sobre la mesa de la habitación donde me encuentro y me imagino que estoy echada sobre el lomo del toro mientras que éste está montando una vaca. Oscilo de arriba a abajo.

Mis manos, automáticamente se deslizan a cada lado de la mesa para agarrarse a las patas e impedir que me caiga del lomo del toro que, frenético, se ocupa de la vaca. Siento mi cuerpo estremecerse al ritmo de las violentas embestidas del macho. A veces me muevo tanto que mi marido tiene dificultades para quedarse en mí.

En este tipo de situación, empiezo invariablemente a gozar antes que mi marido. Este sigue haciéndome el amor hasta que llega a su propio placer. Tengo aún tiempo para llegar a un segundo orgasmo al imaginarme al toro inundando a la vaca con su esperma. Me figuro entonces que el pene de mi marido es más grueso de lo que en realidad es y que tiene las dimensiones de un órgano de toro.

Para acentuar la similitud, introduzco algunas veces un dedo en mi vagina en el momento del goce. Mi marido, apercibiéndose de este gesto, piensa que mi dedo sólo está ahí para estimular su propio goce.

Yo creo que la explicación de mis fantasías reside en mi deseo de ser penetrada por un pene monstruoso».

[Carta]

## LA INICIATIVA SEXUAL.

La sociedad actual anima vivamente a las mujeres a encontrar compañeros sexuales. Una mujer sola es una perturbadora; no es una mujer realizada. (Las solteras y las religiosas dan ciertos escalofríos). La sociedad exige que la mujer se entregue a prácticas sexuales. (Un matrimonio para ser legal debe haber sido consumado). Se le concede el derecho de tener deseos en ese aspecto. Se le anima incluso a satisfacerlos, pero se le prohíbe tener un papel activo... excepto en las fantasías, donde ella puede, a su manera y cuando lo desee, gozar de lo que le han dicho que era su derecho de mujer.

¿Qué significa pues la expresión: «Es una auténtica mujer»? Estas palabras en boca de un hombre están siempre cargadas de admiración, de insistencia. La mujer que las oye se petrifica de envidia y espera por fin descubrir lo que diferencia «la auténtica» de las demás.

Las mujeres nunca emplean esta expresión. Cómo podríamos hacerlo, cuando desde nuestro nacimiento sólo buscamos lo que simplemente quiere decir «ser una mujer».

Estoy convencida que es la razón por la cual tantas mujeres se casan tan jóvenes. Para que una vaya al descubrimiento de los hombres y de su propia sexualidad, centenares de otras se agarran con la energía de la desesperación al matrimonio, a la maternidad y a los símbolos superficiales de su estatus de verdaderas mujeres.

La unión lo certifica y la maternidad lo garantiza. Quién, en el mundo, podría poner en duda estas solemnes afirmaciones sino la mujer misma, cuando su imaginación decide operar en una ruptura entre su yo real y su yo

virtual probando los distintos papeles sexuales posibles.

Desde el comienzo de los tiempos, hay un papel que siempre le ha sido negado a la mujer; el de iniciadora, innovadora.

Tradicionalmente las mujeres deben esperar a ser «solicitadas» o «tomadas». Tener, poseer al hombre que se desea, es demostrar agresividad; llevarlo a la cama, comportarse según sus propios deseos, significa, no solamente que una es agresiva sino también que le falta feminidad. Nunca se plantea uno la pregunta de saber si al hombre le ha resultado placentero satisfacer las exigencias sexuales de su pareja. Lo que importa, es que esto no se hace, no se ha hecho nunca, y no se hará mientras que hombres y mujeres no estén convencidos de que el hecho de invertir los papeles tradicionalmente destinados a cada sexo no constituye un peligro.

Mientras tanto, cuando ninguno de los dos quiere dar el primer paso, cuando el hombre es demasiado tímido para llamar por teléfono, o simplemente menos imaginativo, o también cuando se cansa antes que la mujer (esto podría ocurrir, siempre que se le diera la oportunidad), entonces, no se conseguirá nada. Él no sabrá nunca lo que se ha perdido, ella lo sabrá, pero únicamente en su imaginación. Y si, en sus fantasías, como en muchas de las recogidas en este libro, se transforma en tigresa y juega un papel sorprendentemente agresivo —atando a su compañero en la cama, etc.—, no hay que apresurarse en tratarla de sádica o de reprimida; a veces es necesario gritar para ser oída.

Incluso una mujer como Carol, que se acepta muy bien sexualmente, necesita imaginar que se encuentra en una clase de educación sexual. Es necesario que un instructor mítico le pida que tome la iniciativa para que consiga en la realidad, llevar a cabo algo tan natural como el tenderse sobre su marido. La fantasía de Faye, que sigue a la de Carol, consiste en iniciar a su amante en una experiencia de triolismo en su presencia. En la realidad siempre ha deseado hacerlo porque piensa que su amigo encontraría en ello placer, pero únicamente si le cogía la mano. ¿Por qué no? Las salas de baile y las alcobas estarían más alegres si las mujeres (y los hombres) dieran fácilmente el primer paso, el primer gesto, prestándose a ser la segunda, tercera o cuarta pareja sexual de un grupo.

Carol:

«Mi marido y yo estamos expatriados en Nueva Zelanda y vivimos en la parte de esta isla llamada Papuasia. Mi marido tiene cincuenta y cinco años, yo casi treinta y ocho. Estamos casados desde hace dieciocho años. Tenemos dos hijos. Nos entendíamos, y nos entendemos siempre, muy bien físicamente. Tengo una fantasía que vuelve a menudo: somos una pareja de actores y tenemos relaciones ante una clase de parejas jóvenes que aprenden el arte de hacer el amor. Oigo la voz del instructor que comenta para la clase la progresión de nuestro placer. Desea que a menudo cambiemos de posición, de manera que los alumnos vean mejor entre mis piernas.

En este punto de la fantasía me coloco sobre mi marido; a veces me pongo en cuclillas sobre él, para permitir a los espectadores ver mejor la interpenetración de nuestros órganos.

A veces, el instructor me pide que adopte un papel activo. Entonces pido a mi marido que no tome él la iniciativa; vendrán de mí los gestos que provocarán su orgasmo. Habitualmente, él coopera, a menos que yo haya calculado mal la proximidad de su placer y que él esté a punto de eyacular, en ese caso pido mentalmente disculpas al instructor. Pero, en general, cuando todo transcurre bien, oigo al hombre explicar muy exactamente a sus alumnos mis sensaciones más íntimas mientras hacemos el amor mi marido y yo. Durante toda la duración de nuestro coito, el instructor habla con voz tranquila y suave, para no molestarnos. Cada vez que pide a su clase que se acerque, que nos miren más de cerca, mi excitación crece al pensar en todos esos ojos fijos sobre nosotros.

Cuando me pide con tono tranquilo y sereno que me deje llevar, la voz de este instructor no se parece a ninguna voz que yo conozca, entre las de mis amigos o conocidos. Sin embargo, lo considero como un amigo, porque en mi fantasía tiene un papel de bienhechor.

Se ocupa de mí, y conoce cada uno de mis deseos. Tenemos, él y yo, unas relaciones maravillosas»

Faye:

»No sé muy bien lo que ha provocado mi fantasía. Quiero mucho a Ricard.

En cierta forma, somos más que amantes, somos grandes amigos. Nunca hemos pensado en casarnos, y podríamos estar una eternidad sin vernos; pero, cuando nos reencontramos, hacemos el amor como si no nos hubiéramos separado nunca. Lo quiero profundamente, y el afecto que siento por él no se acompaña de ese instinto de posesión que generalmente acompaña al amor. Es quizás en este sentido en el que hay que buscar la explicación de mi fantasía.

No pienso que Richard haya tenido nunca la idea muy clara sobre la cuestión: quiero decir que sin duda no ha tenido conciencia de haber sido atraído sexualmente por otro hombre. Pero, yo creo que, en cada uno de nosotros, hay una parte de bisexualidad y es posible que yo favorezca esa tendencia a Richard. Quizá sea porque lo deseo: en efecto estoy muy excitada cuando me imagino a Richard y a mí haciendo el amor con otro hombre. Me gustaría que sintiera por un varón un poco de ese sólido apetito que tiene por las cosas del sexo con una mujer. Me gustaría también ser la que lo iniciara en los placeres homosexuales. Quizá esté ahí la llave de la fantasía.

Deseo hacerle participar en los disfrutes de un trío, pero con la condición expresa de que a él le resulte placentero.

Creo que no pensaría probablemente en ello si Ricard y yo sintiéramos un amor profundo el uno por el otro. Soy demasiado celosa y posesiva para soportarlo. Pero me gustaría mucho proporcionarle placer con otro hombre: sería amistoso y muy excitante.

... Estoy de rodillas delante de una chimenea y avivo las brasas del fuego, pero no es un verdadero fuego, es cartón piedra. La habitación se parece a un chalet que habíamos alquilado una vez, en Suiza. En realidad, se trata de un decorado, un escenario de teatro.

Los focos de las candilejas me impiden ver el público del que adivino, a pesar de todo, la presencia. El fuego desprende una luz rosa que me rodea y no me permite distinguir nítidamente al segundo hombre. Acaba de entrar en la habitación con Richard. Se quedan en la sombra, detrás de mí, y hablan entre ellos. Richard se dirige hacia otra habitación para prepararnos algo de beber; el hombre le sigue, cambia de idea y se coloca ante mí. Me pone su gran abrigo de borrego en los hombros, porque estoy tiritando; luego se pone de

rodillas cerca de mí, coge el atizador a la vez que mantiene mi mano en la suya, apretándola fuertemente alrededor del mango acanalado. Observo mis dedos emblanquecer bajo la presión de los suyos. La voz de Richard me llega desde la otra habitación, cálida y alegre. Oigo el tintineo del hielo en los vasos. Siento el aliento caliente y perfumado de coñac del hombre, la dureza de su muslo contra mí y la implacable presión de su mano. Dejo caer el abrigo de mis hombros; las puntas de mis senos se vuelven dolorosas, de tanto como se endurecen visiblemente bajo mi jersey.

El público deja escapar murmullos de aprobación. Intento coger un leño para ponerlo en el fuego. En el movimiento, mis pezones rozan el hombro del hombre. Comprende que no le resistiré. La presión de su mano disminuye; el público aplaude.

En cuclillas como está, distingo el bulto bajo su pantalón. En el lugar misterioso donde todas las costuras se juntan, su sexo se mueve al ritmo de los latidos de un corazón rápido. Detrás de nosotros, así como un ronroneo familiar oímos la voz de Richard.

Tararea al poner un disco de Shirley Basset. Según él, tiene una voz que «haría saltar los botones de la bragueta».

Con la punta de los dedos el hombre alza su jersey, inclina la cabeza, coloca sus labios calientes sobre mis senos, y los toma en su boca. Su lengua roza los pezones. Jadeo; los espectadores tienen también la respiración cortada. Mi cuerpo empieza a moverse al ritmo de la música; está mojado y caliente, como la boca de ese hombre y bailamos con la música. Con mi dedo, sigo la costura entre sus piernas y siento su boca reaccionar. Su lengua describe círculos descendentes, mientras que mi mano se detiene alrededor de su entrepierna, los dedos arqueados y separados sobre el bulto duro de su pene. Con un gesto preciso, abro la cremallera de su bragueta, liberándolo, como un pájaro gigante. Ahora, pasea su boca por mi vello pubiano, por encima de mis braguitas. Sus manos se lo acercan, para que pueda deslizarse más fácilmente. Siento su aliento por encima de mi clítoris y sé que respira en mí. Estoy mojada de placer. Me quita rápidamente mis minúsculas bragas. Su boca está ahora muy abierta y su lengua sacada del todo apunta hacia el lugar donde yo quiero que venga. Tendida boca arriba, apoyada sobre las manos, me levanto hacia él. El agarra mis nalgas, aprieta mi sexo levantado contra sí,

como un gordo mango húmedo.

Los labios de mi vagina parecen moverse como verdaderos labios, pidiendo una caricia de su lengua, hasta que la sienta, caliente y que ocupa por completo mi pequeño botón, aspirándolo en un beso.

«Curvo mi espalda al máximo para dejarle por completo toda esa parte de mi cuerpo. La música nos envuelve, Shirley gimiendo y queriendo más, mi cabeza echada hacia atrás, como separada de esta otra parte de mí misma, solitaria hasta que abra los ojos y vea a Richard, fascinado por el espectáculo que le ofrecemos, un Richard en erección y deseoso de participar. “Ven”. Mis labios apenas acaban de pronunciar esta palabra cuando mi amante está ya sobre nosotros, sobre mí, su boca bienhechora sobre la mía, su sexo colgando delante del rostro del otro hombre. En un segundo, éste desplaza su boca de mi sexo hacia el de Richard, mientras que introduce en mí su pene con tal fuerza que mi chillido de placer desaparece bajo la ovación delirante que nos dirige el público».



# INSACIABILIDAD

¿Por qué las mujeres tienen fantasías cuando hacen el amor? ¿Por qué algunas mujeres tan sexualmente satisfechas y sin pudor como Carol y Faye sienten la necesidad de buscar aún más erotismo cuando ya están plenamente satisfechas?

Es posible que no estén nunca suficientemente saciadas por el placer real que les dan sus parejas, y que necesiten de la ayuda de su imaginación para compensar la relativa insuficiencia de sus amantes o maridos. Es inútil además que esto tenga cualquier relación con la realidad.

Pero, como he dicho más arriba, reducir la fantasía a una simple y única manifestación de frustración me parece demasiado simplista.

La fantasía, por definición, concierne a algo que no se produce en la vida de todos los días. Entre las muchas que he podido conocer, las más significativas provienen de mujeres que, muy claramente, afirman que no quieren verlas realizarse.

Más que un grito de frustración, más que una necesidad de aumentar el número y la calidad de las relaciones sexuales, pienso que buena parte de las fantasías femeninas expresan simplemente un profundo deseo de «saber».

Iris:

«Tengo 23 años, estoy casada desde hace dos y tengo dos niños. Las primeras fantasías que recuerdo son de hace alrededor de trece años.

Tenía nueve o diez años en esa época e imaginaba entonces que los chicos

de mi clase me miraban, me tocaban y hablaban de mi anatomía. Ahora que soy adulta, siento siempre las mismas fantasías. A menudo pienso que el hombre con el que me encuentro examina atentamente mis órganos sexuales, no como lo hace un médico, sino más bien como un amante. A veces, me lo imagino, hablando de mí con uno de sus amigos, mientras que ambos me observan y me acarician hasta que llego al orgasmo. Tengo a menudo este tipo de fantasía delante de mí espejo, cuando me masturbo.

Desde hace muy poco tiempo, mi marido y yo hemos admitido que ambos teníamos fantasías. No nos las hemos descrito nunca, pero hemos reconocido que existen. A menudo, cuando hacemos el amor juntos, pienso en otros hombres. Son, la mayor parte del tiempo, hombres que conocemos y que encuentro muy atractivos.

Con mucha frecuencia imagino que estos hombres se me han insinuado, me han pedido tener una aventura con ellos, y finalmente he cedido.

No creo que mi marido estuviera celoso si yo le hablara de esta fantasía. Tal vez lo estuviera si esta situación ¡se realizara en la vida! Sabe que me gusta pensar en otros hombres y que siempre busco saber qué se encuentra detrás de la bragueta de cada tipo que veo».

Nora:

«Mi marido no es un ser muy imaginativo, y nuestra forma de hacer el amor me parece singularmente monótona. He intentado, varias veces, iniciarlo en diversas fantasías, pero ha sido en vano. Siempre se ha negado. He querido tomar iniciativas en el amor. Yo no había tenido aventuras nada más que con él, pero mi modesta experiencia me había llevado a comprender que el acto sexual se desarrollaba siempre según lo tuviera a bien el hombre. De cualquier modo, a cada uno de mis intentos para probar salir de la rutina, mi marido siempre se ha sentido ofendido, ¡o peor! Un día, intenté acercar su cabeza a mi sexo; se negó obstinadamente, y, al final, se conformó con darme un convencional beso en los labios. No parece tampoco experimentar un gran placer cuando me echo sobre él. Sin embargo, me deja hacerlo de vez en cuando.

Dejando a un lado nuestros retozos amorosos, considero que mi marido es

un hombre ideal para mí. Al menos, es un buen marido.

Por eso acepto una vida sexual bastante pobre. La variedad, la encuentro en mis fantasías. Cada vez que recurro a ellas, tengo un orgasmo muy satisfactorio. Pienso que la variedad y la ausencia de uniformidad resuelven todos los problemas. Muchos matrimonios se vuelven pronto tristes y aburridos, porque los cónyuges repiten sin cesar las mismas cosas a las mismas horas, desde hace años.

En realidad, es nuestro caso en nuestra vida conyugal. Pero, en mi cabeza, no es lo mismo, y fantaseo casi a voluntad. Con la costumbre, sé ahora de forma casi segura si mi marido, en el momento de acostarse, tiene ganas de hacer el amor o no. Si siento que está dispuesto, me preparo mentalmente, incluso antes de deslizarme cerca de él. Pienso en ello al cepillarme los cabellos, al desnudarme, etc... A veces, remoloneo en el cuarto de baño, hasta que llego, por la imaginación, al umbral de excitación óptima.

Entonces, mientras repetimos por enésima vez los mismos gestos tradicionales del amor conyugal, me hundo en mis noches persas.

Como en las Mil y una Noches. Soy Sheherazade. Me cuento historias eróticas diferentes todas las noches.

La primera vez que empecé a inventarme esas historias, éstas ponían en escena únicamente a mí y a otro hombre, mi amante. Yo me describía todo lo que hacíamos. Más tarde, he perfeccionado mis escenarios. Por ejemplo, hacía el amor en el suelo de la cocina (quizá con el repartidor); o bien en el garaje de mi vecino, donde había ido con el pretexto de pedirle prestada una herramienta (lapsus freudiano). Durante mucho tiempo he estado fascinada por la idea de que hacía un sesenta y nueve, con gente a mi alrededor, que me miraba.

Más tarde, he imaginado que me encontraba con dos hombres.

Recientemente, me encontraba entre un grupo de hombres y mujeres; pero éstas sólo tenían relaciones sexuales con hombres, ellas no me tocaban.

Nunca me he imaginado en compañía de una mujer, pero intentaré todas las demás combinaciones, —al menos mentalmente—. Soy capaz de regular el flujo de mis pensamientos sobre lo que ocurre realmente y, de esta forma, funciona muy bien cada vez, o casi».

[Carta]

# SUEÑOS DESPIERTOS

Podríamos decir que la vida de una mujer se organiza para facilitar la fantasía. Todas esas horas de ocio, esas tareas domésticas monótonas y aburridas, cuyas manos realizan automáticamente, las ocasiones interminables de reflexionar, construir y de reconstruir... De alguna forma, nos han traído al mundo para soñar, para quedarnos en casa: es de esa forma, al menos, como la mayoría de los hombres nos imaginan. Incluso las supermujeres de hoy, que abandonan sus hogares para ir a trabajar, tienen al menos tantas ocasiones de fantasear como su compañero varón del despacho de al lado (además tienen sin duda mucho más talento natural y práctica en este terreno). Podemos fantasear durante los recorridos fastidiosos en metro, las conferencias aburridas en el trabajo, los días de resaca en los que no nos podemos concentrar más que en las posibilidades eróticas del bigote de nuestro jefe, o la forma provocativa con la que el nuevo contable, a nuestra derecha, se viste. El refrán, según el que «el ocio es padre de todos los vicios», ¿se aplica únicamente a uno de los dos sexos?

¿Por qué la mayoría de las publicaciones utilizan persistentemente la imagen de una chica guapa con mirada vaga para vender prácticamente cualquier producto? ¿Por qué está universalmente admitido que las mujeres, que son todas soñadoras, piensan en cosas puras, que nos afectan, los utensilios domésticos, por ejemplo? Mientras que los hombres, estos «bastardos lujuriosos», no soñarán nada más que en productos que les ayudarán a realizar sus instintos nauseabundos. En publicidad, ¿dónde van los deseos, las curiosidades de los hombres? Automóviles, *whisky*, buen tabaco para rellenar su pipa... Todas esas cosas susceptibles de mejorar su imagen de marca con respecto al sexo considerado débil.

Esta vieja costumbre de rumiar sus pensamientos explica los dones de la mujer para la fantasía. Los sueños despiertos expresan a menudo lo que ella desea. Un hombre lleno de deseo puede coger el teléfono, ir a ver a alguien, invitar a una chica a cenar, o incluso «encargar» una chica. Una mujer no

dispone de las mismas facilidades para llevar a cabo tan deprisa y si vergüenza lo que ella desea: quitarle la ropa a su compañero, llevarlo a la cama, ponerlo encima, o debajo de ella, y, si no quiere tomarla por detrás, traerle un gigolo que él si aceptará.

A falta de poder llevar a cabo todo esto, la mujer debe conformarse con pensar en ello.

Corinne:

«Esta fantasía es auténtica: quiero decir que ha sido contada por el chico que ha estado implicado en ella. La historia se desarrolló entre él y otra chica. Siempre he pensado que se trataba de una aventura muy bonita. En cuanto al chico que me habló de ella, lo quiero tanto que me identifico con la chica en cuestión. Sueño con que vivamos, él y yo, esta aventura con el mismo maravilloso buen humor. Pero, en realidad nunca hemos hecho el amor.

A veces, en el metro, me doy cuenta de una sonrisilla en mis labios, mientras evoco esa fantasía. Me gustaría que se realizara. Incluso aunque esto no llegara a ocurrir nunca, me ha producido bastantes momentos agradables que sin ello hubiesen sido muy aburridos.

... Ayudo a uno de mis amigos solteros a volver a pintar su piso nuevo. El día es muy caluroso y nos hemos desnudado para trabajar.

Él está de pie sobre una escalera grande y pinta el techo con una gran brocha. Yo estoy debajo de él pasando el rodillo a las paredes, con pintura de agua gris claro. Y mientras que nos reímos de alguna broma —nos hemos fumado un porro y el equipo de música está a tope— levanto los ojos y le veo sonreírme. Vistos desde abajo, sus cojones me parecen extrañamente bonitos. Nunca hemos hecho el amor juntos, y no lo conozco suficientemente para saber cómo tomará la cosa, pero no puedo evitar levantar hacia él mi rodillo chorreante de pintura gris; le embadurno sus cojones colgantes y subo hasta los hombros. La lanza un rugido; con riesgo de su vida, cae de a escalera y, con su brocha, me da dos brochazos en los senos, izquierdo y después derecho. Me doy la vuelta y me pega en la nalga izquierda y luego en la derecha con su brocha. Paso mi rodillo sobre su costado desde el tobillo a la axila. Me lanza un brochazo en el ombligo; me agacho riendo y él se sube sobre mí, y nos

caemos, en un charco de pintura gris, retorciéndonos, agitándonos y luchando... De repente, estamos ambos muy excitados. Jadeamos y sentimos todos los fuegos del infierno quemarnos, yo le digo: “métemela”. Intenta colocarme en la postura adecuada. Enrosco mis piernas alrededor de su cuello para que pueda fácilmente encontrar mi sexo; pero, con esta condenada pintura es simplemente imposible. De pronto, veo sus ojos abrirse de terror, mientras que el pánico se apodera de mí en ese mismo instante: la pintura nos está quemando. Felizmente, sólo es una impresión. Pronto, tan sólo sentimos un placer extraordinario, y comenzamos a escurrirnos los dos juntos. La pintura, como una melaza pringosa, nos pega uno al otro. Me penetra por fin y nos deslizamos por todo jodiendo, jodiendo, jodiendo... Ah...»

[Entrevista grabada]

Lily:

»Joe y yo, vivimos juntos desde hace ahora tres años, pero hacemos el amor desde hace ocho. Pienso que nuestra vida sexual ha sido muy variada y tengo gusto en hablarle de mis fantasías. No pienso que esté celoso. Lo estaría sin duda si yo le confesara haber pensado en otro durante uno de nuestros abrazos más apasionados. Pero, con toda franqueza, nunca he pensado en otra persona mientras que Joe me hacía el amor. Pienso que la mayoría de mis fantasías pertenecen a la categoría de “sueño despierto”.

Varias se han manifestado en numerosas ocasiones:

1 —Nunca he tenido un lío con mi exjefe. Era extremadamente atractivo y llevaba bigote. En ciertos momentos, yo me sorprendía observándole. Me preguntaba lo que sentiría si él me acariciara y me besara los pechos con su bigote rozándome los pezones. Me imaginaba que estaría muy excitada si chupara la punta de mis senos mientras que su bigote rozara mi piel.

2 —Cuando estoy en el metro, miro atentamente a Negros muy bien vestidos. Empiezo por fijar su pelo, luego su rostro. Dejo luego a mis ojos detenerse en su cuerpo, como sin pensar en ello. Intento evaluar el tamaño de su pene a partir del grosor del bulto que infla su bragueta. Con un poco de imaginación, los veo desnudos y los siento en mí. Los juzgo individualmente como amantes... a pesar de que, en este juego, mi preferencia vaya hacia los

hombres negros, miro también con insistencia a blancos. Joe es negro, pero no creo que la explicación de mi comportamiento resida en eso.

3 —A veces, mientras voy a mi trabajo, pienso en la forma en que Joe me ha hecho el amor la noche anterior y ese recuerdo me excita.

Siento mi clítoris endurecerse y empezar a latir. La vuelta a la realidad es siempre brutal, cuando, de pronto, me doy cuenta de que el bullicio que me rodea se escapa lentamente hacia la salida.

Su anuncio era una muy buena idea. He tenido gusto en contestarlo  
[Carta].

Esther

«Sueño mucho durante el día, lo que explica probablemente por qué me dan tanto placer las cosas del sexo. Para hacer la limpieza me quedo con sólo la parte de arriba de mi pijama y quedo permanentemente en un estado de semi—excitación. Para llegar al orgasmo me acaricio o me restriego contra diversos objetos.

El extremo del tubo de la aspiradora, por ejemplo, con sólo pasarlo ligeramente sobre la zona pubiana, me produce un efecto fantástico.

Puedo gozar a voluntad de esta forma. A veces, me muevo en la casa con un pene artificial metido en mi sexo. Me imagino entonces que se trata de la verga de mi bóxer». [Carta]

Shirley:

«Soy enfermera y estoy casada desde hace diez años».

Durante las aburridas charlas en el hospital, fantaseo a menudo sobre el conferenciante. Intento imaginar durante cuánto tiempo él podría seguir soltando ese charloteo, mientras que yo estaría arrodillada ante él, con su pene en mi boca. Me sorprende también soñando con mis pacientes cuando corresponden al arquetipo particular de mis fantasías. Es decir, cuando son gigantescos bastos, con una fuerza hercúlea y una enorme potencia. Es divertido: están ahí, tendidos, desamparados en sus pequeñas camas blancas o bien sobre la mesa de operaciones; pero cuando los miro atentamente, me

siento pequeña y miserable. Ellos me protegen y me dan placer.

Sin embargo, esto no quiere decir que no esté unida a mi marido. Lo quiero. [Carta]

Viola:

«Cuando hago el amor, sólo pienso en satisfacer a mi amante. ¿Estaría celoso si supiera que otro hombre ocupa mi mente durante ese tiempo? Probablemente. Por ello me obligo a concentrarme en él.

Reservo mis fantasías para los momentos de soledad. Espero hasta la noche, me tomo una copa o dos y me acurruco en la cama con un libro erótico. Entonces, cuando el alcohol empieza a hacer su efecto, puedo imaginar que mis manos se han convertido en las de mi amante.

Mis otras fantasías son más bien del ámbito del sueño despierto y las tengo de manera corriente. Mi escena favorita es la siguiente: estoy cocinando o fregando los platos cuando mi amante entra en la habitación. Me rodea, nos besamos y nos apretamos uno contra el otro mientras siento subir el placer. A tientas, a mi espalda, apago el horno, me olvido de los platos y la cocina, todas las cosas se quedan plantadas maravillosamente inacabadas, mientras que abandonamos el cuarto para ir a la habitación donde vamos a hacer el amor».

[Entrevista]



# MASTURBACIÓN

El hecho de tener la mente en blanco no trae aparejado las fantasías sexuales, como las fantasías sexuales (y las manos ociosas) no conducen a la masturbación. En realidad, es el eterno problema de la gallina y el huevo. ¿Cuál de los dos aparece en primer lugar la fantasía o la masturbación? Sólo una cosa es cierta, la masturbación sin fantasía es rara, insatisfactoria e irreal. La masturbación no sólo requiere fantasía, la exige. Sin la ayuda de la imaginación, la masturbación se convierte en un placer tan solitario que ¡prefiero no pensar en ello!

A lo largo de mis investigaciones no me he encontrado con una sola mujer que o se hubiera masturbado nunca. Se podría objetar que es debido a la naturaleza propia del tema de mi libro y que la clase de mujeres que entrarían en contacto conmigo serían *a priori* sexualmente más ingenuas o más sinceras. Mi sorpresa al descubrir que a todas a las que hablaba se masturbaban venía más bien de mí que de ellas. No quiero decir que no me esperara que las mujeres se masturbaran, que lo hayan hecho voluntariamente o por azar una vez en su vida. Simplemente, no creía descubrir hasta qué punto mi propia experiencia era universal. Volvemos una vez más al eterno problema: las mujeres se conocen bien poco unas a otras y se sienten aisladas y diferentes de las demás porque ignoran todo de ellas.

Sabemos que los hombres se masturban. En las revistas femeninas, la masturbación en los chicos jóvenes es un tema corriente, incluso encantador, a imagen misma de esos adolescentes. Supongo que lo es efectivamente. Hemos leído toda cantidad de cosas referentes a eso. El chico que descubre su sexo

y al que se sorprende en pleno esfuerzo, es entrañable, delicioso...

¿Pero las mujeres? Estamos en la sombra, tan escondidas como lo están nuestros clítoris. Cuando con el tiempo descubrimos este órgano, disimulado por todos esos repliegues, experimentamos un sentimiento de culpabilidad de haberlo localizado así. Si hubiera sido creado para ser encontrado fácilmente y proporcionar placer ¿no estaría muy visible, colgante y balanceante como el pene masculino? (No es extraño que las niñas sufran de la ausencia de pene...).

Es, creo, la razón por la cual descubrir que practicábamos todas la masturbación me ha sorprendido tanto. Pensaba sin reflexionar, que estaba también sola en el descubrimiento de mi cuerpo, como lo había estado durante mi infancia y mi adolescencia, con ideas sobre la feminidad que no eran las de las demás. En toda lógica, debía aceptar ser físicamente idéntica a las demás mujeres —¿por qué habría de ser distinta?— pero emocionalmente estaba tan insegura de mi posición con respecto a la masturbación como del papel del sexo en mi vida. ¿Ocupaba éste un lugar desmesurado o no?

Nadie me hablaba del onanismo en las niñas. Esto no respondía al mito de la inocencia, del crecimiento y de la feminidad. Ni la pequeña Caperucita roja, ni las heroínas de la condesa de Segur se masturbaban. Studs Lonigan y Huck Finn<sup>[2]</sup> no tienen equivalentes femeninos.

Éstas son algunas enseñanzas que he sacado de mi encuesta sobre las mujeres y la masturbación. A pesar de su reticencia ancestral para evocar estos problemas, una vez ganada la confianza de las mujeres, hablan de ello gustosas. En cuanto toman conciencia de no ser casos aislados, únicos, reconocen fácilmente haberse masturbado, con tanta naturalidad como cuentan sus relaciones sexuales. Admiten el hecho, y al contrario de los hombres no se sienten menos mujeres por eso. Podríamos objetar que esta actitud va unida con el aire de liberación que sopla hoy día, la naturaleza de mis investigaciones o la personalidad particular de las mujeres que han aceptado contestarme. Pero las cosas van más allá. Es incluso lo esencial de los resultados de este tipo de investigaciones: en cuanto la mente de las mujeres se ha abierto, han conocido sus aspiraciones y sus deseos mutuos, su vergüenza y su falta de iniciativas han desaparecido a la vez. Finalmente, aceptan su sexualidad más fácilmente que los hombres. Si libros como éste

ayudan a las mujeres a hablar, a conocerse, a explorarse, es muy posible que en esta época de permisividad se descubra pronto que queda lo esencial por escribir sobre el sexo.

Incidentalmente, algunos datos sobre las fantasías y la masturbación me parecen interesantes. La mayoría de las mujeres con las que he hablado, recuerdan que su primera fantasía coincidió con su primera experiencia masturbatoria. O casi. En cualquier caso, a la misma edad, generalmente entre siete y doce años. (Por razones que no sabría explicar, estos dos números, siete y once, son los más frecuentemente mencionados). Añadiré que las mujeres no tienen las mismas fantasías cuando se masturban que cuando hacen el amor.

En realidad, muchas fantasías masturbatorias no conciernen a la vida sexual activa. A veces, la idea de estar desnuda en una playa constituye una imagen sexual necesaria y suficiente.

Un último punto: pienso que el espíritu inventivo de las mujeres en lo que a los instrumentos de masturbación se refiere, merece que nos detengamos en ello. Va del dedo al consolador, pasando por los vibradores (cada vez más apreciados, a pesar de que todo el mundo está de acuerdo en encontrar insoportable el ruido del motor), los pepinos, los tubos de aspiradoras, cepillos de dientes eléctricos, los mangos de los cepillos para el pelo de plata incrustada, los fallos exóticos confeccionados por Boys indígenas, las alcachofas de la ducha... A veces, utilizan cualquier cosa. El objeto revestirá una forma idéntica en la fantasía y en la realidad. Pero a veces, el cepillo de pelo se convierte en la verga del amante deseado y el agua que corre por la alcachofa de la ducha en un chorro de orina saliendo del pene de un Negro. ¿Es chocante? Bien reflexionado, seguro que no.

Patsy:

«Espero que esta carta le sea útil. Para darle una idea de mí —y tal vez para ayudarle a descubrir por qué fantaseo— tengo veintinueve años, estoy casada desde hace seis años, pero sin niños. Tenemos relaciones sexuales tres o cuatro veces por semana como media. Mi marido no sabe que le escribo. Algunos puntos podrían, pienso yo, sorprenderle.

En primer lugar, quisiera decir que me masturbo. Utilizo un vibrador, por lo general por la mañana, después de mi baño. Tengo la impresión de que me excita acariciarme el pecho y mirarme o leer uno de los libros pornográficos que tenemos. Mis senos no son muy gruesos; cuando veo una chica con pechos gruesos me excito enormemente.

Una de mis fantasías favoritas, cuando me masturbo, se parece a un acontecimiento reciente: he ido a la sauna con una amiga que yo sospechaba que tenía tendencias homosexuales. El simple hecho de pensar en lo que ha ocurrido, me saca fuera de mí. Mis pechos se vuelven duros, al igual que mi clítoris. Nos hemos desnudado y nos hemos envuelto en toallas, y hemos entrado. Había ahí en la sala otra mujer que se tendió de espaldas al llegar nosotras, mostrándose desnuda por completo. Cuando se marchó, mi amiga desató su toalla y se tendió sobre la espalda. Era la primera vez que yo la veía desnuda del todo. Encontraba su cuerpo muy excitante. Me quité yo también la toalla y notó como el vello de mi pubis era más negro y más abundante que el suyo. Ella era muy rubia, con un pecho un poco más recio que el mío. Se levantó, vino a mi lado y se puso a darme masajes en las piernas. La dejaba hacer. Pronto sus manos se colocaron en todas las partes de mi cuerpo. Y me rogó que fuera a tomar el té a su casa y me preguntó si yo quería que me hiciera gozar antes de marcharnos. Una vez en su casa, me desnudó y me hizo sentir un maravilloso estremecimiento. Lamió y chupó mis senos, bajó entre mis piernas, donde hizo lo mismo con mi sexo (y mucho mejor que mi marido). Sentía sus labios aspirar mi clítoris y el solo contacto de sus pechos me hizo gozar dos veces. Pienso en ello a menudo ahora y eso me permite dar placer a mi marido...»

Norma:

Pienso que con el viejo encanto que lo caracteriza, este nombre de Norma viene muy bien. Además, no me sorprendió que manifestara alguna reticencia a concederme una entrevista para este libro.

Piensa a pesar de todo que no hay nada malo en charlar conmigo, y espera de todo corazón que la obra tenga un efecto liberador. A Norma le gustaría incluso que su hija (si tuviera una) la leyera. «Deseo, dice, que ninguna chica

sea jamás educada como yo lo he sido».

Norma me confesó que no se había acostado nunca con ningún hombre desde que su marido (que tenía fuertes tendencias homosexuales) la había dejado, hace de esto 15 años, justo después del nacimiento de su hijo Ted.

«... En la imaginación, soy temeraria y agresiva. En realidad, me gusta tomar la dirección de las operaciones. Mis fantasías ponen siempre en escena hombres jóvenes».

Piensa usted sin duda que hay aquí algunas tendencias incestuosas hacia Ted. No creo que esto sea totalmente cierto. Si el hombre tiene siempre quince o veinte años menos que yo, convierte a esto menos espantoso ante mis ojos. Es casi siempre virgen o al menos sin experiencia. Lo ignora todo del sexo. Así, pues, nada de lo que haga podrá sorprenderme o inquietarme. Es como un niño.

Puedo también decirle lo siguiente: es en mi bañera donde fantaseo siempre. Cada vez que siento el deseo, voy al cuarto de baño, me meto en la bañera. Pero lo hago de forma muy especial. La forma en que he sido educada me prohíbe tocarme. Sí, aquí. Tampoco puedo introducirme cualquier objeto en la vagina. Me conformo con dejar caer el agua a una temperatura agradable. Luego, me tiendo de espaldas, con las nalgas colocadas sobre el otro extremo de la bañera, donde está el grifo. Separo las piernas, los pies apoyados sobre los bordes, el sexo colocado directamente bajo el agua que corre. Tengo casi siempre una toalla bajo la cabeza. El agua caliente llena de burbujas juega sobre mí. Puedo ritmar mi fantasía, ya sea quedándome tendida bajo el tibio chorrillo de agua, ya sea abriendo los labios de mi sexo, de tal forma que el chorro me excite inmediatamente.

Las fantasías se desgastan. De una u otra forma, acaban por perder su carga erótica. Estoy, pues, obligada a elaborar continuamente nuevas. La última me pone en escena con un guapo jovencito.

Estamos vestidos. Lleva una corbata negra y yo un vestido largo, negro, igualmente muy austero. Esperamos la llegada de algunas personas. El chico y yo no nos conocemos. Hemos sido simplemente invitados en esta casa por amigos comunes.

Finalmente, éstos nos llaman para avisarnos que han tenido que coger un avión y que no podrán llegar antes de medianoche. Nos piden que los

esperemos y que pasemos el tiempo lo más agradablemente posible hasta su llegada.

Sugiero al joven que juguemos a las cartas, pero encuentro que si no se juega dinero es muy aburrido. Y añado que no me gusta apostar dinero. El chico estalla de risa y me pregunta a qué quiero jugar. Propongo una partida de póker, en la cual el vencedor tendría el derecho de hacer lo que quisiera con el perdedor durante cinco minutos después de cada mano. Pienso claro está en el strip-poker porque soy bastante buena jugadora. Se que con el pretexto del juego podré hacerle lo que yo quiera como si se tratara de una broma inocente y sin que esto me coloque en una situación embarazosa.

El joven acepta. Al cabo de diez o quince minutos se encuentra con su corbata negra y sus zapatos como única vestimenta. El resto de su cuerpo está desnudo. A veces, imagino que entra inmediatamente en erección. En otros casos, varío un poco el escenario: lo siento tan entorpecido que es incapaz de enseñar su virilidad hasta que como por descuido, le rozo la piel.

Luego, propongo fijar apuestas más elevadas. Me pide que concrete mi idea. Le digo que podríamos elegir pruebas más complicadas y llevar el tiempo de penalización a un cuarto de hora o media hora.

Está cada vez más excitado. Sus ojos brillan con un nuevo destello.

Acepta y, claro, yo siempre gano.

«¿Qué quiere usted que haga?» me pregunta. Le ordeno tenderse sobre la cama, tal como está, es decir casi desnudo. Y ato sus pies y sus manos a la cabecera. Cuando está suficientemente agarrado como para no poder moverse, paso a la acción. En mi mente me he convertido en la mujer excitante que siempre he deseado ser.

Mientras yace, amarrado a la cama, me doy al *strip-tease* más enloquecedor que puedan imaginar. Es, si se puede decir, el plato fuerte de mi fantasía. Lo que precedía sólo era el aperitivo. Cuando llego a ese momento siento en mí subir una bocanada de calor. Los músculos de mi vientre empiezan a desatarse de placer porque siento acercarse el orgasmo. Me subo sobre la cama y me empalo sobre él, sólo un segundo, y me aparto antes de que haya tenido tiempo de gozar. Lo dejo aún más excitado, con el rostro rojo ladrillo y la verga dura como una roca. Le hablo, preguntándole si tiene gana de introducirme su verga. A veces simulo estar enfadada con él y declaro que

preferiría meterme una vela en el sexo antes que su miembro. Incluso llevo mi amenaza a cabo y me veo desnuda, con una gran vela roja de Navidad saliendo de mi vagina, bailando alrededor de este guapo jovencito. Le explico que, si consigue introducir por completo la vela en mi sexo con sus dientes, podría desatarlo y dejarlo hacerme el amor. Otras veces, también, me sirvo de su sexo como de un carnero. Me arrodillo sobre él y su estirada verga (está ahora tan dura que, aunque quisiera, no podría ponerla en reposo) empuja la vela al fondo de mi sexo.

Durante todo el tiempo que imagino esta escena, siento el agua caliente y gratificadora acariciarme, darme masajes y traer un flujo de sangre. Entonces, bruscamente, todos mis músculos se contraen y, en esta bañera inmaculada, el placer me invade por entero.

Cuando mi placer se ha apaciguado, tomo un verdadero baño, me meto en la cama y caigo en un sueño maravillosamente reparador. [Entrevista grabada]

Elisabeth:

«Imagino diferentes cosas cuando me masturbo. Algunas veces, es un representante que ha llamado a la puerta y que invito a entrar.

Mientras me hace la demostración de sus cepillos, o de cualquier otra cosa, empiezo a acariciarme. Él me observa, visiblemente excitado y tiene cada vez más dificultades en soltar su palabrería.

Luego, me desnudo y me masturbo observando sus esfuerzos desesperados por controlarse. Está fuera de sí. Yo me quedo tranquila —en cierto sentido— porque empiezo también a estar excitada. A veces, en su gran sorpresa y alegría lo invito a penetrarme. Tiene dificultad en bajarse el pantalón, de lo enorme que es su erección. En su prisa, pisotea la mitad de los objetos que pensaba vender. A la vez que imagino esta escena, me introduzco por el ano una zanahoria u otro objeto del mismo tipo, mientras que, con el dedo o con un vibrador, me acaricio el clítoris para aumentar aún más mi excitación.

Pero cambio a veces de escenario. No intento ni siquiera engatusar a este representante. En cuanto ha entrado en la casa, es incapaz de resistir a mis encantos extraordinarios. Me viola ahí, en la sala de estar, pero tiene cuidado de no herirme o hacerme daño. Me imagino que es un maravilloso amante. Al

principio, intento empujar porque estoy asqueada por su contacto, pero luego, mientras me acaricia y me hechiza, le suplico que vaya más lejos.

Me pide que le haga varias cosas... Cosas que jamás antes había realizado, y que nunca me habían pedido. Sin embargo, me gustaría que mi marido me las impusiera».

[Carta]

Mary-Jane:

«Ahora que estoy casada, ya casi no me masturbo. Pero cuando lo hago, mis fantasías, en la mayoría de los casos, no ponen más que a mí en escena. He aquí la lista de algunas de las que puedo recordar.

En la primera, imagino que estoy sola en una bonita playa de arena blanca. El cielo es azul, y el sol brilla y una tibia brisa sopla suavemente. Me paseo durante un momento a lo largo de la playa, luego me detengo, y me desnudo. Completamente desnuda voy a nadar perezosamente en el océano. Cuando salgo del agua me tiendo en la arena suave y caliente, siento la brisa rozar mi piel y el sol calentar mi cuerpo. En otra versión, actúo de la misma manera, pero cerca de un salto de agua, en la montaña. En la mayoría de mis fantasías, me quito la ropa, y casi siempre esto ocurre en el exterior.

En raras ocasiones me he masturbado vestida. Esas veces, me quitaba mi ropa sin dejar de acariciarme».

[Carta]

Amelia:

«Cuando me masturbo, un sueño despierta se repite como un *leitmotiv*: un representante se acerca a un chalet blanco situado en una playa. La puerta está medio abierta. Llama, pero al no recibir contestación, entra y se pasea por todas las habitaciones, buscando un signo de vida. Finalmente, llega delante de una puerta cerrada y oye en el interior de la habitación un ruido de agua que cae. Abre la puerta y encuentra una mujer duchándose. Comienza a desnudarse, se mete bajo la ducha y hace el amor con esta mujer. Es, por lo general, en este punto de la historia cuando gozo».



[Carta]

Alix:

«Nunca he engañado a mi marido y sin embargo antes de mi matrimonio apenas era brava, dice Alix. El mismo día de la ceremonia, yo me preguntaba si un solo hombre bastaría para mi felicidad. En realidad, soy feliz». Alix tiene veinticuatro años. Está casada desde hace cuatro y es madre de dos niños. Los frecuentes viajes de negocios de su marido le dejan todo el tiempo para fantasear. Esas fantasías son de dos tipos: lesbianas y masturbatorias.

Alix ha hablado de estas últimas a su marido. Y como él también se masturba, comparten sus fantasías. Pero no le ha confesado sus sueños lesbianos a pesar de que, como muchos hombres, piensa que una aventura con otra mujer es solamente del ámbito de la frivolidad. La homosexualidad masculina por el contrario le parece más grave. Por otro lado, le ha dicho a su mujer que no se sentiría engañado si ésta tuviera relaciones con una mujer.

«... La mayoría de mis fantasías lesbianas se producen cuando me masturbo. La más frecuente: observo mujeres que se acarician para enseñarme cómo proceder. Veo cantidad de posturas y técnicas diferentes, todas en circunstancias espectaculares. Imagino, por ejemplo, que estoy retenida cautiva por mujeres salvajes que bailan a mi alrededor en una especie de rito pagano, y luego me obligan a verlas masturbarse».

Sueño igualmente que me paseo por el bosque. Allí me encuentro con una mujer haciéndose el amor. Estas fantasías de mujeres que se masturban me ponen fuera de mí. Entonces, mientras me acaricio, pienso que alguien —mi marido o un vecino— entra en la habitación en el momento en que gozo, orgasmo tras orgasmo. Pero no puedo detenerme —incluso sabiendo que alguien me mira— de lo agradable que resulta.

Pienso en la masturbación durante el día, cuando no tengo nada que hacer y tengo tiempo para soñar; a veces también cuando me encuentro a alguien atractivo. Me pregunto invariablemente si este hombre o esta mujer se hace lamer por su pareja y si uno y otro se masturban. No lo pienso con relación a mí; pero por simple curiosidad. Lo hacen ¿sí o no?

Mi marido ignora esta fijación en la masturbación, de la misma manera que

ignora mi secreto deseo de hacer el amor con una mujer. A pesar de todo, nuestra fantasía común nos proporciona, a menudo, momentos de intensa satisfacción sexual. Me gusta oírle hablar de la masturbación a la que se ha dado durante el día, y si no la ha hecho ese día me cuenta como fue los días anteriores. Eso me excita, incluso si he oído su narración ya antes.

Mi marido es carpintero. Me contaba, por ejemplo, cómo durante la hora de la comida, mientras que todos los obreros se habían marchado, se encerró en el baño de una parte acabada del edificio; allí sacó su verga, se la meneó durante diez o quince minutos y luego eyaculó en el suelo. Todos los detalles de estas escenas me excitan realmente. A veces también, se masturba en el cuarto de baño del edificio que construye, durante el descanso para el café.

Afirma que en cuanto piensa en mí «haciéndole una cortesía» se ve, entonces, obligado a masturbarse para desahogarse.

Me cuenta también que se masturba en el bosque cuando va a cazar.

Lo hace también cuando llevo los niños a ver a mi madre. Ella vive lejos y estoy ausente, generalmente, varios días. A mi vuelta, hacemos el amor, y durante ese tiempo, él me da todos los detalles.

Luego me pregunta: «¿Cariño lo has hecho hoy?».

Entonces le cuento las circunstancias en las que me he masturbado y dónde ha ocurrido. Esto lo excita mucho. Quiere siempre saber si me he desnudado o si me he conformado con deslizar mi mano entre mis bragas; si he introducido un objeto en mi vagina o si he empleado mis dos manos (una para estimular mi clítoris y la otra en mi vagina en un movimiento de vaivén rápido). A pesar de todo, nunca le hablo de mis fantasías lesbianas, y le digo simplemente que he pensado en nosotros.

Durante todo el tiempo que duran nuestras explicaciones, nos entregamos a un fenomenal cuerpo a cuerpo. También nos gusta acariciarnos uno ante el otro.

Mis orgasmos en el placer solitario son muy diferentes a los que siento durante las relaciones sexuales, pero al final eso acaba siempre con un salvaje «revolcón» con mi marido.

Tengo que decir que antes de abordar este nuevo aspecto de nuestra vida amorosa, la frecuencia de nuestras relaciones sexuales era escasa y no podía sino fingir la pasión. Nunca había llegado al orgasmo sin masturbarme. Una

noche, mientras hacíamos el amor, le dije a mi marido «házmelo así». E intenté guiar sus dedos. «Hazte el amor como tú quieras, cariño» me contestó. Así pues, me acaricié delante de él. Lo hice primero de forma poco hábil porque no quería que supiera que lo había practicado a menudo antes. Al comprobar a qué grado de excitación había llegado, me dijo: «hazte gozar a tope, cariño». Mientras que yo me acariciaba, él jugaba con su pene.

Esta escena marcó el principio de nuestra maravillosa vida sexual.

Hemos necesitado, claro, varias más para llegar al estado de confesiones completas. Mi marido me confesó que se había masturbado desde que nos habíamos casado; que incluso había empezado bastante antes de conocerme. Yo nunca lo había probado en mi adolescencia. Sólo había descubierto esta forma de placer después de nuestro primer año de matrimonio. Este acto me parecía vergonzoso; y luego informándome sobre el tema, había aprendido que era tan corriente como natural. A pesar de todo he seguido sintiéndome culpable hasta que lo hicimos juntos, mi marido y yo.

Pienso que estoy realmente más interesada por las caricias mutuas entre sexos opuestos que por el lesbianismo. Hay que decir que siempre he estado fascinada por los hombres. Nunca me gustaría vivir con una mujer. Un día, debía tener siete años más o menos, vi a mi padre y a algunos de sus amigos orinando detrás de una granja.

El deseo del pene ha sido mi primera fantasía. Deseaba locamente tener una verga. Pensaba que, si papá pusiera la suya entre mis piernas, me saldría también una... Los hombres y sus grandes sexos tiesos literalmente me fascinan. A veces, pienso que me gustaría sorprender a mi marido masturbándose para poder contemplar en secreto su febrilidad y sus reacciones cuando está completamente solo y sin inhibición.

Con el tiempo y a fuerza de hablar de ello, nuestras fantasías y nuestra vida sexual no cesan de mejorarse. Siento solamente que no hayamos hablado antes juntos. [Entrevista grabada].

# LESBIANAS

Nada está definitivamente establecido a propósito de las mujeres y de las fantasías. Nada está fijado en cuanto a las razones y a las circunstancias que las provocan. Eso varía de una mujer a otra. Para una misma mujer puede cambiar de una noche a otra, y de un amante al siguiente. Con el mismo amante, a la misma hora, una mujer puede sentir el deseo de fantasear o no. Eso depende de tantas cosas, de las mareas y de las lunas, por ejemplo, que no figuran en el mapa psíquico de la mujer. Pero las lesbianas son diferentes. Su vida entera contiene un elemento de fantasía: pertenecen a la vez al sexo opuesto y al suyo. Creo, pues, profundamente que las lesbianas fantasean más a menudo que las otras mujeres.

Durante el acto sexual, sus fantasías deben ser especialmente activas, para ayudarle a racionalizar esos frecuentes cambios de identificación de un sexo a otro, porque ellas pasan de papel de macho al de hembra, y recíprocamente.

En la fantasía de Marión, la primera del grupo que sigue admite tener que recurrir a la imaginación cuando acaricia activamente a su amiga, para llegar, ella también, a un estado de gran excitación. A pesar de que Marión sea una lesbiana activa, en su fantasía su papel predilecto surge cuando Lilly coge el consolador y juega al hombre.

Marión se convierte entonces en «un simple coño follado por cualquier tío en moto».

He descubierto que la mayoría de las mujeres tienen de vez en cuando lo que ellas llaman «sus fantasías lesbianas», es decir fantasías que ponen en escena a otras mujeres. Estos pensamientos les vienen incluso si sus vidas son

totalmente o esencialmente heterosexuales. Algunas aceptan estas imágenes tan naturalmente como aceptan la anatomía femenina. «Claro está y es normal, las mujeres piensan en otras mujeres». Otras se preguntan si son bisexuales latentes. Finalmente, las últimas se sienten culpables y se interrogan: ¿pensar en ello significa que lo desean realmente?

Los pensamientos secretos de las mujeres sobre las mujeres evocan un misterio escondido en el interior de otro misterio, y yo quisiera, tan sólo, abordar este tema más adelante. Por el momento, se trata de fantasías de lesbianas, de mujeres que aceptan y/o ponen en práctica su atracción preferencial por sus hermanas.

Marión:

Marión ha nacido en una granja de Dakota del Norte, y se llama en realidad Marianne. Ha cambiado este nombre por el más ambigua, de Marión, cuando aprendió a conocerse mejor. A Marión no le han gustado nunca los hombres, tal vez las pesadas bromas de su padre no sean extrañas al sentimiento de aversión que ella siente hacia el sexo fuerte.

»... Mi padre no era muy inteligente. Siendo una niña lo veía ya irrecuperable. Era un hombre con gran corpulencia, con aspecto primitivo. Recuerdo las llamadas telefónicas que hacían llorar a mi madre: mujeres llamaban a su marido a casa. Recuerdo también haberme preguntado a propósito de una de esas chicas. ¿Por qué preferirla a mamá? Ella parecía estúpida. Una terrible pelea a propósito de una de sus cartas. Más que cualquier otro recuerdo de mi infancia, las llamadas telefónicas y los llantos de mi madre se han quedado presentes en mi memoria. Yo me decía a misma que no quería sufrir como mamá. ¿Tiene usted gana de reír? Si es cierto, ¡váyase a paseo! Me importa un bledo lo que piense. Lo que quiero, es que una pandilla de estúpidos como usted entienda lo que son las mujeres que se me parecen. Las ¡lesbianas! Esta puta palabra suena mal y no me gusta que me llamen “tortillera”. No soy una pequeña vaina. ¿Pero esta palabra es tan fea? A usted le gustan las lechugas y a mí me gustan las manzanas. A usted le gustan los hombres y a mí las mujeres. ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en eso?

Ya está bien de predicar. Es superdeprimente el tener que estar siempre

defendiéndose. De acuerdo, le cuento lo que pasa por mi cabeza...

Lilly y yo, nos servimos de un cepillo de dientes eléctrico con pilas, para no ser molestadas por los hilos y los enchufes (risa), salvo que es exactamente lo que hacemos —poner el enchufe...

Seguramente ya habrá visto a algún médico o dentista que lleve una funda de goma, como un pequeño preservativo. Utilizamos uno.

Empleamos pegamento para fijar el cepillo a la extremidad del aparato, si no, las vibraciones hacen que se caiga. Luego, utilizo el mismo pegamento para sujetar la funda sobre el cepillo para que cubra los pelos de seda. Conozco a otras chicas que se sirven de los mismos accesorios. Es incluso una broma entre nosotras.

«¿Qué va a utilizar usted esta noche Jack?» preguntamos, cuando una de nuestras amigas ha ligado una chica nueva. «¿Un Philips?».

Intercambiamos nombres de marcas. «Personalmente prefiero los Ronson; tienen cuatro o seis pilas y funcionan verdaderamente bien».

Tengo una especie de correa que me ciñe la cintura, sube por los hombros, se cruza por la espalda y vuelve a bajar bajo mis nalgas para subir nuevamente hacia la cintura. Me la he hecho hacer especialmente por un zapatero, de tal modo que el Ronson está fuertemente agarrado donde debe, bien tieso (risas).

Todo lo que un chico quiere saber, es «si ha hecho gozar a una chica». Eso demuestra su virilidad, la única cosa que le importa.

Pero, mi Ronson y yo, podemos dar placer a quien sea, cuando sea.

Es un simple fenómeno biológico. Los hombres tienen su máquina que ni siquiera entienden, para penetrar en el interior de las vaginas, para sembrar la semilla. Eso, es la biología. De acuerdo, soy viril, pero soy también una mujer. Conozco el «clito», y no siento la necesidad de entrar profundamente en el interior de una vagina. Tal vez esté en competencia con los hombres o ¿quizá no tenga ganas de someterme a las leyes de la biología? De todas formas, la penetración profunda no me interesa. Me conozco bien, y no olvido nunca la existencia del clítoris.

Sé pues, muy bien lo que Lilly saca de todo esto, pero me quedo sola en mi cabeza. Muy excitada, y a pesar de todo sola. Para Lilly, estará todo muy bien, pero necesito pensar en imágenes para sentirme excitada a la vez.

Me encanta imaginar que violo a un motociclista, uno de esos sementales

de virilidad agresiva, ceñidos en cuero negro y brillante, colocados sobre una gran máquina. Me activo en Lilly, le doy un toquecito de clítoris, un toquecito de coño, y luego otra vez un poco de clítoris. Durante ese tiempo, mi mente me lleva a otro sitio...

Siempre ataviada con el Ronson, ya no es a Lilly a quien monto, sino a este semental. Lo he cogido sobre su máquina. Su culo está vuelto hacia mí, es un buen maricón, si ve lo que quiero decir. Le introduzco el Ronson por detrás, y eso le gusta. Extiende las nalgas hacia mí; quiere más, esto no le basta. Me veo tomándolo por debajo y haciéndole cosquillas en el clítoris, como si fuera realmente Lilly porque siento que ella tiene ganas de que la cosquillee. Y — justo en ese momento—, sorpresa: él no tiene pene, sólo tiene un coño y un clítoris. Lo mantengo por detrás, desciendo por sus caderas. Mi dedo se abre un camino en su pelambreira.

Siento su clítoris. Se tiende suavemente de espaldas, veo el Ronson penetrarlo profundamente, mientras que mi clítoris se pone a vibrar también. Sus piernas están ampliamente abiertas y las levanta hasta sus hombros. Es sólo un enorme sexo. Sé que las vibraciones recorren el cuerpo de Lilly. Me llegan a mí también. A veces, en este punto de la fantasía, Lilly se apodera del Ronson y me penetra con él. Me gusta eso.

Entonces, ella se convierte de pronto en el tío de la moto, ceñida en su traje de cuero negro, y yo soy una vagina, sólo una simple vagina jodida por un motorista cualquiera. Sintiendo mi placer, Lilly se excita terriblemente e invierte los papeles de tal forma que ella sea el hombre. Introduzco un dedo en su sexo, y cuando siento los músculos de su vientre ondularse, esta formidable contracción, espasmo tras espasmo, me estimula aún más. «Me oigo gritar y gozo».

[Entrev. Grabada]

Jeanne:

Jeanne de veinticinco años, ha nacido en Bruselas, pero ha pasado la mayor parte de su vida en EE. UU. Tuvo su primera experiencia sexual con su prima Renée. Ésta tenía un año más que Jeanne y ambas pasaban el verano en la granja de su tío.

Jeanne considera que su homosexualidad procede más de una elección que de circunstancias de una vida familiar desgraciada, o de circunstancias económicas, o de factores socioculturales, etc...

Hubo un tiempo en que sentía vergüenza de sus tendencias. Hoy afirma: «una de mis maestras, para quien cuento realmente, me ha ayudado a comprender que no era una enferma mental, porque las mujeres me atraían más que los hombres». Vive con esta amiga, Paula, desde hace dos años.

Un incidente que se grabó en la mente de Jeanne marcó el punto de partida de una fantasía. Se encontraba con su prima Renée en la granja de su tío.

Estaban en la granja, abrazadas, cuando fueron interrumpidas en sus juguetes por la presencia de Anjou, el perro de Renée. Éste estaba copulando con una perra, en el henil. Las dos chicas, sorprendidas de ver el sexo puntiagudo del perro entrar en la perra, se contaron una a la otra lo que sería para cada cual una experiencia sexual con Anjou. Hoy día, estas descripciones juegan un papel ritual en la fantasía. Están extremadamente detalladas y elaboradas con amor. Como para cualquier obra de arte, la preocupación de exactitud crea la emoción del que fantasea, emoción sentida por el lector.

»... Sabiendo que no seríamos descubiertas, mi prima llamó a Anjou en el granero, en cuanto se retiró de la perra. Su sexo estaba aún grueso, no había vuelto a su posición en su funda, ahí, bajo la barriga caliente. Renée abraza al perro y me murmura: “Ayúdame a colocarlo sobre mi espalda; quisiera probarlo yo también”. Esto me pone loca de pasión y de emoción. Voy a cerrar la puerta y vuelvo rápidamente al fondo del granero donde Renée remueve la paja para confeccionar otro «nido». El sexo de Anjou me fascina por su interminable largura, su color rojo brillante. Es aún visible.

Renée se ha arrodillado, se apoya sobre sus manos y sus rodillas y me dice: «Ayúdame a ponerlo sobre mi espalda». Se alza el vestido, despeja sus bonitas y jóvenes caderas, expone sus nalgas, redondas y blancas. Abre sus piernas y distingo la carne húmeda de los labios de su sexo. Intento varias veces levantar a Anjou, pero gruñe; entonces, Renée tiende la mano, agarra el pene del perro y me dice:

«Jeanne, pon la mano en mi sexo, y luego, frota tus dedos sobre su hocico». Mientras que me habla, ella masturba a Anjou. En cuanto el perro huele mi mano su cabeza se dirige hacia el trasero de Renée. Estoy muy



excitada: la larga lengua de Anjou sale rápida y lame la vagina de mi amiga.

Renée empieza a gemir despacio. Su voz me llega muy lejana.

Anjou, ahora encaramado sobre su espalda, oscila de una pata a la otra, mientras que intenta en vano, introducir su glande reluciente y puntiagudo en la joven vagina virginal. «Jeanne, ayúdale. Colócalo en mí, date prisa». Con mi mano, rodeo el pene vibrante, caliente y brillante. Lo hago ir y venir entre los labios frescos y húmedos del canal vaginal y luego lo guío a la abertura de Renée.

Estoy sentada, fascinada, clavada a esta escena, mientras la flecha roja del perro abandona su funda de pelos para desaparecer en el sexo de mi amiga.

Se sofoca y no tarda en gemir bajo el ataque brusco y violento de Anjou. Mi prima junta su trasero erguido al encuentro de los empujones del animal. Llora y gime de placer.

Renée abre las piernas, mientras yo miro la verga del perro entrar y salir. Los ansiosos labios se agarran al pene cuando se retira, y luego cuando vuelve para desaparecer en el vientre de mi prima. Es demasiado para mí, me pongo de rodillas y trepo hasta Renée, para finalmente ponerme en cuclillas frente a ella, de tal forma que pueda apoyar su boca en mi encendido clítoris, mientras que el perro Anjou sigue entrando y saliendo en ella.

Incluso hoy cierro los ojos y deseo con ardor que Paula tenga una verga enorme y puntiaguda que introduciría en mi interior. No le he confesado, aún, que sueño con sentir su clítoris alargarse y convertirse en el pene del perro de mi prima. Tengo miedo de entristecerla y que piense que prefiero un animal a ella, lo que sería absurdo. Sin embargo, la asociación de ideas persiste, y eso me gusta. [Carta]

Lisa:

«Aunque esté casada, la mayoría de mis fantasías se refieren a lesbianas, y sigo teniendo relaciones ocasionales con ellas. Cuando mi amiga homosexual me hace el amor o me masturba, gozo pensando que utiliza un consolador.

Me parece que empecé a tener fantasías hacia los dieciséis años. En ese momento, me imaginaba que hacía el amor con un hombre, pero sin llegar al orgasmo. Ahora, cuando tengo relaciones sexuales con mi marido mis fantasías

se refieren a menudo a animales. Me imagino que estamos tendidos en nuestra cama, mi marido y yo; un perro entra en la habitación y empieza a lamirme. Lo masturbo y luego me arrodillo y me penetra. Me gusta pensar que el perro eyacula en mí e imagino que mi marido hace el amor al perro mientras que éste entre y sale en mi sexo.

Mi otra fantasía se refiere a un asno. Me imagino que mi marido me ha vendido a un árabe y que estoy en el desierto. Mi dueño invita a sus amigos a mirarme; es su nueva distracción. Estoy encargada de divertir a su asno. Sigo el desenlace de la acción en mi fantasía.

Traen al animal; lo masturbo y lo chupo. Cuando está excitado, me toma por detrás. Me gusta acoger toda su herramienta y sentir su eyaculación.

Sin embargo, mis fantasías con mi amiga lesbiana son las más excitantes, entonces es cuando el sexo del hombre, su consolador, se vuelve realidad y me satisface totalmente». [Carta]

Zizi:

»Me llamo Zizi, soy francesa. Milito en el M. L.F. Y, que sea esto importante o no, tengo veintitrés años.

Pienso que la sexualidad femenina está aún demasiado asfixiada por los tabúes y las inhibiciones. Es la razón por la cual no dudo en expresar algunas de mis supuestas fantasías. (A pesar de mi inseguro inglés, tengo que reconocer que sus investigaciones en este terreno me interesan mucho).

Mi primera experiencia sexual refleja pura y simplemente mi sumisión a la ideología patriarcal, por eso no me detendré en ella.

Mis últimas relaciones con hombres concordaron mucho más con mi subjetividad. Haber desterrado el estereotipo de la posición del misionero marca un giro en mi existencia. Entonces es cuando he encontrado mi placer en mi compañero. Introducía su pene en mi vagina y yo lo montaba como a un caballo. Luego apretaba los muslos (siempre su pene en mí). Sus piernas estaban estiradas...

Tenía la impresión de ser un hombre y de hacerle el amor a una chica pasiva. Me imaginaba que poseía un falo penetrando su vagina. Tomaba así una especie de revancha sobre todos estos años de docilidad. Cuando por fin

llegaba al orgasmo, yo tenía la sensación de eyacular con un verdadero pene.

Pero, a través de mis aventuras amorosas con los hombres, tomé conciencia de mi gran atracción hacia las mujeres. Antes de haber tenido mi primera experiencia sexual con una mujer (fue en París) tomé la costumbre de dedicarme a perversiones solitarias. Voy a describirle una. Yo vivía en un apartamento en París. Al otro lado del patio, me fijé en una mujer de unos cuarenta años (tipo «ama de casa»), que se asomaba, a menudo, a su ventana.

Un día, no sé por qué, tuve la idea de pasearme desnuda por mi habitación, con la persiana medio bajada. La mujer no podía pues ver mi rostro. Tuvo de este modo la impresión de que yo tampoco podía distinguir el suyo (ella no se sentía, pues, culpable). En realidad, yo la miraba por un espejo. Simulaba lavarme, pero veía bien que ella no cesaba de observarme de reojo. Empecé después a acariciar mi clítoris con un dedo, a la vez que seguía mi aseo.

Cuanto más sentía yo crecer mi curiosidad, más me excitaba, llegué pronto al orgasmo.

Algún tiempo después, tuve una aventura con una chica. Nos gustaba mucho practicar el «69» pero, de vez en cuando, rompíamos nuestras costumbres (especie de vuelta a mis fantasías anteriores).

Decidimos mirarnos mientras nos masturbábamos. Nos sentamos cada una en un sillón (medio vestidas para hacer la situación más obscena). Mirábamos los movimientos de nuestros dedos sobre nuestros clítoris —era terriblemente excitante—. No nos acariciamos mutuamente. El placer de una provocaba el de la otra y viceversa.

Podría escribirle aún muchas más cosas, pero el hecho de no conocerle en carne y hueso me impide ir más lejos. A pesar de que sienta una especie de placer al revelar algunas sensaciones íntimas a una desconocida (que ¿quizá pudiera seducir? Quién sabe...).

Me aventuro a darte un beso, mi dulce desconocida<sup>[3]</sup>.

[Carta]

Kate:

»Tengo una amiga con la que me acuesto alguna vez. Me he casado con su consentimiento, y con la condición de respetar la regla siguiente: tengo que

contarle detalladamente mis relaciones sexuales con mi marido. Lo que escrupulosamente hago.

Éramos las dos vírgenes, Mary y yo, porque utilizábamos solamente nuestras manos y un consolador que habíamos confeccionado nosotras mismas. Este objeto se componía, de un tubo con una pera en uno de sus extremos, de manera de poder introducir en ese tubo una crema para las manos o algo similar, cuando nos lo metíamos por detrás. Lo que encontrábamos ambas muy excitante.

Exceptuando el placer que experimentábamos al mirar a hombres masturbarse o excitarse mutuamente, ellos en sí no nos interesaban.

Yo era aún virgen el día de mi boda, lo que Mary constató introduciendo su dedo en mi sexo.

Me preguntaba lo que ocurriría la primera noche. Había llegado con Mary a un acuerdo mediante el cual le prometía quedarme virgen.

Pero no pensaba que eso fuera posible. La gran noche, esperé a que Fred pasara al cuarto de baño para ponerme el camisón y meterme en la cama. (Teníamos camas gemelas, y desde entonces hemos conservado la costumbre de hacer cama aparte). Salió desnudo del cuarto de baño y se acercó al borde de mi cama, (nunca lo había visto así anteriormente, todo lo más sacaba su sexo de su bragueta).

Estimaba que su pene tenía unos doce centímetros de largo. Estaba ligeramente curvado. Mi marido retiró las mantas que me cubrían, agarró su verga y empezó a manipularla mientras me alzaba el camisón, enseñando mis senos (que tengo bien desarrollados y firmes, con puntas prominentes cuando estoy excitada). Su sexo ahora rígido, medía unos quince centímetros de largo. Me miró y me dijo:

«Voy a bautizarte», y se arrodilló por encima de mis hombros.

Siguió masturbándose; su escroto se balanceaba y tocaba mis pezones. De pronto, aceleró su movimiento, respiró más fuerte y su esperma surgió sobre mi rostro y mi boca. Se levantó, apagó la luz y se acostó.

Más adelante, siguió siempre gozando de esta forma, sobre mi rostro, mis senos, mi sexo, y me dejaba satisfacerme a mí misma. A menudo, por la noche, mientras creía que yo dormía, lo miraba acariciarse. Lanzaba pequeños gritos mientras movía su sexo húmedo sobre mi camisón.

En ese momento, es estando tendida en mi cama cuando mis fantasías venían a mi mente. Me tiraba de los pezones, me introducía un dedo en la vagina y abierta de piernas, me imaginaba que un gran perro venía hacia mí, y que lo veía lamer su sexo y luego el mío hasta obligarme a abrir las piernas de lo excitaba que estaba; entonces me tomaba con furor. Durante ese tiempo, mis dedos iban y venían con habilidad en mi vagina y sobre mi clítoris.

Esta historia de perro me emocionaba mucho porque me lo imaginaba siempre acompañado de su dueño, que llevaba una fusta para el caso en que yo no me mostrara dócil.

Me había comprado un banquillo largo y bajo, igual al que me veía tendida en mis sueños. Los días que estaba sola, me desnudaba, me tendía sobre ese banquillo, con un látigo cerca de mí, con las piernas muy abiertas. Volvía a pasar esa fantasía por mi memoria tantas veces como yo deseara. A veces, colocaba ese banquillo de tal forma que el hombre que vivía en la casa de enfrente podía (lo que hacía con frecuencia) mirarme por la ventana de su habitación.

Lo observaba con la ayuda de un espejo astutamente escondido.

Un día, Mary vino a casa y me obligó a contárselo todo. Luego, ella me ayudó a transformar mi fantasía en realidad. Habíamos observado con frecuencia a los perros y encontrábamos muy excitante el hecho de que no pudieran separarse de la perra durante los minutos que seguían a la cópula. Un nuevo vecino se instaló cerca de casa. Su mujer tenía un maravilloso pastor alemán y, un día que Mary estaba en casa, vimos a este animal entrar en el jardín.

Mary, lo llamó. Cuando estuvo cerca de nosotras, colocó inmediatamente su nariz sobre mi sexo. Mary me hizo acariciar al pastor hasta que entró en erección. Estuve realmente sorprendida al comprobar las dimensiones y la firmeza de su pene. Mary me pidió que me tendiera. Me hizo chupar el sexo del pastor y me dio algunos latigazos para estimularme. Mientras que estaba aún tendida sobre el banquillo, abierta de piernas, restregó mi sexo ya muy húmedo con sus dedos y acarició mis pezones con su mano.

Obligó al perro a subirse sobre mí y a chuparme la punta de los senos. Masturbó el pene del animal y lo introdujo en mi vagina. El pastor sabía lo que le pedíamos y evidentemente tenía experiencia en la cosa. Se hundió en

mí, dura y rápidamente, y sentí mi sexo volverse húmedo, mientras que el perro eyaculaba en mí.

Esto marcó el punto fulminante de mi fantasía. Sueño muy a menudo. Me encanta poder contarle todo esto con el consentimiento de Mary, como puede verlo.

Confirmando esta historia: Firmado: Mary  
[Carta],

## «EL PALACIO DE LA FANTASIA»

Usted ya conoce, o puede fácilmente imaginar cuáles son los temas y los instrumentos más frecuentemente utilizados en las fantasías sexuales. Los temas más familiares y apreciados, tales como el príncipe sapo y el bigotudo malo, llenan los cuentos de hadas y los vodeviles (no hago esta comparación al azar). Una mujer configurará y pondrá en escena sus propias imágenes sexuales con tanto interés de originalidad como el que tendría en organizar una cena. Unas quince fantasías se repiten constantemente: son los arquetipos de base. A raíz del anuncio que he publicado, y gracias a la ayuda de mis amigos, he podido reunir unos cuatrocientos testimonios. Este muestrario me ha permitido comprobar que la mayoría de las fantasías femeninas eran extrapolaciones de estos arquetipos.

Son bocetos sobre los cuales es posible construir infinitas historias diferentes.

La mujer va a embellecer entonces el tema elegido con los detalles subjetivos que van a hacerlo más vivo, de la misma forma que utilizamos accesorios para adornar un vestido acorde a nuestro estado de ánimo del momento.

Muchos artistas han pintado mujeres desnudas, pero cada cuadro va dirigido a un público distinto, sugiere sensaciones variadas, en múltiples direcciones. El tema sigue siendo clásico, o si se prefiere estándar; tan sólo los detalles son subjetivos, personales y crean la variedad.

Así, pues, si digo que existen unos quince temas principales que cubren el espectro de las fantasías, esto no significa que me arriesgo a una

simplificación arbitraria. Esto tampoco quiere decir que lo sepa «todo» a propósito de las fantasías, como tampoco puedo afirmar que estos quince temas representen «las» fantasías. He dividido el tema de la siguiente forma: lo familiar sigue siendo el marco del cuadro sobre el que figura lo que es exótico, único, sorprendente. El detalle lleno de emoción da un contenido comprensible, y así su significado, a la más fascinante de las fantasías.

Tomemos, por ejemplo, una situación fantástica estándar: La escena de la violación enmascarada. ¿Qué se puede imaginar cómo más previsible? El elemento nuevo y siempre diferente, es la forma en que cada mujer va a presentar la escena —la disposición de los lugares, la iluminación, los matices de la acción y del diálogo—.

Todo transcurre como si eligiera el decorado en cartón piedra para distraer y disimular el increíble montón de detalles sexuales que da sobre ella en la fantasía. Por ejemplo, ¿quién se esconde detrás de la máscara? ¿Su suegro? ¿Un sacerdote? ¿Su hermana? ¿Una decena de Negros?

Quizá sea la razón por la cual las mujeres sólo recuerdan los grandes rasgos de sus fantasías, y por lo cual sus descripciones quedan un poco abstractas. Nunca dan el detalle que lo explicaría todo. Ese detalle revelador, no solamente para mí, sino también para ellas mismas estaría demasiado lleno de significado. Las dejaría totalmente desnudas. Sería sacar a la luz la dimensión y complejidad de sus apetitos sexuales —un apetito que las mujeres no suponen tener, pues ¿para qué emplean el término «ninfómana»?

Nueve veces de cada diez, cuando una mujer cuenta sus fantasías, su relato empieza o se termina por una frase como: «Tengo la extraña impresión de haber sido humillada». Es todo, o aún la única cosa que elige recordar. Esto ocurre de la misma manera en una cura psiquiátrica; después de haber pretendido no recordar sus sueños, el paciente, en el momento de la sesión siguiente, tendrá reminiscencias más exactas, a poco que el analista lo anime a ello.

De este modo, para cada fantasía rica, llena de detalles imaginativos y con estilo que he oído o leído, he notado una docena de repeticiones concisas de las «Quince grandes preferidas». Esos buenos quince viejos temas que no se agotan y no pasan nunca de moda. Ninguna de las casas de cita para mujeres debería ignorarlos, para que cada cliente tenga la oportunidad de encontrar lo



que ha venido a buscar. Los personajes de «Balcón», la obra de Jean Genet, iban al burdel para vivir sus fantasías sexuales. En un verdadero «Palacio de la fantasía», una dirección comprensiva y acogedora debería comprometerlos a actuar del mismo modo.

Pienso que las mujeres irían entonces mucho más allá de la evidencia y construirían anexos a la «Habitación de la Dominación». Inventarían otros papeles al personal que el del «Gran Tirano Negro». Por el momento, ningún «Palacio de la fantasía» podría presumir de la perfección si la puerta de cada habitación no llevara las inscripciones siguientes:

## **Habitación 1:**

### **EL ANONIMATO, O LA TOMA POR UN EXTRANJERO SIN ROSTRO.**

El anonimato es el mejor amigo de la fantasía. Aumenta el misterio y añade intensidad a las sensaciones. Hace que el placer sea más fuerte y elimina la culpabilidad, enemiga de la fantasía. Todos los avatares son válidos: la profundidad de la noche, el apagón inopinado en el restaurante imaginario, el pañuelo del violador poco atractivo, como la máscara blanca, aséptica y familiar del cirujano.

El hombre puede finalmente coger a la mujer por detrás, de forma que ella no pueda ver su rostro o serle totalmente extraño... Poco importa la forma en que el anonimato está asegurado, la mujer lo buscará a toda costa.

A partir de entonces, he ahí la señora X, por fin libre de realizarse sexualmente. Ninguna otra relación existe fuera del único contacto físico inmediato. Si ella lo desea, es libre por una noche de jugar a los pescadores en el mar, sus inhibiciones, por fin, son dejadas en el vestuario, a cientos de kilómetros de aquí. No saber quién es él, del mismo modo que su compañero desconoce, también él, su rostro. Este hecho los relega al rango de objetos sexuales y limita su relación a un terreno puramente físico, sin la menor

referencia al pasado y al futuro. Esta situación no deja lugar a los sentimientos, pero en ese preciso momento éstos no cuentan para nada.

El anonimato libera a la mujer; esto le permite hacer sexualmente lo que siempre ha querido realizar, y de la forma que ella desea sin rendir cuentas a nadie. Ya que, por la ley de la fantasía, los protagonistas no se encontrarán nunca. Es la primera y la última vez que esto ocurre. En estas condiciones, ¿por qué no probarlo todo?

Linda:

Linda es una de mis viejas amigas; tengo siempre la impresión de que acaba de volver de París. Es diseñadora de moda. Y muy famosa en su profesión.

Se ha casado dos veces y vive ahora en Nueva York, con un tercer hombre.

Él tiene mucho dinero y Linda tiene un buen sueldo. Están muy bien económicamente, pero se pelean constantemente y a veces con violencia. Pienso que su relación está salpicada, por no decir fundada, sobre cierto antagonismo, como muchas parejas que tienen intensas alegrías sexuales cuando se reconcilian después de una pelea.

Treinta años, más bien baja, rubia y bonita, Linda se parece un poco a esas estrellas de cine retro, cuyo tipo de belleza vuelve a estar de moda. No estoy sorprendida por su fantasía del «almacén de cabellos». (Es así como se apoda un a instituto de belleza). Mucho antes de que fuera una moda, ella había hablado siempre libremente del sexo, con mucha imaginación.

»... Gerard no conoce esta fantasía. No espero que la lea, por eso les hablo de ella. Está tan seguro de su técnica que piensa haberlo hecho todo o al menos poderlo hacer todo. Pero esta fantasía... ¡pues no figura! No quiero de todas formas ser injusta con él; es verdaderamente maravilloso en la cama. ¿Qué tipo de hombre —salvo quizá un loco y de él no lo quisiera— podría hacerme ese tipo de cosas? Es por lo que las fantasías existen ¿verdad? ¿Para satisfacer lo que es irrealizable en la vida real? Estoy en ese “almacén de cabellos”, un lugar muy chic, un poco como el Instituto Elizabeth Ardeu o Revlon. Una «tía» de gustos un poco vulgares ha decorado el salón con candelabros y fuentes, pilones dorados y tumbonas de un rosa chillón, sobre

las cuales estamos medio tendidas. Secan sus cabellos mientras que le hacen una manicura y una limpieza de cutis. Todos los asientos forman una interminable fila y están suficientemente alejados unos de otros.

Plantas bastante verdes separan cada sillón del siguiente y dan a las mujeres la impresión de encontrarse en un salón particular.

La esteticien acaba de finalizar su tratamiento facial y ahora tengo una mascarilla. Para que me descansen los ojos, me ha aplicado unas compresas de algodón, de tal forma que no puedo ver nada. De todas formas, incluso sin la existencia de esas compresas, no distinguiría nada de lo que ocurre a mi alrededor, porque una cortina de seda blanca baja desde el techo alrededor de mí. No puedo ver al otro lado de la cortina, pero adivino lo que allí ocurre.

Allí, hay un joven, en realidad son varios. Jóvenes, medio desnudos, a los que están azotando. Estos muchachos llevan una especie de ropa sobre los riñones y sus cuerpos relucen de sudor mientras que trabajan. Y su trabajo, somos nosotras, las mujeres, las clientas.

Están ahí para satisfacernos. Con sus fuentes y candelabros el decorado es refinado, por su parte, estos hombres se ajetrean como esclavos, unos al lado de otros, sin luces tamizadas ni música ambiental. Nada más que el ruido del látigo. El verdugo comprueba que ningún chico se escape de los golpes de fusta.

El hombre atado a mí está bronceado, bastante guapo, pero parece duro e impersonal. Después de todo, no puede verme; para él, sólo soy un sexo entre muchos. Podría muy bien ser pederasta, esto no disminuiría ni aumentaría el placer que tiene que darme. Lo importante, es que haga su trabajo. Es uno de los servicios propuestos por este maravilloso salón, de igual manera que los masajistas. Se mantiene entre mis piernas y se inclina hacia mí, con la mayor destreza del mundo. Este primer momento es extraordinariamente excitante. Estoy tendida, mis piernas forman una gran V, lo espero, pero no puedo verlo acercarse. Ignoro si está cerca de mí o no, hasta que la punta de su lengua me roza con una insoportable intensidad.

Ahí está afanándose maravillosamente conmigo. Me tiendo del otro lado de la cortina; mi mascarilla disimula mi disfrute. Las fuentes y la música hacen un ruido de fondo alrededor de mí. La cabeza del muchacho va de derecha a izquierda, mientras que, con habilidad, como un autómatas, aviva mi placer.

Diría, más bien, que construye mi excitación progresivamente. En general, excepto su sueldo de empleado de la casa no saca nada de todo esto. Su pequeño pene se contenta con balancearse, como un pulgar entre sus piernas, mientras que se agacha y me mordisquea concienzudamente. Pero, de pronto, conmigo es diferente: soy un caso. La vida que ha hecho nacer en mi vagina, se le comunica a él. Él puede sentir latir mi clítoris y estas pulsaciones lo excitan a su vez. ¿Ha sentido usted alguna vez esos latidos en ese lugar? En mí, se parecen a los redobles de un tambor cuando empieza: perdón, cuando «yo» empiezo.

Pero volvamos a mi puesta en escena. De pronto, el malvado flagelador se da cuenta que mi «boy» reduce su ritmo de trabajo.

Quiero decir con eso que dedica demasiado tiempo a ocuparse de mí, que es demasiado concienzudo; dedica a su clientela más atención que la que debería. El vigilante le da entonces un latigazo, pero ni siquiera se vuelve. Gruñe de placer y aprieta su boca sobre mi sexo como si el tiempo ya no existiera para él. Su pene es enorme ahora. Su mano lo acaricia, nos acercamos ambos al orgasmo. El verdugo lo azota brutalmente. Pero, el chico sólo piensa en mí. Nuestro placer sube, y me sorprendo rezando para que el odioso bruto no me lo quite. Vamos a sentir el más maravilloso orgasmo de nuestra vida. El azotador agarra a mi compañero por los hombros.

Mi corazón se para; el hombre del látigo no entiende nada de lo que está ocurriendo. No ha visto nunca a uno de sus empleados del amor comportarse de este modo, estar trastornado de esa forma por una clienta, por el sexo de una clienta. Entonces, en el momento crucial, el flagelador pierde todo control, nuestra excitación se comunica a él. (Como cuando el cínico productor escucha a la pequeña Judy Garland cantar «over the rainbow» y comprendió que había nacido una estrella).

»Esto no había ocurrido nunca, gritó. Este hombre delira tanto de placer, que se niega a ser pagado». (No sé desde luego cómo el muchacho ha podido hablarle, puesto que tiene la boca llena).

Pero ya está: el hombre del látigo está también tan excitado que saca su pene y se masturba febrilmente para unirse a nosotros en nuestra excitación. Lo consigue y gozamos, los tres al mismo tiempo...

Entonces, es verdaderamente un momento único en mi «tienda de

cabellos».

[Entrevista grabada]

Pamela:

»Me encuentro en una playa absolutamente desierta, tendida boca arriba, profundamente dormida. Llevo un mini bikini. Los bordes del *slip* se mantienen únicamente con un cordón fino, al igual que las partes del sujetador. Mis enormes pechos sobresalen ampliamente de sus minúsculas jaulas de tela. Respiro profunda y regularmente y cambio de postura varias veces durante mi sueño. La sombra de un hombre se dibuja sobre mí. Me mira dormir. Está muy moreno y sólo lleva un bañador. Observarme le excita. Se arrodilla cerca de mí, muy despacio para no despertarme. Deshace uno de los cordones de mi *slip* y se inclina sobre mí para deshacer el otro lado.

Me quita el bikini, exponiéndome de este modo a su mirada.

Un rato, se queda sentado devorándome con los ojos. Murmuro en mi sueño y me muevo despacio abriendo un poco los muslos, lo cual hace resaltar mi sexo. La erección del hombre toma enormes proporciones. Se quita el bañador y se arrodilla encima de mí, con una pierna a cada lado de mis caderas. Sin abrir los ojos, coloco la mano sobre su pene, lo acaricio delicadamente y, para su sorpresa, lo introduzco en mi vagina. Entonces, me toma con frenesí, y me agito con él. Pero, nunca abro los párpados. Me conformo con murmurar, como si durmiera, presa de un sueño muy agradable».

[Entrevista]

Marie:

Marie tiene el aspecto limpio y nítido de las jóvenes residentes en las afueras. Se ha establecido fuera de la ciudad con su marido, después del nacimiento de su segundo hijo. Me ha confesado que era virgen cuando se casó con Phil.

Había estado tentada una o dos veces de ir más lejos con uno de esos ligues ociosos que nacen en los countries-club, o en las recepciones dadas por los vecinos; pero siempre se había detenido por miedo a las posibles

consecuencias.

«... Pienso que no podría ya mirar a Philippe a los ojos si tuviera una aventura con otro hombre. Sin embargo, eso me gustaría, porque he tenido una vida sexual muy pobre; me siento fuera de todo, tan inexperta... Tan triste. Pero no tengo valor. Envidio a las chicas unos años más jóvenes. Aprovechan la nueva libertad sexual. Me siento incluso culpable de tener esta fantasía, pero no puedo impedir que estalle en mi cabeza, cada vez que hago el amor. ¡Esto convierte las cosas en tan sumamente excitantes! Intento decirme que me lo merezco... Sólo la fantasía y no la realidad. ¿Quién sabe? Si esto llega a ocurrir verdaderamente, de la misma manera que ocurre en mi mente, podría ser que le tomara gusto. A veces pienso en ello cuando me encuentro en una velada cualquiera en casa de amigos.

Estoy ahí, con un vaso de *Gin-Tonic* en la mano, deseando que mi interlocutor adivine lo que pasa por mi cabeza.

En la imaginación, represento una de esas fiestas en un jardín, como las que hay aquí en verano, una o dos veces por semana.

Puedo prácticamente describir el paisaje en sus mínimos detalles: los céspedes en pendiente, los grandes árboles, los setos, todo perfectamente bien cuidado. Oigo incluso a los jardineros talar hábilmente los macizos, en algún lugar, ahí en la noche. Los jardineros no suelen trabajar, por lo general, por la noche, excepto en mi fantasía. Es de noche, porque todos los hombres llevan un traje oscuro. Estoy vestida con un vestido corto, el único vestido realmente corto que jamás haya comprado (mi única concesión a la ola de los vestidos mini). Lo más importante es que no llevo medias, ni siquiera llevo bragas. ¡Esto no es mi estilo! Mi vestido es de un azul muy bonito —como el que tengo realmente— y todos los camareros llevan una chaqueta roja. ¿Es normal fantasear en color?

Yo lo hago.

Me he alejado hacia un rincón del jardín, bastante retirado. Es un rasgo típico de mi carácter: me gustan las flores y me paseo siempre en todos los jardines nuevos a los que voy. De pronto, me encuentro a un hombre, uno de los invitados y empezamos a hablar de flores y de otras cosas. No lo conozco; no lo he visto nunca. Es probablemente el marido de alguna. La mayoría de los hombres de estas recepciones están casados. En realidad, sé, en mi fantasía

que hay una mujer... Lo que hace que las cosas sean a la vez más fáciles y más excitantes.

Se inclina para cogerme una flor, pero no se levanta, quiero decir que permanece agachado y mira bajo mi vestido. No protesto, me conformo con sujetar mi vaso y sonreír un poco a los demás invitados. Sólo pueden ver por encima de mi talle: estoy detrás de un seto bastante alto. Pienso que son coníferas o arbustos de este tipo. De cualquier forma, se trata de un seto muy espeso y muy denso, detalle interesante porque siento la necesidad de apoyarme en él de tan excitada como me siento. Ve usted, este hombre ha descubierto que no llevaba ropa interior lo que le sorprende enormemente, (ninguna mujer aquí se atrevería a salir sin ponerse al menos unas bragas).

Sin perder tiempo, aprieta su boca contra mí y desliza su lengua en mi sexo. Caigo prácticamente en el seto y siento mis rodillas flaquear. Lleva por lo menos un minuto bajo mi vestido, y hubiera tenido facilidad para escaparme, pero su boca es demasiado buena y rezo para que siga.

Bajo los ojos: ha abierto su bragueta. Se masturba. No he visto nunca una erección tal. Sigo fijándome que su pene engorda a medida que crece mi excitación. Su boca me proporciona sensaciones nuevas, desconocidas, mágicas, tiernas y apremiantes.

Sigue con la mano alrededor de su verga y las venas de esa mano tan hinchadas como las de su miembro. Mis piernas ya casi no me aguantan, es como si estuviera plantada ahí, sobre su boca. Que me sostiene. Sé que, si dejo de mirar su mano, voy a desmayarme. De pronto, en el momento en el que voy a llegar al orgasmo (no gozo todavía, "sé" simplemente que voy a gozar pronto), unas pequeñas burbujas empiezan a aparecer en la punta de su verga, sucediéndose cada vez más rápidamente. Me preocupo porque tengo miedo de que goce antes que yo y que se pare.

Para mejorarlo todo, los demás invitados empiezan a llamarnos para la cena. Reconozco incluso la voz de Phil. No sé qué sería peor: que mi marido nos sorprenda o que el hombre se detenga antes de que haya tenido un orgasmo. Durante un instante me quedo suspendida en el espacio, totalmente dependiente de este desconocido. Sería incapaz de moverme, incluso si sintiera a Phil acercarse a mí... Y es precisamente el caso. Pero, gracias a Dios todo ocurre de golpe.

Mientras que Philippe se ha acercado casi lo suficiente para distinguir la expresión de mi rostro, todos los invitados de la fiesta del jardín han dado media vuelta y siguen a la ama de casa para cenar. En ese momento, las burbujas del hombre se transforman en un chorro increíble, en una eyaculación extraordinaria y yo gozo.

Supongo que el pobre hombre está casi ahogado». [Entrevista]

## **Habitación 2:**

### **EL PUBLICO**

Pasamos la mayor parte de nuestra vida amorosa intentando estar solos. Intentamos aumentar el carácter privado de nuestras escenas de amor insonorizando nuestras habitaciones, cerrando nuestras persianas y nuestras puertas. Hacemos kilómetros con nuestros amantes para sentirnos por fin «solos en el mundo». Si la gana nos invade a lo largo de una recepción abarrotada o en un restaurante, nuestro primer impulso nos empuja a salir de ahí rápidamente, para estar solos, antes de que se corran las cortinas.

Tal es la realidad. Y estas constataciones no implican ningún juicio moral. Pero la fantasía va en la dirección opuesta: lo más frecuentemente es que terceras personas asistan a los retozos de los protagonistas. Y no hablo de las fantasías de orgías, que igualmente existen. Estos espectadores no están ahí para participar activamente.

En realidad, su presencia no sugiere de ningún modo la posibilidad de una partouze. Una mujer que cuenta sus experiencias imaginarias se pierde, a menudo, en su exposición, haciendo notar que las demás personas no miran realmente lo que hace con los seis esclavos de la cabeza rapada. El público se conforma con estar ahí, simplemente.

¿Qué hace? Quizá dé su aprobación implícita por su sola presencia. (Los espectadores dicen: está muy bien hacer el amor). O bien, añade un toque de intriga, un escalofrío de miedo: a cada minuto intrusos podrían llegar y ver lo



que ocurre. «Dios mío, mira Henry e Isabel hacen el amor y su marido está en la habitación de al lado». Esta gente puede también sorprenderse al comprobar que Isabelle y Henry no emplean la posición del misionero y que un perro les dé, ahora, compañía.

La posibilidad de ser vistos, observados, descubiertos puede ser tan excitante como la presencia efectiva de verdaderos espectadores.

Quien ha hecho ya el amor en una playa aislada sabe que la posibilidad de una irrupción humana en ese pequeño paraíso lleva la excitación a su cumbre.

Este público imaginario no se compone siempre de espectadores pasivos. Cierta número de mujeres dan a los testigos un papel a desempeñar en su fantasía. Deben aplaudir, proferir «oh» y «ah» de satisfacción. La mujer se convierte entonces en el Fellini de su fantasía, controlando su propia aportación y la de su público. Ella impone a uno el ritmo del otro: la presencia del público favorece su juego. ¿Esto parece complicado? Para convencerse de lo contrario, basta con descubrir la fantasía de Caroline, recordando los artículos que contaban la triste aventura de algunos miembros de la compañía «Oh, Calcuta». Estos actores llegaron a ser tan dependientes de la excitación del público, que pronto fueron incapaces de tener relaciones sexuales en privado. Necesitaban una multitud de ojos anónimos.

Caroline:

Caroline es una joven actriz que conocí en Londres en una velada en casa de unos amigos. Desde el primer contacto, no me pareció lo suficientemente narcisista como para conseguir una brillante carrera en las tablas<sup>[4]</sup> o en el cine. No me sorprendió, pues, no haber oído nunca antes su nombre, aunque formara parte, en ese momento, del reparto de una obra con éxito del West—End.

Hablamos sobre todo de Italia y de un pueblecito donde se había retirado seis meses con su amante para experimentar un matrimonio de prueba. Finalmente, habían regresado a Inglaterra, decidiendo que la vida en común no era posible.

El relato que le hice sobre mi larga estancia en Roma y mis propias ideas sobre el matrimonio le entusiasmaron.

Unos días más tarde, vi el nombre de Caroline en un cartel de teatro en Shaftesbury Avenue. Decidí inmediatamente asistir por la noche a la representación.

Su papel le obligaba a pasar la noche entera en escena, prácticamente desnuda. El telón se corrió sobre un decorado tumultuoso. Caroline tenía que hacer el amor en escena, en el centro del plato. El público adoraba esto y Carolina parecía apreciarlo profundamente. Yo veía curioso que una chica tan reservada en la vida corriente se revele tan poco inhibida en un escenario de teatro.

Después de la función, fui a verla entre bastidores y la invité a cenar con un grupo de amigos que me habían acompañado. Cuando hablamos del tema del libro, Caroline me dijo que estaría encantada de ayudarme; pensaba que sus fantasías no eran muy originales, pero que podrían, a pesar de todo, interesarme... Desde que hago la escena de amor que ha visto usted en la obra —está en cartel desde hace ya seis meses— siento, en privado, la necesidad del público. La excitación, fingida o real que nuestro a toda esta gente acaba por perturbarme, realmente. Al principio he intentado razonarme y decirme que hacía un papel como los demás... En el teatro, se tiene una que meter en el pellejo de numerosos personajes y expresar cantidad de emociones diversas... Como le he dicho al principio, he intentado mantener cierta distancia entre la actriz que hace el amor delante del público y yo... Imposible. A medida que me familiarizaba con el papel tomaba conciencia de que en lugar de temer mi entrada en escena la esperaba con impaciencia. Mis pezones se volvían duros. Esta extraña sensación me excitaba.

Empezó a llevar ropa cada vez más ajustada, fina y medio transparente, de tal forma que el público pudiera constatar los signos fisiológicos de mi emoción por encima y por debajo de mis senos... Necesitaba la excitación del público. Un tipo de complicidad se había establecido entre él y yo, un «complot» sexual que aumentaba mi deseo de desempeñar ese papel.

El silencio que reinaba en la sala en el momento de estas escenas, la tensión del público, todo esto se me comunicaba y me hacía sentir esta tensión. Al final de la representación, bajo los aplausos, sentía que no felicitaban únicamente a la actriz, sino también a Caroline, la mujer.

Cuando se actúa, a menudo se tiene tendencia a desdoblarse y a dudar de

su identidad. En este papel, los aplausos y la aprobación del público me llevaron a confundir la actriz y el personaje. Ahora, cuando hago el amor en privado, me pregunto por qué: esto me parece triste y soso. Tengo nerviosismo, tengo miedo de hacerlo mal, a pesar de lo que diga el hombre para tranquilizarme.

Antes de hacer esta obra, no necesitaba fantasías, o más bien es lo que le hubiera dicho hace seis meses. Sé ahora, que siempre ha habido en algún rincón de mi cerebro, alguien que me miraba: yo.

Ese yo ha cedido ahora el sitio al público que retoma el papel de observador y me aplaude en mis esfuerzos. Saco de ello una satisfacción indescriptible.

Recuerdo la primera vez que hicimos esta escena de amor en público. Los ensayos habían tenido lugar en privado, y me había comportado de manera suelta. La noche del estreno, sin embargo, estaba muy nerviosa, tenía miedo. Estaba asustada ante la idea de fracasar. También temía dejar indiferentes a los espectadores, de no excitarles. Pero cuando aplaudieron...

Ahora, necesito espectadores. Sin ellos, ninguna excitación es posible.

«Cuando estoy con el hombre que quiero y hacemos el amor, mis ojos deforman su rostro de tal forma que veo el de mi pareja en el teatro. Cosa curiosa, no me gusta este actor. Quizás eso me excite aún más: no he pensado en ello. Pero sé que más allá de su rostro de actor, está el público. Detrás de este hombre, los espectadores nos aplauden, él porque me toma y yo porque respondo frenéticamente a su ardor. A medida que crece mi excitación, los aplausos son cada vez más fuertes».

[Entrevista grabada]

Mélanie:

»Tengo veinticinco años y estoy casada desde hace cuatro años.

Soy muy feliz. Mis recuerdos más antiguos de sensaciones sexuales se remontan a la edad de tres años. Mis padres me metían en la cama. En cuanto habían salido de mi habitación, me quitaba el pijama; me encantaba estar desnuda. Luego, me volvía a poner mi ropa. No recuerdo nada más.

Cuando me masturbo, mis fantasías conciernen, por lo general, a mis

antiguos amigos. Nunca hice el amor con ninguno de ellos, pero cuando me acaricio, me imagino lo que podría haber ocurrido. A menudo, durante mis fantasías, mi marido me observa. No hace nada de particular y se conforma con estar ahí.

Haciendo el amor con él, mis fantasías difieren notablemente. Por lo esencial, mis pensamientos se refieren a nuestra actividad del momento.

A veces, sin embargo, desplazo la escena fuera de la habitación; me imagino que estamos desnudos en una playa tranquila, tendidos en un campo de hierba verde. O también, que nos bañamos en el mar.

La idea de nuestra desnudez en el exterior me excita.

No tengo ninguna gana de hablarle de mis fantasías a mi marido, ni de confesarle que la idea de estar desnudos fuera de nuestra habitación me excitaría. Pienso que, si hablara de mis fantasías en voz alta, perderían definitivamente su eficacia». [Carta]

## **Habitación 3:**

### **LA VIOLACIÓN**

La violación es a la fantasía sexual femenina lo que el primer vaso de alcohol es a la realidad. Alivia a la mujer a la vez de su responsabilidad y de su culpabilidad.

Entregándose a manos de su agresor imaginario —al hacer de él un asaltante—, ella obtiene de este hombre que le infrinja todo lo que ella desea, a pesar de que parezca actuar bajo la coacción.

Ella sale siempre ganando y nadie reprobará que se encuentra a merced de una fuerza superior a la suya. El dolor que va a sentir, los golpes y la indignidad, es el precio a pagar por experimentar el placer sutil de la violación.

Es conveniente repetir que la fantasía puede no tener ninguna relación con la realidad porque suprime el deseo de realizar algunos deseos. Mujeres como

Juliette (se verá más abajo), cuya vida de fantasía gira alrededor de la violación, insistirán siempre sobre el hecho de que no desean en absoluto ser violadas de verdad. Añaden que huirían a kilómetros si quien fuera levantase el meñique para tocarlas. Las creo de buena gana. El mensaje no reside en la intriga —la antigua y manida historia de la violación— sino en las emociones que el escenario permite hacer pasar.

Juliette:

»Creo poder amar a más de un hombre a la vez. No se trata de una simple hipótesis: lo he hecho siempre. Por consiguiente, nada de casarse. Prefiero tener aventuras con hombres ya casados, porque les sería muy difícil pedirme fidelidad total». Ésta es Juliette.

Ante tales afirmaciones, saber que pertenecía al movimiento de liberación de la mujer no me sorprendió. «Pero oírme hablar así, asustaría a mi madre», dice Juliette.

Me crié en una pequeña granja, pero me marché de allí en cuanto tuve edad de viajar sola. Mi madre, se quedó en la granja; es la diferencia que existe entre las mujeres de su generación y yo.

... Quizá esto vaya a parecerle monstruoso, pero cuando me meto en la cama con un hombre, prefiero tener la impresión de que actúo en contra de mi voluntad, que soy forzada por un macho cuya fuerza física sobrepasa mucho la mía. Los médicos han dado un nombre a este deseo, llaman a esto la fantasía de la violación. Y es ciertamente lo que yo quiero, en imaginación claro está, y no en la realidad: nunca me arriesgo sola en sitios mal iluminados y si algún semental en celo me amenazase, incluso con un revolver, gritaría.

¿Tal vez encuentre usted que todo esto no corresponde muy bien a la imagen que doy de mí? Es necesario saber que actualmente estoy en guerra conmigo misma y contra las ideas que mi madre me ha inculcado.

Sin embargo, aún queda algo en mí de la niña mimada por su mamá.

Prefiero imaginar que no soy responsable de lo que ocurre: un desconocido me obliga a hacer esta escena sexual. En esta historia, soy en realidad, la buena pequeña Julie.

Cuando estoy con un hombre en la cama, no me molesto si él desea

mantener la luz encendida. Me gusta mi desnudez..., la desnudez del hombre; pero en cuanto llego a cierto punto de excitación, cierro los ojos o escondo la cabeza en la almohada o también me pongo el brazo en la cara para ya no ver nada. Con la oscuridad experimento cosas más intensamente y puedo dejarme invadir por mis propios pensamientos. El hecho de nublar la vista provocó una fantasía muy agradable: imagino que me han llevado contra mi voluntad a un almacén o a un lugar de este tipo. Estoy atada, desnuda, con un antifaz de seda negra en la cara. ¿La razón? El poderoso personaje que me ha raptado no quiere que sus hombres —hay siempre varios en esta fantasía— puedan reconocerme. Por un lado, el hombre me ha raptado en contra de mi voluntad, pero por otro me protege preservando mi anonimato con la ayuda de este antifaz. Ignoro de quién se trata. No me hace nunca el amor. Permanece en segundo plano y saborea la potencia que ejerce sobre sus hombres y sobre mí. Estos tíos me desean como animales y apenas se controlan. Pero él, este poderoso personaje puede, en cualquier momento retirarme de la codicia de ellos. En mi mente, imagino que estos hombres son todos grandes, fuertes. Están desnudos, esperan su turno. Pienso en ellos. Cada uno observa la hazaña del otro, y comenta las diversas técnicas que empleará cuando le toque su turno.

Cada vez que mi pareja en la realidad intenta una nueva postura, me imagino que es el número siguiente de la fila alineada delante de mí.

Tengo así una reserva sin fin de amantes, que no saben ni siquiera quién soy. Podría cruzármelos el día siguiente en un restaurante, ninguno de ellos me reconocería.

He aquí pues mi fantasía: estoy tendida, desnuda, sobre esta cama burda, con un antifaz negro sobre el rostro y estos cinco o seis hombres desnudos esperan su turno para tomarme. «Esta imagen me hace gozar cada vez».

[Entrevista grabada]

Gail:

«Tengo treinta años, dos niños y estoy casada desde nueve y medio.

Una fantasía sexual surge con frecuencia en mi mente: uno o varios hombres me violan. Esta fantasía no interviene en el momento de mis

relaciones sexuales con mi marido, sólo cuando estoy sola y tengo tiempo por delante. Sé que esto parecerá extraño, incluso insensato, pero a veces tengo la impresión de querer que esta fantasía se realice de verdad en la vida de todos los días. No sé por qué esto ocurre ni siquiera por qué experimento estas sensaciones...

A los diecisiete años fui prácticamente violada por un chico. Era el mejor compañero de mi amigo. Pero él no fue hasta el final. A causa de mis gritos. Esto ocurrió en su coche. Se suponía que tenía que llevarme a casa, después de una fiesta en la cual había discutido con su amiga. Ella se había marchado, pero él se quedó. Había bebido un poco de más, como todos nosotros, desde luego. Se había ofrecido a llevarme a casa. Mi amigo, ahora mi marido, me había llamado desde su oficina para decirme que saldría demasiado tarde de su trabajo para poder llevarme.

Recuerdo haberme preguntado lo que mi amiga le podía encontrar a este chico grosero, un poco golfo, más o menos bruto y mal hablado. Siempre se había mostrado agradable conmigo. Sin embargo, la trataba horrorosamente mal. Y a pesar de todo ella lo quería, y soportaba todos sus excesos. La había incluso dejado embarazada y luego la había obligado a abortar cuando estaba embarazada de cuatro meses.

La cosa es que camino de regreso, me llevó a un lugar desierto.

Comprendí inmediatamente lo que iba a ocurrir. Mis sentimientos estaban divididos: por un lado, eso me excitaba, pero por el otro tenía miedo. Inmediatamente me atrajo hacia él, y quiso besarme.

Lo rechazaba maquinalmente. Deseaba sin embargo sentir uno de sus besos, simplemente para saber si era su encanto animal, si se puede decir así, el que había atraído a mi amiga.

Me dijo que me relajara, que no quería hacerme daño. Añadió que no tenía que tener miedo. Luego, me preguntó que qué podía encontrarle yo a mi amigo. ¿Me había ya satisfecho en el aspecto sexual? Yo salí en defensa de mi novio, explicando, claro, que era prudente, correcto y honrado, al contrario que él. Se puso a reír. Me ordenó callar mi sensiblería imbécil (son sus palabras exactas). Me aconsejó relajarme para que pudiera enseñarme cómo era eso. Lo dejé besarme y cogerme, pero cuando empezó a explorar mi cuerpo con sus manos, me entró pánico. Me puse a gritar para que cesara sus caricias.

Entonces se encolerizó y me advirtió que no estaba dispuesto a detenerse. Luchamos durante horas, me pareció. Estaba físicamente agotada y verdaderamente aterrorizada. Seguía repitiendo que no me dejaría embarazada, si era lo que temía. Me pedía solamente dejarme hacer y disfrutar. Pero no podía. Justo en el momento en que nada parecía disuadirlo, me puse a gritar.

Desalentado, se detuvo, me dejó alejarme. Yo me arreglaba la ropa.

Me propuso llevarme a mi casa, pero me suplicó no decirle nada a nadie para evitar líos. Prometí claro está. Delante de mi casa, mientras estaba saliendo del coche, agarró de repente mi brazo, me dijo que lo sentía y me pidió que le perdonara. Luego se puso a llorar. A llorar realmente. En ese momento sentí una impresión extraña: lo sentía realmente por él. Le dije que ya no pensara más en ello, que todo iba bien y que yo no estaba enfadada. Se marchó después de haberme dado un beso en la frente. Es todo. Desde entonces siempre hemos hecho como si nada y nos hemos vuelto amigos, si no buenos amigos. Se casó al final con mi compañera, aquella que lo veneraba tanto.

Pero ha permanecido grosero, como era previsible. Le pega, bebe mucho, grita por un sí o por un no.

Todo esto para decirle que, a veces, aunque sepa que soy loca y mala al imaginar esta situación, pienso que intenta violarme, en su coche, en mi casa, en la suya, o en una gasolinera. Y este pensamiento me excita terriblemente.

También he soñado que me atacaba, ayudado por un par de amigos tan brutos como él. A veces, no es con él sino con un desconocido con el que sueño.

No sé por qué tengo fantasías sexuales. A veces estas escenas de violación me dan asco, me estremezco realmente de horror, tengo incluso nauseas con esta idea. Algunos días estas fantasías me hacen gozar y otros me ponen enferma.

Espero que este relato le ayude en su trabajo. De cualquier forma, estoy contenta de haber podido por fin confiar esta experiencia. Me pesaba desde hace tantos años...»

Dinah:



»Hola. Acabo de saber de su trabajo y deseo participar en él. Tengo veintidós años. De raza blanca, latina de origen y estudiante en la universidad, soy una “hembra” —es decir bisexual—. Actualmente, no pertenezco a ninguna categoría sexual. He sido lesbiana y pensaba que le sería útil tener información sobre mi pasado y así progresar en su estudio sobre las fantasías. Le puedo revelar algunas de las mías, a mi entender muy interesantes.

Fantaseo no sólo cuando me masturbo, sino también durante el acto sexual. (Me siento entonces un poco culpable, pero es tan bueno).

Primera fantasía: Entro en una tienda en una pequeña ciudad del Sur. Soy extranjera y vestida de una forma llamativa, como una prostituta. Hay varios hombres de la ciudad en esta tienda. Me miran con mirada obscena. Voy al mostrador y pido un tubo de gel espermicida. El vendedor me lo da. Cojo el tubo y me dirijo hacia la salida, pero los hombres cierran la puerta y me dicen que debería probarlo allí mismo (la crema). Me agarran, presionan el tubo en mi vagina y en mi ano y me obligan a ponerme a cuatro patas y me toman por detrás. Luego, tengo que montar a un hombre y empalarme sobre su pene, otro se acerca por detrás y me sodomiza, el tercero fuerza mi boca.

Segunda fantasía: Circulo muy deprisa en la autopista de New Jersey. Dos policías me paran; les digo que «haré cualquier cosa por no pagar la multa». Hacen que me sienten en el asiento trasero del coche y me abren ampliamente de piernas. (Uno está en el asiento delantero, el otro en el asiento trasero). Uno de los dos policías conduce, el otro me posee y luego cambian de sitio. Más tarde, se encuentran a un amigo, lo invitan a subir y a tomarme.

Tercera fantasía: Encarcelada en una cárcel de mujeres, intento escaparme, organizo un motín o algo ilegal. La vigilanta es una mujer gorda, negra. Mientras que otras dos vigilantas me agarran, ella me arranca mi falda y mis bragas. Me pega entonces con una regla. Y luego toma un consolador y me lo introduce muy brutalmente en la vagina. Cuando estoy muy excitada, se pone a reír y ordena a las vigilantas que me tiendan de espaldas en su escritorio. Examina mi sexo, dice «Mmm, Mmm, qué bonita gata».

Y empieza a lamerme y a chuparme hasta que yo goce.

Cuarta fantasía: Me encuentro en una asamblea en la cual soy la única mujer. No tengo elección: me echo sobre una silla y todos los hombres me poseen uno tras otro. Me dejo hacer con indiferencia.

«Podría continuar...» [Carta]

Sadie:

Siempre he fantaseado durante las relaciones sexuales y la masturbación. Imagino que uno o varios hombres me violan y que gran cantidad de otros miran. Mis verdugos son siempre muy guapos (morenos, musculosos, bien despachados sexualmente) y brutales: me toman como quieren sin preocuparse lo más mínimo de mis deseos... o de lo que yo pretendo que sean (en realidad sus deseos son los míos).

A mi marido le gusta mucho conocer mis fantasías. En ocasiones participa. Pero él las coloca en la cuenta de la juventud y de la inmadurez.

Fuera de estas escenas de violación, otra de mis fantasías corresponde a una escena de iniciación, en una ceremonia para la entronización en una cofradía. Estoy atada en una cama, con los pies y puños ligados. Todos los «hermanos» me poseen, bajo la mirada de los iniciados. Luego los impetrantes me toman uno tras otro. Siempre hay algún maestro de ceremonias en la cofradía. Su papel se limita a excitar a la chica para que no pueda impedirse que goce a pesar de sus protestas.

A veces, también, pienso que soy una camarera «sin bragas». Cada vez que me inclino para servir a un cliente alguien me acomete por detrás. Como este oficio constituye mi único medio de vida, no tengo elección. Incluso si fuera una de esos ganchos disfrazadas de conejo de las discotecas de Play-boy (ellas no tienen que agacharse) sería acometida por el cliente que me atraería hacia sus rodillas, es decir sobre su sexo en erección y lo sentiría gozar.

Sé bien: se supone que las mujeres son insensibles a los estímulos sexuales visuales, pero pienso que es falso. Debe tratarse de uno de esos dominios inexplorados sobre el que las mujeres guardan silencio y del que se avergüenzan. Me excita mucho la pornografía auténtica. Por ejemplo, si veo la foto de un Negro haciendo el amor a una Blanca, experimento inmediatamente un violento deseo sexual.

## Habitación 4:

### EL DOLOR Y EL MASOQUISMO

En las fantasías, las mujeres están siempre atadas o amarradas.

Utilizan con profusión, y por lo general, involuntariamente, expresiones que implican violencia y coacción: «He sido obligada a...», «Él me ordenó que...». Incluso cuando el escenario imaginado no evoca ni violación ni dolor. ¿Por qué no admitir que, incluso a nivel de su imaginación, la mujer no posee el control total de sus pensamientos? A menos, claro está, que ella busque esa posibilidad precisamente, como Barbara (más abajo).

Incluso cuando la coacción es intencionada, hay que diferenciar entre una escena que desemboca en violación, y una escena de violencia por la violencia. Me gustaría creer que el hombre que se encarga del Ala del Masoquismo en el Palacio de la fantasía, el que lleva una careta y tiene la mano pesada, es ducho en las sutilezas de su especialidad. Tiene que haber habitaciones separadas. La primera para los adeptos de la violación, la segunda para los masoquistas. De lo contrario los gritos de dolor de unos turbarían o distraerían a los otros que se preocupan más de ser forzadas que de sufrir. En lo que a éstas se refiere, el dolor representa simplemente el precio a pagar por saciar sus deseos, el fin justificando los medios.

Para otras mujeres, el placer de sufrir y el dolor son un fin en sí.

Llevada al extremo, como en la fantasía de Amanda, la búsqueda del dolor se vuelve francamente preocupante y demuestra bien a qué extremos (aunque en el caso presente esto se limite a la imaginación) una mujer puede llegar para sentir por fin «algo».

Barbara:

Aún no hemos abordado el difícil problema de las mujeres que desean que sus fantasías se vuelvan realidad. Pero, puesto que estamos en el decorado de la Habitación del Masoquismo y del Dolor, creo poder afirmar sin temor al

error, que la fantasía de Bárbara representa el mismo tipo de situación que todas las que me han contestado que más desean llevar a la práctica. Esto puede parecer contradictorio: muchas confiesan que detestan el dolor real.

Pero, como dice Bárbara, la explicación recae sobre el hecho de que puede concluir un pacto, un arreglo con la persona encargada de azotarla. Ella discutirá el número de golpes y la fuerza con la cual serán administrados. Si el dolor supera la excitación, una palabra basta para pararlo todo.

»No soy lesbiana. Quiero aclararlo desde el principio de esta carta porque algunas de mis fantasías podrían hacer pensar lo contrario.

Mi fantasía predilecta se refiere al castigo con la vara. Una vez, hablando de ello, entré en contacto con una mujer normal en apariencia. Pero desde mi primera visita a su casa, me bastaron algunos minutos para comprender que deseaba azotarme antes de entregarse a sus fantasías sexuales. Hice con ella, pues, el siguiente pacto: Yo aceptaba someterme a esa puesta en escena a condición de que empleara exclusivamente una vara de maestro de escuela y no una corriente de jardinero u otro objeto de la misma naturaleza.

No sabría nunca explicar por qué, pero cuando fantaseo, me gusta meterme en la piel de una mala alumna de unos diecisiete años. Me llevan al despacho de la vigilante general para ser allí golpeada.

Llevo entonces una camiseta de gimnasia, pasada de moda y un pantalón que llega hasta las rodillas. En ese momento me imagino que me obligan a tenderme hacia delante y, después del sermón, soy golpeada; con mi camiseta levantada la vara golpea mi pantalón. Yo indicaba pues, a mi amiga lesbiana hasta dónde ella podía llegar y nos pusimos de acuerdo en cuanto al día y al desarrollo de la operación. Claro está, comprobaba que el correctivo que me infligió era mucho menos agradable que en mi fantasía. Pero, a pesar de no gustarme en absoluto la masturbación con esta lesbiana, el deseo me surgió fácilmente poco después de esta paliza.

Después, he encontrado un hombre joven, mucho más joven que yo, que comparte mis gustos por estos juegos. Además, me permite azotarle las nalgas con la vara. Cuando nuestros traseros están rojos, pero sin estar horriblemente marcados como lo estarían por una verdadera paliza, hacemos el amor.

Todas mis fantasías giran alrededor de diferentes métodos para infligir o recibir la flagelación. Me gustaría, por ejemplo, estar atada de pies y manos,

recibir doce varazos. Pero si esto ocurriera realmente, me desvanecería sin duda de dolor...

Me gustaría también ser azotada sobre el ancho asiento de un columpio atado al techo. En el momento en que el columpio volviera hacia atrás, mis nalgas serían un blanco de elección para la persona que me azotara.

Quisiera también ser azotada sobre un potro de tortura, simplemente vestida con pantalón corto y sujetador. Este potro tendría unas empuñaduras a las cuales yo me agarraría. Mientras me arqueara, un sistema de palancas permitiría a un pene de goma colocado justo entre las piernas, en el otro extremo del potro, penetrarme. Me imagino recibiendo la flagelación en esa postura y pienso en el placer que experimentaría al ser masturbada por un consolador bajo una lluvia de golpes.

Otra de mis fantasías: me apetece que un hombre me monte estando ambos desnudos y que se baje despacio hasta que su enorme pene en erección se coloque entre mis dos senos. Me gustaría entonces mirarlo ir y venir, y cuando se aproximase al orgasmo, bajaría y gozaría en mi sexo.

Tengo que confesarle que, cuando tengo relaciones sexuales con un hombre, imagino a lo largo del acto que llevo pantalones cortos, que me inclino delante de la vigilante principal y que soy azotada en las nalgas. Sólo veo dos causas a mi fantasía: la primera se remonta a mis seis o siete años, mi hermana mayor, con más o menos catorce años en esa época, debió cometer una serie de tonterías porque mi madrastra le advirtió con darle latigazos. Mi hermana tuvo que quitarse el pantalón delante de mí, y mi madrastra la hizo tenderse entre los brazos del sofá. Jeanne llevaba unas bragas clásicas, cortas, como las que se llevaban entonces, pero más amplias que las bragas habituales. Tenía el trasero al aire. Sus pies no tocaban el suelo y sus pantalones moldeaban sus nalgas.

Mi madrastra empezó a golpearla. No pienso que fuese una paliza terrible, pero fue suficientemente fuerte para que Jeanne gritara a cada latigazo.

El segundo incidente se produjo cuando tenía quince años y empezaba a saber dos o tres cosas sobre el sexo. Un chico de diecisiete años vivía en la misma planta que nosotros y tenía la costumbre de ir a verlo para que me ayudara a hacer mis tareas. Nos besábamos y nos tocábamos. Una tarde me dijo que era tan mala en matemáticas que eso merecía una buena azotaina.

Uniendo el gesto a la palabra me tendió sobre sus rodillas. Fingí resistirme un momento. Él había levantado mi camiseta bastante por encima de mi cintura. Yo sabía él que podía ver mi ropa interior desde la cintura hasta las rodillas. Además, sentía que él tenía una erección.

Me golpeó duro y fuerte, pero me gustaba. A partir de esa noche, iba a verlo casi cada tarde. Empezaba con una azotaina y luego me llevaba a un sillón, se ponía sobre mí y nos masturbábamos mutuamente. Más tarde, le pedí que me explicara a qué se parecía una paliza en el instituto, cuando un alumno estaba castigado. Era una pregunta interesada y aportó la respuesta que esperaba: me propuso hacerme la demostración y añadió que esa noche sería «la» noche. Antes de reunirme con él, me puse pantalones blancos muy excitantes, atados en el bajo con pequeñas cintas rosas. Sus padres habían salido, la casa nos pertenecía. Empezamos inmediatamente la demostración. Me enseñó cómo tenía que inclinarme sobre los brazos del sofá, con los brazos estirados hacia delante. En esta postura sentía mis pantalones tirantes alrededor de mis piernas y de mis muslos. Anteriormente, me había desprendido de mi corta falda y nos habíamos besado y acariciado de tal forma que él tenía una erección.

Por primera vez, recibí la vara en mis pantalones. Me dio cuatro golpes fantásticos que me hicieron saltar y gritar. Cuando acabó, le dije: «Ahora, te toca a ti ser castigado». Agarré la vara. Ver la tela de su pantalón tirante, que moldeaba sus nalgas, me excitó enormemente. Lo golpeaba con violencia, gozando con el simple contacto de la vara en mis manos.

Me imagino también que soy la secretaria de la vigilanta general de una escuela de chicas de quince a diecinueve años. Grande y fuerte, estoy naturalmente encargada de pegar a las chicas castigadas a recibir un correctivo. Dos o tres noches por semana, me imagino que cinco o seis chicas hacen cola en la puerta de mi despacho, para ser pegadas. Entran una a una y se quitan su camiseta. Luego, les ordeno que se inclinen sobre el banco reservado a este uso, y les inflijo el castigo fijado por la vigilanta general.

También invierto los papeles: soy una joven de dieciocho años.

Sorprendida fumando, he sido castigada a doce varazos. Estamos delante de la puerta de la secretaria y oímos el ruido de los golpes.

Me toca, entro en la habitación. Me quito mi camiseta. De pie, con mis

pantalones estrechos, siento aumentar la tensión.

La secretaria señala con el dedo el banco y me dice: «Inclínese, jovencita». Obedezco, dispuesta a recibir los golpes sobre mi pantalón. Imaginando esta escena, me masturbo.

He leído un buen número de libros sobre los castigos infligidos, antiguamente, a las mujeres. Muchos me parecen muy atractivos.

Por ejemplo, la maravillosa historia del hombre rico que, hacia 1.880, empleaba a un ama de llaves para que se ocupara de su gran familia compuesta por ocho niñas y seis niños. Los niños recibían frecuentemente varazos. El dueño quería estar presente cada vez que el ama de llaves administraba un castigo. Los chicos debían quitarse el pantalón antes de ser azotados atravesados en un banco. Las chicas eran obligadas a desnudarse conservando solo su ropa interior. Los varazos golpeaban sus largos pantalones blancos bordados.

Me imagino que soy el ama de llaves. Primero, me gustaría administrar el castigo. Luego, me figuro que el dueño es viudo.

Después del castigo corporal, iría a acostarme con él.

En un libro que cuenta la historia del Middle West, he leído la narración de castigos infligidos por los tribunales a las jovencitas culpables de tal o cual delito. Eran conducidas delante del Palacio de Justicia, en la calle principal. Se les ataban las muñecas por encima de la cabeza sobre el caballete. Inclinas hacia delante, en ropa interior, no podían moverse. El número de latigazos recibidos dependía de la gravedad de la falta. Cuando se había hecho justicia, se dejaba a la chica atada para que los transeúntes pudieran, si lo deseaban, castigarla a su vez. Tres horas después, la culpable era puesta en libertad.

Claro está, cuando la castigada en público era una joven guapa, la casi totalidad de la población de la ciudad, asistía al suplicio. Al final, la mayoría de los hombres tenían una erección y se llevaban a sus mujeres a la cama. Siempre durante este período, e incluso más tarde, algunos sacerdotes practicaban también la flagelación, para castigar a las jóvenes, después de la confesión. Las desnudaban y las tendían sobre una mesa. Las azotaban y se acostaban con ellas.

De este modo, muchas chicas enamoradas de su rector iban a confesarse,

sabiendo muy bien lo que les esperaba. [Carta]

Edith:

«Hace unos años, mis padres entraron a formar parte de una secta religiosa. Tuve que recibir una instrucción particular para prepararme a mi propia entronización. Al principio, era muy feliz.

Pero luego, un amigo me reveló algunos detalles sobre el hombre encargado de mi formación. Yo tenía veintitrés años; puede parecer estúpido que una chica de esta edad no se hubiera sorprendido por lo que había ocurrido. En realidad, creía que estos “ritos” dependían completamente de la instrucción religiosa. Ciertamente, encontraba que el hombre me tocaba demasiado, pero esto no me molestaba. Hacia el final, me desnudó completamente. Pero se conformaba con acariciar mi cuerpo y golpearme el pecho.

Sabía que era repugnante, pero no hacía nada para detenerlo.

Deseaba incluso que estas sesiones se prolongaran a pesar de que, a veces, me hiciera daño. Después, me sentía avergonzada. Después de una clase muy particular, revelé el asunto a mis padres. Ellos también encontraron esto totalmente repugnante, pero me pidieron que no lo denunciara para no comprometer su posición en la iglesia.

Finalmente, abandoné la casa. Durante todo ese período he sido muy desgraciada, pero ahora lo recuerdo con gusto. Mi marido, sacerdote metodista, es el hombre más bueno y más simpático de la tierra y no tengo por qué quejarme. Sin embargo, cuando me hace el amor, pienso en mi instructor de antaño y revivo mis sesiones de iniciación. Sé bien que está mal, pero no puedo impedirlo...». [Carta]

Rose-Anne:

«Mi marido ha intentado convencerme para que le cuente mis fantasías sexuales, pero siempre he procurado no tener ninguna.

Tengo la impresión de que sospecha que algo o alguien, aparte de él, me excita... Quizá sea debido a los gritos que “lanzo” y a los ruidos que hago



cuando me toma.

No son únicamente gritos de placer sino también gemidos de dolor, relacionados con mi fantasía. A decir verdad, es imposible separar los unos de los otros.

Mis fantasías aparecen cada vez que empiezo a sentir cualquier excitación sexual. No me apartan del placer, sino, al contrario, lo refuerzan. Sé que es difícil admitirlo. ¿Cómo confesarle a mi marido que me gusta imaginar que recibo horribles malos tratos cuando él me toma y que me encanta eso?

Estos sueños empiezan habitualmente así: cuatro brutos me descuartizan tirando sobre mis miembros. Abren mi entrepierna tan ampliamente que un monstruoso pene —no hay nada al final de ese sexo— empieza a penetrarme, forzando salvajemente mi vagina muy abierta. Uno de los hombres me tuerce dolorosamente el brazo.

Oigo los huesos crujir y romperse, y el ruido de la piel de mi vagina que se desgarrar. Grito, tanto en la realidad como en mi fantasía, pero me gusta. Sin embargo, la inteligencia y la lógica me dicen que me conduzco como una loca y que no es una forma normal de recibir placer. Odio lo que me ocurre en mis fantasías, pero éstas se mantienen ligadas al orgasmo que siento en la realidad». [Carta]

Amanda:

«He leído su interesantísimo anuncio y tengo gusto en escribirle para contarle mis propias experiencias. Espero que esto le sea útil.

Tengo treinta y seis años, estoy casada y tengo dos niños. Me dejo a menudo llevar por mis fantasías, incluso durante el día: sirven de ruptura de la monotonía de mi vida.

No recuerdo precisamente en qué período empecé a fantasear. Pero, cuando era joven, me tendía sobre mi cama y soñaba que era una princesa cautiva esperando ser torturada. Esto me excitaba. Más tarde, cuando mi personalidad se estructuró, me imaginaba que era apaleada, empalada, azotada, estigmatizada, etc. Me masturbaba con frenesí y gozaba. Me acariciaba frecuentemente, como lo hago aún hoy porque mi marido, aunque pueda ser el mejor de los hombres, es pobre como amante.

Cuando era jovencita, soñaba con que abusaban de mí de todas las formas más envilecedoras posibles. Adornaba los mínimos incidentes de la vida cotidiana. En mi imaginación se convertían en enormes atrocidades. Al final de mi escolaridad tuvimos la habitual revisión médica. En realidad, el médico apenas me examinó. Sin embargo, temía y esperaba a la vez que me ordenara que se me practicase una horrible mutilación quirúrgica. Después, durante años, me imaginaba que mi cuerpo era preparado por enfermeros.

Iba a someterme voluntariamente a la más atroz de las vivisecciones, rechazando los anestésicos y absolviendo por adelantado a los responsables de mi lenta agonía (en nombre de la ciencia, claro).

¿Deducirá de todo esto que soy masoquista? Es falso, no soporto el dolor. Mis padres no me han castigado nunca. Una vez, había hurtado un poco de dinero y amenazaron con azotarme. Lanzaba gritos histéricos. En realidad, he sido criada entre algodones, y luego después, nunca he tenido que sufrir por nada.

Hace dos años más o menos, una amiga fue a ver a un hombre para que le agujereara las orejas. A su regreso, me contó con detalle las viciosas sugerencias que le había hecho. A pesar de sus advertencias, fui a ver a este personaje con el fin de que repitiera sus proposiciones. Cuando llegue a su puerta, perdí la confianza, y me hubiera vuelto de no haber aparecido él detrás de mí. Creo que mi amiga había embellecido de forma exagerada su relato. Cuando llegué a la verdadera meta de mi visita, el hombre casi se desmaya mientras me quitaba mi vestido y mis bragas. Finalmente, y sin que me lo tuviera que pedir, me encontré ante él, con mis zapatos, mis medias y mi ligero, como única vestimenta. Me manoseó sin fe.

Luego volví a casa con las orejas mal agujereadas y con humor agrio.

A despecho del carácter sórdido de este incidente, me imagino que me presento, altiva y serena, para que me agujereen de forma ritual mis pezones con la ayuda de una aguja caliente al rojo. Un gentío enorme asiste a esta ceremonia tradicional. Cuando mis pezones están agujereados, unos aros gruesos son pasados por los agujeros.

Recientemente, he complicado esta fantasía: tomando el baño, sueño que me preparo una ceremonia de circuncisión (?) complicada, seguida de una violación, y finalmente, del sacrificio (en el transcurso del cual me arranca las

entrañas). Todo esto para honrar a cualquier dios espantoso. Es mi fantasía más reciente y la más larga. Me proporciona muchísimo placer, cada vez que me dejo llevar.

Espero que esta carta le interesará. Cuanto más, que traduce la pura y simple verdad». [Carta]

## **Habitación 5:**

### **LA DOMINACIÓN**

Colocaré esta habitación al lado de las de la violación y del masoquismo, no por el bienestar de las clientas (las mujeres son fieles a sus temas favoritos y muy pocas pasarían de una habitación a otra), sino por asegurar una gestión económica. En efecto, en estas tres habitaciones, los trajes y los accesorios son intercambiables. La similitud se para ahí. La fuerza bruta interviene aquí y allí, pero en direcciones y en grados diferentes. Las sensaciones que derivan se expresan de forma totalmente o más bien «deliciosamente» opuesta, como dirían nuestras clientas.

Sean cuales sean sus motivos, las adeptas a la fantasía de dominación, quieren sentirse rebajadas. Sacan su placer de su decadencia, les gusta ser obligadas, por todos los medios posibles, a las humillaciones más viles. Las formas de conseguirlo no importan. Poppy (ver más lejos) no se molesta ni siquiera en revelar cómo «se» le obliga. Heather no quiere únicamente bajarse del pedestal en el que su amante la ha colocado, desea caer en la posición sexual más degradante.

A medida que las mujeres descubran más claramente su libertad sexual nuevamente adquirida y que abandonen su papel histórico de segundo sexo (o sexo silencioso), creo que paradójicamente se volverán más hacia las fantasías de dominación. Pero este movimiento se dividirá en dos direcciones. Por un lado, sentirse iguales al hombre les llevará a dudar inconscientemente de su identidad de mujeres. Estarán llevadas pues, a desear retomar de nuevo

su papel tradicional seguro y conocido, frente al macho dominador. Por otro lado, desearán explorar y marcar esta nueva época de liberación colocándose en la posición dominadora del bruto sexual.

Bruta o brutalizada, la mujer, tras siglos de sumisión femenina, va pronto a vengarse, al menos en la fantasía.

Finalmente, la relación sadomasoquista no debe plantear problemas (esto depende, claro está, de en qué extremo de la vara o del látigo se encuentre). Esto puede ser un juego agradable: basta con invertir los papeles para darse cuenta.

Poppy:

«Soy católica, americana y tengo la piel blanca. Tengo treinta y dos años, tres hijos y me he casado con mi segundo marido hace once años.

Tengo siempre una fantasía sexual cuando hago el amor. Sin ella, no gozaría. A lo largo de los años, la fantasía ha cambiado porque nos hemos mudado a menudo. Encuentro siempre, pues, rostros nuevos y me encuentro siempre en situaciones diferentes.

Mi fantasía actual concierne al hombre con quien he tenido recientemente una relación de siete meses. Casado, tiene once años menos que yo. Sus dos hermanos, más jóvenes que él, están aún en la universidad.

Me imagino que él y su familia (sus dos hermanos, su mujer y su padre) me quitan la ropa, abusan de mí y me obligan a ejecutar todas sus fantasías. Me ordenan chupar a todos los hombres delante de la servidumbre. Si al que beso así considera que lo hago mal, me pega. Recibo muchas palizas. Cuando he chupado a todos los hombres y lamido a la mujer, me atan sobre una cama de estilo Imperio, y todo el mundo se sirve de mí, a veces con mucha rudeza.

Por ejemplo, uno de los hombres pondrá su ano delante de mi boca y me obligará a acariciarlo con mi lengua. Por lo general, la mujer de mi amante lame mi sexo. Me excita mucho mirarla y ver a toda la gente a mi alrededor, observando la escena. Me piden repetir a menudo palabras como “joder”, y tengo que describir en voz alta mi excitación. En principio, gozo en ese momento.

A veces, tengo la posibilidad de elegir a alguien y de someterlo, a su vez,

a diversos ultrajes: elijo el padre, porque no me gusta. Lo obligo a besarme durante horas y acabo siempre por azotarlo para castigarlo de su mediocre resultado»

[Carta]

Heather:

»Contesto a su solicitud de información sobre las fantasías sexuales femeninas.

Fantaseo, a veces, cuando me cuesta llegar al orgasmo (mi amigo tiene siempre que estimularme manualmente después de haber gozado él). Me imagino que soy humillada de alguna forma. Sueño, a veces, también que un hombre que me ha comprado me exhibe, desnuda, para el placer de sus amigos.

No sabría explicarle por qué, pero si consigo pensar intensamente en esas cosas, tengo entonces una fantástica gozada.

No pienso que mi amante se pusiese celoso si le contara esas fantasías, pero creo que se enfadaría. Lo decepcionaría y le fastidiaría...

Verá usted, tenemos los dos una formación universitaria y siempre ha estado orgulloso de mi inteligencia. No soporta las chicas con las que no hay ninguna conversación posible. Le gusta pensar en nosotros como en gente sensata y que tiene los pies en la tierra. Soy reservada, más bien alta. Me visto de forma muy sofisticada porque mi marido no soporta las mujeres descuidadas y tontitas. Me domina en la mayoría de los casos, —no elijo nunca la hora ni el lugar de una cena, ni la película que ver, etc.— salvo, en el plano sexual, o al menos, no de la forma que yo desearía.

Me pide que le dé masajes en la espalda y rascarle hasta que yo llore de exasperación. Espera de mí que lo acaricie, y lo abrace largamente, pero, mientras que yo me excito, no intenta nada para satisfacerme. No ha pensado nunca que podría obligarme a hacer el amor, ni que podría pegarme, etc.

A decir verdad, es de todas formas muy bueno en la cama. He hecho el amor con otros ocho hombres, lo que me da puntos de comparación suficientes.

Cuando tengo esas extrañas fantasías, llego a veces a la cima del éxtasis y

a veces me siento frustrada y angustiada.

Sueño también cuando me masturbo, pero no son realmente fantasías: me basta con pensar en el peligro de esas situaciones imaginarias.

Tras mis confidencias sobre mis relaciones, supongo que se preguntará ¿por qué no hablo a mi novio de mi deseo de ser dominada sexualmente? Escucharía mis revelaciones sin parecer estar impactado (aunque nunca me haya revelado ninguno de sus pensamientos secretos).

La razón de mi silencio es sencilla: hace algunos años antes de encontrarnos, mi amigo se había metido como jardinero en una gran propiedad donde se quedó un año. Su patrona era ninfómana. Se acostaba con todos los hombres de los que podía echar mano, e hizo su conquista. Él era joven e inexperto y reconoce fácilmente que ella se lo ha enseñado todo.

Ella había tomado por costumbre meterse por la noche en su habitación, dejando a su marido dormir en la suya, y le hacía el amor. El marido, al corriente de la situación, sabía que no podía satisfacerla y se había resignado a dejar a su esposa desahogar su sensualidad con otros.

A mi amante le gustaba acostarse con esa mujer, pero cuando se marchaba, se sentía sucio y asqueado. Siempre me ha dicho cuánto apreciaba el carácter «puro» de nuestras relaciones. Me quiere y afirma que se siente muy feliz después del orgasmo. Pero cuando se confió a mí, me sentí muy inferior: hablaba de ella como de una mujer tan «sexy». ¡Claro está, ella tiene mucha más experiencia que yo! A pesar de todo, he pedido a menudo a mi novio echarle un poco de más pimienta a nuestras relaciones —sobre todo con la felación— pero se niega y cree que en realidad no lo deseo.

Reconoce, sin embargo, que le gustaba mucho que esa mujer le chupara, y no quiere creer que yo quiera «realmente» hacerlo. Sin embargo, he besado a otros hombres con placer, pero nada puede convencerlo. A lo máximo, tolera mi boca hasta que está a punto de gozar, después me empuja.

Mire usted, en cierta forma, puedo decir que me ha colocado en un pedestal. Me ve pura, limpia, sana (a pesar de que le haya hablado de mis otros amantes) y no desea romper la imagen que tiene de mí.

Mi primera fantasía sexual apareció en el momento de la pubertad.

Tenía once o doce años. Por la noche, tendida sobre mi cama, soñaba que andaba por el bosque. Un hombre extraño me seguía y, cuando intentaba huir,

me atrapaba y me pegaba. Cada noche, inventaba nuevos detalles a esta escena —el hombre me dominaba- me llevaba y me obligaba a actuar en contra de mi voluntad. La parte de la sexualidad en esta fantasía permanece bastante confusa.

No tenía, a esa edad ideas muy claras sobre la cuestión. Pensando en ello, antes de dormirme, soñaba también por la noche.

Más tarde la fantasía cambió: me llevaban a Oriente y me vendían como una esclava. El escenario podía variar al infinito, porque era raptada por hombres cada vez diferentes. Mis fantasías tienen que ver, de forma manifiesta, con el exhibicionismo. A pesar de todo busco más la humillación que el alarde, desnuda, delante de un público. Estos recuerdos de mis fantasías de joven esclava pueden parecer absurdos, pero hay una de la que me cansaré únicamente si algo muy concreto acabara con ella.

Hace de esto cuatro años, salía con un chico. Era aún virgen y muy inexperta. Flirteó conmigo y me enamoré locamente de él, luego me abandonó brutalmente.

Me había enamorado de él sobre todo a causa de su crueldad. No era vicioso, sino brutal... lo suficiente como para satisfacer mis deseos.

Me agarraba las muñecas, me colocaba contra una pared o sobre la cama y me obligaba a besarlo. Intentaba batirme, pero él ganaba siempre a causa de su fuerza colosal. Nos gustaban mucho estos enfrentamientos, pero nunca fuimos más lejos y seguía siendo virgen cuando me dejó.

Cosa extraña, seguimos viéndonos y hemos apreciado mucho nuestra mutua presencia. Nos encontramos en una fiesta, hace de esto unos meses. Flirteamos juntos y me hizo cosas que nadie notó: apreté mi mano en la suya y me mordió los labios al besarme hasta que por poco grito de dolor. Él se dio cuenta y esto le gustó mucho.

Más tarde, tuvimos una conversación seria y decidimos no jugar ya a esos juegos y seguir como buenos amigos (no hemos hecho ninguna alusión al placer que sentíamos ante el dolor).

Desde entonces siempre ha sido muy bueno conmigo. Cuando estaba turbada por una ruptura sentimental, me reconfortaba y estaba a mi lado. Sólo nos acostamos juntos una vez y estaba demasiado deprimida para haberle tomado gusto, se afanó conmigo maquinalmente, sin verdadero deseo. ¡Un

fracaso, vamos! Se comporta muy normalmente conmigo cuando está en presencia de sus amigos... Pero cuando estamos solos, los antiguos recuerdos salen a la superficie. Conoce —lo sé por el modo en que me mira— mi necesidad de sentirme dominada, y le gusta atormentarme, ya siendo cooperativo, ya negándose a serlo, pero siempre en pequeñas cosas de la vida cotidiana.

No puedo impedir sentir constantemente fantasías imaginando lo que ocurriría si estuviéramos completamente solos en algún sitio, lejos de todos nuestros amigos y que nos dejáramos llevar, olvidando que somos gente «respetable». Hace cuatro años que este chico ocupa mi mente y, aún hoy, cuando anda por una habitación, me siento nerviosa. Han pasado muchas chicas por su cama, pero ninguna se ha quedado; su comportamiento les ha chocado a todas y soy la única que ha seguido siendo su amiga.

Es muy ambicioso y desea mucho viajar al extranjero. Quiere tener éxito en su carrera: no tiene tiempo para tener una amiga fija, aún menos una mujer que lo sujetara demasiado.

Siempre ha habido una relación especial entre nosotros. Me gustaría encontrármelo dentro de cinco años, cuando él tenga una situación asentada, porque sé que es el único en poder satisfacer «todos» mis deseos. Me ha dicho más o menos lo mismo.

Sin embargo, voy a casarme con mi novio. Será un buen marido y un buen padre, pero tengo miedo de que durante toda mi vida me falte algo.

Esto es todo. Espero que, de esta larga carta, confusa, podrá sacar algo útil para sus investigaciones. Me ha hecho mucho bien contar mis pensamientos más secretos. [Carta]

Ingrid:

«Unos días después de mi boda, leí un artículo que me llamó la atención. Se trataba de una pareja de jóvenes recién casados, en viaje de novios. Durante las dos semanas de su luna de miel, la mujer debía complacer los deseos de su marido. De este modo, fue llevada cada día a casa de un tatuador y tatuada en todas las partes de su cuerpo.

No sé si este artículo era o no verdad, pero he pensado mucho en él.



Hasta le pregunté a mi marido si a él le gustaría que yo estuviera tatuada. Pensó que era rara y creyó haberse casado con una loca. Así es que no he vuelto a hablar de este tema con él. Pero, desde que leí ese artículo, me imagino que me hacen tatuajes cuando mi marido me hace el amor. Me obligan a desnudarme y me marcan el cuerpo, sin pedirme mi opinión. Me gustaría mucho ver a qué me parecería, si realmente tuviera palabrotas y dibujos sobre la piel. Todo esto me excita y me hace gozar. Mi marido se cree el único causante de mis orgasmos, pero en realidad, él no tiene nada que ver en eso.

Durante un tiempo coleccioné fotos de gente tatuada y los dibujos que me hubiera gustado ver reproducidos sobre mi cuerpo. Pero he debido tirarlos porque temía que mi marido los descubriera. Me gustaría realmente mucho estar tatuada, pero evidentemente no es posible. El simple hecho de pensar en ello me pone fuera de mí, pero hay un inconveniente: cuando hago el amor con mi marido y pienso en los tatuajes, esto me excita tanto que empiezo a agitarme para todos lados. A veces mi marido sale de mí y se pone entonces muy enfadado. Tengo pues que controlarme.

Nunca he hablado de todo esto a nadie y sé que va usted a creer que soy tonta, pero le he dicho la verdad». [Carta]

## **Habitación 6:**

### **LA SEXUALIDAD DEL TERROR**

Puede que trabaje sobre todo para mí, que establezca categorías de emociones en la fantasía que no existen, que cree dos habitaciones en el «Palacio de la Fantasía», donde con una sola bastaría.

Sería mucho más fácil relegar a Johanna a la habitación de las violaciones, en lugar de prever un lugar aparte donde pueda satisfacer sus deseos sexuales, que son diferentes, pero no menos reales que los demás.

Mi palacio imaginario está sin precedentes, al igual que mis trabajos y, por consiguiente, he decidido dedicarles un capítulo entero a las fantasías

fundamentadas en el espanto. No el espanto corriente, sino el terror total que se vuelve extrañamente sexual cuando corresponde a una pérdida de control inminente. Es ese miedo el que relaciono en la fantasía siguiente. Inútil ser psiquiatra para comprender que cuando una mujer no llega nunca hasta el orgasmo, esta ausencia de placer traduce su miedo de dejarse llevar, de abandonarse, etc., Una mujer lo comprende fácilmente. Y para algunas, especialmente las independientes, que dirigen ellas mismas sus vidas como Johanna y Anne, la pérdida del autocontrol debe ser espantosa, y el orgasmo, sinónimo de terror.

No es necesario haber estado muerto de «miedo “para comprender lo que esto significa. Basta con revivir la sensación del corazón que late, de la boca abierta, del abandono del cuerpo durante el placer para comprender, o casi, lo que significa, para algunas mujeres, la” sexualidad del miedo».

Johanna:

Cuando mi marido y yo vivíamos en Méjico, hicimos amistades con una pareja vecina, que vivía a un kilómetro, más o menos de nuestra casa. Se llamaban Carlos y Johanna. Un día, cuando Johanna y yo estábamos solas en la casa, abrió un cajón de un mueble; ahí se encontraba una pistola.

«Charles me la deja cuando estoy sola, dijo. Una vez, antes de que estuviéramos casados, fui violada. Charles se asegura siempre de que la pistola esté en su sitio cuando debe ausentarse cierto tiempo».

Más tarde, cuando volví a ver a Johanna y le pregunté si quería contribuir a mi libro, supe la verdad de la historia.

»Podría decirse que toda mi vida sexual gira alrededor de la violación de la que le he hablado. No creo que pueda transcurrir un día sin que la recuerde. Me encontraba en esa casita, donde vivía sola antes de conocer a Charles. Un hombre entró. No era Mejicano, no sé de dónde venía. Afirmaba que sólo quería vender algo, pero supe enseguida que había gato encerrado. Me preguntó si estaba sola, con una voz tan suave y tan tranquila que no me asustó. Pero tenía miedo. Porque presentía lo que iba a seguir. Sacó un cuchillo, de forma relajada, lo colocó sobre la mesa, cerca de su mano. Luego me explicó lo que iba a hacerme. Preciso que no era malvado y que, si seguía sus

instrucciones, no sería bruto. Añadió incluso que yo obtendría placer. A la vez que hablaba, veía engordar la parte delantera de su pantalón. No podía mirarlo a la cara. Mis ojos permanecían dirigidos hacia abajo. Pensó quizás que yo miraba al suelo. Lo que miraba fijamente, en realidad, era el enorme abultamiento de su pantalón. Recuerdo aún calificativos que yo daba a ese bulto: cruel y potente. Ordenó que me quitara la ropa. Lo que hice con un ojo en mis botones y el otro en el cuchillo tan próximo a mi mano. Luego, cuando estuve desnuda, me pidió que le desabrochara su pantalón. Obedecí. “Quítamelo, dijo, y bésame”. Lo cumplí de nuevo. Maquinalmente, sin comprender. Esto parecía muy natural. Me parecía que casi tuviera prisa por ayudarlo.

Hice todo lo que me pidió. Luego, me mandó tumbarme de espaldas, sobre mi mesa de trabajo, con los pies en el suelo. Durante ese tiempo cogió el cuchillo, y se puso entre mis piernas. «Ábrelas más», dijo y se acercó aún más a mí. De pronto, alzó el cuchillo por encima de su cabeza y lo hincó en la mesa, al lado de mi cadera. Y luego se arrodilló delante de mí, con los brazos abiertos, con una mano agarrando el cuchillo hincado aún sobre la mesa. Intenté pensar hasta qué punto estaba aterrorizada, cuánto lo detestaba. Pero me sentía cada vez más excitada. Cerré los ojos e intenté girarme a uno y otro lado, como si intentara escapar a su lengua, pero era, sobre todo, para que esa lengua me tocara por todos lados. Abrí los ojos una vez. Todo lo que podía ver era la cúspide morena de su cabeza, sus cabellos y la mano que agarraba el cuchillo. Luego, volví a cerrar los ojos y de repente, dejé de controlarme. Atraje su cabeza, y hundió su lengua en lo más profundo de mí, y gocé más y más y más...

Lo que vi después fue su cara. Sonreía. Estaba encima de mí, sobre la mesa.

Él estaba sobre mí. «Hazlo entrar», dijo. Yo tenía prisa por obedecer. Con una mano entreabrí mi sexo y con la otra guiaba el suyo. Recuerdo que no era demasiado gordo, pero muy largo y delgado. Quería sentirlo por completo en mí. Al cabo de algunos movimientos, lo sentí irse y gocé de nuevo. Había olvidado mi odio.

Sólo podía ya pensar en su instrumento largo y delgado, totalmente hundido en mí, perdido en mi vientre. Y gocé más y más. Entonces el tío se

marchó. Simplemente. Como me había prometido.

Conté a mi marido lo que había ocurrido, antes de nuestra boda, pero nunca le he dicho el efecto que me dejó. En aquel momento yo salía con un Mejicano y hubo otro hombre antes de Charles. Ni uno ni otro consiguieron ponerme tan apasionadamente excitada como ese hombre cuando me violó. Charles tampoco, desde luego. No es necesario que me repita, cuando estoy en la cama con Charles, cuánto quiero y cuánto detesto a aquel extranjero. Esto mata mis ideas eróticas. En otros momentos, sin embargo, Charles consigue excitarme muy bien, y no necesito pensar en ese hombre. Pero a veces, cuando no estoy muy animada y Charles está de humor libertino, o cuando me encuentro en ese extraño estado de ánimo llamado sueños eróticos sin ninguna razón... pienso deliberadamente en ese personaje. Cierro los ojos y me imagino de nuevo sobre esa mesa, con las piernas colgando desde las rodillas, y él entre mis muslos. Recuerdo todos los detalles, mi odio, mi terror, la pasión que puse en esa experiencia, y mis reacciones. Cada vez que evoco esa escena, reacciono siempre del mismo modo.

[Entrevista en magnetofón].

Anne:

Anne es viuda. Mayor que la media de las personas citadas en este libro, tiene un lenguaje más casto que la mayoría. Lo que no significa que su vida haya sido menos rica en aventuras.

Anne es, desde hace mucho tiempo, amiga de mi marido que conocía también muy bien al suyo, John, hasta que murió por un accidente. Trabaja al margen del mundo del cine, y se codea con mucha gente de ese medio. Ya ha estado casada una vez y figura en las minutas de un juicio por divorcio en Hollywood del que todos los periódicos hablaron al principio de los años cincuenta. «Cuando encontré a John, fue el único hombre para mí, para siempre», me confió un día. Lenguaje romántico, de adolescente, pero en boca de una mujer teniendo la experiencia y la honradez de Anne, esta declaración, cortaba la respiración. Es una mujer tan atractiva, tan viva y tan agradable que no consigo comprender por qué no se ha vuelto a casar. No dudo de que haya tenido la ocasión e ignoro las razones que llevan a un ser tan dispuesto al amor

a vivir sola.

Siempre he considerado a Anne como la mujer más inteligente, más generosa y más abierta que conozco. Es de compañía agradable y nunca aburre con sus problemas, a pesar de que los tenga. Las vivas historias de sus experiencias socio-sexuales de hace veinte o treinta años sobrepasan todo lo que he visto y oído en el último decenio, en el que todo ha evolucionado tan rápidamente.

Se puede ser la primera chica en fumar droga, en tener un amante, etc., en descubrirse un destino de aventurera y en experimentar a la vez muy deprisa la necesidad, en apariencia contradictoria, de controlarse perfectamente. Los alpinistas deben ser más prudentes que cualquiera. Al menos yo explico de esa forma mi llegada tardía a una comprensión exhaustiva del sexo. Anne, estoy segura, tiene su propia explicación.

»Ahora que lo pienso, encuentro que es difícil describirlo. Quiero decir lo que me pasa por la cabeza cuando hago el amor. No creo que pueda... Estoy en la oscuridad, pero no solamente la oscuridad de la noche; es la oscuridad de los espacios infinitos. Lo que es sin duda un error científico, porque supongo que los astronautas, los cosmonautas viajan a plena luz. Mi propia oscuridad es mucho más mítica..., se trata de tinieblas que no son, sin embargo, las de la muerte. Estar lejos, lejos, muy lejos en algún sitio del espacio infinito. Me encuentro de alguna forma en mi cuerpo, pero también fuera de él. Puedo en cualquier momento caer en el infinito, en la oscuridad absoluta, un poco como Lucifer... Es mi segunda referencia al Paraíso Perdido. Me pregunto lo que eso significa.

Caer al exterior de un cohete espacial en la noche total es una sensación espantosa pero excitante. Supongo que esto traduce lo que yo pienso de los hombres. Son aterradorizantes ellos también.

Pero no lo encuentro apasionante en absoluto. He aquí lo que explica mis asociaciones de ideas con Lucifer, el más bonito de los ángeles, según su leyenda.

No sé por qué tengo esa fantasía particular... Ciertamente no la he elegido... porque tengo miedo de las alturas ¿cómo se llama eso, vértigo? No puedo mirar por la ventanilla de un avión, ni siquiera por la ventana de un rascacielos, soy incapaz de acercarme al borde de una terraza en lo alto de un

edificio... Me aterra, me dan ganas de saltar.

Nunca he sentido esto antes de conocer relaciones sexuales verdaderamente satisfactorias. Supongo que nunca había tomado realmente conciencia de esta extraordinaria pérdida de control de sí, ni incluso de esa caída profunda en no sé qué, de esa relajación total que trae el orgasmo. Cuando era niña e incluso jovencita, nunca tenía miedo de las alturas, no temía saltar. Creo que es esto. El temor que tantas mujeres tienen al vacío, el miedo y la fascinación de «saltar» en el orgasmo. Supongo que ahí está la relación... ¿verdad?. [Entrevista en magnetofón].

## **Habitación 7:**

### **EL PEQUEÑO ESCALOFRIO DE LO PROHIBIDO**

El sentimiento de culpabilidad encierra una constatación interesante: la posibilidad de ser descubierto... por alguien. En cierto modo, pues, se puede decir que las fantasías alimentadas por un sentimiento de culpabilidad tienen que ver con el voyerismo. Aquí la energía está sacada de la presencia, o la presencia inminente, de otras personas. Pero la culpabilidad sigue siendo una emoción demasiado sobrecogedora y demasiado potente como para dejarse anexionar a otro sentimiento. Puede dar, ella sola, una fuerza tal a la fantasía que le dedicaré un capítulo entero.

Algunos individuos roban sólo por la excitación al lograrlo. Dicho de otra forma, por jugar con la idea de una posible detención. En todas las películas de intriga, el péndulo emite un tic-tac significativo... La idea del tiempo que pasa, del tiempo que se contrae en el momento del acto delictivo, le da valor a éste, en particular cuando se trata de un acto sexual. Ya se trate de una prohibición real (las únicas que algunas mujeres aprecian) o imaginaria, las cosas siguen siendo una simple cuestión de tiempo: los segundos se desgranán, el silbato suena, los pasos se acercan, la puerta de la habitación se abre, todo se descubre. En la fantasía, el tiempo se encuentra del lado de la culpabilidad:

se añade a la excitación amenazando pararse. Y verdaderamente para apreciar esta excitación «ilícita», añádale el amor robado. La receta es infalible.

Emma:

»Jugamos al escondite. Me han dado un poco de ventaja para que encuentre un escondite. Arriba en la casa, he encontrado una habitación vacía que sólo tiene una cama vieja. Rápidamente, en la oscuridad, me deslizo bajo el somier y espero a que los demás me encuentren; sus voces están muy distantes. Todas. Pero oigo unos pasos, pasos que se acercan cada vez más. El hombre viene hacia mí directamente como si supiera dónde me encuentro, como si hubiera dejado mi rastro, mi olor. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en ese escondite juntos.

Contengo mi respiración, mi corazón se me sale del pecho, porque sé que es la única persona del grupo que yo deseo que me encuentre, que me encuentre antes que los demás. Tiene que ser él. Deseo intensamente que sea él.

Viene directamente a la habitación, despacio, silenciosamente para que los demás no lo oigan y se mete bajo la cama, a mi lado, en la oscuridad.

Estamos tendidos uno al lado del otro, apenas respirando.

Unas manos que no me han tocado hasta entonces, exploran mi cuerpo.

Manos a las que le pongo un rostro en mi cabeza, un rostro que siempre he encontrado excitante pero que nunca he podido besar. No me atrevo casi a respirar. Escucho las voces de los demás que se acercan y se alejan de nuevo para explorar una habitación lejana. Nos movemos los dos despacio. Mi piel está llena de vida, una loca excitación me invade. Mis manos le ayudan a subir mi jersey, dirigen su boca hacia mis senos. Le ayudo a bajar la cremallera en la parte de atrás de mi pantalón. Con un atrevimiento increíble, alzo mis nalgas y empujo su cabeza un poco más abajo.

Su boca me acaricia por todos lados. Mis manos cada vez más temerarias en la oscuridad, lo acarician, encuentran su sexo duro como una piedra. Nos movemos despacio contra ese suelo desnudo, apenas respirando, sobre el fondo sonoro de las voces en la planta de abajo. Se preguntan «¿La habéis encontrado?». Luego me llaman por mi nombre. «Emma. ¿Dónde estás

Emma?». Cada paso los acerca. Cuanto más altas son sus voces, más se atraen nuestros cuerpos. Se ríen, se llaman, sugieren sitios donde podría estar escondida; ahora han comprobado que sólo faltamos los dos.

Sus voces se alejan y ruego al Señor ¡que no nos encuentren aún!

Entonces es cuando oigo a mi amigo Larry, y aunque no haya ninguna nota de sospecha en su voz, el temor y la ansiedad que siento me dan aún más calor, me llevan a realizar cosas increíbles con este hombre que apenas conozco. No hay nada que yo no le dejara hacerme. Puede pegarme o susurrar en mi oreja cosas que jamás me haya dicho ningún hombre, «más». Ese murmullo está en mis orejas «más». Pido más; estoy completamente mojada, antes incluso de que me haya penetrado. Parecemos dos conspiradores en la oscuridad, respirando tan fuerte que parece increíble que los demás no nos oigan.

Ahora que saben que estamos juntos, las búsquedas toman una nueva dimensión. ¿Qué hacéis vosotros dos? ¿Dónde estáis?

Llaman, ríen, dan bromas. Su prisa se convierte en la nuestra.

Empapados de sudor, nuestra ropa medio quitada..., ¿cómo le explicaremos esto a los demás? Pero ya es demasiado tarde. Unos pasos se acercan en la escalera, alguien ha encontrado la puerta que lleva al granero. Pasos que yo conozco. Necesitamos más tiempo, unos segundos más. Oímos al «cazador» tropezar en la oscuridad y mientras que el sexo penetra más y más profundo en mí, mis sienes estallan de éxtasis y aceleramos el ritmo. Los pasos en la oscuridad se acercan cada vez más, el orgasmo me sube y ya no podemos evitar nada. Sé que ahora todo escapa a mi control, pero sé también quién es la persona que viene: ¡Larry! Llama a los demás abajo, diciéndoles que cree habernos encontrado. Y como los pasos y las voces se hacen más y más cercanos, yo gozo.

[Escrito a petición mía]

Donna:

»Tengo treinta años y estoy casada desde hace doce años.

Creo que mi fantasía favorita consiste en excitar a alguien hasta el punto de llevarlo a masturbarse. No soy del tipo de excitar abierta y deliberadamente a un extraño. Soy muy tímida e incluso un poco atrasada en el plano sexual. Pero



a pesar de todo me han ocurrido en el pasado algunas aventuras que recuerdo con gusto. Un día, tendré el suficiente valor de excitar a alguien además de a mi marido.

Cuando tengo relaciones sexuales con él, imagino a veces que hacemos el amor con otras parejas que nos miran, y están tan excitados por ese espectáculo que empiezan a masturbarse. Pienso, igualmente, en los hombres que me han hecho insinuaciones y me los imagino masturbándose o excitándose hasta tal punto al verme, que acarician su pene en público.

He tenido un desarrollo tardío y sólo me he masturbado tarde en mi adolescencia. Me tapaba cuidadosamente por miedo a que me riñeran. Salía para eso y cuando volvía a casa, muy excitada, tenía mucho miedo de lo que podría ocurrir. Después de mi boda, permanecía a la defensiva. Sin embargo, a medida que nuestra experiencia aumentaba y que mi marido se volvía mejor amante, me arriesgaba a imaginar su pene en erección en una situación muy embarazosa y comprometedor para él.

No sé realmente cómo reaccionaría mi marido si le confesara todo esto. Es de mentalidad abierta, pero ante estos hechos pensaría quizás de otro modo. Me ha contado sus fantasías: algunas me excitan otros me dan asco. [Carta]

## **Habitación 8:**

### **SERVICIO DE BELLEZA**

Embellecerse tiene tal importancia para una mujer que incluso en las fábricas se ha descubierto que unos espejos estéticos y bien colocados en los servicios de las señoras permitían mejorar la productividad del personal femenino.

En un imaginario Palacio de las Fantasías —donde lo más bello se nutre, precisamente, de la belleza— la mujer necesita de un crisol que lo pueda transformar todo: el ama de casa corriente en reina; la mujer bonita en mujer irresistible; una vida fastidiosa en vida fabulosa... En ese crisol, incluso un

sexo puede volverse bonito a los ojos de aquellas que tienen miedo de su propia fealdad. Según algunos, las mujeres más bellas del mundo sienten a solas dudas sobre su encanto, que es, sin embargo, esencial en sus vidas. Las revistas viven de ello y muy bien. Entonces, sea cual sea su belleza, sean cuales sean sus fantasías sexuales favoritas, toda mujer antes de entrar en el Palacio de las Fantasías debe primero calmarse con el crisol de las metamorfosis. La ilusión de ser más guapa, incluso a nivel del sueño despierto, anima la vida sexual realizando la conciencia que tiene la mujer del deseo que ella inspira.

Algunas, como Betty y Mónica (más abajo) no irán a buscar más allá. El crisol de las transformaciones mantiene todo su ideal. Fuera de esa metamorfosis y de su estrecha visión, casi sórdida del sexo, punto de salvación.

Las fantasías las liberan de la influencia destructiva del desprecio hacia sí mismas y de la neurosis y las ayuda a vivir.

Mónica:

Mónica tiene diecinueve años. Pequeña, poco cuidada, pesa varios kilos de más. Está celosa de su hermana mayor, la «maravillosa “de la familia.” Es ella la que siempre tenía la ropa bonita, y sólo al cabo de cierto tiempo he empezado a pasar de ello”.

Mónica idealizaba a su padre, y en sus sueños despiertos el hombre rara vez es un personaje famoso, si no, a menudo, su padre.

»No soñaba con él como amante —dice—. Siempre éramos padre e hija. Pero me quedaba en la cama, o sentada en la escuela durante horas, e imaginaba que él y yo íbamos a salir para cenar en un sitio fabuloso o que íbamos a bailar. Algunas veces imaginaba algo muy excitante: por ejemplo, ir juntos en coche a uno de esos lugares clandestinos donde se puede jugar de forma ilegal a la ruleta. En realidad, se trata aquí de una adolescente típicamente romántica, un poco desaliñada, con un padre que llena por completo su imaginación de niña y una bonita hermana a la que envidia.

Los padres de Mónica pertenecen a una secta religiosa y creían firmemente que el sexo era una tentación a la que había que resistirse; no hacían nunca

alusión a ese tema en su casa. Pero de alguna manera, eso me hizo admirar aún más a mi padre y a mi madre, dijo. Sabía que eran diferentes de los demás, más puros, más limpios; incluso cuando las ideas religiosas de mis padres me dejaron completamente desamparada ante mis primeras reglas, verdaderamente no se lo reproché. Quizá se lo haya reprochado un poco a mi madre por no haberme avisado antes, pero no a mi padre. Es algo horrible y asqueroso. ¿Para qué hablar de ello?

En realidad, esto sólo ha aumentado mi admiración por mi padre. Su silencio sobre el tema, quiero decir. Sabía desde esta época que, de una u otra forma, los hombres tenían más interés sexual que las mujeres. Pero mi padre, este personaje fantástico, atractivo (era aún más «verdadero» en mis sueños que en la realidad) no se interesaba más que en los aspectos más bonitos de la vida, por ejemplo, llevarme al teatro. ¿Por qué me iba a hablar de cosas tan horribles como mis reglas?

Un día, entré en la habitación de mis padres. Estaban ausentes y no pude resistir la tentación de abrir la cómoda de mi padre para ver lo que encontraría. No sé qué me esperaba. Algún símbolo glorioso de este mundo impreciso y secreto en el que vivían los hombres, supongo. Lo que encontré, bajo las camisas, fue uno de esos paquetitos de esas cosas elásticas horribles—incluso ahora tengo horror a esa palabra— y un ejemplar de la novela de Henry Miller, *Trópico de Cáncer*. Nunca había oído hablar de Henry Miller. Abrí el volumen y empecé a leer. Quizás sencillamente porque estaba escondido debajo de las camisas de mi padre. Pero sabía que hacía algo malo.

La experiencia no causó en Mónica ningún asco, ninguna rabia, tampoco ninguna excitación, ni ningún temor. Fue mucho peor. El libro desmentía todas las ideas puras y nobles que se había hecho de su padre. La descripción de los actos sexuales que en él se encontraba le hizo inmediatamente comprender que sus padres se dedicaban sin duda a todas esas abominaciones.

»Sentí que no me quedaba ya ninguna razón para vivir, dijo; mi padre no pensaba en mí, no pensaba en secreto irse a vivir un día conmigo en un mundo ideal donde iríamos a la ópera o dirigiríamos juntos un rancho en el Oeste. Se preocupaba únicamente de todas las guarrerías descritas en la novela. Yo sólo tenía el espantoso mundo descrito por Henry Miller, con todos sus horrores. Sólo era una chica estúpida e intenté suicidarme esa noche. Me tragué un bote

lleno de aspirinas y todas las demás pastillas que pude encontrar en la casa. Menos mal, o desgraciadamente, que no había nada demasiado nocivo a mano. Simplemente estuve enferma toda la noche. Pero aún hoy, ideas de suicidio me rondan a veces.

Todo empezó la primera vez que me acosté con alguien. Nunca había pensado en ello antes y de repente estaba ahí, en mi cabeza.

Había conocido a un chico muy guapo en el baile y me sorprendió mucho que se interesara por mí. Chicos como él nunca se fijaban en mí. Nos subimos en su coche y comprendí rápidamente lo que él tenía en la cabeza. Normalmente, yo evitaba ese tipo de situaciones, pero me dije que un día u otro tendría que aprender. Todo el mundo estaba al corriente excepto yo. ¿Por qué no empezar con él?

Además, me atraía mucho y esperaba tal vez, contra toda esperanza, que, si aceptaba, lo volvería a ver más adelante. A decir verdad, fue muy excitante. Nos subimos en la parte de atrás de su coche, era cómodo y oscuro. Estábamos solos. Quizás fuera la primera vez que me encontraba sola tanto tiempo con un chico en un coche sin estar conduciendo. Los lugares vacíos me atraen particularmente. Las habitaciones vacías, sobre todo. Creo que es ése el sentimiento que me atrajo a la habitación vacía de mis padres. Siempre hay algo interesante en una habitación vacía. Y nunca se sabe qué.

Este chico era un excelente amante. Quizás había leído numerosos libros, de cualquier manera, conocía un montón de trucos.

Vagamente me daba cuenta de todo lo que me hacía, pero no dejaba de pensar en el momento en que se tendería sobre mí y me abriría de piernas para penetrarme. Sabía que esto me dolería. Sin embargo, la idea de que iba a hundir su sexo en el mío bastaba para excitarme.

Quería gritarle que olvidase todas sus complicadas técnicas y se diese prisa. Recuerdo haberle ayudado a quitarse su ropa interior y cuando mis bragas se quedaron enganchadas en mis tobillos —imagino que estábamos en una postura más bien incómoda- prácticamente las desgarré de lo agitada que estaba.

Luego, no sentí ningún dolor. Recuerdo haber mirado su sexo, sorprendida por un segundo de verlo surgir hacia delante y no hacia abajo, entre las piernas como yo. Luego me penetró y no sentía casi nada. Nada de sufrimiento en todo

caso. Estaba tendida mientras que él se movía de forma extraña. Y de repente, tuve esa idea surgida de la nada: no era ya yo misma.

El cuerpo que él jodía no era ya mi cuerpo relleno, no era yo, era mi hermana. Entonces todo empezó a dar vueltas en mi cabeza. Podía verlo tal como era, muy guapo. No se acoplaba conmigo sino con mi hermana, mi encantadora hermana. Una parte de mí aplaudía interiormente ese espectáculo. Yo la detestaba, y me excitaba imaginarla en esa postura humillante, tomada por un desconocido en el asiento trasero de un coche. Sin embargo, la otra mitad de mí quería ocupar su lugar, quería sentir al hombre en mí. En el momento en que se trataba de mi hermana, todo iba bien. Y, con esta imagen en mi cabeza, me sentí excitada. Podía sentir al chico, me sentía moverme a su ritmo, pero durante todo ese tiempo no era verdaderamente yo: había dos personas en mi cabeza. Desde ese día, la chica que goza no soy nunca yo. Si imagino que soy yo la que está en esa posición me siento frígida, sin vida, un poco asqueada de mí misma y del chico.

Pero en cuanto la otra imagen vuelve a mi cabeza, siento la excitación más loca». [Entrevista]

Betty:

»Tengo fantasías en el momento de la última fase del acto sexual.

Me imagino que me convierto de repente en una mujer muy guapa y muy atractiva (en la realidad, soy bastante corriente). Mi marido y yo estamos en la cama en un ambiente lujoso, habitualmente en un hotel, lejos de nuestra casa. Veo incluso la botella de *champagne* en el cubo plateado. Pienso en la gente que anda por el pasillo, tan sólo a algunos metros. Cómo nos envidiarían si supieran lo que hacemos.

Me gusta, sobre todo, la idea de que no estamos en casa, sueño en una habitación de hotel porque los hoteles son lugares provisionales donde puede ocurrir cualquier cosa. Cuando era pequeña, creía que solamente las mujeres muy bonitas vivían en maravillosos palacios, como los que había visto en las películas. No había un gran hotel en la ciudad donde me crié, y claro, como se trataba del cine todas las protagonistas eran guapas.

Soy yo misma antes de llegar al estado del que acabo de hablar, pero

cuando empiezo a sentir a esta otra mujer, me pongo a montar a mi marido y a darme placer con su maravilloso pene. Estoy sentada sobre él y me muevo de arriba a abajo, cierro los ojos y miro a esta otra encantadora mujer que, sin embargo, soy yo misma, pero en otro lugar, fuera de mí. La veo tan claramente que consigo incluso animarla... Le gusta tanto eso. «Vamos, vamos tómallo»

tengo ganas de decirle. «Vamos, te lo mereces». Cosa curiosa, esta otra mujer no soy yo realmente. En realidad, no es siempre la misma.

[Carta]

## **Habitación 9:**

### **NUESTRA MADRE TIERRA**

Las cartas que siguen deberían estar tejidas con cáñamo o bordadas a mano sobre cañamazo azul celeste. Los rituales de fertilidad, e incluso la fantasía de una sociedad matriarcal donde los hombres sólo son alimentados para satisfacer los apetitos sexuales de las mujeres, como en la fantasía de Marina, son lo suficientemente cercanos a la mitología y a la naturaleza como para parecer posibles como, por ejemplo, los cuentos de Grimm —que, a pesar del horror del contenido, según el psicoanálisis de moda, consiguen dormir a los niños.

Numerosas mujeres, en realidad, viven cotidianamente la fantasía de la madre tierra sin conocer la ansiedad por eso. De todas las fantasías sexuales femeninas, las que derivan del símbolo de la fertilidad son probablemente las menos amenazantes para los dos sexos. Esto explica, supongo, que tantas mujeres sueñen para sus hijas con una existencia de madre de familia sin problemas. Porque la imagen de la fertilidad es tan vivaz en algunas, como es natural, para el lector medio de Play Boy, la idea de mirar una escultural joven tomada por un pastor alemán.

Viviane:

Viviane es secretaria a tiempo parcial en casa de uno de mis amigos que dirige un grupo de teatro. Trabaja con él por la noche y en otro lado a tiempo completo durante el día. Ahorra para ser médica. «Cuando empiece mis estudios quiero tener suficiente dinero ahorrado como para interesarme únicamente por la medicina, dice, y no tener que preocuparme de problemas materiales». Sus padres murieron en un accidente de coche y vive en casa de una tía soltera.

Tiene veintiún años, es guapa, sana, tranquila y muy viva.

»Descubrí esta fantasía la primera vez que me acosté con un hombre. Era Jimmy, hasta ahora mi único amante. Pero creo que con cualquiera tendré siempre esas imágenes en mi cabeza. Parecen venirme automáticamente en cuanto abro las piernas. La primera noche no creo que durmiéramos mucho. Habíamos fumado hierba, y no puedo recordar el número de veces que hicimos el amor. No sufrí y apenas sangré. Es quizá la segunda o tercera vez que me puso en esa postura; de ahí sin duda me vino esta idea, la idea de que estaban sembrándome. Quiero decir que es difícil tener ese sentimiento si su sexo no está dirigido hacia el cielo ¡verdad! Esto es: estaba tendida de espaldas, todo mi peso sobre los hombros, con las piernas al aire. Jimmy se erguía lejos, encima de mí— recuerdo haberlo mirado y haber visto su potente sexo descender en mí, hundirse en mí.

Directamente, la imagen no me aterrorizaba, al contrario. Me sentía amplia, receptiva, muy abierta, esperando la semilla. Esperando que siembre la semilla en mi agujero, caliente y fértil, como la tierra, prevista justo para él, justo para eso, para la siembra. Era la tierra y era el agujero dentro de la tierra. Yo era todos los agujeros de la tierra y él, el campesino recorriendo los campos con su tractor, sembrando agujero tras agujero a cada empujón. Y yo era todos los agujeros, era la tierra, estaba sembrando y resembrando. Era tan excitante..., y tan acertado, tan natural. Tendida ahí, de espaldas, con las piernas al aire, con mis pies alzados hacia el techo, me parecía tener la postura más natural del mundo. Y hacerme tomar, hacerme sembrar por esa máquina, este enorme aparato, que podía meterse profundamente en la tierra, llenarme y dejarme fértil, madura..., es esto, pienso: no solamente la excitación de haber sido sembrada sino de saber que a cada empujón estaba

completa, entera.

¿Comprende? No era la máquina lo que era excitante —aunque su tamaño lo fuera—. Lo que era excitante, era el grano. Lo tierra en mí, Dios mío no sé... pero me encanta ese sentimiento. [Entrevista grabada]

Marina:

Marina pertenece a un grupo social bastante nómada: no tiene ataduras en particular. Vive actualmente en Boston. El año pasado vivía en París. Su amante actual es un banquero italiano, el anterior un lord inglés. Su único punto en común: tienen el triple de su edad.

Ella tiene veinte años, una madre francesa, un padre suizo y una cuenta bancaria bien provista. A pesar de los innumerables kilómetros que ha recorrido en su vida, es ingenua. Habla media docena de idiomas y trabaja para una agencia de publicidad.

»Me he masturbado sistemáticamente desde mi más temprana edad, tres años creo, hasta tal punto que mis padres consultaron a un médico. Muy niña, pensaba en un amigo preferido, o en una vecina encantadora, que adoraba en aquel entonces. Hacia los nueve o diez años, empecé a fijarme en los hombres y a pensar en ellos mientras me masturbaba. Tenía una vaga idea de lo que era el amor, pero nunca iba mucho más allá del simple beso. Una amiga, también de unos diez años de edad, me enseñó el resto —los niños son adultos muy pronto en la ribera del Mediterráneo—. Su padre al ser ginecólogo, ella estaba muy bien informada. Recuerdo que nos comíamos uvas al lado de un riachuelo en la casa de campo de mis padres, un día de verano extremadamente caluroso; constantemente, de forma obsesiva, hablábamos de chicos, siempre de chicos, de amor, de amor, de besos, de ligues... Y de pronto, me preguntó si yo sabía exactamente lo que ocurría entre los hombres y las mujeres y sin esperar mi contestación, me explicó muy claramente las cosas.

Inmediatamente pensé: «Esto debe ser como la masturbación, pero en lugar de sábanas liadas, mi instrumento favorito, habría una piel sudorosa y jugosa». Esta perspectiva me trastornaba y empecé a perderme en una maravillosa niebla. «Y si quieres realmente saber el efecto de ese producto, me dijo, coges



un hervidor, lo llenas de agua tibia, abres los muslos y la echas despacito en ti». No había tiempo que perder. Volvimos corriendo a casa, pillamos la bonita tetera rusa de plata de mi madre y cada una a un lado de la bañera, con las piernas abiertas, empezamos a echar el contenido de la tetera sobre nuestros clítoris, a la vez que acariciábamos nuestros cuerpos con una mano instintiva y segura. Yo me imaginaba que era nuestra madre Tierra regada por la lluvia fértil, en un magnífico ritual egipcio o cretense o también una emperatriz déspota probando en primavera todos los jóvenes de su reino para regenerarse. (Eran guapos, porque había exterminado a los demás). «No puedo decirle lo que pensaba mi amiga, porque estaba absorta por entero a mi propio placer». [Escrito a petición mía].

## **Habitación 10:**

### **EL INCESTO**

A pesar de la resuelta indiferencia del doctor Freud con respecto a la tendencia femenina del Edipo, la idea de incesto sigue a menudo arraigada en la mujer: la primera imagen sexual del padre o del hermano es primordial.

Es interesante comprobar que, si Freud en un principio tomó por ciertas las historias de mujeres histéricas violadas por su padre, su suegro o su hermano mayor hasta el punto de indignarse de que el Imperio austro-húngaro se apoyara sobre «sagas» tan repugnantes como lo de la violación de chicas, llegara más tarde a considerar estos relatos como fantasías de mujeres criadas bajo la tutela paterna, en una época en que la imagen del Hombre en la Casa era tan fuerte que representaba un rival latente, prácticamente indestructible para todo macho que pasara por ahí.

No estoy en absoluto cualificada para discutir la significación psicológica del incesto, incluso al nivel de la fantasía. Pero creo —a pesar de la poca atención que concede la literatura especializada- que la idea de incesto es tan intensa en la mujer como en el hombre. Claro está, todos los «domingos-por la

mañana-en-la-cama— con-papá-mamá» no acaban de la forma tan traumatizante como lo cuenta Bella, pero no puedo dejar de preguntarme cuántas semillas de fantasías posteriores se han sembrado de este modo con ocasión de este tipo de pasatiempo familiar; los adultos tienen un comportamiento de adulto, inofensivo para ellos; pueden conservar las ideas claras y controlar perfectamente lo que ocurre en su cama, pero ¿qué ocurre con los niños?

Bella:

»Tengo treinta y dos años; enfermera, trabajo en un hospital de Londres. Tengo un hijo que tiene casi catorce años. Estaba embarazada cuando me casé. Mi marido es médico.

Mi fantasía es tan chocante que la he guardado en secreto toda mi vida, y sólo porque ha tomado un nuevo giro he decidido hablar de ella, con la esperanza de ver más claro y desmitificarla. Gira en torno al incesto, todo tipo de incestos. A lo largo de los años, me he esforzado por reunir todas las informaciones posibles sobre ese tema, y conozco todos los mitos griegos que lo mencionan. Para que un hombre me atraiga, baste que imagine que es de mi familia.

Sólo me relaciono más íntimamente con él si manifiesta interés hacia mi tema favorito. He tenido una aventura de ese tipo hace unos años. Esto ocurría en un hospital en el centro de Inglaterra. Me encargaba de un jovencito muy gentil, «agent de probation»<sup>[5]</sup>, que había tenido un accidente de coche.

Entre sus «clientes» se encontraba un padre que había salido de la cárcel después de haberle hecho un hijo a su hija. La ley no los autorizaba a vivir bajo el mismo techo, aunque tuvieran de nuevo relaciones sexuales. El vigilante pedía solamente que la hija tomara la píldora. Yo le hablaba a menudo por la noche. Claro está, nuestra conversación giraba en torno a mi tema favorito. Una noche, cuando estábamos ambos muy excitados, me pidió el orinal. Coloqué una mampara alrededor de su cama y la botella entre las sábanas. Cogí su pene, excepcionalmente grueso y lo tuve un momento. Empecé a masturbarlo despacio y cuando sentí llegar el espasmo, lo besé sintiendo el semen correr. Recogí la mayor parte en la botella y nos sonreímos.

«Gracias hermana», me dijo. «Le contesté Oh hermano». El lazo estaba establecido. Como iba mejor, hice el amor con él numerosas veces después. Seguimos llamándonos hermana y hermano.

A pesar de todo mis principales fantasías se refieren a mi padre. De niña, tuve una vida familiar muy agradable. Mis padres me daban mucho afecto, sobre todo papá. Desde los ocho años de edad, él es mi amante imaginario cuando me masturbo.

Papá iba a trabajar muy temprano seis días por semana, y sólo los domingos por la mañana me encontraba a mis padres en la cama. Mi gran alegría era trepar para reunirme con ellos. Debía tener ocho años por aquel entonces. Lo recuerdo porque los periódicos del domingo titulaban sobre un hotel bombardeado en Jerusalén, durante el verano de 1.946. Ese domingo, apenas acababa de tenderme cerca de mis padres, mi madre decidió levantarse e ir a la granja vecina para buscar leche fresca. Una vez solos, papá y yo simulamos una lucha.

Recuerdo que me gustaban mucho sus apretones y sus abrazos mientras él intentaba someterme; luego, supongo, decidió dejarme ganar. Descansaba sobre la espalda, con su pijama deshecho. Mi camión subido hasta la cintura y cuando me senté a caballo sobre mi padre, mi pubis desnudo se encontró contra su gordo sexo que estaba, ahora lo sé, en plena erección. Tenía la impresión de estar sentada sobre el mango de un cepillo que descansaba sobre el vientre de papá. Agitaba mis nalgas de delante hacia atrás; mi padre permanecía muy tranquilo. Fue en ese preciso instante cuando aprendí a masturbarme. Finalmente, cogió un pañuelo y me retiró, luego salió de la cama y fue a vestirse al cuarto de baño. Me quedé acostada tocándome con deleite. Después seguí haciendo esto siempre en la cama, o cuando estaba sola en casa, evocando el órgano de mi padre y diciéndome que sería muy agradable sentirlo de nuevo entre mis piernas. Pero esto no se volvió a producir. Los domingos siguientes, cuando fui a la cama de mis padres, mi padre ya estaba levantado. A medida que aprendía más cosas sobre el sexo, gracias a los chiquillos del colegio, me hice más audaz en mis fantasías, hasta que se estabilizaron alrededor de un tema constante.

Tenía entonces más o menos trece años. En esa época, empecé a jugar con una chica un poco más mayor que yo. Ella hablaba mucho del sexo, y un día

me confió su gran secreto; hacía el amor con un hermano casado y mucho más mayor que ella. Me explicó el significado de la palabra «incesto» y me habló también de la felación, añadiendo que le gustaba mucho practicarla en su hermano, y describiéndome cómo él se las averiguaba con ella.

Provista de esta nueva información, y con ideas de incesto rondándome la cabeza, fui a pasearme con mi padre un domingo por la tarde. Nos encontrábamos muy lejos en el interior del bosque cuando tuvo ganas de orinar y lo hizo en un árbol. Antes de guardar su sexo en su pantalón, se volvió hacia mí y, durante unos maravillosos segundos, contemplé el maravilloso monstruo. Esto sigue siendo la fuente de mi fantasía más erótica.

Me basta con imaginar que ando silenciosamente por el bosque. «Siento» que está ahí, en algún sitio entre los árboles, y que si consigo retener suficientemente mi respiración nos encontraremos.

Nos encontramos siempre del mismo modo. Paso por detrás de un árbol y lo descubro de espaldas, vaciando su vejiga.

Entonces es cuando se vuelve hacia mí, con su sexo aún fuera. Lo coge con la mano. Encuentro todo esto demasiado excitante como para escribirlo, tengo demasiadas ganas de vivirlo.

Se lo ruego, trate usted el tema del incesto. ¿Hay alguna cura?

¿Existe algún riesgo en esta época tan liberal? Sé que no podré contenerme mucho más tiempo. Sin embargo, creo que, si intento esta experiencia, me moriré de vergüenza. En otros momentos, lo que me aterra es la idea de que mi obsesión crecería aún más si la llevara a la práctica.

Dominique:

»Me encuentro en mi piso, no soy realmente una call-girl, pero se puede decir que tengo cierta experiencia en el arte del sexo. Una llamada al timbre en la puerta de entrada: son el padre y el hijo. El padre es uno de mis amantes. Le he proporcionado lo que ninguna otra mujer ha sabido darle: placer. Mi temperamento me empuja a dar placer, tanto en mis fantasías como en la vida real. Por eso le digo que no soy una profesional: no cobro.

El padre entra y me dice: «Aquí está mi hijo de catorce años, quisiera que fuera tan experimentado como yo. Enséñale todo lo que sabes».

Entonces mi fantasía toma vida; el padre, sentado, nos mira mientras que desnudo al hijo, lo acaricio y lo inicio totalmente. Lo que me excita no es tanto la presencia del chico como la idea de ser observada por el padre. No sé si se trata de voyeurismo o del hecho de que el padre me trae a su hijo... Mi excitación se debe en parte a eso: me ha elegido para confiármelo, a mí, entre todas las mujeres del mundo. Pero quizás el verdadero detonante resida en el incesto.

Porque también me gustan mis fantasías sobre orgías familiares. No con mi familia, sino con varias familias. Madres, padres, hijas e hijos, vienen todos a mi casa. Mi marido se encuentra también, pero es un marido sin rostro. Todo el mundo se mezcla, las madres me enseñan lo que les hacen a sus hijas e hijos, los padres a sus hijas... todo el mundo se mezcla. Es una escena muy feliz, muy sensual.

Toda la familia se acuesta junta, permanece junta... un sueño.  
[Entrevista grabada].

Lola:

»A los diecisiete años, cuando me casé, estaba embarazada. Pero había dejado de ser virgen a los catorce años, de manera que había tenido ya tres años de “liberación”. Se lo debo todo a mis dos hermanos. Uno tenía un año más que yo y el otro uno menos. Me encontraron un día flirteando —bastante inocentemente— con chicos de la escuela. Me sometieron a un verdadero chantaje, amenazándome con represalias espantosas: si no llegaba hasta el final con esos chicos —dejándolos mirar— se lo dirían todo a nuestros padres.

Lo que yo había hecho hasta entonces era muy inocente, mucho más de lo que ellos esperaban. Ignoro por qué cedí ante sus amenazas. Sin duda, porque tenía ganas de ello. Recuerdo a mis hermanos, de pie a nuestro lado, indicándoles a los demás chicos lo que tenían que “hacerme” (éramos todos vírgenes en esa época).

Me acuerdo de la gran excitación y temor que su presencia me producía. A pesar de que ninguno de mis hermanos me haya penetrado nunca, lo hacen en mis fantasías, lo han hecho siempre.

Después de este episodio de chantaje, tuve insomnios. Sola en mi cama, me imaginaba que mis hermanos se metían en mi habitación.

Cada ruido en esa casa tranquila me recordaba sus pasos. A menudo, me imaginaba que llegaban los dos juntos. Entraban en mi cama, uno por cada lado. Recuerdo una noche en particular. Tenía un poco más de catorce años. Descansaba mientras pensaba en el sexo de mi hermano mayor —que había visto, claro está— e imaginaba que engordaba y me penetraba. De repente, incapaz de controlarme (gemía muy fuerte y estaba segura de que el ruido iba a despertar a mis padres), puse mi mano sobre mi boca, imaginando que era la mano de mi hermano pequeño, mientras que, con la otra, la de mi hermano mayor, me masturbaba. Me encontraba en un segundo estado. Cuanto más pensaba que la escena que imaginaba era censurable más me excitaba.

Incluso hasta hoy día, cuando hago el amor —y tengo cincuenta y un años —, imagino siempre, como si realmente me hubieran violado en mi infancia, que uno de mis hermanos se alza ante mí mientras que el otro me toma. El que está de pie muestra su sexo, que acaricio hasta que eyacula sobre mi cara. Luego se cambia con su hermano y seguimos hasta que estamos los tres agotados de placer.

A veces, introduzco a las mujeres de mis hermanos en mis fantasías, ampliando así la célula familiar, e imagino el placer que mi marido podría dar a mis cuñadas mientras que yo gozo con sus maridos, mis queridos hermanos. Pero, más frecuentemente, estoy sola con los dos chicos. ¿Está usted sorprendida? No debería estarlo: este tipo de cosas ocurre más a menudo de lo que se pueda imaginar. Yo lo sé. Y no solamente en las familias pobres como la mía. Hermanos y hermanas... pues bien, se encuentra en la mejor sociedad». [Conversación]

## **Habitación 11:**

### **EL ZOO**

Se encuentran por todos lados pequeños —y gordos— perros tan adorables como serviciales. Incluso si usted no posee ninguno, su vecino sí tiene sin duda uno. Médor es un perfecto *gentleman*: no se enfadará nunca por lo que usted le pida, no le hará jamás pasar vergüenza, y nunca, nunca, hablará. Nada sorprendente, pues, que, entre todos los animales, los perros ocupen el primer puesto en las fantasías sexuales femeninas. Y con este viejo Médor, permanente en la casa, de la fantasía a la realización, no hay más que un paso.

Los perros desculpabilizan la fantasía. Nunca es culpa de una, ni de ellos: tienen hocicos tan grandes y tan inquisidores que antes de que una pueda intervenir, la gruesa lengua mojada sale a la manera de un autómeta y lame todo lo que tiene ese olor meten su «nariz» por todos lados, incluso en las partes más íntimas de las niñas, esas partes que ellas aún no han tocado nunca. El perrito de la familia llega, huele y provoca la primera emoción sexual. Poco importa que la niña le permita o no seguir (son innumerables la que aceptan más de lo que se pueda imaginar...). El recuerdo de esta primera caricia seguirá a una mujer durante toda su vida. Luego, cuando haya descubierto con un hombre o por la masturbación todas las posibilidades de su clítoris, el perro, con su experiencia instintiva (si lo ha autorizado a seguir), o su recuerdo (si ha habido una prohibición) puede seguir siendo un tema sexual excitante, coronado de esta aureola de tabú que sólo ofrece la complicidad silenciosa de un animal.

En cuanto al otro animal familiar popular, he nombrado el gato, mis investigaciones indican que no consigue ser una fuente de fantasías sexuales. Quizá porque no sea suficientemente «narigudo» o que su lengua sea demasiado pequeña o también porque le falte ese miembro viril cuya extremidad roja excita tanto a algunas mujeres.

Como dice Libby, «mi amante ha sugerido que untáramos mi clítoris con aceite de hígado de bacalao y que dejáramos a nuestro gato lamerlo. Esta idea no me gusta. Un perro tal vez, pero no un gato». Claro, se puede abordar este tema y entrever la intervención de animales tales como burros o toros, de los que lo menos que se puede decir, es que sus atributos sexuales no pasan desapercibidos.

Los animales de la granja no suscitan fantasías clitoridianas en torno al

tema del lamido. En cuanto al resto, no creo que haya muchas mujeres que realmente se hayan dejado tomar por un toro o un burro —a pesar de que las historias de ese tipo abundan a lo largo de las cenas de solteros—.

En el caso de los toros, de los burros, de los caballos, etc., lo que se inscribe en la imaginación de la mujer es el sexo del animal, su tamaño «gigantesco». Imagínese un objeto de semejantes dimensiones y la reacción de confusión y molestia la primera vez que se ha visto: se da uno la vuelta casi inmediatamente.

Imagínese ¡que esta cosa le posee! ¿Cómo una mujer puede mirar un cacharro tan gordo sin imaginarse que la penetra? Esto equivaldría a querer separar un coche deportivo del pique de la velocidad. No pienso que se trate en realidad del deseo de practicar el acto sexual con uno de estos animales, sino más bien de una curiosidad, de la necesidad de saber qué efectos haría eso... En sus fantasías, pero también en la vida corriente, sobre todo en el lenguaje crudo de nuestros campos las mujeres hablan, a menudo, de «hacerse llenar» es quizás una forma de expresar un deseo sexual mal satisfecho. Pero, a menos que el hombre esté particularmente mal dotado, no pienso que el tamaño del pene tenga un papel primordial. Se mantiene como un símbolo, la manifestación de una expresión de los sentidos más completa, la búsqueda de la esencia.

Los publicistas saben bien que el público reacciona favorablemente a lo «más». Han inventado un detergente que contiene aún más detergente, el chocolate aún más chocolateado, los super-gérmenes etc. ¿Por qué no el super-sexo?

Jo:

»A menudo tengo esta fantasía cuando estoy sola, o incluso cuando hago el amor con mi marido.

Estoy en mi casa. Mi marido se ha ido a trabajar. Empiezo la limpieza en la planta baja, colocando el comedor y ordenando la cocina. Me quito mi camisón y mi bata y trabajo desnuda. Mientras me ocupo, el perro de mi vecino me sigue. Viene regularmente a hacerme una visita. Su hocico frío y su respiración caliente se meten entre mis piernas en cuanto me paro. Entreabro



mi sexo. Su lengua sale y me lame mientras yo sigo mi tarea. Me muevo todo el tiempo, le doy poco de una vez. Progresivamente, como quien no quiere la cosa, me vuelvo más generosa: dos lamidos, luego tres, cuatro, su nariz rebusca en mis partes íntimas. Le permito detenerse cada vez más tiempo. De pronto, se harta de este juego y deja de seguirme; he acabado la limpieza de la planta baja, excepto la cocina. Siempre acabo por la cocina.

Lo llamo a la cocina y cuando ha entrado cierro la puerta para que no pueda escaparse. Ahora me doy prisa; no quiero que se impaciente. Bajo un tazón y un pastel empaquetado ya preparado, el pastel de chocolate preferido de mi marido.

Mezclo rápidamente los ingredientes, pongo la mitad de la masa en un molde de pasteles para nuestro postre de la noche, y extendiendo la otra mitad sobre mis pechos y mientras que me inclino para meter el pastel en el horno, autorizo al perro a lamerme. Con un dedo paso y unto masa por mis pezones para que se detenga en ellos, los lama hasta que me duelan. Ahora me dirijo hacia el frigorífico, saco la mantequilla, cojo el azúcar y una botella de Viadox del armario.

Me siento en una silla de la cocina para mezclar el azúcar y la mantequilla, al lado de la mesa de la cocina, el tazón sobre mis rodillas. Extiendo el Viadox sobre mi sexo, por dentro y por fuera, y mientras mezclo el azúcar y la mantequilla, el perro se coloca entre mis piernas, y me lame.

Sujeto el tazón apretado contra mí, agito la mantequilla, la crema se vuelve cada vez más lisa. Estoy ahora tendida sobre la silla, con las piernas muy abiertas, el gran tazón me tapa al perro. El buen olor del pastel que se está cocinando llena la cocina. En el horno, a través del cristal, lo veo crecer. Mi dedo unta y vuelve a untar en el Viadox, cubre mi sexo para que el perro lo lama más y más fuerte, por un lado y por otro, trabajándome con una minuciosa precisión, como si chupara un hueso. El buen olor del pastel me llena la mente, mientras que imagino la extremidad roja subido del perro que sale y entra en su funda.

El pastel crece en el horno, parece llenar el horno, parece que va a empujar la puerta y explotar en la sala, bañándonos de su dulce calor. Rezo para que el perro no se detenga y que el pastel no explote en mi bonita cocina limpia antes del regreso de mi marido, antes de que esté preparada, antes de

haber acabado, antes de que el perro haya acabado...»

[Escrito a petición mía]

Dawn:

«Un día, tenía quince años, bajé a tomar el desayuno completamente desnudo. Era verano y mis padres habían salido; me gustaba poder pasearme desnuda en esa gran casa vacía. El perro estaba en la cocina; se despertó y se puso a ladrar, luego se acercó a mí y me olió (no era más que un perro joven, no muy bien adiestrado, y un poco estúpido). De pronto, me percaté que él tenía una erección increíble y que intentaba “montarme”. Creo que me sentí literalmente fascinada: lo acaricié constantemente. Una parte de mí quería dejarlo hacer - ¿dejarlo hacer qué exactamente? —A esa edad, yo sólo tenía unas nociones muy poco claras...- y la otra parte sentía vergüenza—. Pero, Dios mío, qué fuerte era la tentación de cerrar los ojos y sentir su hocico ir donde él quería... Siempre me he preguntado el efecto que eso me hubiera proporcionado si hubiera seguido tomándome el desayuno. He vuelto a ver la imagen de mil formas diferentes, imaginándome incluso que el perro me penetraba en el momento en que mi familia irrumpía, interrumpiendo esta escena de... . (¡Dele el nombre!)».

[Carta]

Wanda:

»Mi fantasía empieza así: dos hombres entran a la fuerza en mi casa, me obligan a vestirme y me llevan con los ojos vendados. Me encuentro en una granja grande, donde me dejan ver de nuevo. En la habitación, tres parejas, de las cuales un hombre y una mujer que tiene un criadero de burros. Descubro que forman parte de un grupo de aficionados a la orgía que, cada mes, por turnos, se reúnen en casa de unos y de otros. El que recibe tiene que organizar las actividades.

Estoy de pie en el centro de la habitación y hacen la escena de un juicio.

Estoy acusada de ser una mirona, de haber observado a la mujer y al hombre mientras emparejaban a dos burros. Por este delito espantoso, el

jurado me condena a ser montada por un burro y a ser la chica esclava de la noche. Tengo que obedecer a todo el mundo si no quiero ser azotada.

Todas las parejas están drogadas y borrachas; me llevan hacia el establo, bañado en una luz intensa. Me desnudan y me obligan a ponerme medias negras y unas ligas; luego me empujan hacia una mesa baja, sobre la cual me tengo que colocar a cuatro patas, abierta de nalgas. Unas correas atadas a la mesa inmovilizan mis brazos y mis piernas para impedir moverme. Evidentemente, otras chicas han pasado por ahí antes que yo. A petición de la asamblea la mujer conduce al burro detrás de mí. Ha colocado un armazón de madera por encima de mis nalgas y coloca en él los miembros delanteros del animal. Siento a alguien untar con grasa mi sexo por dentro y por fuera. Ellos han tenido ya que jugar con la verga del burro, porque siento entrar en mí un objeto muy duro. La larga punta redondeada entreabre los labios de mi sexo, los separa con fuerza y me penetra, mientras que la mujer lo guía. Lanzo un grito de dolor, mis paredes se estiran. Centímetro a centímetro, «eso» se introduce y empieza a moverse: me duele. La verga del burro ha sido bien engrasada, y después de algunos empujones abrasivos, sus empujones rítmicos se vuelven más soportables. Cuando han conseguido hacer entrar en mí aproximadamente quince centímetros de pene, me sujetan mientras que el burro mueve su sexo en mí como un pistón: ¡no hubiera creído eso posible, pero estoy siendo violada por un burro!

Los ágiles dedos del gentío me rozan, tocan el pene del burro que se desliza en mí. Los dedos empiezan a frotar mi clítoris en erección, estoy ahora realmente excitada. Manos rozan mi sexo y mis pechos, les hacen cosquillas, los aprietan, y en el momento en que casi llego al orgasmo, el burro rebuzna.

La mujer, entendiendo lo que ocurre, inmoviliza el pene del animal en mí. Lo siento palpar mientras que eyacula. Ella coloca su mano alrededor de la entrada de mi sexo. Siento la verga palpitante del burro que suelta su esperma caliente en mí. El burro me ha vencido en la meta: estaba yo a punto de gozar cuando me ha precedido. Mi sexo es fuego mientras recibo su esperma. Al cabo de un rato, siento la verga disminuir, inmediatamente la mujer la retira. El semen del burro corre por mi sexo. Miro entre mis piernas abiertas y lo veo que chorrea como una fuente de agua. Alguien sujeta una palangana entre mis piernas para recoger el valioso líquido. Mi sexo me parece ahora relajado y

tengo la impresión de que todo mi interior se hace agua. Me duele, parece que esta fuente no se detendrá nunca.

Alguien se arrodilla detrás de mí, empieza a lamirme y a beber mi líquido que ya empieza a salir. [Carta]

## **Habitación 12:**

### **CHICOS JÓVENES**

Se trata, a decir verdad, de una fantasía un poco «pasada de moda».

Hasta ahora no he emitido ningún juicio de valor sobre los sueños eróticos de mis comunicantes. Una mujer tiene las ideas que quiere, y no es tanto su contenido el que importa como las emociones que éstas suscitan. A pesar de todo, creo que existe cierta «suficiencia femenina» en el origen de la aparente falta de interés con respecto a los jovencitos. ¿Esto significa que las mujeres, y sobre todo las más pasivas en el plano sexual, necesitan menos de ese consuelo sexual que los hombres buscan en las jovencitas? Y en caso afirmativo ¿esto cambiará cuando las mujeres hayan alcanzado a los hombres y se encuentren en la medida de compartir sus experiencias y sus fantasías?

Ignoro por qué tantos hombres se interesan por las chicas muy jóvenes. Podría citar una docena de razones, claro, que podrían satisfacer una mente masculina. Pero no la mía. Porque sigo estando convencida de que la mayoría de las mujeres prefieren un amante experto a los placeres superficiales que aporta la seducción de un chico joven. Para una mujer, incluso esta satisfacción superficial pierde gran parte de su interés, por el embarazoso hecho que siempre es encontrarse en compañía de un hombre mucho más joven. A una mujer puede en alguna ocasión gustarle tomar la iniciativa en la cama, pero en lo más profundo de ella misma, necesita sentirse dominada, o a lo más, igual a su compañero. Creo que el mito de las necesidades relativas de los hombres y de las mujeres es sólo una visión. Y si los dogmáticos adelantan la vieja excusa según la cual los hombres necesitan ser más estimulados

sexualmente que las mujeres porque tienen una virilidad más «contrastada», bostezo de aburrimiento. Una mujer puede sentirse tan impotente como un hombre o tan excitada y ávida como él. Pero cualquiera que sea la razón, parece ser que la imagen de su deseo, de su fantasía, raramente es la de un muchacho joven e inexperto.

Salvo algunas excepciones. Aquí están.

Evelyn:

»Es la primera vez que contesto a un anuncio, pero he estado muy intrigada por su pregunta.

Pregunta usted qué es de las fantasías sexuales. Empezaba a creer que «los plomos habían saltado en mi cabeza», porque sin evocar mi fantasía favorita soy incapaz de tener relaciones normales. Mi marido, muy paciente, imagina todo tipo de fantasías para satisfacerme, pero pienso muy rara vez en él cuando hacemos el amor. Evoco antiguos amantes (he tenido muchos). La mayoría tienen menos de dieciocho años (yo tengo veintinueve). Me imagino una situación erótica; sobre todo lo que deseo, es tener varios jóvenes, de dieciséis años de edad, atados todos en fila, completamente desnudos, sus sexos flácidos. Ando a lo largo de la fila, jugando con ellos hasta que llega la erección. Luego cada uno hunde sus dedos en mí, uno tras otro, cuando me inclino hacia él.

Luego, lo chupo hasta que esté a punto de gozar. Esta idea me excita enormemente. Los miro entonces a todos jugar con su propio sexo. El que eyacula más lejos me toma el primero, y así sucesivamente. Yo no gozo nunca antes de que el último haya puesto su lengua en mi clítoris, mordisqueándolo cortésmente.

Entonces gozo sobre él. Y le aseguro que, si pudiera llevar a la práctica esta fantasía, no lo dudaría.

Esta carta es totalmente honesta y a pesar de que me haya sido difícil empezarla, estoy contenta de haberla escrito.

[Carta]

Victoria:

»Tengo treinta y dos años, estoy casada y tengo tres niños. Diré que he tenido un matrimonio feliz. Y a pesar de todo, con motivo de mis relaciones sexuales, o bien cuando me masturbo, evoco en mis fantasías, muchachos que se tocan o que yo secundo en esa ocupación.

La imagen que me viene a la mente es una larga fila de chiquillos, como en el colegio. Soy enfermera. Les ordeno abrir sus braguetas y sacar su sexo.

Luego bajo a lo largo de la fila, deteniéndome en cada chico y masturbándolo hasta que goce. No sé por qué esto me da tanto placer. Estoy segura de que mi marido no lo entendería nunca; ¿cómo podría él hacerlo si yo misma soy incapaz?

[Carta]

## **Habitación 13:**

## **LOS FETICHES**

Si los chicos jóvenes sólo suscitan un interés limitado, se puede decir que los fetichistas están un poco en el bando de la fantasía sexual. Por fetichistas, no entiendo a las mujeres más bien inclinadas por la «ropa interior negra» o incluso el látigo. Los psiquiatras califican las fantasías fetichistas de mujeres como Laith (más abajo) como deseos inhibidos y, en ese caso el fetiche constituye una meta en sí.

Me gustaría que este libro introdujera la idea de que las fantasías sexuales femeninas existen; no pienso que mis investigaciones sean exhaustivas. A pesar de todo son extensas, y algunas conclusiones serias podrán sin duda ser sacadas del hecho de que la fantasía fetichista de Faith es la única de este tipo entre todos los testimonios que he recogido. Esto confirma las estadísticas, según las cuales el fetichismo femenino sigue siendo raro. ¿Por qué? Quizá porque las mujeres tradicionalmente llevadas a tener el papel pasivo en el plano sexual no han tenido nunca duda a este respecto. Inhibidas o frías

quizá. Pero no impotentes. Por otro lado, las distorsiones sexuales sociales, obligan a menudo a los hombres a percibir todo encuentro erótico como una competición, en la cual cada uno debe afrontar, al menos físicamente, a todos los amantes precedentes de la dama y todos los que puedan venir —por no hablar de las exigencias a nivel de lo imaginario.

Faith:

»Me dedico a lo que se llama urolagnia. Libros y revistas me han permitido comprender mejor mis sentimientos a pesar de que me sea difícil explicar con palabras lo que siento exactamente. Experimento placer en evocar visualmente o con palabras, incontinencias de orina. Cada vez que oigo contar que alguien (sobre todo cuando se trata de un hombre) intenta “aguantarse” y no consigue llegar al cuarto de baño a tiempo, eso me excita.

A pesar de que deteste la violencia, tengo a menudo ideas sádicas.

Atormento a mi víctima, la obligo a aguantar la gana de orinar, pero siempre acabo la escena con un acto de clemencia del verdugo.

Intento no pensar en cosas que hacen realmente sufrir porque no encuentro ningún placer en el dolor.

Me estimula sexualmente mirar hombres, mujeres, niños o animales orinar sin poder controlarse. Cada vez que veo pegar a un niño o que presencio un castigo o una persecución cualquiera la primera cosa que pienso es: «me pregunto si estará a punto de orinar».

Supongo que estas ideas me vienen de mi infancia. Tenía un padre muy bruto y hemos sido azotados más veces de lo necesario. Le temía mucho. Esto empeoró tanto que cada vez que iba a castigarme, mis piernas flaqueaban y me orinaba en las bragas.

Por eso sin duda es por lo que evoco escenas de tortura en mis fantasías. Es el medio más seguro de orinarme. [Carta]

## **Habitación 14:**

## LAS DEMÁS MUJERES

Las mujeres son más honradas en sus fantasías que lo son en sus relaciones reales entre ellas. La mayoría están inhibidas en este terreno. Nada sorprendente pues que el calor y la ternura naturales que una mujer puede sentir por otra se exprese únicamente en sus fantasías. De este modo, por ejemplo, de besar de forma muy «sofisticada» como las mujeres de mundo se autorizan, a besar de forma deliberadamente ritualizada para transmitir el afecto sin ningún compromiso físico: muy a menudo sus labios besan sólo el aire.

No creo que los pensamientos eróticos relativos a otras mujeres sean fantasías cargadas de un deseo profundamente escondido o que necesariamente haya que llevarlas a la práctica, del mismo modo que no pienso que los sueños «ecológicos» de un Neoyorquino ávido de hierba verde, de arroyos y de follaje, signifiquen que acaricie el sueño de convertirse en campesino. Pero las fantasías de las mujeres sobre las otras mujeres traducen de forma tan evidente una proyección de sus propias fantasías, una manifestación de lo que realmente esperan de los hombres y de las mujeres, que casi he estado tentada de dedicarle un capítulo entero a este tema. Pero he querido evitar que se clasifique esta serie en el apartado «Lesbianas» Porque estas fantasías siguen siendo fantasías como las demás, ni más ni menos.

Dolly:

»Nunca he tenido ninguna aventura con mujeres, pero dejo ir a menudo a mi imaginación. Cuando mi amigo me hace el amor pienso en mi mejor amiga. Sin ser lesbianas, estamos muy cerca una de la otra (ella tiene veintiséis años y yo diecinueve). Ideas extrañas me vienen a la mente cuando mi amigo me besa. Me imagino que ella está en su lugar. Profunda y apasionadamente. Luego ella se tiende sobre mí y me chupa mis pechos, mordisqueando suavemente mis pezones. Beso y chupo los suyos a su vez, acurrucada en sus brazos. Repite insaciablemente que me quiere, que quiere que yo la quiera también. Le contesto que la adoro. Me besa de nuevo. Pasa su lengua despacio por mis senos y muy lentamente, con mi complicidad me abre ligeramente las



piernas. Lame el interior de mis muslos, busca mi clítoris. Sabe que es mi punto más sensible y me estimula con precaución. ¡Su lengua es suave, suave! Luego abre completamente mis piernas, coloca sus nalgas entre ellas.

Nuestros dos clítoris están en erección. Ahora ella pasea despacio el suyo sobre el mío hasta que gozamos las dos. Durante ese tiempo, mi amigo me hace el amor, y tengo sucesivamente varios orgasmos. En otros momentos, me imagino que, mi amante me toma cuando estoy en los brazos de mi amiga, y que ella me besa los pechos. Pillada entre los dos, alcanzo pronto el placer.

Lo ve usted, las ideas lesbianas tienen un gran papel en mis asuntos amorosos. A pesar de que nunca haya sentido tendencias homosexuales, ¿quizá sea ambivalente en lo más profundo de mí misma? ¿Quién sabe? No encuentro otra explicación a mis fantasías.

Pero todas mis fantasías no son del mismo tipo. Me masturbo bastante frecuentemente, y cuando lo hago me vienen curiosos pensamientos. Me imagino a un hombre muy guapo, con un cuerpo magnífico. Está a dos metros de mí, más o menos. Su enorme pene palpita de deseo. Estoy atada a la cama y le suplico que me haga el amor, pero él se niega. Se queda ahí delante de mí, con el sexo erguido. No puedo tocarlo porque estoy atada. Se acerca, llega a mi lado, se pone de pie sobre la cama. Con una pierna a cada lado, encima de mi rostro. Y luego se baja despacito hasta que yo pueda alcanzar su sexo con la punta de la lengua. Pero no me permite tomarlo en mi boca. Aún en cuclillas, retrocede suavemente y acaricia mis gordos pechos con su verga. Mis pezones se enderezan, duros y altivos. Toca luego el interior de mis muslos con su pene, luego mi clítoris. Me toma por fin. En ese momento, ya he llegado al orgasmo.

En otra de mis fantasías, imagino que soy el centro de interés de un grupo —sex. Mientras que los hombres me toman uno tras otro, las mujeres me besan y juegan con mis pechos. Me repiten todos que me quieren y reboso de amor por ellos.

[Carta]

Beé:

»Ya no tengo fantasías lesbianas, pero he tenido durante mi adolescencia.

Tenía de profesora una joven y encantadora mujer de la cual, lo supongo, me había enamorado. Se mostraba muy agradable y muy dulce conmigo y teníamos largas conversaciones juntas después del colegio. Cuando le expliqué que mis padres creían el sexo como tabú y que no me habían enseñado nunca nada sobre “la vida” de una mujer, me proporcionó un librito que me dio las informaciones de base. Contestó luego a algunas preguntas que le hice después de la lectura de esa obra. Que no hablaba del placer, pero me había al menos enseñado de dónde venían los bebés. Como ya le he escrito estaba encaprichada por esta profesora y soñaba locas aventuras en su compañía. Me imaginaba que nos desnudábamos mutuamente, que ella me estrechaba entre sus brazos. Yo le besaba sus pechos y probaba sus pezones como si fuese un bebé. Otras veces, me imaginaba tomando un baño o una ducha con ella, lavándola y secándola. Cuando se casó, la olvidé y fue el final de estas fantasías. [Carta]

Viv:

»Me gustaría probar la experiencia y encontrar una mujer con quien hacer el amor, para ver si eso me gusta o no. Mis fantasías siguen siendo muy confusas. A veces, pienso en una mujer, atractiva, mayor que yo (femenina, no tipo carnicero) que me seduce. En otros momentos, sueño con una chica de mi edad, y en este caso, ninguna de las dos seduce a la otra. Supongo que lo llamaría usted una exploración mutua. He hablado de esto a mi amigo (puedo confiarme muy libremente a él). Ha encontrado esto muy natural.

Pero cuando le he preguntado si alguna vez había deseado acostarse con otro hombre, me ha contestado con una negativa, aclarando que el amor entre lesbianas le parecía más aceptable que las experiencias entre hombres. [Carta]

Lee:

»Cuando fantaseo, no puedo nunca identificar mi pareja. No la conozco; no tiene ni rostro, ni personalidad. En mis sueños, sólo es un cuerpo femenino que toma la mayoría de las iniciativas. Yo permanezco pasiva y descanso mientras ella hace el amor. Juega con mis pechos y me los chupa a la vez que se

masturba. Luego me lame las nalgas. No nos besamos y yo no toco sus genitales; me conformo conjugar con sus pechos. Imagino a menudo esta escena cuando hago el amor con mi marido, sobre todo cuando me besa el ano.

[Carta]

Dana:

»No soy en absoluto lesbiana —me gustan demasiado los hombres- pero cuando tengo que masturbarme, me imagino a una chica, cualquiera, con enormes pechos orgullosamente erguidos por encima de mi rostro. Veo su sexo. Mis manos juegan con sus nalgas y durante ese tiempo ella chupa un pene de hombre. Ella goza. Unas gotas le caen en la cara. Otra chica me abre las piernas y me mete una botella fría en la vagina a la vez que me introduce despacio el dedo en el ano. La que se encuentra por encima de mí hace gozar al hombre, luego se sienta sobre mi cara. Paseo mi lengua sobre su sexo y lo lamo. Se retuerce de éxtasis. Mientras tanto, el hombre me levanta y hunde su verga dura como una piedra entre mis nalgas. La otra mujer agita la botella cada vez más deprisa en mi sexo, de arriba abajo, mientras que coloco mi dedo en el suyo y juego con su clítoris hasta que ella suelta su maravilloso líquido.

[Carta]

Celia:

»Tengo diecinueve años, soy secretaria, y voy a casarme este año.

Mi novio y yo no hacemos el amor. Nos conocemos desde hace tres años. Practicamos con frecuencia el cunnilingus y nos alegramos de tener una vida sexual muy feliz y variada. Cuando me lame el sexo, pienso a menudo en otra persona, sobre todo si el orgasmo no llega fácilmente. Pensar en otra mujer me excita y me lleva por lo general al placer.

En principio me invento un papel: espectadora o actriz en un club de strip —tease, chica esclava, o cualquier situación que me obligue a quitarme la ropa y hacer el amor. A veces solo hay otra mujer, otras veces dos mujeres y un hombre.

Para darme ideas, antes de masturbarme, leo siempre literatura erótica. Me excito viendo mujeres desnudas o imágenes y esto se traslada automáticamente a mis fantasías. Las mujeres de mis sueños no son amigas; imagino solamente cuerpos sin rostro: pensar en un cuerpo desnudo me gusta. Sobre todo, si imagino que toca el mío.

Era pequeña. Debía de tener ocho años. Recuerdo haber obligado a mi mejor amiga a jugar a quitarnos la ropa interior delante de un “señor malo” que nos hacía andar en la calle. Recuerdo también esas inevitables situaciones en el colegio donde nos obligábamos a» hacer cosas. Con diez años yo quería trabajar haciendo *strip-tease*... Quizá haya tenido algunos contactos íntimos con mi compañera, pero el recuerdo que conservo de ello es muy impreciso.

Tenía pensamientos eróticos... Otra chica me secaba el cuerpo después de la ducha, o me obligaba de una forma u otra a desnudarme.

Me gustaría mucho conocer el porcentaje de mujeres bisexuales, comparado con el de hombres. Cuando vuelvo a leer mi carta, tengo la impresión de que mi interés por las mujeres sirve únicamente de pretexto para una estimulación suplementaria.

He confiado mis fantasías a mi novio. No está ni celoso ni furioso.

Hablamos de ello con frecuencia. El ignora cualquier idea de ese tipo, pero comprende muy bien mi caso. En su opinión, se trata de un fenómeno totalmente natural. En realidad, nos comprendemos muy bien, y nos entendemos perfectamente en el plano sexual; deseo que todas las parejas del mundo experimenten las mismas sensaciones que nosotros.

[Carta]

Theresa:

»Las fotos de hombres homosexuales me excitan siempre, pero no las de lesbianas que más bien me asquearían. A pesar de todo me he dado cuenta de que la literatura actual ejerce sobre mí una influencia curiosa. Era, y sigo siendo sin duda, muy ingenua y si nunca he condenado la homosexualidad, es sencillamente porque nunca me he preocupado verdaderamente de ella. Este año, sin embargo, me siento violentamente atraída por una mujer. Hasta ahora, nos hemos conformado con charlar, pero estoy segura de que saldrá algo más.

Mi marido es muy autoritario y muy bruto.

Encuentro la amabilidad de mi amiga refrescante y creo que mis relaciones con ella me apasionarán. Por el momento, alimenta mis sueños. La idea de que me toque o me tome me excita mucho. No hay paso a la acción, simplemente ternura y su presencia.

He debido ser una niña extraña, porque la primera vez que me sentí conmovida, fue con la lectura de una obra, «Consejos a los futuros esposos», antes de casarme con el único hombre con el que había salido, a los dieciocho años. He acabado por sentirme idiota. Mi marido, y sólo él, imagina las variantes de nuestra vida sexual. Por ejemplo, a menudo le gusta hablarme vulgarmente. Eso me excita y no detestaría incluso que me tratara como prostituta..., como «puta» de lujo. En cambio, él adora la brutalidad, la violación, mientras que yo detesto eso. Me encanta mostrarme dulce, ceder a la amabilidad y sentirme considerada. A pesar de su excesiva violencia, mi marido se controla perfectamente, y a menudo tengo ganas de provocarlo hasta que pierda su sangre fría y explote al fin.

Además, llega al orgasmo con mucha dificultad.

Durante años, me he sentido diferente de las demás mujeres. Ahora, empiezo a encontrarme mejor conmigo misma. [Carta]

Tanía:

»Me gustaría saber si no tengo tendencias homosexuales latentes, o si no soy sencillamente bisexual.

La mayoría de las veces, durante el coito, mis pensamientos se orientan a mujeres. Me imagino que otra me hace el amor, o que miro a mi pareja tomarla. O bien considero las dos situaciones simultáneamente. Hemos hablado de ese problema. Él me ha confesado que le ocurre lo mismo. Anima mis fantasías estimulando las suyas. En nuestras relaciones, a menudo hace como si me violara, lo que favorece en mí otro tipo de fantasía. Me veo atada, impotente, a merced de este hombre. Una mujer entra en escena, despidiendo a mi marido y empieza a hacerme el amor con una agresividad mezclada con una extraña dulzura.

El primer sueño erótico que recuerdo ponía en escena a varias personas.

Cuatro o seis en una gran cama, desnudos, se acariciaban mutuamente. No llevé esta fantasía más lejos. Bastante joven en esa época, no le veía el interés. Sólo esta idea bastaba para estimularme [Carta]

Michelle:

»Casada desde hace cinco años, no he hablado nunca a nadie hasta ahora de mis fantasías sexuales.

Pienso únicamente en el hombre que me hace el amor, salvo si no se muestra a la altura, en cuyo caso tengo ganas de sustituirlo. Esta idea me proporciona suficiente placer para que alcance el orgasmo.

En este sentido, creo mucho en la utilidad de las fantasías. Claro está, no llegamos siempre al acuerdo perfecto, no encontrándose siempre cada uno en su mejor forma.

En mi fantasía más frecuente, soy “exhibida”. Mis pensamientos vagabundean mucho, pero esa idea vuelve constantemente. Gente me mira, sin hablar, sin moverse. Simplemente me miran y eso me excita. Nunca he deseado verdaderamente a una mujer. Pero cosa curiosa, evoco a menudo un cuerpo femenino. En realidad, fantaseo a menudo cuando me encuentro con un hombre. No sé por qué. En mis sueños eróticos, no nos tocamos nunca. Pienso en varias mujeres, por lo general desnudas, con los pechos a menudo enormes. Me seducen con sus gestos eróticos. El simple hecho de mirarlas me excita. Cuando mi placer crece y llego al orgasmo, ellas sonrían, contentas de verme feliz y desaparecen. Quizá iré algún día a reunirme con ellas en sueños para hacer el amor con ellas... Nunca se lo contaré a un hombre: en mi opinión, no me comprendería».

[Carta]

Sandra:

»A menudo cuando mi marido y yo hacemos el amor, pienso en otro hombre (a veces dos) o en una mujer. El hombre que volvía con más frecuencia a mis fantasías era un dentista (digo “volvía” porque se ha mudado). Nunca he hecho el amor con él, pero me hubiera gustado. Encuentro

que se parece a mi marido. Habla despacio, pero no le gusta obedecer a una mujer (me gustan los hombres fuertes, viriles). En mis sueños, hacemos el amor en todas las posturas imaginables. Incluso nos masturbamos. Pero, la mayoría de las veces, me conformo con pensar en mi marido: es el compañero ideal. Incluso su olor me excita.

A veces, imagino *partenaires* que me atraen muy particularmente, hombre o mujeres, y llego al orgasmo. Con toda evidencia, tengo fantasías lesbianas. Pienso a menudo en una mujer que se parece físicamente a un hombre: fuerte pero femenina, tierna, enamorada, a veces maternal y cómplice. Lleva muy a menudo uniforme militar.

Guapa no, pero atractiva, segura de sí misma, de mentalidad abierta, alegre, le gusta la música, el deporte, la ropa bonita y los animales.

Vive desahogadamente sin ser rica, ahorrativa sin ser tacaña. En general, nos masturbamos, nos besamos en la boca y dormimos en los brazos una de la otra (lo más frecuente es que sea ella quien me sostenga). Me siento segura. Le beso los pechos. A veces incluso, nos colocamos en posición de 69. Mi marido conoce mis tendencias lesbianas y sabe que soy un poco bisexual. Pero no intento encontrar un *partenaire*.

No sé lo que esto significa, pero me encanta pensar que mi marido u otro hombre me hace el amor. Si mi marido no anima en nada mis fantasías, no las desanima y cuando le pregunto si mirar a otro tomarme lo excitaría, contesta afirmativamente. Sabe que, en esta situación, me gustaría su presencia. Por otra parte, nos gusta a ambos vernos hacer el amor. Otra idea me excita: imaginar dos homosexuales juntos. Me gustaría que las mujeres pudieran ver algunas de las películas eróticas reservadas a los hombres.

Disculpe mi espantosa letra: por lo general, escribo mejor, pero he querido anotar muy deprisa todo lo que pensaba para no olvidar nada. [Carta]

Patty:

»Acabo de leer su anuncio y me siento obligada a ayudarle en sus investigaciones. Voy a intentar ser lo más sincera posible. Tengo veintinueve años, estoy casada desde hace once con un marinero.

Tenemos dos niños. Mi marido está en el mar casi seis meses por año.

Durante uno de sus viajes, hace de esto unos tres años, descubrí, gracias a dos chicas, el universo especial de las lesbianas.

Mi primera experiencia con esas mujeres me satisfizo y me excitó tanto que revivo esta escena casi cada vez que hago el amor con mi marido cuando está aquí...

He aquí de lo que se trata: mi marido está en el mar, los niños en casa de mi madre, de fin de semana. Voy a pasar la noche con unas compañeras de oficina para celebrar el próximo matrimonio de una de ellas. He invitado a dos de esas chicas a dormir en mi casa, porque viven en la ciudad vecina y necesitarían acortar su velada para coger el último tren. Llegamos tarde a casa. Estamos cansadas.

Me derrumbo en un sillón, expresando el deseo de tener una sirvienta, que me desnudara y me preparara por la noche. Mis compañeras me proponen hacerme ese favor y empiezan a desnudarme. Cuando me quitan el sujetador y las bragas, están visiblemente excitadas por lo que descubren. Me afirman no haber visto nunca pechos tan gordos y tan bonitos y me piden permiso para tocarlos. Les contesto que pueden hacer todo lo que quieran.

Muy rápidamente, mis pezones se levantan bajo sus caricias. Me acarician cada una un pecho, lo besan, y chupan la punta. Al mismo tiempo, me acarician el vientre y las caderas. Me retuerzo de placer en mi asiento. Las chicas sueltan entonces mis pechos. Una se sienta en el brazo de mi sillón y me besa, al principio muy despacio, amorosamente, luego de una forma más autoritaria. Rápidamente nuestras lenguas se mezclan profundamente. A la vez, la otra, arrodillada sobre la alfombra entre mis piernas, me acaricia las caderas y el vientre, hasta enloquecer yo de deseo. Me agito en todos los sentidos, intentando orientar sus dedos en mi vagina. Ella ignora mis directrices, hunde su cabeza entre mis muslos y su lengua en mi sexo. Creo volverme loca de placer, gimo, y alcanzo el orgasmo casi de inmediato. Vuelvo a tomar aliento mientras que las dos se desnudan y hacen el amor delante de mí, sobre la alfombra. Luego nos duchamos las tres, nos acostamos y seguimos amándonos toda la noche. [Carta]



## Habitación 15:

### LA PROSTITUCIÓN

Esta habitación está completamente vacía. Cuando empecé a reunir fantasías para escribir este libro y hablaba de ello a psicólogos, escritores y otras personas capaces de tener información sobre ese tema, sonreían, divertidos, y me afirmaban que una de las fantasías femeninas más corrientes era evidentemente el sentimiento de ser una prostituta. Lo que confirmaba todo lo que yo había leído y oído. ¿Quién no conoce, por ejemplo, la clásica broma por la que la mitad de las mujeres se disfrazan de prostitutas cuando van a una fiesta de disfraces?

Pero, entre los centenares de fantasías que he recogido, no he encontrado una sola, relativa a la prostitución. Sólo mencionan este tema, de pasada, las mujeres que se dirigen hacia las habitaciones «Anonimato», «Humillación» o «Masoquismo». Este viejo tema, tan tomado por las mujeres de la era victoriana, no existe ya aparentemente. Y si tengo razones para pensar que Sadie Thomson ha vivido es, para colmo de ironías, nuestra época de perversidad la que la ha matado. Al contrario de las profecías de su madre, no ha muerto de vergüenza sino ¡por falta de vergüenza!

Me gustaría puntualizar aquí la diferencia que hay, en mi opinión, entre vergüenza y culpabilidad. La culpabilidad concierne a un problema que nos afecta personalmente, lo sepan los demás o no.

En nuestros días, el sentimiento de culpabilidad en el amor sigue siendo un potente resorte fantasmático. Se trata, pues, de un juicio de valor interiorizado. La vergüenza, en cambio, depende directamente de la opinión de los demás, que esta opinión sea o no favorable.

La vergüenza solo surge en presencia de un observador exterior. La mujer que hace trampa cuando hace un solitario<sup>[6]</sup>, seguirá sin remordimiento hasta el día en que alguien le sorprenda en delito flagrante, lo que le pondrá de muy mal humor.

La culpabilidad aparece cuando el individuo se da cuenta que su

concepción personal de la moral o su comportamiento, difieren de las normas, normas de las que siente el deseo hipócrita de declarar que las respeta en su conjunto. Nuestras abuelas cultivaban de buena gana la fantasía de la «prostitución» porque para ellas las «chicas» se situaban más allá de toda culpabilidad. Fantasear de este modo les daba una «libertad de acera» que no las comprometía en nada. Hoy día, y cuando cada uno asegura que el sexo no tiene nada vergonzoso, ¿para qué mostrarse hipócrita?

# **EL ORIGEN DE LAS FANTASIAS SEXUALES**

## **LA INFANCIA**

Nos preguntamos con frecuencia si las fantasías sexuales de una mujer reflejan sus orígenes. ¿En qué medida su educación o su situación social determina la naturaleza de su fantasía? De todos los datos de que dispongo y más particularmente de mis investigaciones en Inglaterra, parece resaltar una respuesta afirmativa: los orígenes de una mujer acaban siempre por volver a la superficie.

Sin embargo, y bien pensado, contestaré con la negación. Las mujeres ricas no construyen necesariamente sus fantasías alrededor de duques enmascarados, y tampoco es verdad que la esposa inculta de un obrero exprese sus sueños eróticos con groserías. Discutir de las relaciones entre la clase social o los orígenes de la mujer y sus fantasías no ofrece ningún interés, salvo para tomar conciencia de nuestra impotencia en determinar las causas primeras. No se puede prever lo que va a excitar a tal o cual persona.

Al hacer el repertorio de todas las contestaciones a mis cartas y a los anuncios que puse en varias publicaciones en Estados Unidos y en Inglaterra, sin contar todas las entrevistas que he efectuado personalmente en estos dos países, sería imposible atribuir fantasías concretas a algunas categorías de mujeres, salvo quizás en clasificarlas por nacionalidades.

Buscando en la literatura respuestas y explicaciones a sus deseos e impulsos sexuales más profundos, las mujeres han descubierto que los libros están redactados por hombres y para hombres, incapaces de describir el comportamiento femenino.

Las obras recientes que quieren, bajo la pluma de mujeres, dar la vuelta al problema, no lo consiguen mucho mejor porque eluden lo esencial. Y las mujeres siguen suspirando: «Nunca nadie ha analizado lo que yo realmente siento». Lo que me ha sorprendido es que mis comunicantes, para explorar su yo más íntimo utilizan los términos y las imágenes más crudas y más pornográficas, buscando recrear su ideal latente y mal definido, un ideal que ellas saben que es tan fuerte y tan perturbador como las descripciones más atrevidas. La vulgaridad de la imaginería femenina contrasta extrañamente con el sombrerito Christian Dior, o el plisado de las faldas campesinas. Pero las imágenes y las palabras son universales, sin clases. Sólo la ortografía y el sello de correos permiten una identificación.

¿Pero dónde ha ido esta mujer aristócrata a buscar tales ideas?

Con sus labios que no han blasfemado nunca y aún menos acariciado el pene de un hombre, con esa cabecita que «parece» interesarse por la educación de un niño, por el nuevo trabajo en perspectiva, o por ese maravilloso conjunto, ¿dónde ha ido pues a buscar la idea? Si se dignara contestar, diría sin duda: «Pues cuando era pequeña, vi...»

La semilla está sembrada. De un vistazo, del rápidamente olvidado jardín secreto de la infancia, surge una fantasía sexual en todo su esplendor, que embellece y se deforma a lo largo de los años.

La semillita crece —para alcanzar proporciones monstruosas- Aquí están las consecuencias del secreto y las prohibiciones.

Y luego, un día, la semillita que ha prendido en la imaginación de la niña, brota. La fantasía se abre, revestida de adornos y ornamentada de imágenes y de palabras que enrojecerían a los más duros.

En el momento en que surge la fantasía —a veces, diez o veinte años después de la semilla— (las mujeres son muy fieles a su primer sueño erótico, y vuelven a menudo a él, cuando otros más recientes, pero menos afianzados pierden su poder) en el momento en que lo que experimenta nos lo cuenta, es imposible identificar el origen. Ella sola la conoce. Las mujeres tienen

memoria de esas cosas.

Thea:

»La primera fantasía sexual que recuerdo, se ha cristalizado alrededor del trasero regordete de un profesor. Yo no tenía más de siete u ocho años.

Estaba gordo, llevaba un abrigo muy corto; su trasero llenaba sus pantalones, subrayando la línea de sus nalgas.

Soy consciente de haber sentido un deseo sexual muy concreto; he encontrado una excusa para ir a dormir pronto y reflexionar sobre este mundo excitante. Esto transcurriría mucho antes de que empezara a masturbarme, pero el deseo pueril de deslizar mi mano a lo largo de mis nalgas, y «delante», surgió desde ese momento.

Después de mi descubrimiento de la masturbación, mi principal problema fue encontrar un lugar aislado. Tenía que dormir con una hermana más joven que vigilaba el más mínimo gesto. El movimiento de mi mano debía permanecer extremadamente discreto y lento, y las caricias del clítoris se prolongaban durante una eternidad. Esta actividad se acompañaba de fantasías, cimentadas en las charlas con otras chicas de mi edad —no debía tener más de catorce años— que habían visto el pene de su hermano. Una de ellas, en particular, Mónica, era para mí una gran fuente de inspiración.

Ella permitía a los chicos que la tocaran, mientras que ella abría sus braguetas y los masturbaba. La frase me excita aún y múltiples veces he sustituido a Mónica. Su madre cogió a un inquilino. Un día, después de haberme hecho jurar no decir nada, Mónica me contó cómo había observado a este hombre mientras que él se masturbaba. Me dio detalles sobre las dimensiones de sus genitales.

La idea de su orgasmo me trasponía de alegría y servía de base a numerosas fantasías. Soñaba con imitarlo. Me masturbo aún hoy imaginando los placeres solitarios del inquilino. [Carta]

Lindsay:

»Mi fascinación por los hombres y el mundo del sexo apareció cuando

tenía unos diez años. Aún nunca había visto un pene. Y, un día, en un bosque cercano a mi casa, vi un hombre que estaba orinando. Su pene me fascinó. El hombre me vio y se abrochó. Desde entonces, iba a pasear en ese bosque, a la menor ocasión, esperando siempre sorprender a otro paseante. Si un transeúnte se detenía por cualquier motivo, enseguida pensaba: “¡Ya está!”. Y me acercaba presa de una deliciosa esperanza. He pasado horas intentando imaginar «eso» a qué podía parecerse, a buscar palabras para describirlo — altivo, dominante, palpitante—. Durante años, acostada en mi camita virginal, pensaba en ése pene visto un instante. «Cuando recuerdo todas las horas que he pasado en ese bosque, acechando una nueva ocasión, me pregunto cómo no he sido nunca violada, ni matada». [Conversación]

Fiona:

«En mi tierna juventud, he jugado a los juegos tradicionales de esa edad: al “médico” y “a la mamá”. Enseñaba mi sexo y exploraba el de mis amiguitos. Sé ahora que las sensaciones extrañas de calor, los latidos de corazón acelerados que yo sentía entonces eran de naturaleza sexual. En esa época, asociaba esa emoción al hecho de orinar y a menudo me imaginaba sentada en los servicios, con las piernas abiertas, mientras que un niño se desahogaba entre mis piernas». [Carta]

Felicia:

»Las fantasías más antiguas de las que guardo recuerdo se refieren a mis padres, o a mi padre y mi hermana mayor (lo que me ponía muy celosa). No recuerdo haberme implicado en mis fantasías con mi padre, pero sé que ejercía sobre mí una atracción sexual considerable.

A menudo he imaginado a mis padres con nuestra perra bóxer. Creo sinceramente que han ocurrido ciertas cosas porque eran de mente muy abierta y cuando estaba en celo, encerraban a veces a la perra con ellos en su habitación. Teníamos también un macho que montaba todo lo que se movía cuando la perra estaba en celo.

Nuestros padres no lo han sabido nunca, pero una de mis hermanas, mi

hermano y yo nos poníamos a cuatro patas y lo dejábamos cubrimos algunos segundos —luego nos entraba miedo—. Después, he imaginado con frecuencia que iba hasta el final y que el perro me penetraba. Mi marido y yo teníamos una revista con fotos de una mujer y un pastor alemán. Me excitaba mirando esas imágenes y mi marido me tomaba por detrás, simulando los movimientos del perro.

[Carta]

Sonia:

«Con once o doce años me sentaba en la parte trasera del coche y cruzaba las piernas apretándolas muy fuerte. La suspensión era muy mala, cada movimiento me estimulaba sexualmente. La primera vez que esto me ocurrió, miraba por la ventanilla y vi un caballo en un prado, con el pene al aire. Luego me imaginaba, periódicamente, que el caballo me penetraba. No experimentaba un placer completo en ese momento, sino una simple excitación. Hoy, cuando me masturbo, basta con que me imagine tomada por un caballo para sentir un fantástico orgasmo».

[Carta]

Phyllis:

«Cuando mi marido me toma pienso siempre en un antiguo jefe que me hizo ver por primera vez un sexo en erección cuando todavía yo era virgen. Tenía dieciséis años. Esto me impresionó tanto que no he olvidado nunca esta escena y me gusta reconstruirla en sus más mínimos detalles. Desabrochó su pantalón y saco su pene. Verlo así, erguido, tan gordo y tan duro me sorprendió. No me tomó, pero en mis fantasías, veo siempre un cacharro gordo e intento imaginar lo que habría sentido si me hubiera penetrado.

Mi mente vagabundea cuando me masturbo, lo que hago a menudo cuando mi marido está en su trabajo. Recuerdo aún una escena de castigo en la escuela. La vara me hacía tanto daño que me oriné en las bragas, lo que me excita retrospectivamente. En mis fantasías, veo a la maestra con su vara, y pensar en la forma en que ella me pegaba, me estimula terriblemente.

A pesar de que nunca haya mencionado mis fantasías a mi marido, empleamos, a menudo, palabrotas al hacer el amor: este lenguaje grosero nos surge naturalmente y aumenta nuestro placer.

Discúlpeme si esta tendencia se transluce un poco en esta carta... Creo que mi primera fantasía sexual se remonta a la época en que vi a un hombre orinar. Tenía once años. No vi su sexo (de ahí mi sorpresa cuando vi uno por primera vez, como le he contado más arriba) pero distinguí claramente su chorro de orina cuando me lo crucé. El hecho de ver a alguien del sexo opuesto orinar de pie, en lugar de agacharse como yo, me excitó hasta tal punto que lo recuerdo aún. En mis fantasías, voy más lejos: me imagino que me enseña su pene, y lo acaricio hasta que eyacula». [Carta]

Marlene:

»Tengo veinticuatro años y estoy casada desde hace cinco años y medio. Tengo a menudo fantasías cuando mi marido me hace el amor, siempre he tenido, y pienso que es lo mismo para él. Nada que ver con un bloqueo por una u otra parte, él me excita siempre y no parece cansarse de mí. Pero, cuando se vive desde hace mucho con el mismo hombre, por muy valioso que sea en la cama, pensar en otros hombres aporta cierto sabor. Recuerdo a menudo a un tipo que trabaja en mi oficina; lo seduzco. O hago el amor con un maravilloso Negro de la televisión y ahí también tomo yo la iniciativa. Sea cual sea el objeto de mi deseo (incluso he seducido a sacerdotes en mis fantasías) me gusta pensar en alguien que no ha tenido relaciones desde hace mucho y que tiene muchas ganas.

Lo más importante en mis fantasías, incluso cuando me masturbo, son mis pechos. Desde los cinco o seis años, estaba fascinada por los pechos, e intentaba imaginar el efecto que tendría si yo tuviera.

Miraba durante horas fotos de artistas. ¡No de pechos desnudos!

Los imaginaba siempre ocultos por un paño muy estirado. Los pechos deformaban y estiraban la tela como para atravesarla. Mis pechos, en realidad, son pequeños; nadie se ha quejado nunca de ellos. Pero en mis fantasías, estoy muy bien surtida; mi pecho es enorme y constituye mi mayor arma de seducción. Sólo tengo que cerrar los ojos, imagino que mis pechos son más



gordos que los de Raquel Welch, y ni un hombre se resiste.

[Carta]

Kay:

»A los diez años era un poco marimacho. Me disfrazaba de pirata, alzaba mis pantalones hasta las rodillas y me ponía uno de los viejos cinturones de cuero de mi padre, muy apretado en la cintura. Ignoraba por qué, pero sabía que era “placentero” ahí abajo y pasaba horas jugando al pirata. Hacia los once años, me excitaba «apretándome» los genitales y metiéndome en un baño frío más o menos vestida. A esa edad y más tarde, soñaba con gente que luchaba en una fosa de barro fangoso, vestidos con un mono de buzo, y que se enterraban por completo en el barro. Al imaginar esta escena, me acariciaba con la costura de mi pantalón de pijama.

[Conversación]

Trudy:

«Recuerdo que, mi hermana y yo, intentábamos a menudo hacer el amor con nuestro perro. Él cooperaba voluntariamente. Mis fantasías a este nivel persisten, y cuando mi marido me penetra por detrás, pienso en perros que se montan, detalle que recuerdo desde los tres o cuatro años de edad». [Carta]

Mona:

«Espero que no revelaré mi nombre porque nunca he contado lo que sigue. Por lo que he leído, creo que tengo que ser sádica. Quizá también masoquista porque a menudo sueño despierta que me torturan.

Tuve la regla hacia los doce años, y como era muy salvaje y desobediente, mis padres decidieron mandarme a un convento. Los castigos corporales estaban autorizados. Se utilizaba para eso una correa. La madre superiora, sor Rosario, convocaba a la culpable (era yo con frecuencia) y delante de toda la clase le ordenaba agacharse hasta tocarle sus pies; luego levantaba su túnica y

la azotaba en el trasero.

Durante las vacaciones encontré a un chico maravilloso del que me enamoré. Le hice prometer no escribirme al convento, porque me expulsarían. Una tarde después de clase, sor Rosario me dijo que quería verme en su habitación. Me confesó haber interceptado una carta que un chico me había escrito y precisó que no tenía más remedio que expulsarme. Le supliqué de rodillas no hacerlo; aceptó al final, pero me declaró que me trataría muy severamente y que no debía hablar de ello a nadie. Acepté gustosamente, pero si tuviera que volverlo a hacer, me negaría. Me pidió que me desnudara, lo que hice con mucha vergüenza. Tenía casi trece años, y estaba bastante bien formada. Tuve que arrodillarme delante de ella mientras que me hacía numerosas preguntas que a la vez me chocaban y me molestaban:

»¿Qué medida de pecho tiene?»

»¿Se masturba usted?»

»¿Cuál es el color del pelo, entre sus piernas?»

»¿Cómo llama usted a eso?»

Quiso saber exactamente cómo me comportaba yo con un chico, y lo que me hacía. Luego me ordenó que me pusiera ahorrajadas sobre una silla y me dio veinte latigazos sobre las nalgas. Luego me hizo tenderme boca arriba y abrir las piernas y me flageló seis veces la entrepierna.

Después, me citó regularmente en su habitación; yo me desnudaba y me pegaba con la correa. Me preguntaba siempre si me masturbaba. Le cuento todo esto, porque al cabo de dos semanas, empecé a sacarle un verdadero placer a estas sesiones. Fue en ese momento cuando empecé a masturbarme. Sigo con regularidad dándome a ese placer solitario.

Hoy, soy profesora y siento gran satisfacción al castigar a mis alumnos. Los chicos de mi clase tienen entre diez y catorce años.

Regularmente, hago que venga uno a mi casa, y le doy latigazos o varazos, después de haberle ordenado que se desnude. Me gusta aplicar castigos, pero prefiero ante todo el momento en que el chico entra en erección. Llevo ropa provocativa y me encanta besarlo en esos momentos.

Nunca he castigado a chicas, sobre todo porque nunca he tenido ocasión de hacerlo. Pero, a menudo, sueño con ello, despierta. La imagino atada a una cama, vestida únicamente con sus bragas y su sujetador. Luego, ordeno a uno

de mis alumnos desnudarla por completo y torturarla. Esas torturas son muy variadas. El chico arranca uno por uno los pelos de su pubis, hunde agujas en sus pechos, la quema con una vela encendida, la azota, le pega con un palo, a la vez que le sugiere pensamientos diabólicos, la masturbación, etc...

Me imagino también que hago el amor con uno de mis alumnos. Algunas de mis fantasías son muy extrañas, y me cuesta anotarlas por escrito. Nunca he contado nada de todo esto a nadie. A veces, me siento frustrada y me gustaría saber si mis pensamientos son patológicos. Estaría encantada si pudiera usted decirme lo que otras mujeres piensan. Me sentiría más a gusto al saber que no estoy sola a ese nivel. P. S. —Tengo cierta dificultad para encontrar en Irlanda el tipo de látigo que busco, ¿tal vez pudiera usted ayudarme?

[Carta]

Stella:

»Mis fantasías sexuales se remontan a un acontecimiento a mis once años. Volviendo del colegio, un grupo de chicos y de chicas empezaron a molestarme. En cierto momento, el jefe de la panda, un chico muy guapo, me agarró por el brazo y me dijo que debía obedecer todas sus órdenes. A partir de entonces cuando me pidiera seguirlo, tendría que obedecer inmediatamente y ceder a todos sus caprichos. Luego me soltó. Después cuando lo veía, me daba un vuelco el corazón; pero él parecía no verme y no me pidió nunca que le siguiera o que hiciera con él cosas que, supongo, me hubieran descompuesto.

Durante mi adolescencia, me imaginaba todo lo que él hubiera podido exigirme. Veía todo tipo de situaciones y hoy aún, esa fantasía me persigue. Ese guapo muchacho me obliga a perversiones sexuales muy complicadas, a cosas increíbles que nadie me ha pedido nunca, pero que me proporcionarían sin duda mucho placer si me obligaran. —Ésta es mi fantasía, y persiste incluso cuando estoy con mi amante.

A pesar de que tengo veinticuatro años, he empezado a masturbarme hace apenas ocho meses. Mis fantasías son muy variadas. Me imagino por ejemplo que utilizo un consolador que no tengo el valor de ir a comprar, o que con dos o tres mujeres hacemos el amor con uno de esos fallos artificiales.

El espectáculo de un bonito trasero me excita mucho: no puedo impedir imaginar cómo sería, una vez desnudo.

[Carta]

## LOS FONDOS SONOROS

Voy a abrir un paréntesis sobre los ruidos durante el acto sexual y la influencia que ejercen sobre las mujeres. No hablo de la voz de Frank Sinatra como fondo sonoro, sino de esas palabras, de esos ruidos y de esas frases que provienen de lo más hondo del ser. Los sonidos en el amor tienen un papel infinitamente más natural que el elegante «Querida te quiero».

Hacer el amor en silencio, con todas las luces apagadas, inhibe el acto supuestamente más liberalizador de nuestra vida. Algunas mujeres como June (ver más abajo) no pueden gozar sin ruido; Nina (también más abajo) cuenta con detalle lo que decenas de otros testimonios se conforman con mencionar de pasada. Ahora estoy segura, que son numerosas las comunicantes que se hubieran extendido sobre esta cuestión si lo hubiera pedido. «Nuestro placer es más grande cuando pronunciamos palabras como “dar por culo”, “polla”, etc., que sólo utilizamos en la cama». Estas mujeres remontan el origen de sus fantasías a su infancia, donde la mayoría de los adultos piensan que hay que relegar estos ruidos «sucios», «vulgares», «de bajo rango», en lugar de incluirlos naturalmente en el más natural de los actos. Los prejuicios exigen que las mujeres bien educadas se abstengan de emplear algunas palabras o prohíban pronunciarlas delante de ellas. Es necesario quizá respetar esos buenos principios cuando se come en buena compañía, pero una mujer aun siendo de la alta sociedad no va a la cama para comer...

June:

«No soporto hacer el amor en silencio. Considero contra natura que dos personas tengan relaciones sexuales sin que se oiga más que un jadeo.

Necesito hombres que gruñan, que griten. Si estoy con un tío que no dice nada, que se conforma con respirar fuerte, como soy demasiado tímida para gemir la primera, fantaseo, recordando la primera vez que oí a una pareja hacer el amor. Este recuerdo me libera completamente.

Sólo tenía once años en ese momento. Vivíamos en San Francisco, en un gran edificio con un patio central. Todas las ventanas de las habitaciones daban a ese patio, y a veces, en medio de la noche, tenía la impresión de que se desarrollaba una verdadera orgía en el edificio. A pesar de mi poca edad, sabía perfectamente lo que significaban todos los gemidos, y todos esos gritos. Me quedaba acostada, hipnotizada (fue entonces cuando empecé a masturbarme) escuchando a la primera pareja. Automáticamente, despertaban a otros. Unos minutos más tarde había una reacción en cadena: toda la casa hacía el amor. ¿Ha oído usted ya parejas gozar? Son sonoridades extraordinarias... no como en el cine... es más verdad.

Es un ruido de felicidad... es excitante.

Entonces, cuando estoy con un chico silencioso, mientras que él actúa, evoco las noches ruidosas de mi infancia. Algunos segundos más tarde, empiezo a gemir y a gruñir como una loca.

Inevitablemente, mi llamado, se pone al unísono... y empieza un verdadero concierto. [Conversación].

Nina:

»Tengo treinta y tres años, soy lesbiana, y “esposa” feliz desde hace cinco años.

Mis fantasías se inspiran esencialmente en la realidad. Jugamos a menudo a la mamá y al bebé; ella me chupa los senos y yo le canto canciones infantiles. En otros momentos, ella desempeña el papel de hombre y yo le describo en voz alta su pene y el efecto que tiene sobre mí mientras nos masturbamos mutuamente. Nuestros placeres amorosos son a menudo aumentados por el uso de palabras como «polla» o «dada por culo», etc., que no utilizamos normalmente sino solamente en la cama. Tengo que añadir que todas mis fantasías conciernen a mi amante y sólo a ella. Si pensara en otras lesbianas, nunca se lo diría: es muy celosa por naturaleza.

Cuando descubrí las delicias de la masturbación, a los siete años de edad, me imaginaba ya que mi amiga me acariciaba entre las piernas. Supongo que siempre he sido lesbiana. Para que mis fantasías se realizaran, sólo fue cuestión de tiempo. A veces, cuando me acariciaba, de niña, soñaba que mi perro me lamía el sexo (lo que a veces ocurría y me excitaba tremendamente).

Hoy, ya no tengo fantasías animales. Mis pensamientos van enteramente a las mujeres. A menudo, me imagino un tipo de orgía religiosa lesbiana, ante los ojos de hombres disfrazados de sacerdotes. Siempre hay muchas velas encendidas, vestales, escenas eróticas con mi compañera sobre el altar. La música es siempre muy bonita y los colores muy vivos. (Soy la hija de un vicario y voy con regularidad a la iglesia. Mi homosexualidad no me culpabiliza en absoluto).

Cada sesión (son frecuentes) con mi querida compañera me proporciona un inmenso placer. Claro que no hablaré nunca de mis fantasías a cualquiera.  
[Carta]

Meg:

»Cuando estoy con mi marido, pienso a menudo en mi antiguo amante. Vuelvo a ver esa escena en una playa retirada, rodeada de matorrales. Me dejé pegada al suelo después de mi primer orgasmo.

Me hizo dar vueltas, aplastó, y luego gimió y gruñó cuando gozó.

Es una de las cosas que echo de menos —los ruidos que hacía mi antiguo amante— y su conversación. Mi marido no sabe hablar «vulgarmente» cuando me toma, no como mi antiguo amante, y conserva un silencio casi total cuando goza. [Entrevista en magnetofón]

Holly:

«Mi marido sabe cuánto me excitan algunas frases, algunas palabras. Por ejemplo, cuando me dice que le enloquece el cunnilingus y que adora mis gordos senos. Me gusta que me describa con precisión todos nuestros gestos cuando hacemos el amor. Aprecio mucho las groserías en esos momentos».  
[Carta]

Evie:

Evie se aproxima a la treintena. Está divorciada y vive actualmente en Los Ángeles con sus dos hijas. Sus reflexiones sobre las conversaciones durante el amor podrían inspirar a numerosos enamorados silenciosos. Es difícil recordar los movimientos, reconstruir todo lo que ha pasado el día anterior o el mes pasado en la cama.

Algunas palabras muy crudas tienen un gran poder de recuerdo orgásmico. Recordando esas cuantas palabras, una mujer puede conservar en la memoria toda su vida la imagen de un hombre en erección. Las mujeres son grandes coleccionistas... Cartas de amor, rosas, recuerdos, palabras. En cierta forma, se agarran a todo, viven prácticamente en el pasado: ¿están seguras de que «eso» volverá a ocurrir?

»En lo que se refiere a las conversaciones..., es totalmente otro terreno y no sé si le interesa. Los hombres que me hablan encuentran siempre expresiones para estimularme: “ya estás”; «ya llega»; «vamos», etc. No voy a molestarle con la lista de esas expresiones, pero una cosa es cierta, facilitan mi orgasmo. Cuando hago el amor basta a veces con que mi compañero me pregunte la hora para que goce. Y cuando estoy sola pienso a menudo en lo que algunos hombres me han dicho, lo adorno, invento.

Quería usted conocer las fantasías de mis amigas; he preguntado a algunas, pero no parecen tener apenas imaginación. Al parecer, hablan poco en la cama. Sus fantasías no les interesan, o más probablemente, no quieren confesármelas. Una chica me ha confesado a pesar de todo que un tío le mandaba fotos Polaroid de su pene en erección y que ella se masturbaba mirándolas cuando él estaba en viaje de negocios.

[Carta]



## LAS MUJERES MIRAN

Sería demasiado fácil concluir que todas las fantasías sexuales nacen de un incidente en el momento de la infancia. La psicología moderna, que quiere reducir los aspectos más complejos de la vida a su comprensión instantánea, tropieza en esta cuestión. Todo lo que ha sido dicho hasta ahora refuerza la idea de que una gran parte de nuestras fantasías, las más persistentes remontan al tiempo en que no sabíamos ni siquiera lo que —el estímulo— representaba. Nacidas de la inocencia y de la ignorancia de nuestra infancia, las fantasías conservan sus misteriosos poderes en la edad adulta (incluso para los más aburridos). No pierden nunca su atractivo. Las sucesivas esposas de Barba Azul podían libremente pasearse por todas las habitaciones de la casa, pero eran incapaces de resistir el atractivo de la única puerta cerrada con llave.

He reunido una gran parte del tema de este libro procediendo por asociación de ideas, evitando preguntarle directamente a la mujer que describiera sus fantasías. Si le hacía simplemente la pregunta:

«¿Tiene fantasías sexuales?» ella contestaba habitualmente «No», o «¿Qué es una fantasía sexual?» o también «No sé». Pero si yo decía: «Me he dado cuenta que la mayoría de las fantasías sexuales femeninas asientan en el anonimato y que las mujeres imaginan a menudo ser violadas por hombres sin rostro, extranjeros...», el diálogo se establecía más fácilmente. Había un punto de partida. Ignoro si mi interlocutora empezaba a dejar su imaginación vagabundear en una especie de competición provocada por las fantasías de otras mujeres, si mi proposición la liberaba de su aislamiento y de su culpabilidad, o si, sencillamente su memoria dormida exigía, para despertarse,

una asociación de ideas.

La posibilidad que ofrece la asociación de ideas de llevar a las mujeres a revelar sus sueños eróticos me ha permitido recoger más información de la prevista, en particular sobre la procedencia de las fantasías. Detalle interesante, esas ideas encuentran a menudo su origen en una impresión visual.

Había enviado a varias revistas una carta que explicaba mis investigaciones y pedía su contribución a las lectoras. Sabiendo que las mujeres revelarían mucho más si les presentaba el tema de forma anodina y sin dramatizar, definía las fantasías como imágenes que podían aparecer en cualquier momento —haciendo el amor, en coche, al ir a trabajar, al andar por la calle— y añadía que cuando yo me paseaba, yo misma era una empedernida observadora del pantalón masculino. No sólo miraba las delanteras provocativas de los hombres —tan automáticamente como los hombres examinaban mi región pubiana— imaginaba igualmente, de paso, la colocación y la forma de los órganos disimulados por la ropa. En sus contestaciones, casi todas las mujeres han mencionado esta observación del pantalón: miran todas a ese lugar, e incluso, con frecuencia, fijan la mirada en la bragueta. Su confesión empieza por eso, las fantasías siguen, los recuerdos vuelven: «Si, ahora que usted habla de ello...», etc.

Los machos se imaginan que, cuando las mujeres los miran, ellas admiran el corte de su traje, como contemplarían las fotos de moda de la página masculina, o el mismo traje sobre una percha. En verdad, los relatos femeninos que he reunido demuestran que cuando examinan a un hombre, ven e imaginan otra cosa.

Fay:

»Cuando me paseo por la calle, me intereso constantemente por las braguetas. Intento imaginar qué aspecto tiene el sexo. Me excito sobre todo cuando veo redondear los testículos a través del pantalón. A menudo estoy tentada de acercarme, ahí, en la calle, abrir la bragueta y acariciarlos. [Carta]

Sukie:

»Mirar a los hombres, de frente o de espaldas, constituye uno de mis pasatiempos favoritos. Me gusta examinar la forma de sus nalgas, me pregunto cómo se contraen cuando el hombre toma a una mujer, o el efecto que me produciría introducirle un consolador en el ano. [Carta]

Constance:

»Mi marido, de alguna forma, me ha empujado a convertirme en una mirona de braguetas. Desde hace mucho, me hace notar con insistencia que tiene un sexo demasiado pequeño (lo mide muy a menudo cuando está en erección), lo que me ha llevado a interrogarme sobre la dimensión de los demás penes.

Ha picado incluso mi curiosidad sugiriendo que podría gozar mucho más si hiciera el amor con un hombre mejor dotado. Observo pues las braguetas que me parecen esconder un objeto de dimensiones respetables. [Carta]

Deana:

»Mi mente nunca está en descanso, incluso cuando no estoy en mi habitación. Miro sin cesar a los hombres, la ubicación de sus partes escondidas. Con los pantalones ajustados, hoy día no es difícil imaginarse lo que disimulan esas redondeces prometedoras. Puedo al menos soñar e intentar imaginar qué tipo de amante sería el hombre, cómo está provisto, etc. Lo que quiero decir es, que muchos hombres arreglan su paquete de tal forma, que es difícil saber si el conjunto está amontonado para crear un efecto de pirámide, o si es todo “de verdad”. Creo que es bueno que los hombres hayan entrado en la palestra de «mírame pues», en donde se mueven las mujeres desde hace tanto. Hoy, si ellos siguen examinando los pechos sin sujetador bajo los jerseys o los gordos traseros ajustados en las faldas estrechas, nosotras las mujeres, también tenemos algo que poner ante nuestro ojo. Me pregunto a menudo por qué han llevado durante tanto tiempo pantalones sin formas, de aspecto anticuado, demasiado amplios. ¿No tenían ganas de que los contempláramos? [Carta]

Una:

»Es de una manera absolutamente inconsciente como miro a los hombres y en particular sus braguetas cuando se acercan a mí en la calle. Pienso en mis compras para la cena, y en realidad, en mi cabeza, especulo sobre lo que ha podido hacer ese tío para “colocar” su sexo de esa forma. ¡Consiguen obtener efectos absolutamente notables! Mi marido afirma que noto de qué lado la lleva un hombre incluso antes de estrecharle la mano.

Un día me ocurrió una historia particular, cuando me daba prisa para volver a casa después del trabajo, pensando en Dios sabe qué, e inspeccionando de paso el gentío de hombres que volvían a sus casas. Supongo que no medí la intensidad de mi mirada sobre el pantalón ajustado de un transeúnte hasta el momento en que se cruzó conmigo —plic— avanzó su mano y ¡me pellizcó el pecho! ¡En plena Quinta Avenida de Nueva York! ¡Estaba aturdida! Me detuve, y me volví, boquiabierta, viéndolo desaparecer... y estallé de risa.

¿Qué otra cosa podía hacer?

[Carta]

Loís:

«Me encanta ver el bulto redondo de los vaqueros ajustados de los chicos e imaginar su verdadera naturaleza. Me gusta adivinar si han sido circuncisos o no. Siempre he preferido los chicos no circuncisos». [Carta]

Winona:

«A veces, en el tren o en el autobús, me he dado cuenta que miraba los pantalones intentando discernir la forma y el tamaño del sexo que escondían. He observado que se endurecía a veces cuando el hombre observaba mis pechos o intentaba ver mis muslos. Pensar que yo soy la causa de su erección me excita». [Carta]

Imogene:

»A pesar de que mi marido sepa que siempre le he sido fiel, no creo que comprenda hasta qué punto me encanta mirar a los demás.

Permanentemente, o casi. La mayoría de las veces, no me doy ni siquiera cuenta que mis ojos están fijos sobre las braguetas masculinas. Si veo a un hombre con un bulto gordo a ese nivel, lo contemplo. ¡Me atrae la mirada!  
[Carta]

Francine:

«Claro que miro a los hombres. Se considera que lo hacemos ¿no?

¿Por qué si no ellos se molestarían en pantalones apretados por todos lados... salvo a nivel de los bultos? Pero me intereso más bien por los jóvenes. Y desde luego, ¿qué chica se iba a interesar por los viejos, flotando en sus pantalones amplios y llenos de arrugas, cayendo lamentablemente desde la cintura? Como si les diera vergüenza. Esto me recuerda a las mujeres que llevan vestidos demasiado grandes. Después de todo, todos queremos llamar la atención, ¿no es así? [Carta]

Myrna:

»Naturalmente, miro. Como todo el mundo ¿no? Pero soy muy hábil. Eso es: tengo un ojo vago —un ojo que se desplaza realmente, a causa de un control muscular insuficiente—. Fijo mi ojo normal sobre algo o alguien y cierro a medias los párpados. Entonces mi ojo vago, “ve”. Me encanta eso. Incluso en la escuela, era consciente del modo en que los pantalones ajustaban a los chicos, cómo encajaban las caderas y moldeaban sus nalgas. Siempre me ha dado pena de los que no tenían nalgas, y de la misma manera me imagino que a los hombres no les gustan las chicas planas. [Carta]

Laurie:

»Cuando observo a un tipo atractivo, me pregunto qué aspecto tendrá su pene. Me lo imagino a la par que le hablo, y cuando pienso en él, lo veo en erección. Me imagino que mi mano lo toca, que él me toca, veo cada pliegue

de su piel, cada detalle ampliado en una inmensa erección. Siento incluso el calor de su verga en mi mano o en mí». [Carta]

Jennie:

»Siento una gran fascinación no habitual por las nalgas de los hombres. Cuando veo un tío bueno de espaldas, sobre todo cuando lleva pantalones ajustados, intento a menudo imaginar cómo es su trasero sin ropa. A veces, lo veo sobre mis rodillas y le doy una azotaina. Si examino de frente a un chico guapo y si lleva pantalones ajustados, intento adivinar si tiene un pene más grande o más pequeño o del mismo tamaño que el de mi marido.

[Carta]

## LAS IMÁGENES Y LA LECTURA

Según una opinión corrientemente extendida, a las mujeres no les estimula tanto como a los hombres lo que ven o leen. Los varones, siempre según el mismo esquema, reaccionan automáticamente a la vista de unos pechos o un par de nalgas, mientras que las mujeres no sentirían ante un pene nada más que un sentimiento de incomodidad, si no de asco. Una parte importante de nuestra actividad económica resulta de este presupuesto. Algunos, claro, admiten que un sexo en erección excita a la mujer..., pero con matices, ambigüedades. Es cierto que, si comparamos las capacidades de reacción, el hombre adelanta a la mujer. Desde la infancia, su pensamiento es más libre de reaccionar a la forma de un seno, a una palabra, al perfume de una mujer; es incluso animado muy pronto a convertirse en un hombre viril. En cuanto a la mujer...

En el colegio de chicas que yo frecuentaba, una hoja de vida «adornaba» la representación en bronce del David de Miguel Ángel (colocada ahí, decían, por la bibliotecaria, una solterona). Tan sólo, años después pude observar con toda tranquilidad una buena ilustración de un pene. Y que ningún experto venga a afirmarme que eso no me ha excitado. Aunque no habiendo visto nunca una verga en erección, me di prisa en contemplar la imagen, incluso si las proporciones que yo imaginaba no representaban ninguna relación con las posibilidades anatómicas. Pero no hay que concluir por esto que la mujer adulta —que únicamente no ha visto sino también provocado «emociones»— tiene obligatoriamente necesidad de un pene erguido, símbolo sexual masculino en toda su plenitud, para experimentar emociones. ¿Quién mejor que una mujer puede sentirse excitada por la visión de un sexo flácido, con la idea

de en lo que puede volverse?

Es precisamente porque se la ha enseñado a las mujeres a no mirar esas cosas, por lo que está más dispuesta que cualquiera a satisfacerse de las imágenes, más que de la realidad. En una palabra, he aquí por lo que a ella le encantan las fantasías.

Por supuesto, la imaginación tiene menos libertad que antiguamente: los pantalones masculinos no han sido nunca tan ajustados, las camisas tan entalladas, la conciencia de la sexualidad tan afirmada. No estoy sorprendida de que tantas mujeres declaren sentirse a menudo tentadas (secretamente) de «extender la mano y de tocar». Y encuentro sorprendente que escritores y psicólogos sexualmente informados, como Robert Chartham (*La Pareja sensual*), puedan afirmar que las mujeres se excitan más difícilmente que los hombres, y que los libros pornográficos gusten más al sexo fuerte. «Un hombre tiene una erección al cabo de algunos segundos», me dijo un día, como si solamente el barómetro exterior debiera ser tomado en consideración, como si la erección del pene fuera el único testigo de la calidad de los estímulos sexuales. Cuando yo replicaba, firmemente, que una lectura bien elegida podía, a mí también, excitarme muy rápidamente, me miró con una sonrisa, esperó un rato y dijo: «Entonces es que usted es distinta: las mujeres son más lentas para excitarse».

Lo que hace este debate difícil es que se da como prueba de la sexualidad más inmediata del hombre, el hecho, innegable de que él goza más deprisa. Pero esto no tiene nada que ver con la rapidez y la profundidad de la excitación sexual. Si un hombre puede alcanzar más deprisa el placer que una mujer, ésta puede sentir varios orgasmos sucesivos a una cadencia muy rápida. En fin, se trata de una discusión sin interés. El acto sexual no es un criterium.

Y, admitiendo incluso que fuera el caso, la carrera sigue hasta la meta, una meta idéntica para los dos *partenaires*.

Le contestaré pues al Dr Chartham y a otros autores que piensan que las mujeres reaccionan lentamente, incluso nada, a algunas lecturas o espectáculos de estímulos sexuales, que si es cierto, esto no resulta de una ley de la naturaleza, sino de la educación infligida a los miembros del sexo femenino. En realidad, la mujer reacciona inmediatamente, pero no con la sonrisa, la excitación y la erección socialmente aceptada del varón. En ella, se trata con



más frecuencia de un retiro hacia una fantasía secreta, a través de unos estímulos deliberadamente elegidos. He aquí algunos ejemplos.

Miranda:

«Cuando hago el amor con un hombre, pienso en otro, siempre un desconocido. Físicamente, encarna al macho “ideal”. Incluso si me encuentro en compañía de un muchacho guapo cuyo cuerpo me excita, mi imaginación lo transforma en algún desconocido que acabo de encontrarme en la calle.

Si yo contara estas fantasías a mi amante, estaría celoso y pensaría que sus cualidades sexuales dejan que desear. Pero se equivocaría: mis fantasías no encuentran su origen en la supuesta ineficacia de mi compañero.

La idea de dos hombres haciendo el amor me excita terriblemente y me gustaría mucho ver eso. (Recientemente, el hombre con el que vivo desde hace tres años se ha dejado tocar por un homosexual durante una velada en la que todo el mundo había bebido mucho. Esta experiencia suscitó en él una mezcla de “honor y asco”, por retomar sus propias palabras. Por mi parte encontré eso muy excitante). A veces imagino que varias personas me miran copular con mi jefe; otras veces, se trata de chicos jóvenes que siguen una clase de anatomía íntima en la que yo soy la modelo. (Ridículo, realmente porque yo he posado desnuda para una clase de dibujo y me he aburrido mortalmente).

Me gusta mucho imaginar también que soy una emperatriz, que poseo un número ilimitado de hombres, que hago poner en fila para elegirlos. Doy banquetes cuyos sirvientes son hombres desnudos.

Proponen a mis invitadas el varón que ellas desean, bien entendido que los he probado yo a todos. Ésta es mi fantasía favorita. Con distintas variaciones sobre el mismo tema. Los hombres pueden, si es necesario, estar vestidos o adornados de forma erótica.

Tengo a menudo sueños eróticos, en los que intervienen hombres vestidos con ropas transparentes, o que se parecen a dioses griegos, habitualmente desnudos. Me imagino en mi sueño que hago el amor, pero siempre con un personaje familiar, nunca un extraño. En cambio, los hombres de mis fantasías son guapos, rubios y no los conozco.

Una de mis fantasías favoritas consiste en imaginar que soy invisible en

medio de un montón de hombres desnudos, fascinada por la forma en que se mueven. En la vida corriente, me encanta mirar a los hombres, su cuerpo. Mis primeras fantasías se remontan a mis doce años...» [Carta]

Margaret:

»Tengo veintiséis años, estoy soltera y vivo sola en el campo.

Nunca he escrito, hasta ahora, a una revista. Sin embargo, he decidido contestar a su carta.

Hace algunos años, estaba a punto de ordenarme. Pasé un año en un convento antes de acabar odiando ese entorno, convencida de que un gran número de novicias sufrían inhibiciones sexuales. Sin duda me encontraba en un caso similar y preferí abandonar. Antes de entrar en el convento, tenía ya ligeras tendencias lesbianas, pero sólo fueron creciendo. Me masturbaba con frecuencia. En el convento, seguía haciéndolo. Tenía que desahogarme de una forma u otra. Menos mal que me encariñé con una novicia mayor que yo.

Nos masturbábamos en secreto. Esto marcó el principio de mis fantasías. Jugando con mi sexo, pensaba en ella. Me imaginaba que sus dedos acariciaban mi clítoris. Intentaba imaginármela de pie al lado de la cama, desnuda, con su pubis velludo. Me imaginaba también que una religiosa jugaba con ella. Esto me llevaba muy rápidamente al orgasmo.

Cuando dejé el convento, me convertí en profesor en una escuela de chicas. Me gustaba mirar a las chicas ducharse juntas cada mañana.

Mis pensamientos se iban siempre hacia una de mis alumnas, ya bien formada. Luego, en la intimidad de mi habitación, me desnudaba, me tendía en la cama, e imaginaba a esa chica tal como la había visto bajo la ducha.

Más adelante, conocí a un hombre que me excitaba mucho. Me presentó a tres de sus amigos. Le confesaré que somos muy liberales, organizamos a veces grupos-sex. Practicamos el desnudo integral. Ahí también tengo fantasías. No quiero a ninguno, pero me encanta que uno u otro me tome ante los ojos de sus compañeros.

Cuando me penetra, yo evoco a uno de los otros. El sexo más desarrollado pertenece a un italiano moreno. Cuando un miembro de la pandilla me hace el amor, me imagino que es él. Pero rara vez alcanzo el orgasmo en el coito.

Gozo al acariciarme con la mano o con un vibrador cuando estoy sola en mi apartamento. Sin embargo, simulo el orgasmo para complacer a mi pareja y empleo a menudo un lenguaje obsceno. Compró muchos libros eróticos y tengo un álbum de fotos de chicas. A veces lo cojo en la cama, pongo el vibrador en funcionamiento y grabo mi voz en el magnetofón.

Pienso en un hombre o, a veces, en una chica. No estoy loca. Soy normal. Pero el sexo constituye mi principal preocupación. No me casaré nunca. Sería infiel, lo sé. Me gusta demasiado mi cuerpo y ¡adoro que los demás jueguen con él!». [Carta]

Alexandra:

»Tengo diecisiete años. He tenido una aventura con un hombre.

Una noche hicimos el amor en el coche, delante de la escuela donde yo iba de niña. Recuerdo ahora que he reído a escondidas de lo cómico de la situación. He intentado imaginarme de niña asistiendo a esa escena. Eso me excitaba quizá porque realizaba un acto rigurosamente prohibido cuando yo era colegiala.

Fue después de una lectura cuando me masturbé por primera vez.

Lo recuerdo aún: me había identificado con la heroína y había conocido el orgasmo. En aquel entonces, ignoraba lo que era, pero lo aprendí muy deprisa. Hubo un tiempo en que gozaba todos los días. Leía un libro pornográfico y volvía a ver en el pensamiento las escenas que éste describía a la vez que me masturbaba. Después de haber leído un buen número de estas obras, empecé a apuntar mis fantasías sexuales en papel.

He aquí una descripción improvisada de algunas de las situaciones que me excitaban. Me veía haciendo autostop por la noche y violada por tres hombres; autoestopista nuevamente, pero consentidora; call-girl famosa; drogada y seducida; sometida a experiencias sexuales como en los campos nazis; tomada por un perro delante de un amigo; haciendo el amor con mis hermanos; flirteando con mi padre o mis hermanas (en mis fantasías no aparecían nunca mis verdaderos padres; incluso los rostros de los niños cambiaban. Esto era una transferencia interesante porque lo hacía inconscientemente); acostándome con mi profesor preferido... Y esta lista no es taxativa.

Muchas de mis primeras fantasías revelaban tendencias sádicas o masoquistas, pero cuando conocí el amor, desaparecieron rápidamente. Ya no las encontraba a mi gusto. Ahora, mis fantasías «favoritas» presentan todo un carácter afectivo, amor u odio. Me veo admitida en un círculo de brujas pasando las pruebas rituales de amor (he leído esto en algún sitio); haciendo el amor con un desconocido con el que me llevo de maravilla desde el momento de nuestro encuentro; viviendo una aventura con mi profesor de instituto, aventura que saldría del universo de la fantasía si la animara. Tantos sueños que se aproximan mucho a la realidad. De vez en cuando, tengo también fantasías homosexuales. Pero no participo nunca en la acción y me conformo con observar. Otras veces, soñaba con orgías, y ahí también sólo era una compañera pasiva. Todo esto ha desaparecido. Me he vuelto más sentimental.

[Carta]

Stephanie:

»Al principio, cuando reflexioné sobre su anuncio me dije: “Esto no se aplica a mí”. Por más que recuerde, no tengo fantasías, Pero, pensándolo comprendí que las olvidaba voluntariamente.

Rompiéndome la cabeza, las he sacado a la luz y me he dado cuenta que no había comprendido nunca hasta qué punto me daban placer.

Después de la lectura de un libro dedicado a las orgías romanas, imaginé que tenía relaciones con un asno. Pero muy rápidamente esto me dejó de gustar. He aquí otra fantasía que me ronda regularmente, sobre todo cuando tengo pocas relaciones sexuales, si estoy deprimida o embarazada, por ejemplo: me imagino en la selva con una tribu primitiva, soy obligada a mirar los castigos infligidos a algunos de los miembros de la tribu por distintos delitos sexuales. Asisto a las torturas en sus más mínimos detalles. Cortan el pene o los testículos de los hombres o les echan un líquido hirviendo en la uretra. Hunden despacio en el cuerpo de las mujeres atizadores al rojo vivo. Soy la única persona civilizada presente, petrificada de horror. Al contarle estas fantasías, recuerdo otra del mismo tipo. Estamos en un campo nazi. Una mujer tortura a los hombres. Les obliga a retener su orina hasta que estalla su

vejiga.

Ella posee una máquina en la que introduce su sexo. Esta máquina los estimula constantemente, y provoca un orgasmo perpetuo.

Recuerdo haber intentado imaginar la continuación: al final, los sexos se aflojaban y una nueva tortura sucedía a ésta, pero he olvidado cuál... Las mujeres del campo eran todas jovencitas y se hacían violar por un profesor loco. Su aparato genital estaba poco desarrollado y el loco acababa siempre por matarlas. Adoptaba todo tipo de técnicas. Recuerdo tan sólo una sala llena de chicas, todas atadas en una postura que permitía a su verdugo examinar su sexo y elegir su víctima del día. Tengo que aclarar que la mayoría de estas fantasías provienen de mis lecturas y que mi parte de inventiva se mantiene bastante reducida.

He confesado a mi marido mi fantasía de la selva. Creo que esto le ha sorprendido. Pero me he divertido contándoselo sin la menor vergüenza. Soy quizás una sádica perversa en lo más profundo de mí misma, pero no se nota en la vida cotidiana. Soy muy dulce, y si he podido permitirme reír, es porque me siento segura de haber disciplinado esta parte de mí misma.

Ya lo he dicho, me ha costado recordar estas fantasías, en particular porque las he sentido como una amenaza. Las he dejado invadirme una o dos veces solamente antes de eliminarlas definitivamente. No porque me avergüence de ellas, sino porque considero como una falta de autodisciplina el hecho de abusar de algo.

[Carta]

## LAS FANTASÍAS FORTUITAS

Las mujeres están excitadas por lo que ven. Por sencilla que sea esta proposición, he reflexionado mucho porque el hecho es negado con frecuencia. Incluso una revista relativamente libre (Cosmopolitan) afirma que las mujeres pueden encontrar un cuerpo masculino horroroso o terrorífico. Y presenta un desnudo cuya mano quizá demasiado atrevida esconde el fondo del problema. Este rechazo de las fuentes de las fantasías femeninas es casi tan antiguo como las fantasías mismas, incluso la evidencia de esas fuentes es tan manifiesta que el solo hecho de nombrarlas confirma su existencia.

Las mujeres tienen fantasías relativas a sus antiguos amantes, su primer orgasmo, su primera aventura sexual «diferente», por ejemplo, con otra mujer o varias personas. Algunas fantasías prolongan un instante privilegiado —un beso robado, una mano apretada, el primer almuerzo prelude de una aventura casi segura pero aún no consumada—, o «destellos» sexuales sin continuación concreta. Está también la fantasía ficticia, sacada de la imaginación de la que la vive. Fantasía inspirada por un rostro atractivo visto durante una cena, por el héroe de un espectáculo televisado, un famoso de cine o de música. Si estas últimas posibilidades de fantasías aún no se le han ocurrido piense en los millones de mujeres (quizá haya una cerca de usted en el momento que lee estas líneas), con las palmas sudorosas, con los labios entreabiertos, que observan amorosamente a Tom Jones o Paul Newman. ¿Usted cree realmente que en cuanto el televisor es apagado olvidan todo y tienen la mente en blanco?

Menos evidentes son las fantasías consecutivas a los esfuerzos de una

mujer que quiere sublimar deseos demasiado terroríficos o demasiado destructores para que ella los concrete. Del mismo modo que los sueños sirven de «válvula de seguridad» de las emociones violentas de las que preferimos huir, las fantasías sexuales aportan a la mujer la posibilidad de superar sus celos o de resolver los conflictos que la desgarran cuando desea a otros hombres además de a su marido. Es la razón por la cual he incluido aquí la fantasía de Gelda, inspirada por sus celos con respecto a la antigua amiga de su amante. La fantasía toma la forma de una relación lesbiana con esta otra mujer, relación que trasciende la agresividad y los celos.

Adrienne:

Adrienne es una mujer alegre, sociable y en primer lugar fácil. La encontré en el «Queen Elizabeth II», entre Nueva York y Southampton. A pesar de que el viaje solo dura cinco días, es lo propio de un barco facilitar los contactos íntimos, en condiciones que parecen luego inverosímiles.

Lúe lo que ocurrió entre Adrienne y yo. Luimos presentadas en el momento del cocktail dado por el capitán. (Éramos prácticamente las únicas mujeres solas menores de sesenta años a bordo, lo que explica que fuéramos invitadas). Los apodos, rápidamente inventados y distribuidos, son propios del folklore de la vida a bordo, y Adrienne bautizó casi de inmediato a uno de los pasajeros como «El Jugador». Se conocían ya cuando yo la encontré por primera vez. Tomábamos a menudo una copa los tres antes de la cena. El jugador era uno de esos hombres a quien les encanta hablar de sexo, deteniéndose a propósito en los detalles. Fue después de su marcha, una noche, cuando Adrienne y yo tuvimos una conversación.

Adrienne está rellena. Tiene treinta y dos o treinta y tres años.

Supongo que nos hubiéramos conformado con intercambiar nuestros nombres si nos hubiéramos encontrado en tierra; no tenemos gran cosa en común. Pero le encantaba hablar, y yo escuchaba.

»Cuando me preguntó usted el otro día si tenía fantasías sexuales, mi primera reacción fue contestar no. Luego reflexioné. Quizá a causa del Jugador. Él me recuerda a un tipo que conocí. Ahora, pensándolo recuerdo que en varias ocasiones he dejado vagabundear mi imaginación, que es fértil.

Únicamente, no acostumbraba a llamar a esas ideas y a esas imágenes “fantasías”.

Hace unos años, salía con un hombre que se llamaba Ted. Era grande (como el Jugador), guapo, y lo encontraba muy atractivo, pero inasequible. La primera vez que lo encontré, estábamos en casa de amigos para cenar, una cena que se desarrolló en una maravillosa terraza adornada con petunias blancas y rosas. La noche era cálida y saboreábamos aperitivos exóticos que me incitaban al romanticismo y me excitaban. Apenas habíamos sido presentados, y estábamos ahí, soñadores, solos en esa terraza. Me lancé a una larga conversación, le conté que tenía un oso gigante en mi piso. Me contestó enseguida que podía tener otro «oso» esa noche, con una espontaneidad tal, y un humor tal, que me dije «¿por qué no?».

Era un amante extraordinario. Sabe, ciertas personas necesitan una preparación cuando hacen el amor. Pues yo para ponerme a tono me basta con recordar esa primera noche. Me lo imaginaba bajo el aspecto de un oso enorme, y yo era un tarro de miel. Este plantígrado hambriento lamía y apuraba todo lo que podía el tarro, un tarro que yo esperaba inagotable. Esta simple idea me excita aun infinitamente. Pero, dígame, ¿dónde se ha metido pues, este Jugador? [Conversación].

Doris:

»Esta experiencia que debería marcar el apogeo de la vida de una chica, me decepcionó mucho, “cuenta Doris al hablar de su iniciación sexual con Jim, su amigo de entonces.” Mis reacciones eran siempre las mismas. Sus impulsos me excitaban, pero esperaba luego con impaciencia y aburrimiento el final de las relaciones propiamente dichas».

Confusamente, Doris se sentía frustrada, y se lo reprochaba a Jim.

Eso puso término a su noviazgo. Pero antes de romper, Doris contó a Jim sus impresiones. Él contestó que había que comprar «algo especial». Se parecía a una pequeña mano regordeta de goma. Dos centímetros de ancho, pero uno de los lados llevaba una cosita levantada hacia arriba. Recuerdo haber pensado que se parecía a una aleta de tiburón levantada en medio de la tira de goma. Jim enfundó el objeto en su pene en erección. A cada



penetración, «la pequeña aleta acariciaba mi clítoris al entrar y salir como nunca el pene de Jim hubiera podido hacerlo. Nunca había sentido nada similar y tuve el más bello orgasmo de mi vida».

Un año después de la ruptura de su noviazgo, Doris se casó con otro hombre. Su marido se negó a comprarle “una de esas cositas” que Jim utilizaba, pero él aprendió a llevarla al orgasmo con su dedo.

»Está oscuro —quizá es porque mantengo los ojos cerrados para ver mejor la imagen—. Pienso únicamente en el gran pene de Jim que entra y sale de mi sexo como un gran tiburón rosa. Raramente imagino que se trata de mi marido. Habitualmente, es mi antiguo amigo, o a veces un hombre que acabo de encontrar. Distingo la escena muy claramente: la gruesa verga retira mis pelos, abre mis labios, me penetra, con esa pequeña aleta que se dirige hacia mi clítoris como si se muriera de ganas por tocarlo. Me concentro sobre ese objeto que me acaricia en el buen lugar a cada movimiento. No he vuelto a hablarle de ello a mi marido desde que se negó a comprar ese artilugio. Pero el más bonito regalo de boda que mi examigo pudo hacerme... es desde luego ¡esa fantasía!

Me gusta imaginar que hacemos el amor en un mar tropical o en una piscina caliente. El tiburón rosa nada hacia mí, abro mis piernas cada vez más. El escualo me conoce bien y le encanta el calor de mi intimidad.

Le gusta retorcerse a la altura de los labios. No es ni siquiera necesario que mi marido me penetre. Me basta con pensar en esa aleta de tiburón y me vuelvo loca. La imagen es muy nítida en mi cabeza. Pienso en eso, y la aventura empieza. Esa aleta rosa me acaricia y eso me basta». [Entrevista grabada].

Lulu:

»Todas mis fantasías homosexuales datan del día en que mi marido y yo intentamos una experiencia con otra chica. Fue para mí la primera y la última experiencia de ese tipo. Pero no para mi marido.

Tengo que confesar que me gustó mucho. A petición de mi marido, era yo quien había abordado a la chica. Desde entonces, me he preguntado a veces lo que experimentaría al ligar sola a una chica y al seducirla, o al dejarme

pervertir por una mujer viril, lo que cambiaría un poco ya que en el asunto que he mencionado, tomé la iniciativa. Cuando estoy en la cama con mi marido revivo esta escena en sus mínimos detalles, imaginando los gestos que quizás podría haber probado si lo hubiera sabido. Llego a pensar que mi dedo se confunde con su lengua. Son muchos recuerdos para una sola experiencia, ¿no? [Conversación].

Maud:

»Gracias, gracias, por su artículo. Empezaba a creer que era la única en tener fantasías al hacer el amor. Nunca me he atrevido a hablar de ello porque temía que me tomaran por una obsesa. A pesar de todo, la idea de escribirle me intimida.

Mi primera fantasía, lo recuerdo, me vino cuando, como eso nos ocurre a menudo por la noche, nos acariciábamos delante del fuego.

Acurrucada entre las piernas de mi marido, practicaba sobre él la felación. La televisión estaba puesta, el volumen bajado, y de repente me imaginé que el hombre del que me ocupaba era el que veía en la pantalla. La emoción que yo sentía provenía del hecho de que yo intentaba imaginar si este personaje tenía un pene comparable al de mi marido. Este último, aunque no sospechara nada, apreció mi buena voluntad y gozo muy rápidamente.

Mi segunda fantasía se parece a la primera: una vez más, la televisión estaba encendida. Arrodillada, miraba un programa cuando mi marido me tomó por detrás. Mientras que me penetraba, pensaba que no era él sino el fantástico bruto de la película. El efecto fue inmediato: conocí tal orgasmo que mi marido, estoy segura, sospechó algo, porque se inclinó y apagó la tele. Inútil describirle mi furia.

En otras ocasiones, cuando me lame, por ejemplo, imagino una fresca jovencita en su lugar. Me gustaría mucho que fuera verdad.

Desgraciadamente, nunca tendré esa suerte, porque es demasiado posesivo para dejarme salir sola. [Carta].

Gelda:

»Hasta que encuentro a Sam, mi amante actual, no había tenido nunca fantasías que concernieran a otra mujer. Incluso no he pensado nunca en otra mujer de este modo en la vida real. De hecho, una verdadera experiencia homosexual no me tienta. Sólo desde que Sam me habló de la chica con la que vivía antes, no puedo impedir pensar en ella. Sé de qué forma ella cambió la vida sexual de Sam, hizo de él un amante mejor. Sé también que todo acabó entre ellos y que es a mí a quien quiere. Estoy completamente convencida de ello a nivel racional. Pero los celos se burlan de la razón. Y no obstante detesto ese sentimiento, que hace a la gente alejarnos, y no lo quiero permitir, con Sam y yo. Pero, a veces, tengo la impresión de que, si me encontrara con esa chica, le arrancaría los ojos o al menos tendría ganas de hacerlo. Pero, en mis fantasías, las cosas ocurren de forma diferente.

Estamos en una de esas camas antiguas de hierro forjado que se las encuentra en Italia. Los italianos cuelgan en ella medallas religiosas y ornamentos que tintinean cuando se hace el amor. Está pintada de rojo, con bolas de la cabeza a los pies. Esta cama se encuentra en casa de la chica, en su propia habitación. Imagino muy bien este apartamento tras las descripciones que me ha hecho Sam, sin olvidar el perrito, pequeño, con pelos largos gris y marrón. Este animal, tendido entre nosotros, lame el trasero de la chica colocada entre mis piernas. No puedo ver al animal, pero, sé que está ahí, que está especialmente adiestrado para eso. Siento los largos cabellos de la chica sobre mis muslos y mi bajo vientre mientras que me abraza suavemente. Entreabre mis labios con sus dedos, su lengua se dirige derecha a mi clítoris, lo roza. Lo aprieta entre sus labios llenos y flojos y empieza a acariciarme despacio con su lengua, muy despacio al principio.

No es solamente con la punta, que estaría demasiado dura, sino con toda esa lengua suave y cálida, como me lame en besos lentos, fantásticos, cálidos y repetidos. Siento sus dientes. Sam, de pie al otro lado de la habitación nos mira, observa mi rostro. Se apoya sobre la pared, relajado pero interesado. Lleva sus pantalones caquis, su camisa roja de Banlon, sus chanclas azules. Sus ojos no me dejan. Literalmente fascinado, espera que me enrojezca, sabe de antemano que eso va a ocurrir como yo sé que va a perder su aspecto alejado y tranquilo. Mis labios se abren, mi respiración se hace pesada, se

acelera. La suya también. Puedo ver el bulto en sus pantalones engordar más y más. Su mano se acerca a él. Una parte de mí misma intenta luchar con esta chica que me da placer, todo tipo de placer. Pero ella conoce todas las artimañas, el ritmo, el ritmo justo, suave y lento. Su lengua cálida y voluptuosa me acaricia. La idea de sus cabellos, de toda esta cabellera larga y sedosa, — la idea de que es una chica, de que es Rosie, la examiga de Sam, me excita. Observo a Sam que se desabrocha su bragueta, siempre de pie, siempre observando mi rostro. Saca su pene y su larga mano fina empieza a acariciarlo, el prepucio se desliza de arriba a abajo sobre el glande rosa y liso. Se masturba lentamente.

Miro su verga, la conozco tan bien. La miro, las venas están tan hinchadas como las de sus manos. Adapto mi ritmo al suyo. Mis manos buscan los largos cabellos de la chica, sintiendo la maravillosa suavidad de su cabellera — ¡Dios mío!, ¿es otra mujer la que me hace sentir eso? —Con una ligera presión, le impongo a su cabeza, al movimiento de su cabeza, la cadencia de nuestro placer de Sam y yo. Pero no necesito guiarla: ella sabe, siempre me ha deseado. No necesitamos a Sam. Es él ahora, el que nos necesita.

Me relajo; me entrego a ella. Empujo mi bajo vientre contra su boca, sus labios se endurecen, su lengua se desliza en mí. Un sofoco me sube al rostro, mi sexo palpita doloroso de deseo. Sam acelera, más y más deprisa. Se inclina hacia delante, con la boca abierta. Su mano se agita de arriba a abajo como él me la enseñó. Sus ojos fijos en los míos me imploran, me suplican que no me pare. La chica gruñe, su lengua va más y más deprisa. Ella está preparada, pero se retiene, me espera. El grito se bloquea en la garganta de Sam, yo estoy casi, pero permanezco pendiente un momento, no quiero que eso se detenga. Espero Sam, espero, ¡todavía no, todavía no! El perrito se ha tendido de espaldas. Está bajo la chica, lame su sexo húmedo, pero ella espera, ella también, los labios suplicantes, la lengua activa.

[Redactado a petición mía].

# **LA CULPABILIDAD Y LAS FANTASÍAS**

## **LA CULPABILIDAD DE LAS MUJERES**

Las mujeres ¿se visten para los hombres o para las mujeres? Esta pregunta no encuentra nunca respuesta satisfactoria: el problema está mal planteado. En realidad, el traje de las mujeres refleja no el deseo de ser aprobadas, sino el temor de no serlo.

Es lo mismo para las fantasías sexuales; la cuestión no está en saber en función de quién o de qué las mujeres eligen su fantasía sexual.

Sino por temor a qué o a quién ellas la reprimen. En realidad, la culpabilidad que sentimos con respecto a lo que hubiéramos podido hacer en nuestras fantasías más locas, no sólo nos impide pasar a los hechos, sino que suprime la fantasía en sí. Se trata aquí de culpabilidad en el sentido más represivo del término.

Pienso que la mayoría de las mujeres deben afirmar que no tienen fantasías sexuales. (Las que han colaborado en este libro son las excepciones, no la regla). Sospecho, por cierto, que estas mujeres son las que más desean hablar del tema. Pero lo que más me ha desconcertado al principio, fue este titubeo inarticulado al buscar las palabras, esa risita casi histérica, esas frases abortadas, y la contradicción que lo niega todo a la vez que lo admite todo: Tiene que haber algo extraño en mí; no tengo nunca fantasías.

Como ya lo he dicho en un capítulo anterior, pienso que las inhibiciones sexuales de la mujer empiezan con los tabús que, desde la infancia, limitan sus juegos y su campo de experiencias. Como si fuera un crimen para un cuerpo

joven femenino jugar a pelearse o estar en contacto con otro cuerpo. El sentimiento de culpa que ella experimenta al dejarse tocar o al tocarse ella misma, aumenta en el momento de la adolescencia. Es una culpable potencial que se encamina hacia la edad adulta.

Si sus propias manos titubean al tocarse su propio cuerpo, ¿cómo su mente podría explorar las posibilidades de ese cuerpo? ¿Y de dónde sacará ella las bases necesarias para despertar su imaginación? ¿Qué libros, qué periódicos intentan sacarla de sus juguetes de niña, de liberar la válvula de las fantasías sexuales nacientes? Con doce años, todos sus sentidos están anudados: las niñas buenas no hacen «esas cosas», las niñas buenas no miran esas cosas —y la hoja de parra viene a tapar el objeto del delito—. Pero como las niñas buenas no piensan ni siquiera en «esas cosas», la hoja de parra es un misterio para ellas.

Más tarde, cuando el misterio está resuelto y la hoja de parra se cae, la mujer mira, pero sigue sin hablar. La conspiración del silencio, que ha empezado con su madre, hace de cada mujer su propio carcelero, la encierra en su mutismo lejos de la imaginación, lejos del cuerpo.

Christiana:

»Pienso que mi vida sexual es tan normal como la de cualquier mujer de veintiocho años. Soy feliz, despierta, y nunca me he sentido frustrada. Ted y yo salimos juntos desde hace más de dos años, y nos casaremos probablemente, si nos apetece... y si eso no me obliga a dejar de trabajar, porque me encanta mi profesión.

Tengo que viajar mucho para la Sociedad, y Ted sabe que es probable que me acueste con otro tío. Pero los celos no son nuestro problema. No tenemos en realidad —problema sexual—. No nos dormimos casi nunca sin haber hecho antes el amor. Es tan natural.

La única cosa que no es tan natural es esa idea que me vuelve sin cesar y que usted llamaría sin duda una fantasía. Si es una, es la única que jamás haya tenido y vuelve casi cada vez que hago el amor. Invariablemente, cuando un hombre está encima de mí, en mí, tengo este deseo, me imagino que me toma por detrás. No lo hace, claro, pero es lo que yo deseo —sí, que me tomen por

detrás más y más—. Es lo que sueño. Quizás si esto se produjera, sólo una vez, me sentiría menos culpable de pensar en eso. [Carta]

Hope:

»¿Va a publicar usted los resultados de este trabajo? Espero que sí. Me sentía tan culpable hasta ahora de mis pensamientos sexuales, de mis fantasías, de todo lo que se refiere al sexo, incluida la masturbación.

No quizá por eso me reprimiera. En cierto sentido, no podía, me parecía eso tan natural, hasta el día en que encontré a mi marido. Él me ha ayudado mucho. Tengo que decirle que estoy casada desde hace tres años y medio. Tengo veinte años. Y a pesar de que diga que mi marido ha contribuido enormemente a disminuir mi sentimiento de culpabilidad en lo que se refiere al sexo, tengo que confesar que nunca le he hablado de mis fantasías. No se las he contado nunca a nadie. He dejado vagabundear mi imaginación, luego he tenido remordimientos. Le hablo de ello ahora porque, en el fondo, creo que es la culpabilidad la que es una herejía y no la fantasía. He aquí algunas de mis ideas.

Me excita mucho más imaginar que es otro hombre quien me hace el amor, en lugar de mi marido. No lo deseo realmente, pero pensarlo me excita. ¿Está mal? Ni por un segundo me vendría la idea de hablarle de esto a mi marido.

Sexualmente estamos muy liberados, pero no quisiera dañar su orgullo de varón, por nada del mundo, y podría disgustarlo al contarle mis fantasías.

A veces, cuando mi marido se tiende sobre mí, imagino que esta mujer, que conocí hace mucho, pero con la que no tuve ninguna relación física, me suplica dejarla chuparme. Imagino que ella lo hace cada vez que me place, es decir a menudo. Esto aumenta la intensidad de mis orgasmos. Y luego, después del placer, mi fantasía desaparece por completo hasta la vez siguiente. No es que mi marido no se desenvuelva bien —es formidable—, pero pensar en ella mejora tanto las cosas.

Ahora recuerdo una fantasía aún más antigua... casi la olvido.

Cuando tenía seis o siete años, recuerdo haberme masturbado imaginando que mi padre me introducía el mango de un destornillador gordo en el sexo. Es extraño porque nunca había conocido la penetración, y mi padre y yo nunca

nos hemos llevado bien. Esta fantasía me ha perseguido durante dos años.

Creo que su libro va a cambiar completamente a los hombres. Hay tantos que piensan aún que las mujeres están aquí sólo para su placer. Algunos no admiten que las mujeres (si están «en buenas manos») tengan deseos y sentimientos sexuales que no les conciernan. La mayoría de los que me he encontrado antes de mi matrimonio no sabían ni siquiera lo que eran los preliminares al acto sexual. Si su necesidad era universalmente reconocida, apuesto que habría muchas más mujeres satisfechas sexualmente que actualmente es el caso. He hecho el amor con una treintena de hombres antes de mi marido y no he tenido nunca orgasmos; siempre me he encontrado con patanes que me tomaban «deprisa y bien hecho» y me acompañaban luego cortésmente a mi casa. Claro está, yo les decía que eran amantes formidables, pero sólo sentía un sentimiento de frustración.

Le he dicho que mi marido ha hecho mucho para disminuir mi culpabilidad con respecto a lo que hacemos realmente, todo lo que nos da placer. No sé por qué dudo tanto en contarle mis fantasías ni por qué me siento culpable de tenerlas. No las tengo siempre que hago el amor. Muy a menudo con mi marido me es suficiente. Pero en otros momentos, incluso cuando me penetra con sus dedos y su pene (¿qué más podría él hacer para estimularme?) imagino que soy penetrada por varios sexos, que soy una ninfómana, una devoradora de hombres, etc. Me gustaría sentirme más a gusto a ese nivel. Ya me hace bien escribirle y saber que no soy la única en el mundo en tener fantasías. Pienso a menudo que a muchas mujeres les daría vergüenza admitir que tienen pensamientos eróticos.

No pretendo saber lo que hace funcionar a la gente, pero estoy dispuesta a apostar que, si estuvieran menos crispados durante el amor y relajaran sus mentes y sus cuerpos, el mundo sería infinitamente mejor. Creo que buena parte de la agresividad y de la locura de los humanos desaparecería si cada cual encontrara la pareja sexual ideal dispuesta a aceptarlo todo de ellos. Si la gente pudiera liberarse de ese sentimiento de culpabilidad tan profundamente enraizado, pasarían más tiempo en convertirse en buenos amantes y mucho menos en vengarse o hacer la guerra. El hecho de llevarse bien nos hace a mi marido y a mí, ser muy dulces.

El ser humano no piensa en odiar, en luchar, en hacer complot cuando está



satisfecho sexualmente... y ¿qué importan los medios empleados para alcanzar esa meta maravillosa? Entonces, termino, diciéndole que no me da vergüenza de mis ideas «cochinas». Es mi profesión de fe. [Carta]

Alison:

«Cuando tenía catorce años tuve relaciones sexuales con una muy buena amiga (creo que es el caso de la mayoría de las chicas).

Ocurría en mi habitación; ella pretendía ser dueña de un burdel. Yo, era una chica virgen. Me vestía con una especie de bikini *sexy* confeccionado con pañuelos transparentes. Entonces ella se transformaba en cliente, un chabacano chillón que me tomaba en contra de mi voluntad. Se acostaba sobre mí y acariciaba mi sexo con el suyo. Tuve orgasmos muy intensos (mucho más que con hombres). Después de su mudanza, nunca más tuve ocasión de tener relaciones de ese tipo. Ahora, cuando me masturbo, pienso que soy seducida por una mujer muy bonita. Pero si eso ocurriera realmente, tendría que ser ella la que tomara la iniciativa.

He hablado de mis fantasías homosexuales a mi amante. Él sabe que me siento culpable. Ha intentado ayudarme hablándome cuando me hace el amor, diciéndome que es una mujer. Cosa que me excita hasta cierto punto, pero no estoy segura de que lo que le empuje no sea una tendencia homosexual, aunque lo niegue. Le gusta que me tumbe sobre él, al revés, con la espalda sobre su pecho para que me pueda tocar mis senos. Según sus propósitos creo que le gustaría que fuese su pecho. Esta idea me excita, y no comprendo por qué se niega a confesar la mínima tendencia homosexual. Después de todo, yo tengo tendencias lesbianas... Él no ve en ello ningún inconveniente, ¿por qué siente vergüenza de sus propias fantasías? Tengo otras fantasías. El hombre con el que vivo tiene un primo muy guapo. He imaginado algún tiempo que venía a casa y me encontraba desnuda. Hacía el amor con él. A veces, llegaba con amigos, y me acariciaban todos juntos intentando excitarme. Me entregaba al que más me gustaba. Esta fantasía vuelve ya sólo muy raramente. Los hombres de mis fantasías actuales me toman siempre a la fuerza; son mayores que yo (alrededor de treinta y cinco años).

A veces mi amante me anima a pensar en muchos hombres. Me acaricia

por todas partes, muy deprisa, como si sus manos fueran varios pares de manos. Esto me excita tremendamente en el momento, pero luego tengo remordimientos. Pienso que le gustan mis fantasías, que le excitan cuando hacemos el amor, pero también que me lo reprocha y me desprecia a causa de ellas.

¿Soy una lesbiana reprimida? No sé. Quizás fuera menos hipócrita si mi amante tuviera el valor de asumir sus contradicciones.

Claire:

»Hago muchos esfuerzos para deshacerme de mis bloqueos y de mis frustraciones sexuales. Gracias a mi marido, espero liberarme muy rápidamente, pero tengo miedo de contarle mis fantasías.

Cuando nos encontramos, él era celoso. Nunca he flirteado con otros, pero me gustaba bastante mirar a los hombres, como a los hombres les gusta bastante mirar a las mujeres. Ahora, nos hablamos más libremente, y quizás él no estaría celoso de mis fantasías. No es que yo tenga demasiadas ganas de contárselas, me gustaría únicamente sentir que no tiene ninguna reticencia a que yo imagine todo eso.

Sin embargo, no creo que le gustara saber que a veces pienso en otra persona cuando hacemos el amor. A menudo, es un hombre con el que acabo de encontrarme, particularmente atractivo, con quien me gustaría acostarme. Sin embargo, adoro a mi marido: es el mejor de los hombres. Pero creo que sería capaz de querer a otros también.

No se lo diré, me gustaría tan sólo que lo supiera y que lo acepte sin que tenga que explicárselo. Cuando me masturbo, la mayoría de las veces, pienso que alguien se acerca a mí despacito, cada vez más y más cerca de mis genitales, para besarlos. A la vez que imagino esta escena, me excito, y cuando llega el beso final, tengo un orgasmo.

A veces mi pareja imaginaria es una mujer —lo que me culpabiliza—.

Estas ideas lesbianas me preocupan y me gustaría confiarme a mi marido, pero tengo miedo. Cuando veo su excitación cuando me lame el sexo, me pregunto a veces si hacer la misma cosa a otra mujer me excitaría tanto. Pero todo esto ocurre sólo en mi imaginación; estaría probablemente asqueada si

una lesbiana me tocara.

Mis demás fantasías sexuales se refieren al voyeurismo y al exhibicionismo. Imagino en particular que alguien entra en mi habitación y me observa mientras que me masturbo; a veces se une a mí. En otros momentos, cuando me masturbo, pienso en el momento que llego al orgasmo, que un enorme perro me lame.

Cuando hago el amor, me digo que la gente nos mira, y que, a veces, mi amante es un Negro.

Incluso durante el día, sueño despierta. Si un hombre me atrae, puedo vivir en mi cabeza una verdadera aventura con él. Sería capaz de escribir un libro o una obra de teatro sobre nuestras relaciones.

Creo que mi marido podría estimular estas fantasías, teniendo en cuenta que nuestras relaciones han evolucionado en el buen sentido.

Le he dicho a él que cuando era niña mis primeros pensamientos sexuales no se referían al acto en sí, sino más bien a la desnudez; personas desnudas, una multitud de gente desnuda paseándose alrededor de una piscina o de un parque. Por supuesto, me encontraba entre los nudistas. Exhibirme y ver a los demás me excitaba.

Tan sólo hace tres años que nos hemos casado. Al principio, me aburría hacer el amor. Pero hemos sobrellevado todo esto eliminando muchos de nuestros bloqueos sexuales. Nos hemos vuelto muy cariñosos uno con el otro. Gracias por su interés».

[Carta]

Penelope:

»He querido contribuir a su libro, a pesar de que a mi vida sexual le falte sin duda mucha originalidad para ser de interés. Le interesará quizá saber a pesar de todo que me gustaría tener aventuras con otras mujeres. Digo que a mi vida sexual le falta fantasía, a pesar de que no sepa muy bien qué se puede considerar como una vida sexual normal. Sin embargo, estoy segura de que hay otra cosa aparte de lo que yo he conocido hasta ahora.

Estamos casados desde hace siete años, y nuestra vida sexual no es en nada diferente a lo que era cuando nos casamos, sólo que es más pobre. Se

podría pensar o esperar que a lo largo de la vida en común la gente está llevada a descubrir al otro *partenaire*, a armonizar mucho más su vida sexual. No es nuestro caso. Es únicamente cuando imagino que otra persona me lame el sexo, cosa que mi marido se niega a hacer, cuando la cosa me excita, pero nunca me he atrevido a hablar de ello con nadie. [Carta]

# LA ANSIEDAD DE LOS HOMBRES

El sentimiento de culpabilidad hace perder a la mujer mucho tiempo y energía. Una culpabilidad que no tiene ningún sentido; un sentimiento de vergüenza experimentado en el aislamiento y la ignorancia. Cada mujer atraviesa la vida en secreto perseguida por su propio demonio que simboliza su propio tipo de vergüenza; el frenesí que la persigue no se aplica a lo real, sino a lo imaginario.

La vergüenza y el sentimiento de culpabilidad toman proporciones desmesuradas en la oscuridad. Incluso si debe ser el único resultado positivo de este libro, espero que ayudará a las mujeres que tienen fantasías a sobrellevar su sentimiento de culpabilidad haciéndoles entender que no están solas..., que no son las únicas en el mundo en tener esos pensamientos, esas ideas raras y a menudo involuntarias; que no hay que identificarse con sus fantasías, y que, a fin de cuentas, nadie es «culpable» de sus sueños.

Pero el sentimiento de culpabilidad que rodea a la fantasía no es totalmente imaginario. Cuando una mujer siente tensión, ansiedad, es que es culpable a un cierto nivel.

Admito que un hombre no quiera oír hablar de otros hombres en la vida de su mujer —sobre todo cuando aprenden que ellos alimentan sus fantasías cuando él le hace el amor—. Comprendo también por qué algunas mujeres tienen ganas de decírselo todo a su marido —sin saber por qué—. Contar no es necesariamente la mejor forma de superar un sentimiento de culpabilidad; incluso esto agrava la ansiedad. No es una regla absoluta; sólo usted, en función de la personalidad del hombre, puede decidir lo que él quiere saber.

¿Hay que darle más detalles sobre sus fantasías? Abordaremos esta cuestión en otro capítulo.

Si he renunciado a hablar de fantasías con las mujeres cuando sus maridos estaban presentes, es porque, a pesar del interés general suscitado al principio por el tema, una discusión más profunda provocaba siempre una tensión en los hombres. Se sienten de alguna forma amenazados por razones evidentes.

La fantasía de la mujer hace surgir en ellos el espectro del rival invencible, dotado de poderes mágicos que toman proporciones inimaginables, un rival, además, sobre el que no tienen ningún control. Algunos hombres se conforman con negar. Hablaba del problema con un amigo una noche ante una copa, cuando me dijo:"

Tiene que ver a mi amigo Henri. Estará aquí dentro de unos minutos. Henri estará fascinado por lo que usted hace. Este hombre es un verdadero Don Juan. No existen experiencias sexuales que no haya conocido y el número de mujeres con las que ha hecho el amor llenaría una guía de teléfonos. Bueno, me dije, voy a conocer por fin a un espécimen lo suficientemente elocuente y abierto de mente para que pueda charlar con él de las fantasías de las mujeres sin ponerlo nervioso. Recibí al «monstruo» con una gran sonrisa.

Luego mi amigo empezó a hablarle de mi trabajo. Su actitud cambió de inmediato: se replegó en una posición psicológica de ataque y encendió un puro.

«Ninguna de las mujeres que he conocido, dijo, ha tenido necesidad de refugiarse en fantasías sexuales».

Este libro no concierne a los hombres ni a sus fantasías, pero quisiera con todo mostrarles la carta de un hombre que no sólo me cuenta lo que su mujer piensa, sino que escribe la carta por ella, firmándola incluso en su nombre.

»Mi mujer, que es tímida, me ha pedido que le escriba en su lugar.

No pienso que tenga fantasías extravagantes.

La única, si hay una (y me cuenta todo, estamos casados desde hace treinta y cinco años), es un gran sentimiento de ternura cuando hacemos el amor.

Tiene el derecho, como todo el mundo, de tener sentimientos y deseos secretos, de los que hablamos francamente.

Ella está ofuscada con leer que algunas mujeres tienen fantasías que se refieren a otras mujeres o a animales. No necesita decírmelo, eso ya lo sé.

Me ha confesado que podría —como yo— excitarse mirando a animales grandes, como caballos o elefantes, emparejarse. Nos gustaría mucho visitar una ganadería de pura sangre para asistir a este tipo de actividad sexual. Pero estoy seguro que eso no está en su cabeza cuando practicamos el coito.

Por mi parte, no tengo ideas de ese tipo cuando hago el amor, prefiero pensar que mi mujer es pura, sana. Su gran preocupación (su fantasía de alguna forma) es llevar ropa muy limpia, clara y elegante, como ella sabe que a mí me gusta. Nunca se ha masturbado y a pesar de que haya compartido la habitación con su hermana, estoy seguro que nunca ha tenido fantasías lesbianas.

Su única fantasía, lo repito, es el deseo que tiene de mí cuando hacemos el amor, y la voluntad de darme todo el placer que puede.

Me gustaría, a pesar de todo, leer más artículos sobre las fantasías, aunque no creo que la media de las mujeres tenga los mismos deseos y fantasías sexuales que los hombres.

Discúlpeme por escribirle en nombre de mi mujer. (La firma con su nombre).

## LAS FANTASÍAS ACEPTADAS

Algunas mujeres no sienten ninguna culpabilidad con relación a sus fantasías sexuales. Las aceptan, las estimulan, las comparten con sus amantes, las viven incluso a diario (como Sophie más abajo).

Algunas han llegado ahí por ellas mismas; la mayoría ha necesitado los ánimos de un amante comprensivo. Y algunas raras privilegiadas han nacido con la conciencia tranquila.

Ustedes lo han leído, la mayoría de las mujeres que han contribuido a este libro lo han hecho con un sentimiento de ansiedad, —incluso con un tono teñido de reproches o de asco velados— a pesar de que muchas hayan acabado con una nota de alivio: «Pues bien, gracias a Dios, al fin me he confiado a alguien que comprende; yo creía ser una excepción con tales ideas...».

Liberadas de la ansiedad de estar solas con sus pensamientos, y aliviadas por el descubrimiento de una solidaridad femenina en el tema, algunas de mis comunicantes se excitaron hasta tal punto que interrumpieron su carta para masturbarse. Llevadas por la euforia de la liberación, me han hablado de ello —aliviándose también de su sentimiento de culpabilidad—.

Algunos ejemplos:

«Discúlpeme si mi estilo está un poco entrecortado, pero estoy segura que comprenderá que no podía escribir todo esto sin masturbarme, lo que hago en este momento...».

«Las únicas fantasías de las que hablo abiertamente son las que invento para complacer a mi marido. Conservo mis fantasías profundamente



escondidas en mi cabeza. Me excitaba hablarle de ellas en una carta y varias veces he parado de escribir a máquina para acariciar mis pechos con los dedos (cuanto más lo hacía mejor me sentía). En este momento, mientras escribo esta frase con una mano, acaricio mis senos con el pulgar y el primer dedo de la otra».

«Discúlpeme un momento, me he dejado completamente investir por lo que escribo y tengo que ir a hacerme gozar, si puedo...».

«Después de volver a leer mi carta, compruebo que mis bragas están completamente empapadas...».

«Ha sido difícil escribir esta carta. Mis recuerdos me han excitado hasta tal punto que he tenido que interrumpirla dos veces para masturbarme con un consolador que mi criado me ha fabricado. Es un objeto del tipo de los que utilizan las mujeres de mi región para satisfacerse cuando sus maridos están ausentes. El mío tiene exactamente las medidas del sexo de mi hombre cuando está en erección. Cuando lo utilizo, pienso que el criado que me lo ha fabricado está en vez de mi marido. Pero esto no tiene incidencia alguna: cuando cierro los ojos, no puedo ver a ese muchacho, siento únicamente el instrumento delicioso que se cuele y se comporta exactamente como el de mi marido. Si pudiera tan sólo soltar en mí semen o una crema... rápida... inmediatamente». [De una comunicante en el Pacífico]

## **«CLARO QUE TENGO FANTASIAS, ¿NO ES EL CASO DE TODA LA GENTE?».**

Una pequeña minoría parece ignorar el sentimiento de culpabilidad y aborda sin vacilación el tema. Estas comunicantes participan con tanto entusiasmo como si las hubiera invitado a una fiesta en donde ellas saben que van a pasar un buen rato, porque conocen ya a los invitados. «¿Fantasías? Claro que tengo fantasías, como todo el mundo ¿no?». En realidad, Gloria (más abajo) está convencida de que una antología de fantasías estaría incompleta sin las suyas, que ella evoca cada día en sus actividades de modelo. Para mujeres como ella, no existe ninguna barrera entre fantasía y realidad; lo que usted piensa y lo que usted hace no es obligatoriamente idéntico, pero no hay por eso que separar las dos cosas como si fueran antagónicas. Una mujer que convive así con sus fantasías no tiene por qué sacar toda la ropa sucia del fondo de su armario cuando habla; el material está al alcance de su mano. Lo importante no es saber si lo vivido y lo imaginario coexisten o incluso si ella vive sus fantasías, sino que los dos existen y están aceptados. Sus fantasías forman parte de su yo consciente; ninguna amenaza, ninguna ansiedad. Ella es así.

Para mujeres como Hannah, no hay ningún secreto, ninguna vergüenza en la fantasía; ella guarda una foto de su amante imaginario y se libera de sus fantasías delante de su espejo como lo haría con un verdadero amante; le gusta dejarse llevar en su rutinaria fantasía todas las noches que se encuentra sola.

Ignoro qué papel desempeña la edad de las comunicantes cuyas tres cartas les presento a continuación, pero la creo importante. La más joven tiene quince

años, es aún virgen, y con una gran inocencia.

Quizá podamos sacar lecciones interesantes.

Gloria:

»No pienso que una antología de fantasías sexuales estaría completa sin las mías. Son sin duda alguna las más grandes del mundo.

Me sirvo de ellas profesionalmente (soy modelo).

Estoy en un estudio, espero que el fotógrafo haya terminado su puesta a punto de luces, etc. Parece que me aburro y de hecho me aburro. Entonces en cuanto empezamos, «voy al mercado» y a medida que penetro más en mi fantasía, a la vez que sigo las directrices que me dan (soy una verdadera profesional) me vuelvo cada vez más interesante a la vista. Todos los fotógrafos con los que he trabajado me lo han dicho. No les digo cómo lo hago, pero he conocido un gran éxito comercial gracias a eso. Modulo constantemente la acción, pero aquí está el bosquejo: Me paseo con mis criados por el mercado, un *hall* gigantesco con un techo alto abovedado en cristal. Subimos por un pasillo, bajamos por otro. Miro las mercancías para decidir lo que quiero comprar. ¿Las mercancías? En todos los puestos están expuestos hombres jóvenes, desnudos, de todo tipo, de aspecto viril. Soy la única cliente. A mi alrededor se apresuran vendedores, vendedores ambulantes o agentes que intentan venderme sus sementales. A veces, los escucho contarme las historias fantásticas que son capaces de inventar estos profesionales. En sí, es muy excitante. En otros momentos, los aparto y prosigo mi paseo. Aquí o allí, atrae mi atención uno de esos jóvenes, a veces dos, tres o más, según mi humor. Cuando tengo varios candidatos mis criados los reúnen en una plataforma, mientras que otros preparan la pantalla, una pantalla gigantesca que ocupa todo un lado del *hall* (cincuenta veces el tamaño de una pantalla de cine normal). Se echa momentáneamente a todos los demás, y empieza la película. Yo soy la heroína.

Proyección en cinemascopio color. Yo descanso desnuda, la cámara a mi nivel a los pies de la cama. Cuando mis rodillas empiezan a entreabrirse, me retuerzo en la cama mientras que la cámara avanza hacia mí. Mi cabeza golpea a la almohada, mis pechos se balancean a derecha e izquierda mientras que

mis caderas se agitan y el efecto *zoom* —despacio— descubre la abertura que se amplía más y más, mientras que mis muslos se abren por completo y mis pies se elevan al aire. Los sementales miran y yo los observo. Voy de uno a otro, los escudriño bajo todos los ángulos y cuando su erección está en su cumbre, hago mi elección.

Indico entonces a los miembros del equipo técnico de qué joven se trata y mientras que preparan las cámaras para el próximo rodaje, conduzco al semental loco de deseo hasta una cama gigante especialmente colocada detrás de unas cortinas en un rincón del mercado. Me desnudo (no llevaba por cierto casi nada) y me sitúo sobre el semental tendido boca arriba. Mis rodillas a cada lado de su cintura, levanto mi trasero muy alto, lo coloco justo encima de su sexo y hago rabiarse un poco al pobre tipo. Está palpitante, jadea, pero las cámaras deben ser colocadas convenientemente. Hay una detrás de mí, una por encima, otras alrededor.

Cuando todo está colocado, y mis caricias han endurecido aún más su gigantesca erección, empezamos. Bajo despacio sobre su pene, y me vuelvo a subir, vuelvo a bajar, me vuelvo a subir, empiezo un movimiento giratorio. El ritmo se acelera cada vez más, hasta que acabe por montar a mi semental como si fuera un *cowboy*; él se encabrita, es una verdadera tempestad de amor. Durante la acción, la imagen desmultiplicada de nuestros retozos es proyectada en la pantalla, a veces con uno o dos segundos de desfase. Toda la gente está vuelta ahora y mira a la pantalla gigante, y lo vemos, nosotros también, de reojo, lo que aumenta nuestro placer. Cuando el momento supremo llega, la sala aplaude. A veces hacemos durar las cosas, otras gozamos rápidamente para volver a empezar inmediatamente. Pero siempre hay una progresión, con algunas variaciones, hasta el momento donde, en el esfuerzo final en la fantástica carrera que llevamos, los aplausos y las aclamaciones aumentan hasta tal punto que al final todo el *hall* grita más fuerte que yo. [Escrito a petición mía]

Hannah:

Primero he conocido a Hannah por una carta en la que ella describía los acontecimientos que consideraba más importantes en su vida.

Tengo veintitrés años, estoy casada, (separada), tengo una niña, soy bisexual —¡me encantan los hombres y las chicas!—.

Cuando me encontré con ella supe el resto: es oriunda de País de Gales, como su marido; sus padres respectivos eran mineros. Se conocieron en Londres y decidieron casarse cuando Hannah se encontró embarazada. Ella había sugerido recurrir a lo más drástico, pero Harry no quería oír hablar de aborto. «Nunca supo que yo era bisexual antes de nuestro matrimonio, cuenta Hannah. En realidad, lo ignoraba yo misma, sabía simplemente que tenía esas extrañas ideas de vez en cuando. En lo que a chicas se refiere». Después de su matrimonio, Harry y Hannah conocieron un grupo de jóvenes Londinenses que iban con regularidad a fiestas donde se intercambiaban las parejas. La mayoría de los participantes, viviendo juntos o no, no estaban casados.

«Durante una de estas sesiones es cuando descubrí que era bisexual, dice Hannah. Mientras que Harry sólo se excitaba cuando volvíamos a casa (me hacía contarle cómo eran los otros hombres), cuando abrió la puerta de una habitación y me encontró con otra chica, estalló. No tenía celos de los demás hombres, al contrario, eso le excitaba. Pero la idea de tener otra mujer como rival lo volvió loco». Ella lo dejó y están separados desde hace varios meses.

»... La mayor parte del tiempo, sueño despierta cuando estoy sola.

Me molesta incluso tener el bebé en mi habitación conmigo.

Descubrí esto cuando lo dejé con mi madre un fin de semana.

Cuando volví, mi pequeño apartamento había cambiado. El hecho de estar sola en él volvía todo más *sexy*. Es curioso, ¿verdad?

Después de todo ¿qué puede saber o ver un bebé de algunos meses? Todavía no entienden. Pero era así. Cuando estoy sola en el apartamento, es un gran momento. A veces pienso que me gusta tanto eso que no quisiera nunca más vivir con un hombre. Con quien sea desde luego.

Cuando vuelvo a mi casa después del trabajo, me gusta correr bien las cortinas para sentirme verdaderamente sola. Pongo la radio —una emisora pop— e imagino que el locutor se encuentra en la otra habitación, y que me habla al poner los distintos discos en mi aparato. Cuando encuentro en las revistas fotos de un presentador guapo de radio, las recorto y las coloco en mi espejo. Esto me ayuda a imaginar al hombre en la habitación de al lado.

Luego, empiezo a desnudarme. Contesto al hombre de la otra habitación.

Me pongo un taparrabo, una faja, medias negras, ligas con adornos (sin sujetador) una blusa transparente o de encaje, o una bata transparente (sin falda) y una peluca rubia. Me gusta ponerme un Támpax. Me gusta en cualquier momento introducir un Támpax, pero más aún cuando no lo necesito realmente.

Me gusta pasearme por la habitación cuando me visto así, e imaginar al hombre en la otra habitación. Muy tranquilo, pone discos hablándome por la puerta entreabierta, dando la impresión de que no tiene otra cosa en la cabeza que los Beatles o los Rolling Stones, pero en realidad sé que está ahí, imaginando que me preparo para él. Me gusta la idea de su timbre tan pausado y amistoso, tan tranquilo, mientras que sé perfectamente que tiene una fabulosa erección en su pantalón, gracias a mí. Me gusta imaginar su rostro —es en ese momento cuando miro la foto— mientras que se pasea en la otra habitación, intentando controlarse. Pequeñas perlas de sudor aparecen por su cara y corren por sus mejillas —está tan impaciente, pero a la vez sabe que si me dice cómo se calienta esperándome, me gustaría tanto eso que tan sólo lo haré esperar más. Al imaginarme su cara llena de sudor, coloco mi mano más abajo y hundo el Támpax un poco más profundo.

Otra fuente de satisfacción: andar de cierta forma cuando estoy sola y vestida así. Río siempre en el cine cuando veo la forma en que hacen andar a las chicas en las películas eróticas. No andan así. Pero ese espectáculo me excita, incluso en las películas —supongo que es su razón de ser—. Entonces, cuando estoy sola, intento imitar esos andares. Sabe usted: a la manera de Maurice Chevalier con el trasero ligeramente prominente. Lo he intentado. Imagino que soy una adolescente —me miro en el espejo—; me gusta sobre todo verme en una bata de encaje, como si estuviera en la calle, no en casa. Soy una jovencita, a mí misma me adelanto andando, con el único propósito de excitarme. Conduzco a la otra chica a mi casa. La primera cosa que hago es quitarle su taparrabo (lo hago sobre mí al mismo tiempo que lo pienso) descubro que está afeitada en ese lugar (es así como me gusta estar, blanca por todas partes). Eso me excita mucho y me imagino besando ese triángulo pequeñito blanco.

La chica en este sueño es siempre más joven que yo, y sólo sabe a medias lo que hace. Tan sólo le gusta pasearse con sus gruesas nalgas porque sabe que eso excita a la gente, y la excita a ella también. Pero no sabe cómo dirigir esa

excitación, usted comprende, hasta que yo se lo enseñe. Su cosita blanca y tan frágil de aspecto, tan vulnerable... Soy morena, ve usted, y puedo imaginar mi mano hundida sobre esa porción de piel blanca... mis dedos oscuros desaparecen despacio en esa blancura... desaparecen en ella como en una crema inmaculada. Pensarlo me pone la piel de gallina.

Mi marido dejó la última vez alguna de su ropa, y me gusta también disfrazarme con ella. Me gusta sobre todo ponerme su ropa interior.

La bragueta me fascina. Introduzco un segundo Támpax por la bragueta e intento dejarlo medio fuera... no introducido por completo ¿ve? Pero el ángulo es malo ¿verdad? Quiero decir, para los hombres sale por delante, pero el Támpax sólo se dirige hacia abajo y no nos puede sentar, naturalmente. Pero es muy excitante e imagino que soy Harry, vestido tan sólo con esos pantalones cortos, y hay un Negro conmigo. Me gustan los contrastes de color. El Negro es verdaderamente de ébano, está cubierto de sudor, casi brilla. Esto hace que mi piel sea aún más blanca. Me gusta pensar que tiene un pene enorme, y que, en secreto, espera que me canse de andar de esa forma rara. Tiene por supuesto muchas ganas de introducir su gigantesco sexo en mi pequeño trasero blanco, lo siento venir, y lo rodeo al pasarme y le pongo el Támpax por sorpresa, agarrándolo por la cintura y manteniendo firme sus testículos para que no pueda moverse sin que yo le haga daño. Cada vez que intenta escaparse, lo aprieto dando vueltas y finalmente tiene que capitular. El blanco pene ha entrado bien en el centro y a él empieza a gustarle, se agacha sobre sus rodillas apoyándose en las manos para que yo pueda introducirlo más profundamente. Le grito «¡Muévete!». Y empieza a mover su trasero con pequeños movimientos circulares para aumentar sus sensaciones.

Me encantan estos jueguitos porque sé que tengo aún toda la tarde y la noche por delante. No tengo orgasmo verdaderamente, pero me siento muy excitada, mi respiración se acelera. Muy a menudo, tomo un baño y enciendo la tele. Esto me relaja. Voy a decirle algo —todas estas historias de orgasmos—, es una tontería. He tenido orgasmos con hombres —y con chicas—. Pero después, siempre estoy un poco nerviosa. Cansada tal vez, pero aún dispuesta a repetir. Por el contrario, con mis fantasías y un buen baño después, se acabó, me puedo dejar llevar en los brazos de Morfeo. Mi sueño es apacible.

Ve usted, de alguna manera mis fantasías son más satisfactorias que la

realidad. Al menos, es así como yo veo a veces la cosa.

[Entrevista en cinta magnética]

Bobbie:

»Sólo tengo quince años, es la razón por la que no le diré mi nombre porque quiero estar segura de que mis padres no sabrán nada de esto. He leído su cuestionario en una de las revistas de mi hermano mayor, y he tenido ganas de contestarle porque supongo que pienso en el sexo una gran parte del tiempo. Flirteo mucho con los chicos, pero el único tío con el que he intentado ir más lejos, se marchó antes de haber puesto su pene en mí. Pensaba que era mejor que le dijera esto para que pudiera usted entender mejor mis respuestas. La mayoría de los tíos con los que he tenido aventuras no se sorprenderían al saber que pensaba en otra persona cuando estaba con ellos. Estoy segura que las chicas que a ellos les excitan también les pasan por la cabeza. De todas formas, un tío no tiene derecho a enfadarse a propósito de lo que yo piense mientras le dé lo que desea.

Me masturbo prácticamente todos los días, y tengo fantasías casi cada vez.

Me gusta imaginar a un chico atado, desamparado, a mi merced; le quito su *slip* y juego con su sexo. Cuando está listo para gozar, me paro y lo veo sufrir. Luego le hago lamer mi sexo antes de seguir jugando con su pene para darle al fin placer.

Cuando flirteo con los chicos, me gusta que me laman el sexo (habitualmente llamo a eso «comer mi postre») y cuando me masturbo, me gusta pensar en chicos chupándome.

Juego también con mis pechos e imagino que un chico me mama.

Pero, más frecuentemente, me conformo con pensar que me toma, mi dedo en su sexo entra en mí y sale hasta que esté muerta de cansancio a fuerza de gozar.

Una de mis fantasías más curiosas gira alrededor de la paliza.

Imagino que un tío terriblemente seductor me agarra, levanta mi falda, me quita las bragas y me da una paliza hasta hacerme daño.

Cuando empiezo a llorar, besa mi trasero por todos lados, y luego me lame el sexo.



He chupado los sexos de algunos tíos con los que he flirteado, y de vez en cuando pienso en eso cuando me masturbo. A veces incluso me chupo el pulgar.

En todas mis fantasías, tengo al chico bajo mi control y le hago hacer todo lo que me gusta. Por ejemplo, estoy sentada en una silla grande, una especie de trono, con mi falda alzada, sin bragas, y el chico de rodillas entre mis piernas, me lame el sexo. A veces me siento verdaderamente demoníaca e imagino que orino en su boca y está obligado a tragar. Las manos del chico están atadas de tal forma que no puede tocarme nada más que con su boca.

Habitualmente está desnudo; a veces, lo azoto cuando está arrodillado delante de mí. Improviso según mi humor.

Tengo otras fantasías, pero éstas son mis favoritas en este momento.

Hace dos años, me relacioné con una chica mayor que yo. Nos masturbamos y chupé sus pechos. Ella es la primera que me enseñó el cunnilingus. Cuando me masturbaba, pensaba en cosas que hacíamos juntas, y aún hoy pienso en ellas algunas veces. Recuerdo en particular la forma en que ella se excitaba y gozaba cuando yo la tocaba. A veces, imagino que hago lo mismo con una chica más joven. O pienso en el efecto que tendría si tuviera un pene como un hombre e hiciera el amor con una chica.

Cuando veo a un tío que me excita, me pregunto qué pinta tendría de pie delante de mí, desnudo, con su sexo en erección.

Lo más persistente es esta idea de su pene en erección. Si un tío me mira, pienso que también me ve desnuda. De vez en cuando, tengo las mismas ideas en lo que se refiere a las chicas. A veces en el colegio, cuando paso delante de la sala de recreo de los chicos, los imagino con el sexo colgando fuera de sus *slips*. Esto me hace reír internamente en vez de excitarme.

Los chicos con los que tengo aventuras ignoran todas mis inhibiciones; pero a veces, sin que sepan nada, los llevo a hacer cosas que he vivido en mis fantasías. Me encanta hacerlos arrodillarse delante de mí y lamarme el sexo como preámbulo.

Me gusta pensar que hago el amor con un tío realmente excitante mientras que todas mis amigas nos miran. Ellas se excitan tanto que empiezan a masturbarse y suplican al chico hacerle el amor, pero se queda conmigo. Me gusta también masturbarme cuando escucho música *rock*. A veces, imagino que

uno de los cantantes me hace el amor delante de un auditorio de espectadores.

Me gustan los caballos. A veces imagino que estoy desnuda y que monto un magnífico pura sangre sin silla. Me siento avergonzada de haber pensado esto, pero una vez, intenté imaginar qué sensación me haría introducir en mí el gordo pene de un caballo. Es más curiosidad demoníaca que otra cosa.

Hasta ahora sólo he confesado una sola vez mis fantasías: a la chica mayor de la que he hablado. Esto nos excitó aún más.

Estoy segura de que hay otras cosas que podría contarle si las recordara; en fin, espero que todo esto le ayudará una poco. [Carta]

# FANTASÍAS QUE DEBERÍAN SER VERDADERAS

El contenido de una fantasía no indica si, hay o no que llevarla a la práctica. (Con la excepción, claro, de ideas eminentemente peligrosas o físicamente perjudiciales, jugar a la ruleta rusa en la cama, por ejemplo). Lo que puede parecer horrible a algunos, aportará un gran alivio a otros. A fin de cuentas, cada uno es el único en saber si una fantasía debe permanecer donde está —en la cabeza— o si el hecho de vivirla aportaría algo más.

Todo se complica cuando la mujer piensa que aceptar sus fantasías significa llevarlas a la práctica, y que, si no lo hace, es una marca de hipocresía. Pero se pueden aceptar sus fantasías: sencillamente.

Nada demuestra que haya hecho sólo la mitad del camino si usted no las lleva a la práctica. Las fantasías no tienen reglas. Sin embargo, una cosa es cierta: muchas de las fantasías descritas en este libro deberían formar parte de la verdadera vida de una mujer. La mayoría traducen deseos sexuales perfectamente naturales. El derecho al placer puede ir más lejos que las satisfacciones que se oyen normalmente cuando se dice, de una mujer casada, que tiene un amante o incluso que está sexualmente satisfecha. Después de todo, lo que ellas quieren es tan sencillo que no consigo comprender por qué es tan difícil para ellas pedirlo. Supongo que las mujeres no hablan, ni siquiera a sus amantes; no expresan sus deseos, por timidez o por miedo. He aquí una fantasía típica, cuyo final sorprendente la hace aún más.

Martha:

»Estoy casada. Tengo treinta y cuatro años. Me gustaría hablarle de mi fantasía sexual. Está basada en un acontecimiento vivido que yo adorno.

Hace más o menos once años, antes de mi matrimonio, cuando estaba novia, salí varias veces con un hombre casado con el que yo trabajaba. No era amor. Era puramente sexo.

A pesar de que mi novio me hiciera gozar muy bien, este hombre me excitaba mucho. Teníamos la suerte de tener una habitación donde podíamos irnos sin tener que hacer el amor en el asiento trasero del coche. Nos desnudábamos primero completamente. Él tenía siempre una erección increíble. Acariciaba, besaba y chupaba mis senos. Acariciaba y azotaba mi trasero. Jugaba con mi clítoris e introducía sus dedos en mi sexo. Luego, me chupaba el clítoris y hundía su lengua en mí. Durante ese tiempo yo no tocaba nunca su pene. Se concentraba totalmente en mí, haciéndome llorar de excitación y me hablaba el lenguaje del deseo: «Oh, mi preciosidad, encantador pequeño sexo, este maravilloso vello suave en el que me voy a perder, hasta dentro de tu sexo. Voy a tomarte, tomarte, sí tomarte, tomarte, y voy a mojar todo este vello cuando goce, y después tú me chuparás».

Entonces, él metía sus dedos en mi trasero y me chupaba hasta alcanzar yo el orgasmo. Lloraba aún de alegría cuando me penetraba con su enorme pene. Tenía las piernas alrededor de su cintura. Me tomaba y me hacía tener al menos dos orgasmos. Él no había gozado aún, su sexo permanecía duro como una barra de hierro. Lo empujaba contra mis labios hasta que yo abriera la boca, lo tomara y lo chupara. Era capaz de retener su eyaculación tanto tiempo como lo deseara. Controlándose perfectamente, lo retiraba de mi boca y lo acariciaba con mi mano, envolviéndolo con mis dedos. De pronto, me agarraba las piernas, las ponía sobre sus hombros y hundía su pene en mí, trabajando rápidamente. Él gozaba entonces y yo sentía surgir su semen caliente.

He aquí mi fantasía. Nada ha pasado en realidad: he tenido relaciones con este hombre casado, pero la mayor parte de la historia es un sueño despierta [Carta]

## ¿LLEVAR A LA PRACTICA SUS FANTASIAS?

Sólo la interesada sabe si la puesta en práctica de su fantasía enriquecerá o no su vida. Pero nada le garantiza que lo que tenía éxito al nivel fantástico, lo tenga también en la realidad. Es una jugada de póker. Algunas mujeres me han confesado que el solo hecho de contar sus deseos secretos —sin ni siquiera pensar en vivirlos— destruía la credibilidad.

Algunas de las espantosas fantasías descritas en el apartado «sufrimientos y humillaciones» del Palacio de las Fantasías bastan para disuadir a quien sea de la idea de llevar a la práctica sus sueños. Menos mal, las mujeres que tienen esos sueños confiesan, por lo general, que no tienen el más mínimo deseo de pasar a los hechos y prefieren recorrer tres kilómetros despacito, que soportar verdaderos sufrimientos. Sus fantasías sangrientas se parecen a esas pesadillas que se tienen de noche. Si sus fantasías más espantosas, en lugar de satisfacerle, le asustan, si no hacen pasar en usted los deliciosos escalofríos que proporciona una película de Drácula, sino que le incitan a bajar en busca de su monstruo, quizá sería interesante recurrir a consejos especializados.

Las mujeres que no ven en sus fantasías la expresión de ningún conflicto particular, y que prefieren más integrarlas en su personalidad antes que separarse de ellas, miran a su alrededor y se dan cuenta de que todo cambia, en todas direcciones: películas, revistas, carteles; parece que la vida misma está llena de fantasías que se aproximan cada día más a la realidad cotidiana. ¿Por qué entonces, no mezclar la vida y las fantasías? He aquí algunas

entrevistas y algunas cartas de mujeres que lo han conseguido más o menos.

Sylvia:

»Estoy casada desde hace veinte años, tengo dos niños, y acabo de celebrar mi cuarenta y dos cumpleaños. Mi marido, que es periodista, y yo, somos diplomados de Universidad, pertenecemos a la clase media.

Hace años, hablando de sueños y fantasías con mi marido, admitimos ambos que pensábamos en otros cuando hacíamos el amor. Por otra parte, como muchas de mis amigas, encuentro que en medio de un día agotador la masturbación me alivia. Al acariciarme, pienso en el productor de televisión pelirrojo que es uno de mis vecinos.

Pero he obtenido resultados decepcionantes al llevar a la práctica mis fantasías. Por dos veces. Mi primera decepción se refiere a una fantasía lesbiana bastante poco definida, algunas ideas *a priori* sobre la naturaleza de las relaciones homosexuales... Después de todo ¿quién conoce mejor que otra mujer las zonas íntimas de una mujer? Pues bien, hace unos años, una muy buena amiga pasó a verme una mañana sin avisar. No había acabado de vestirme. Me encontró, pues, en bata. Nos acomodamos en el sofá y tomamos café. Poco a poco se acercó a mí. Empezó a pensar en mi fantasía preguntándome si se estaba realizando. Pero antes incluso de que pudiera decidir si tenía o no ganas, ella alargó el brazo sin avisar y empezó a acariciarme los pechos. Quise sermonearla. Nada que hacer para detenerla: pronto su cabeza estuvo a la altura de mis rodillas. Tengo que confesar que, a pesar de mi sorpresa, me pregunté si ella sería tan hábil como mi marido con su lengua (o que los otros dos hombres que conozco), y si la aventura me excitaría tanto como algunas escenas lesbianas de películas actuales. ¿Ha visto usted El Conformista?

Desgraciadamente, mi amiga no estuvo a la altura. Para hacerme gozar, tuvo que utilizar su mano. Recuerdo esa actitud en ese momento. Menos mal, se ha mudado: no hubiera podido nunca volverla a ver.

El segundo incidente se refiere a lo que es sin duda la fantasía femenina por excelencia: el Negro, su gran pene, sus fabulosas capacidades sexuales. Esto ocurría en la época de las últimas elecciones presidenciales. Mi marido

había sido llamado a Washington. Durante su ausencia fui a una comida que reunía a dos candidatos a la presidencia y un grupo de pseudointelectuales (discúlpeme). Un joven Negro, bien vestido, diplomado en Ciencias Políticas pasó la mayor parte de la noche cerca de mí. Hablamos de temas diversos, desde economía hasta sexo. Me propuso llevarme a casa. A esta avanzada hora la fantasía tomaba cuerpo en mi mente.

Me preguntaba a qué se parecería su pene. Había empezado ya a interrogarme para saber si quería verdaderamente descubrirlo cuando se metió en un *parking* y empezó a hacerme insinuaciones.

Adivine usted lo que ocurrió: sacó de su pantalón un pene erguido y palpitante que me puso en la mano. Yo lo agarraba. Había imaginado tan a menudo esta situación. Me suplicó que lo dejara tomarme, e incluso antes de que me diera cuenta de lo que hacía, me quité mis bragas y mis medias. Me devoró como si fuera su última comida. Los niños estaban en la escuela.

Pensé que sería mejor que me llevara a casa para seguir. No puedo relajarme en un coche.

Ignoro si Charlie es muy representativo de los hombres de su raza, pero hacía muy mal el amor. Esta historia ha sido mi primera y última experiencia en este terreno. Sin embargo, nunca la olvidaré.

Creía que esto pondría fin a mis fantasías sobre los Negros, pero no es así. Esto las ha modificado nada más. No volveré a hacerlo, pero lo recordaré siempre... de alguna manera. Un detalle más: me pidió que lo chupara hasta la eyaculación —lo que yo hacía en mis sueños despiertos—. Naturalmente me negué. Tengo que admitir que tenía un aparato magnífico para verlo y tenerlo, pero, por lo demás, no era demasiado hábil. Además, una excelente amiga, que hizo el amor, ella también, con un Negro, me confesó que sus proezas sexuales son una leyenda. Me temo mucho que sólo se trate de un símbolo.

En mi opinión, las mujeres harían mejor con conformarse con sus fantasías.

Ésta es mi historia. Espero que le aportará algunas aclaraciones. Por supuesto, nosotros mortales, soñamos... pero ¿no es eso la vida misma?  
[Carta]

Elizabeth:

»Tengo veinticinco años y he pasado la mayor parte de mi vida en Kansas City. Mi marido y yo estamos casados desde hace casi cinco años; tenemos un hijo de cuatro años. Soy diplomada de Universidad, me interesa la pintura y la música. Después de mi licenciatura he trabajado algún tiempo como actriz. Actualmente, doy consejos jurídicos por teléfono. Espero que su libro tenga éxito.

En tiempo normal, cuando hago el amor, me concentro en mis actividades del momento y la persona con la que me encuentro. Pero a veces, me imagino en compañía de un viejo amigo, o de un desconocido, que me hace el amor. Incluso un amigo con el que tuve una aventura (empujada por mi marido). En mi fantasía es mi segundo *partenaire*. Pienso en él cuando mi marido me toma por detrás. Cuando estimulo mi clítoris, ayudada por mi marido, imagino que el otro hombre penetra mi vagina mientras que mi marido fuerza mi ano.

A veces, pienso en las otras mujeres con las que mi marido se ha acostado. Me pregunto si les ha hecho las mismas cosas que a mí, y cómo han reaccionado. Me pongo en su lugar y hago el amor con una u otra. Poseer un pene que una chica chupa o cosquillea con su lengua me proporciona extrañas sensaciones. Casi siento surgir el esperma cuando llego al orgasmo... Me encantan estas fantasías y considero que hablar de ellas las hace aún más excitantes.

Mi marido me anima en esta vía y me hostiga para contarle mis sueños eróticos. Se excita por ejemplo si le digo que me he masturbado y le cuento lo que pensaba durante ese tiempo. Le cuento incluso, en ocasiones, las ideas que me surgen cuando hacemos el amor. Con eso me desea aún más. A veces me pide creer un instante que es uno de mis antiguos amantes y contarle mis sentimientos y mis reacciones. También le he sugerido que se imagine en el lugar de otro mientras que me toma. Una o dos veces, he jugado al hombre, proponiendo a mi marido creer que me sodomizaba. Oírme contar mis fantasías cuando hacemos el amor lo excita, pero luego se siente deprimido con la idea de todo lo que he podido imaginar. Quiere conocerlo todo de mis pensamientos eróticos. Creo sin embargo que acabaré asqueando a éstos, porque a él le da vergüenza sentirse excitado por ese tipo de cosas. Después de todo, creo que de ahora en adelante voy a guardar para mí estas agradables



fantasías. [Carta]

Winnie:

»OK empiezo... (quizás necesitaré ir a masturbarme antes del final del relato, porque en estos casos no me controlo).

He pensado a menudo que sería delicioso (y sigo creyéndolo, a pesar de que sea muy sucio) que alguien se orine en mí (todo depende, por supuesto, de quien limpie las sábanas). Esto no me ha ocurrido nunca, pero he hablado de ello a varios hombres que me han informado todos que era imposible. ¿Por qué? ¿Por qué no pueden a la vez orinar y eyacular? Supongo pues que esta idea seguirá siendo una fantasía, salvo encontrar un mago...

También hay una idea de la que tengo que hablar (he olvidado dársela a conocer cuando nos hemos visto). Me he preguntado si no sería interesante llevar a la práctica todas las fantasías para deshacerse de ellas de una vez por todas. ¿Ve usted lo que quiero decir? Si una persona hiciera todo lo que le gustaría hacer, ¿qué sería de las fantasías? Es por supuesto tan sólo una pequeña sugerencia. [Carta de una amiga]

Loretta:

»Éste es mi descubrimiento más importante sobre mis fantasías: me excitan mucho más como tales que si correspondieran a la realidad. Hablo por experiencia: llevarlas a la práctica me ha decepcionado mucho. La fantasía permanece en verdad mucho más excitante que la realidad, y pierde mucho de su poder si se lleva a la práctica. [Carta]

Sheila:

»Divorciada a los veinticinco años, con dos niñas, me he puesto pronto a fantasear a propósito de los jovencitos. Los imaginaba en mi cama, me vestían, me desnudaban, se daban a todo tipo de fantasías extrañas, me besaban el sexo, etc... Me masturbaba al mismo tiempo y fue en ese momento cuando empecé a llevar ropa interior atractiva. Me imaginaba que el cartero que me

traía los periódicos tenía relaciones conmigo. Un día, una de mis hijas se perdió, y fue él quien la encontró. Esto marcó el principio de una gran amistad. A veces, cuando venía a visitarnos, se sentaba en una silla frente a mí. Fijándolo “ahí” —de frente— imaginaba su pene. Una noche, al volver del cine, mis hijas estaban acostadas, nos sentamos en el sofá. De pronto, el deseo me invadió y le pregunté si me encontraba guapa. Sentí su mano moverse debajo de mi vestido, y muy deprisa una de mis fantasías se realizó. Incluso descubrí que su pene era más grande de lo que había imaginado. Al cabo de dos años, nos casamos, a pesar de que tengo doce años más que él.

Somos muy felices y tenemos tres niños, de los cuales uno fue concebido durante la noche que pasamos juntos después de esa sesión de cine.

Mis fantasías siguen. Me gustan, pero la realidad me parece más agradable aún». [Carta]

Claudine:

»Mi fantasía más sorprendente y más estimulante me sigue con regularidad desde los diecisiete años. Fue en ese momento cuando empecé a masturbarme. He seguido, más o menos regularmente todos los días durante dos años. De dónde viene esa fantasía, lo ignoro. De cualquier forma, me ha guiado a menudo en la elección de mis amantes, y teniendo en cuenta los límites impuestos por la sociedad, en cierta medida, la he vivido varias veces.

Voy a intentar explicarme lo más claramente posible. Me encantan los gansters. Cuando era adolescente, las historias eróticas que me contaba giraban alrededor de gordos jefes de la Mafia que alquilaban chicas a las que hacían raptar para su placer. Mi placer en ese momento era exclusivamente clitoridiano. Como creía que era patológico, esta secuencia de mi fantasía es muy importante: los gansters me acostaban sobre una mesa, sin dejarme nunca hablar mucho. Me acariciaban el clítoris, hasta que mi excitación estuviera en su cumbre, para alegrar al jefe de la banda cuando asomaba la cabeza por la puerta. Tenía de repente una erección fantástica al verme dispuesta a «despegar». Tengo que añadir que tenía siempre un pene enorme. Me lo enseñaba sin desnudarse, mientras que sus hombres le decían que me gustaban las vergas gordas.

Seguidamente, él ordenaba que me hicieran gozar, porque no quería penetrar un sexo que no había gozado. Esto me daba una excusa para tener mi orgasmo, me dormía y mi historia se terminaba sobre eso.

Pero variaciones sobre este tema han aparecido a lo largo de los años. Este peligroso personaje, al que claro está todo el mundo tenía miedo, entraba a veces por la puerta de la habitación donde sus «hombres» me masturbaban para prepararme.

Cuando me veía, empezaba a hablarme, declarando que era la mejor «Lulú» que jamás se hubiera encontrado, que mi pubis era muy apetecible, y decía a los tíos que me dejaran y me tomaba él maravillosamente. Le gustaba hacerme el amor y me repetía que sería suya para siempre, que lo tendría todos los jueves y que sería ampliamente recompensada. Sus hombres parecían muy sorprendidos porque el jefe se mantenía por lo general insensible ante las pequeñas «tías» de mi especie, y añadían con envidia que yo tenía mucha suerte.

He aquí otras variantes. A veces el jefe me cuida. Me quiere demasiado para penetrarme: su pene es tan grande que muchas mujeres han tenido miedo de él, y se siente un poco nervioso con la idea de herir a una dulce paloma como yo. Lo tranquilizo, y le digo que es fácil, que puede penetrarme antes de que yo alcance el orgasmo, que perfectamente puedo recibirlo. (Soy más bien «acogedora»). Por lo general, duda: lo intentará cuando yo haya gozado, y esté suficientemente húmeda y relajada.

Tengo de nuevo la excusa que necesitaba para estimularme con mi mano sin introducir objetos en mi vagina. De todas formas, este gánster es mi amigo, y no me haría daño por nada del mundo, a pesar de su ferocidad con los demás. Es un matón. Pero yo soy una «chica simpática» y nadie tendría corazón para maltratar a un ser tan adorable como yo.

Él se llama «Joe», pero a veces le doy el nombre de mi último amante, cuando éste está ausente e intento acordarme de él.

He tenido, en realidad, tres amantes que pertenecían al «medio».

Todos han estado a la altura. Correspondían bastante bien a la imagen que yo me hacía de un truhan: matones fuera, tiernos conmigo. Nunca me he tomado la molestia de contarles mi fantasía porque han desempeñado todos sus papeles sin necesitar el guion.

Recientemente, he empezado a aburrirme de gansters y una nueva fantasía ha echado a la antigua. Me ocupa suficientemente la mente, cuando estoy deprimida, como para permitirme alcanzar el orgasmo sola: imagino diez o doce hombres en una especie de anfiteatro. Un profesor les enseña cómo hacer gozar a una mujer. Lo escuchan tranquilamente, mientras les explica cómo hay que hacer para que las chicas los quieran aún más. Me doy a uno de estos aprendices, el que más me gusta y cuyo pene es más duro.

Dios mío, todo esto me resulta tan estúpido en el papel, pero supongo que es el conjunto de las fantasías. Además de las dos que acabo de hablar está también el eterno numerito del ginecólogo, y a veces el recurrir a los perros o a los caballos. Habitualmente, no busco poner mis ideas en práctica: cada vez que lo he intentado, casi siempre me he decepcionado. Moral y socialmente hablando, no puedo desde luego pasearme con gansters toda mi vida.

[Carta]

Jocelyn:

»Mis fantasías han girado siempre exclusivamente alrededor de animales. Desde mi adolescencia, el espectáculo de perros que copulan o la visión de un caballo en un prado con su sexo que cuelga me han excitado siempre terriblemente.

Estoy divorciada, pero tengo un amante, y cuando me hace el amor, casi siempre, me imagino que es el pene de un perro gordo o de un caballo el que me penetra, que un perro me lame y que hordas enloquecidas me toman. Esto me excita locamente. Ignoro por qué me limito a los perros y a los caballos. Mi amante está al corriente.

Le gusta que hablemos de ello, pero sin comprender más que yo mis motivaciones. Cuando hacemos el amor, me dice que es un enorme pastor alemán, o que un semental me introduce su pene entre las piernas.

Hace algún tiempo, fui a casa de un amigo. Su pastor alemán dormitaba a mi lado sobre el sofá cuando vi la punta roja de su sexo.

Esta imagen me excitó tanto que me tuve que marchar. He soñado con ese perro durante semanas.

Por mi parte, nunca he tenido perro. Me gustaría mucho tener uno, pero

temo un poco lo que podría ocurrir. Estoy muy segura que no lo dejaría quieto. En esas condiciones, prefiero conservar mis fantasías y no comprar nunca perro.

Tengo otra fantasía, menos excitante que la anterior. Se refiere a una chica de color. Mi amante me habla a la vez que me acaricia.

Me pide imaginar que es una joven y esbelta Negra que me lame, o que me chupa mientras que su líquido cremoso corre por mi boca.

Nunca he tenido experiencias homosexuales, pero he visto en una revista una foto en la que dos chicas jóvenes, una blanca y una negra se estimulaban recíprocamente. De nuevo, fue la pequeña punta rosa del clítoris de la mujer negra lo que me excitó. Es en lo que pienso cuando fantaseo a propósito de una chica de color.

[Carta]

## COMPARTIR SUS FANTASÍAS

Una fantasía gana siendo compartida con un amante alentador y cooperativo. ¿Qué puedo añadir? Como el amor, es mucho más divertido a dos.

Lynn:

«Mis fantasías eróticas tratan generalmente de uno o varios hombres. Hagamos lo que hagamos, invariablemente un grupo de personas nos observa. En mis fantasías como en la vida, soy una exhibicionista. Me gusta que los hombres miren entre mis piernas, mi bikini o mis medias. Mi marido, al corriente de mis fantasías, las anima. Sabe también que me masturbo, pero considera que es bueno para mi sexualidad. Cuando me acaricio, mis fantasías son en general de naturaleza exhibicionista. Antes de mi matrimonio, tenía algunas fantasías lesbianas, pero ya no es el caso. Me siento a menudo con las piernas abiertas para enseñar mis encantos. En mis fantasías, voy más allá: no llevo nada más que una minifalda sin nada debajo, y estoy sentada, abierta de piernas. Enseño mi sexo. Mi marido, muy comprensivo, me anima en este camino. De este modo, por ejemplo, me besa y me chupa el sexo largamente para que pueda imaginar durante ese tiempo a otros hombres sin que me interrumpa. Cuando estoy lista, se lo hago entender, y él introduce su pene en mí. Me pregunta: “¿Te has hecho tomar hoy?”. «Y yo contesto Si, por tres hombres, en la oficina». Insiste: ¿he enseñado mis nalgas al ir a trabajar? Y le cuento que me he sentado en el tren, abierta de piernas, para que los hombres puedan ver. Es un juego al que jugamos los dos y esto nos divierte mucho.

He aquí mi fantasía preferida.

Vamos a una fiesta y estoy en el dormitorio, vistiéndome. Me pongo un sujetador, un vestido túnica corto, zapatos, y nada más (estoy muy morena). Me quedo de pie delante del espejo, levantando los brazos para que mi vestido suba bien por encima de mi sexo.

Llegamos a la fiesta donde nos reunimos con seis parejas, todos muy guapos, los hombres con pantalones ajustados, las chicas ligeramente vestidas. Me siento y me gusta saber que los hombres miran bajo mi falda. Me levanto y me inclino para recoger algo en el suelo. Siento unas manos sobre mis caderas. Permanezco como estoy y siento un gran pene penetrarme. No miro. El asunto sigue hasta el final. Otro hombre me coloca en el sofá y me hace el amor.

Todos cogen su turno en posturas diferentes mientras que los otros miran.

Pero ninguna otra pareja hace el amor. Para acabar nos marchamos. La velada es cálida y andamos. El brazo de mi marido, alrededor de mi cintura, alza lo suficiente mi falda para que los hombres que pasan puedan ver mi sexo. Llegamos a un sitio donde el suelo está cubierto de hierba y tiro o a mi marido al suelo. Tomo su sexo en mi boca y lo hago deslizar más abajo y hacemos el amor delante de todos los transeúntes. Si en ese momento estaba haciendo el amor con mi marido, hubiéramos alcanzado el punto en que le contaría que es con él con quien sueño y llegaríamos a una maravillosa conclusión.

[Carta]

Jacqueline:

»Decidirme a escribirle me ha llevado cierto tiempo, incluso después de haber consultado a mi marido, que era partidario desde el principio. No me he decidido antes porque temía que mis fantasías le chocaran. Usted juzgará...

Tengo cuarenta y dos años, estoy casada desde hace veinticinco años y tengo cuatro hijos adultos. Nuestra vida sexual ha sido, creo, más bien satisfactoria, a pesar de que haya tenido durante mucho tiempo la impresión de que me faltaba algo, como si nuestras relaciones se hundieran con frecuencia en la monotonía.

Hace de esto más o menos un año, mi marido aparentemente adivinó lo que ocurría, sin duda a causa de mi actitud en algunos momentos, y probablemente

también porque ha comprendido poco a poco que no podía satisfacerme. A menudo me había pedido mi opinión al respecto. La mayoría de las veces lo tranquilizaba: no quería que se sintiera frustrado. Y creo que sabía por instinto que, si empezaba a pensar en otro, mi marido lo notaría en mis reacciones y se enfadaría. Aunque todo esto se mantenía en el terreno de la imaginación. Una noche, mientras que intentaba hacerme el amor, notó que sus esfuerzos no servían para nada y que me había vuelto demasiado amplia para él. Añadió que ya no me sentía y que lo que yo necesitaba ahora, era un hombre capaz de ofrecerme un pene más gordo que el suyo.

Estuve sorprendida de mi reacción en ese momento, reacción que sintió evidentemente, porque siguió hablándome de eso, y experimentamos ambos un placer fantástico. Admití que con frecuencia había pensado que otros hombres me hacían el amor, y le detallé incluso quiénes. Esto le perturbó mucho y empezó a enumerar todas nuestras relaciones, anotando de paso mis reacciones cuando nombraba tal o tal nombre. Sabía que tenía debilidad al menos por su primo y el ex marido de mi hermana. El hecho de mencionar a estos dos hombres ha facilitado considerablemente nuestras relaciones sexuales. Mi marido me ha pedido incluso que lo llamara por el nombre de su primo en esos momentos.

Por supuesto hemos explotado este descubrimiento cada vez más frecuentemente, y al cabo de quince días, durante los cuales me había tomado más que nunca, nos encontrábamos en la cama. Era un domingo por la tarde, una semana antes de marcharnos de vacaciones con su primo y su mujer. Esa tarde, mi marido no tomó ninguna precaución: me penetró, con el sexo desnudo, y sólo me lo dijo cuando estuvo en mí. Por una vez, quería lo que llamaba «vacaciones» ahora que había descubierto el interés y la satisfacción. Añadió que quería que me dejara tomar por su primo si se presentaba la ocasión. Su idea era la siguiente: si me tomaba sin precauciones, yo podría hacer luego el amor de modo impune con su primo.

Si estaba embarazada, podría afirmar que el bebé era de mi marido. Me pidió mi consentimiento y me hizo prometer ofrecerme a su primo. Como estaríamos a kilómetros de casa, nadie sabría nada y, si me gustaba eso, tendría todo el tiempo de aprovecharme a fondo, como había sentido ganas tan a menudo.



En ese momento, estaba tan excitada que lo apretaba con todas mis fuerzas, con mis piernas alrededor de su espalda, a la vez que le prometía obedecerle. Por primera vez desde hacía años, sentí su esperma subir en mí. Durante la semana que precedió a nuestra marcha, me tomó varias veces cada noche, y como cada vez recibía su esperma, él no podría, si estuviera embarazada, negar la paternidad.

Se aseguró de que estaba convenientemente depilada antes de nuestra marcha de vacaciones. Ahora, yo empezaba a compartir su humor, tenía cada vez más ganas de acortar mis faldas y de no ponerme ya bragas. Lo que hice sin dificultad al llegar a Italia.

Buscamos la mejor fórmula para exhibirme sin que se notara demasiado, a pesar de que estuviera convencida en el fondo de mí misma que el primo no iba a necesitar ningún estímulo. Pronto descubrimos la mejor manera de enseñar mis encantos: me paseaba con las nalgas desnudas, apareciendo mi sexo a cada movimiento de mi falda. Rápidamente comprobaba que mi primo se interesaba cada vez más por mí y tomaba muchas más libertades que antes. No necesitamos mucho tiempo para vernos en mi habitación. Descubrí por fin lo que era otro hombre.

Esta experiencia se reveló fantástica, mucho más extraordinaria y mucho más fácil de como lo había imaginado. Me permitió darme cuenta de que algunos hombres tienen órganos capaces de dilatar a una mujer, incluso después de varios partos. Me hubiera gustado quedarme ahí durante horas, con la sensación de una chica que acaba de perder su virginidad. A pesar de que el primo tuviera un sexo mucho más gordo que el de mi marido, no fueron tanto sus proporciones las que me excitaron sino la serie de improvisaciones a las que se dio mi nueva pareja. Me alzó con las almohadas, me tomó por detrás — postura que creía que no me gustaba y que nunca había practicado—. Pero que con este hombre revestía una dimensión diferente. Durante esos quince días de vacaciones, gocé con regularidad con mis dos hombres, y tuve que hacer el amor mucho más que durante todo el año anterior. A mi marido le gustaba mucho esta situación. Lo que me extrañó, a pesar de que la idea viniera de él, es el hecho de que le gustara tanto hablar de eso, repitiéndome sin cansarse que había tenido a su primo y que otro sexo había «traspasado» el mío, hasta tal punto que tuve que prometerle seguir la experiencia. Entonces llegó a la

conversación el ex marido de mi hermana, y acepté hacer el amor con él si me demostraba interés a nuestra vuelta a casa. Desde que había dejado a mi hermana, vivía solo en su casa, y mi marido me propuso que viviera en nuestra casa.

Lo invitamos al volver de Italia. Lo instalamos en una habitación que teníamos que cruzar para llegar a la nuestra. Mi marido ideó acostarse antes que yo, para que pudiera detenerme con mi excuñado antes de reunirme en la cama conyugal. Me tomaría inmediatamente después. Todo transcurrió según lo previsto, pero esta nueva experiencia me permitió descubrir por qué mi cuñado había dejado a mi hermana: su sexo tenía dimensiones propias para desanimar a la mayoría de las mujeres, sobre todo las que no habían tenido niños, como mi hermana. Pero saqué un gran placer de las dificultades que tenía para recibirlo. Me sentía deliciosamente dilatada después de todos los años durante los cuales mi marido me había repetido que era demasiado ancha. Cuando luego tenía relaciones con mi marido, el hecho de pensar que unos minutos antes, había recibido un pene mucho más voluminoso que el suyo, mi placer crecía.

Me doy cuenta de pronto que esta carta no corresponde quizás exactamente a lo que ha pedido, porque cuento sobre todo mi paso a los actos después de mis fantasías; espero sin embargo que le sea útil. De todas formas, puedo confesarle que esta experiencia nos ha sido provechosa, tanto a mi marido como a mí. Hoy es bastante mejor amante y, francamente, no siento ni vergüenza ni remordimiento. [Carta]

Doris:

»Es mi novio el que escribe esta carta siguiendo lo que yo le cuento. Esto debería darle una idea de lo abiertas que son nuestras relaciones. Tengo diecinueve años y vamos a casarnos pronto.

Durante el acto sexual y cuando me masturbo, pienso siempre en él; él aparece en mis fantasías. Es tan sólo en los momentos de los preliminares cuando pienso a veces en otro, sobre todo uno de mis compañeros de oficina. Imagino distintas situaciones, pero todo cesa cuando me toma, probablemente porque no he hecho el amor más que con él.

Incluso cuando pienso en otra mujer, mi novio está presente en mis fantasías. Mira a la mujer tenderse sobre mí, o a la inversa. Creo que nos gustaría mucho llevar a la práctica esta fantasía. En realidad, todas mis ideas eróticas le excitan mucho. No hablamos nunca durante el amor, pero me gusta oírlo decir que me va a «joder». Esto me ayuda.

Cuando tenía once años, un jovencito guapo de unos veinte años vivía en el piso de al lado. Algunos fines de semana, su amiga venía a reunirse con él. Por la noche, podía oír sus retozos —las paredes que separaban nuestros pisos eran poco gruesas—. No era necesaria mucha imaginación para adivinar, incluso una chiquilla, su actividad. Mi fantasía era muy sencilla. Me imaginaba simplemente en el lugar de esa chica. Me quedaba acostada durante horas poniendo el oído. Sólo me dormía cuando volvía el silencio al lado.

Hoy, aún lo recuerdo.

La única fantasía que haya podido poner en práctica se refiere a mis tendencias exhibicionistas. A escondidas de mi novio, a veces me quito mis bragas cuando llevo medias negras y un ligero. Con mi minifalda, es fácil exhibirme discretamente. Luego le cuento a mi novio con muchos detalles lo que ha ocurrido. No pienso ni un segundo dejarlo fuera de mis fantasías; el hecho de que participe me excita infinitamente. Incluso cuando vuelvo a mis fantasías favoritas —de tendencias homosexuales— me gusta su presencia, su mirada, sus palabras. [Carta]

Bonnie:

»He tomado recientemente conciencia de mis fantasías. Se refieren mucho más a Negros que a Blancos: los hombres de color me excitan mucho más. Pero no se trata sólo de una fantasía: mi marido es Negro. El único hombre con el que tuve varias relaciones era blanco, y raramente me sentí feliz en su compañía. Puesto que estoy muy satisfecha con mi marido, supongo que eso es debido a mi preferencia por los Negros. Una precisión: hasta ayer noche, los personajes de mis fantasías eran siempre anónimos.

Anoche, por primera vez, el hombre en quien pensaba era uno de los tres pastores de la iglesia que frecuentamos: mi marido sigue clases de teología con él. Físicamente, no es un sueño. Mi ideal sería un hombre alto y delgado

(mi mejor amiga diría «flaco») mientras que este pastor no es más alto que yo, quizá incluso más bajo, regordete, de edad media. *A priori*, no tiene nada que pueda excitarme.

Sin embargo, la noche pasada, por primera vez, el amante anónimo de mis fantasías eróticas se ha identificado con alguien conocido.

Tengo una fantasía extraña: entro en un *sex-shop* que vende exclusivamente artículos y accesorios tales como vibradores, falsos pechos, aparato para chupar, etc. Deseo comprar una «boca» aunque ignoro lo que es. Porque quisiera descubrir el placer que podría proporcionarme ese objeto. [Carta]

Jessie:

»Mi marido y yo, nos hablamos durante el amor, sobre todo cuando me acaricia. Pero nuestros más grandes placeres provienen del exhibicionismo y del voyerismo. Me desnudo mientras que mi marido, tendido sobre la cama, describe el espectáculo con detalle.

De pie delante del espejo, tengo que hacer todo lo que me pide. Los términos que utilizamos en estas ocasiones realmente me excitan.

Acabo acariciándome la punta de los pechos y masturbándome.

Cuando mi marido se quita a su vez la ropa, le abro las piernas y cojo su sexo con mi boca. Luego, nos embadurnamos en aceite y adoptamos todo tipo de posturas. ¿Cuál prefiero? Que me tome de espaldas ante el espejo. Vemos así el espectáculo que ofrecemos a espectadores imaginarios. Verlo jugar con mi clítoris y penetrarme me excita enormemente. [Carta]

Posie:

»Tengo cuarenta y siete años y me he casado con mi segundo marido hace nada más que dos años y medio. He estado casada veinticuatro años con un hombre muy violento. Mis experiencias sexuales con él son un mal recuerdo. Mi compañero actual es un excelente amante, que me ha enseñado que el sexo es una fuente maravillosa de placer. Encuentro muy estimulante hablar de nuestras fantasías.

Cuando hacemos el amor, me gusta pensar que me encuentro con otra

persona. Esta “persona” no es nadie en particular, y no siempre un hombre. Lejos de sentir celos o rabia, mi pareja me pide que le cuente con detalle todo lo que pasa en mi cabeza: nuestras relaciones son más extraordinarias.

¿Uno de mis trucos favoritos? Imaginar que alguien me mira. Esta sensación toma pronto un carácter tan realista que me encuentro totalmente excitada. Tengo fantasías lesbianas, pero nada maravillosas, porque permanezco muy unida al hombre. Sin embargo, me pregunto a veces cómo yo reaccionaría si viera a otra mujer acariciarse los senos y el sexo para darse placer. No tengo ganas de participar, sino sólo de mirar.

A menudo, hacemos verdaderas obritas de teatro. ¿El tema?

Acabamos de encontrarnos, antes, él nunca ha conocido a mujeres.

Lo seduzco y le enseño todo lo que tiene que hacer. O invertimos los papeles y él se convierte en instructor. Esto nos proporciona mucho placer. [Carta]

Mara:

»Realmente he llevado a la práctica una de mis fantasías: hacer el amor con un hombre de color. Cuando lo cuento a mi marido, eso le excita mucho. Si pienso además que damos un espectáculo, me da tanto placer que quiero “ver” la cara de la gente que nos observa.

Cuando, mi marido y yo, hablamos de estas cosas, nos es relativamente fácil explicar lo que pensamos y sentimos en realidad.

Pero, claro está, la mayoría de la gente, y sobre todo las mujeres, no tienen interés en abordar juntos temas tabús como éstos. Si se hace alusión a ellos se cree que uno es un maníaco sexual, cuando en realidad se trata de la cosa más interesante del mundo. El diálogo, y sólo el diálogo, permite descubrir lo que puede transformar nuestra vida sexual». [Carta]

Joan:

»Creo que he empezado muy joven a tener fantasías y me acuerdo precisamente del *shock* inicial. El simple hecho de pensar en ello aún me excita. Tenía más o menos doce años y sabía sin duda tanto como cualquiera

sobre las cosas del sexo. Un día, me encontraba en compañía de otras dos chicas en el parque con varios adolescentes de quince o dieciséis años que obligaron a un chico más joven a exhibirse. Lo que nos fascinó a las tres, como puede imaginárselo.

Vino después una sesión de flirteo entre estos adolescentes y nosotras. Esto puede parecer extraño, pero no consigo recordar si uno de los chicos me penetró o no. Sin embargo, aún veo la bolita que salía del prepucio y recuerdo haberme preguntado lo que podía ser ese minúsculo glande que se acercaba a mí.

Este espectáculo marcó el comienzo de mis fantasías y de mi vida sexual. Tengo ahora cincuenta y cinco años y hasta ahora, he guardado secretos mis sueños eróticos. En la imaginación, exhibo mi sexo depilado a hombres jóvenes, a veces adolescentes, para que puedan ver verdaderamente qué aspecto tienen las partes íntimas de una mujer. A menudo me he preguntado cuál era el tamaño del pene de otros hombres, porque desde el nacimiento de nuestro tercer hijo, tengo la impresión de que el de mi marido no es mucho más grueso que un dedo.

Entonces es cuando verdaderamente he empezado a mirar a los demás y a pedirle a mi marido que me describiera su aparato genital.

No podía creer que algunos estuvieran tan bien armados como pretendían, y en mis fantasías, los imaginaba, estimulados por la vista de un sexo afeitado, que se subían en mí. Pensaba en un pene excepcionalmente voluminoso, tan gordo que necesitaba mucho tiempo para recibirlo. Observaba mi apertura depilada que se ampliaba más y más, mientras que esta verga me penetraba. (Incluso he imaginado que era tomada por dos hombres a la vez —porque sé que es posible—).

Y ya que mi vulva, totalmente afeitada, revela todos mis secretos, el hombre de mis fantasías puede observar el movimiento y las reacciones de mi sexo. Lo veo moverse, estirarme, crecer, luego retirarse por completo para que inspeccionemos juntos su glande rojo y brillante. El prepucio está estirado hacia atrás al máximo de lo que el hombre puede soportar sin dolor, lo que dilata aún el glande antes de que me penetre de nuevo. Cuando mi marido vio cómo reaccionaba a sus historias de hombres mejor dotados que él, sospechó de que tuviera fantasías. Al principio, yo no quería admitirlo. No quería

contestarle mientras hacíamos el amor.

Deseaba conservar mi jardín secreto. Creía también que sufriría, pero comprendí deprisa hasta qué punto confiarme a él le excitaba y hasta he llegado a confesarle que, siempre en mis fantasías, me exhibía a otros hombres. Me suplicó decirle más, y nuestras relaciones sexuales tomaron de repente una dimensión totalmente distinta. Desde entonces, me animó a pensar en otros. Él era muy celoso, es cierto, pero le daba muchísimo placer imaginar que yo enseñaba mi desnudez a otros.

Las cosas fueron pronto tan lejos que me sugirió que tuviera amantes. A veces nos excitamos tanto que tenemos fantasías incestuosas, lo que nos aporta un fantástico placer.

Ahora, cuando mi marido me hace el amor (sabe que tengo aventuras con su consentimiento) me interroga sobre el sexo de mis parejas. Esto lo pone en estados increíbles. Incluso si, y lo sabe, no puede tomarme de la misma manera, intentarlo lo excita. Le gusta mucho depilarme y me anima incluso a exhibirme. Estas exhibiciones nos aportan mucho. Hablamos de ellas, nos imaginamos lo que hubiera ocurrido si hubiera hecho el amor con el hombre a quien me he mostrado. Un poco basta: abrir un poco las piernas cuando se está sentada frente al hombre, por ejemplo.

Cuando me acuesto con otros, se lo cuento a mi marido. Afirma que el hecho de tener aventuras y de confesárselas me hace más atractiva, mucho más seductora y mucho más “viciosa” en la cama.

[Carta]

El marido de Adele:

»Después de haber leído y vuelto a leer su artículo, y decidido que su estudio era serio, he resuelto escribirle.

Soy un heterosexual viudo, y creo que encontrará quizá interesante la descripción de las fantasías de mi mujer, fallecida hace cinco largos años.

Nos casamos durante la primera mitad de la última guerra, en mi desmovilización. Yo tenía veintitrés años, ella veintiuno. Desde el principio nuestra vida de pareja casada fue un éxito, en todos los aspectos, incluido el del sexo.

Por tratar de lo que interesa a usted, habíamos ido un día a ver una película con Alan Ladd. A petición suya, porque a ella le gustaba mucho ese actor. No me había dado cuenta, hasta qué punto. La película había empezado hacía apenas diez minutos, cuando ya ella me besaba apasionadamente. Deslicé mi mano por dentro de su camisa, deshice su sujetador y encontré sus pechos duros, los pezones tiesos. Con naturalidad, subí su falda con mi otra mano, después de haber extendido mi impermeable sobre nuestras rodillas.

Llevaba unas bragas de seda sin elástico en las piernas, muy cómodas. Introduje mi mano y descubrí que estaba completamente mojada. Había gozado ya y en cuanto toqué su clítoris, gozó de nuevo. Introduje dos dedos en ella y se volvió loca. Yo no vi casi nada de la película porque pronto sacó mi sexo y suavemente, muy despacio, me hizo gozar. De vuelta a casa le preguntaba si Alan Ladd la ponía siempre en ese estado.

Me contestó que sí y que ella pensaba a menudo en él cuando hacíamos el amor. Pero añadió» que no era lo mismo verlo en una película. Añadió que no era suficientemente duro con ella, que me mostraba demasiado bueno. La eché de inmediato sobre el sofá, le quité su ropa, me desnudé también, apagué las luces y le dije que me llamara Alan y que hiciera lo que quisiera conmigo, y que me dijera lo que quería que Alan le hiciera. ¡Fue fantástico! Me contó que había soñado siempre que la cogiera sobre su caballo. Hicimos en mimo la escena, yo sentado en el sofá, ella a horcajadas sobre mis rodillas. Desgraciadamente, esta primera experiencia sólo duró un instante, como puede imaginárselo. Comprendo hoy qué pocas inhibiciones teníamos para una pareja tan joven. Ella gritaba:

«Jódeme más fuerte Alan, tienes un pito maravilloso» y así sucesivamente. Nada extraño que yo gozara tan deprisa. Apenas había eyaculado cuando se arrodilló delante de mí y dijo: «Siempre he deseado chuparte hasta el orgasmo Alan, y voy a chuparte». ¡Cosa que hizo! Nos acostamos, pero era insaciable. Fue tan maravilloso que, al día siguiente, fui a una tienda de restos militares a comprar una trenca de oficial del ejército y la gorra compañera.

Traje mis compras al volver de la oficina, pero cuando entré en el piso, se echó a llorar: Había tenido miedo de mis reacciones y creía que yo lamentaba lo que había ocurrido el día anterior. Puedo añadir que nunca vi ningún inconveniente en que mi mujer —debería decir mi difunta mujer— fantaseara



sobre Alan Ladd. En realidad, ¡yo he debido ver todas sus películas!

Pero la historia no se acaba ahí. Cuando Sean Connery hizo su debut en el papel de James Bond, ella descubrió que él la excitaba.

Por supuesto, nos hacíamos más discretos con la edad, y no podíamos ya pensar en flirtear en el cine. Pero, al salir de la sala, apenas nos habíamos subido en el coche para volver a casa, ella abría mi pantalón y me chupaba hasta la eyaculación. Yo conducía con una mano y la acariciaba con la otra. No está nada recomendado por el Código de circulación, pero siempre he tenido coches automáticos, sin freno de mano, ni cambio de velocidades. Imagino que no estará usted enfadada por escribirle y pienso incluso que estará sorprendida al saber que existen hombres que animan a sus mujeres a tener fantasías mientras les hacen el amor. Ha seguido siendo para mí una experiencia inolvidable y desde hace cinco años que ella murió, me siento muy solo y muy desgraciado. [Carta]



NANCY COLBERT FRIDAY (27 de agosto de 1933 - 5 de noviembre de 2017) nació en Pittsburgh, Pennsylvania, hija de Walter F. Friday y Jane Colbert Friday (más tarde Scott). Ella creció en Charleston, Carolina del Sur, y asistió a la única escuela preparatoria universitaria para niñas local, Ashley Hall, donde se graduó en 1951. Luego asistió al Wellesley College en Massachusetts, donde se graduó en 1955. Trabajó brevemente como reportera para el San Juan Island Times y posteriormente se estableció como periodista de una revista en Nueva York, Inglaterra y Francia, antes de comenzar a escribir a tiempo completo.

Su primer libro, publicado en 1973, fue *My Secret Garden*, una recopilación de sus entrevistas con mujeres sobre su sexualidad y fantasías, que se convirtió en un éxito de ventas. El viernes volvió regularmente al formato de entrevista en sus libros posteriores sobre temas que van desde madres e hijas hasta fantasías sexuales, relaciones, celos, envidia, feminismo, BDSM y belleza. Después de la publicación de *The Power of Beauty* (lanzado en 1996, y luego renombrado y relanzado en formato de bolsillo en 1999), escribió poco y contribuyó con una entrevista de la estrella porno Nina Hartley a *XXX: 30 Porn Star Portraits*, un libro publicado en 2004 por el fotógrafo Timothy

Greenfield-Sanders, con su último libro *Beyond My Control: Forbidden Fantasies in an Uncensored Age*, publicado en 2009.

Sus escritos sostienen que las mujeres a menudo han sido criadas bajo un ideal de feminidad, que era anticuado y restrictivo, y en gran medida no representativo de la verdadera vida interior de muchas mujeres, y que la apertura sobre la vida oculta de las mujeres podría ayudar a las mujeres a sentirse verdaderamente capaces de disfrutar de ser ellas mismas. Ella afirma que esto no se debe a la malicia deliberada, sino a la expectativa social, y que para el beneficio de hombres y mujeres por igual, es más saludable que ambos puedan ser igualmente abiertos, participativos y libres para ser aceptados por quienes y qué son.

# Notas

[1] ¡E Irene dará sus medidas! <<

[2] Personajes de la literatura americana (N. d. T.) <<

[3] En francés en el texto (N. d. T.) <<

[4] Escenario del teatro. <<



[5] Equivalente británico de los educadores en régimen abierto de la administración penitenciaria francesa, cuya tarea consiste en cuidar la buena conducta de las personas en libertad condicional o bajo tutela penal. <<

[6] Juego de cartas (Nota de la traducción al español) <<